

«La novela hecha emoción que inunda piel y alma».  
SANTOS MORENO

# MEDIA VUELTA

ALICIA ADAM

mitad  
doble

ediciones  
del Genial

# **MEDIA VUELTA**

**ALICIA ADAM**



© M<sup>a</sup> del Carmen Ruíz Zamora Primera edición: diciembre 2017

**Título:** *Media Vuelta*

**Autora:**

M<sup>a</sup> del Carmen Ruíz Zamora

**Imagen portada:**

Carmen Durán

**Imagen solapa:**

Yolanda Marcos

**Diseño y maquetación:**

Carmen Larios

**Corrección:** Laura Cerezo

**Edita:**

Ediciones del Genal y Mitad Doble Ediciones

**Depósito legal:** MA 1733-2017

**ISBN:**

978-84-17186-28-9 [www.mitaddoble.com](http://www.mitaddoble.com) Málaga 2017

ALICIA ADAM Mitad Doble Ediciones

*Para Mercedes, Jonan, Maru y Salva,*  
por tantas horas dedicadas.

Él, que busca donde nadie mira y a pesar de todo encuentra.

Él, saciando al mirar su reino su locura.

## **PRÓLOGO**

Dijo Dios a Noé y a sus hijos con él: «He aquí que yo establezco mi alianza con vosotros y con vuestra futura descendencia y con toda alma viviente que os acompaña: las aves, los ganados y todas las alimañas que hay con vosotros, con todo lo que ha salido del arca, todos los animales de la tierra. Establezco mi alianza con vosotros, y no volverá nunca más a ser aniquilada toda carne por las aguas del diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra».

*Dijo Dios: «Esta es la señal de la alianza que para las generaciones perpetuas pongo entre yo y vosotros y toda alma viviente que os acompaña: pongo mi arco en las nubes, y servirá de alianza entre yo y la tierra. Cuando yo anuble de nubes la tierra, entonces se verá el arco en las nubes y me acordaré de la alianza que media entre yo y vosotros y toda alma viviente, toda carne, y no habrá más aguas diluviales para exterminar toda carne. Pues en cuanto esté el arco en las nubes, yo lo veré para recordar la alianza perpetua entre Dios y toda alma viviente, toda carne que existe sobre la tierra». (Génesis 9, 8-16)*

CAPÍTULO 1  
HÉCTOR  
CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Martes, 7 de febrero de 2017 Mañana

Héctor miró el reloj: las cinco de la madrugada. Retiró las sábanas de la cama, estaban empapadas de sudor. Por primera vez su pesadilla no se materializaba, y en su lugar, acontecía un sueño cálido y placentero:

Esa noche hicieron el amor de la única manera posible, sin contenciones, con pasión e intensidad.

Abrió el armario, cogió la ropa para la ducha y marcó otra señal en su almanaque: mil cruces.

Al final del sueño, Lara mostró en la puerta de entrada la silueta de una mujer; la luz del sol alojada tras su espalda le impidió apreciarla con nitidez. Héctor negó desolado, intentando aferrarse al abrazo etéreo de su esposa.

—Deseo seguirte... —imploró.

Lara silenció sus palabras posando un dedo con suavidad en los labios de Héctor, luego acarició los suyos y bebió de su néctar en un último adiós. Conforme iba desvaneciéndose en sus brazos, miró de nuevo a la puerta.

—¡Ve! —suplicó Lara.

El sueño lo había dejado exhausto y con un regusto agridulce; cuanto más pensaba en él, menos encajaba todo, chirriaba.

Lara no creía en Dios, ni en el más allá, y mucho menos en los mensajes que algunas personas referían de sus familiares y amistades fallecidas. ¿Por qué escogería ella ese modo de aparecer que tanto detestaba? ¿Cuál era la verdad que encerraba aquel sueño? ¿Su necesidad de pasar página?

Recordó *el juego de las cinco palabras al día* que inventó Lara para mejorar su rudimentario inglés cuando llegó al instituto de Australia: escogían los vocablos más habituales en español e inglés y desglosaban cada una de sus distintas acepciones, tras lo cual abrían una cascada de oraciones y frases hechas que abarcaban propuestas desde lo real a lo fantástico e inconcebible. Para comprender aquel sueño, el diccionario era la mejor opción. Sonrió.

Nada de tarot, brujas, adivinas ni libros de sueños.

Héctor preparó un café bien cargado y encendió el ordenador sin más preámbulos. Había trabajado el fin de semana en el rancho y disponía de dos días libres. Tecléo en el diccionario de lengua española la palabra «ve». Correspondía a la segunda persona del imperativo de dos verbos: ver e ir. Empezó por el verbo «ver». Seleccionó tres de sus acepciones y las apuntó en una pequeña libreta de notas:

1. *Percibir por los ojos los objetos mediante la acción de la luz.*

5. *Visitar a alguien o estar con él para tratar de algún asunto.*

9. *Prevenir las cosas del futuro; anteverlas o inferirlas de lo que sucede en el presente.*

Con respecto al verbo «ir», infinidad de significados le volvieron loco, no sabía por cuál decantarse ni cuál sería el adecuado.

Finalmente concluyó: *avanzar hacia un determinado camino o persona*. Además, escribió la acepción número diez:

10. Denota que una acción empieza a verificarse. Miró sus anotaciones y un nudo en la garganta y un escalofrío que le recorrió la espalda le hicieron sentir estúpido. Apagó el ordenador.

Héctor tenía treinta y un años y era alto y corpulento. De rostro cuadrado con hoyuelos, el

cabello rubio ceniza le caía en cascada sobre los hombros. Se afeitaba con esmero dos veces a la semana, o cuando tocaba visita de la familia de Lara. Sus ojos azul cerúleo conformaban su mayor carta de presentación. En la ceja izquierda, una franja horizontal sin vello proporcionaba carácter a su faz. Aquella cicatriz se la hizo cuando era pequeño; según Elsa, su madre, pasó de gatear a corretear dando patadas a una pelota en cuestión de días; dicho de otro modo, fue un niño muy inquieto con necesidad constante de jugar y explorar su entorno.

Trabajaba como veterinario en el rancho Centinela, propiedad de su familia. Desde que llegó con diecisiete años desde Málaga, había adorado la vida en el rancho. Hizo la tesis doctoral sobre la cría de caballos.

Desde la muerte de Lara, llenó su agenda con infinidad de actividades con el mero propósito de gastar tiempo: corría, hacía fitness con entrenamiento de estilo militar y taekwondo. Era cinturón negro primer dan. Los viernes por la noche hacía de *sparring* para la Asociación Media Vuelta, un grupo de mujeres que habían sufrido violencia de género o abusos de diversa índole.

Lara estaba embarazada cuando murió de forma trágica y sin sentido para él, y para todo el mundo de su entorno. Una de esas cosas que siempre sucedían en las noticias a personas desconocidas había atravesado la gran pantalla y la había arrastrado dentro, y formó parte de uno de los titulares más repetidos de aquella semana. Desde entonces Héctor no encendía la televisión, el eco de las sirenas se le hacía insoportable y los destellos reverberaban implacablemente en la superficie cristalina de su retina. La pantalla asumía el silencio y esperaba su turno para cubrir las horas muertas con su actividad incesante, que solo podría otorgarle con un clic.

Héctor solo hablaba de ella de forma puntual con su madre, su hermana y su cuñada Saoirse. Le molestaba profundamente cualquier tipo de comentario de las demás personas: anécdotas, rasgos de su carácter, logros profesionales... Los veía superfluos y carentes de sentido; típicas palabras gastadas, que se ofrecían como sacados de un manual, para tratar de ser cortés. Aquellas personas no se escuchaban a sí mismas, o nunca habían pasado por nada parecido. No comprendían la magnitud de una pérdida y el fastidio de escuchar lo mismo en labios diferentes, con similar tono anodino.

Cuando puso la cruz que indicaba el segundo aniversario de la muerte de Lara y del bebé que estaba gestando, tomó consciencia de su grado de afectación. Hizo un balance de su vida durante ese interminable periodo. Aquella casa se le venía encima, demasiados recuerdos en cada rincón, pesadillas nocturnas y un sentimiento de ahogo constante. Deseaba despertar de aquel mal sueño y que ella apareciera como si nada hubiese pasado. Se dirigió a la inmobiliaria donde trabajaba Saoirse, la hermana de Lara, con el firme convencimiento de vender la casa para poder avanzar. Llevó un listado con los requisitos de su nueva vivienda: ecológica, con piscina y bodega y en un punto medio entre el rancho y el centro de la ciudad.

Héctor se disponía a salir cuando recibió una llamada de su cuñada, que se encontraba por la zona con unos clientes; después de enseñar la vivienda, iría a verlo para tomar un café juntos.

Preparó una cafetera con café descafeinado para ella.

## **SAOIRSE Y HÉCTOR**

CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Martes, 7 de febrero de 2017 Mañana

Saoirse, de treinta años, tenía rostro alargado, pelo largo, ondulado y cobrizo y labios gruesos y sonrosados que dejaban escapar su voz apagada. La mirada transparente y sin malicia de sus ojos verdes transmitía todo lo que era. Trabajaba en una inmobiliaria fundada por sus padres. Tras la muerte de su hermana Lara, su familia delegó en ella la responsabilidad de dirigir la empresa.

Fumaba para entretener sus manos. Jamás tomaba más de una copa de vino o cerveza: nublaba la mente, apagaba el interruptor y, en consecuencia, se sentía vulnerable. No podía permitirse ese sentimiento.

Veía en los ojos de Héctor quién deseaba él que fuese, pero esa mujer ya no existía, y quizás nunca regresase.

Una vez que tomó la iniciativa de divorciarse de su marido, un hombre que la maltrataba, comenzó clases de defensa personal, talleres en la Asociación Media Vuelta y, posteriormente, a practicar taekwondo. A pesar de eso, continuaba siendo una mujer insegura con un cúmulo de miedos. La oscuridad devolvía los antiguos fantasmas y las cuatro paredes de la casa se convertían, al mismo tiempo, en refugio y prisión.

Desde entonces su rebeldía se había trocado en resignación; la risa que antes inundaba la estancia, en media sonrisa tatuada para denotar una felicidad fingida; y las ganas de vivir, en una espera agónica de su propia muerte.

Llamó a Héctor para cambiar de planes: se presentaría en su casa cuando terminase de enseñar una vivienda a unos clientes.

Entró en la nueva casa de su cuñado. Un salón comedor diáfano daba sensación de amplitud. La cocina, completamente equipada con muebles hechos a medida, combinaba el acero inoxidable y la madera en tonos blancos y granates. La zona de comedor disponía de una gran mesa de madera con parejas de sillas asimétricas para obtener un tono informal y desenfadado. La sala de estar tan solo contaba con dos sofás de piel blanca con cojines de diseño, una pantalla plana y un *home cinema*. Carecía de objetos decorativos: lámparas, cuadros, portarretratos, alfombras... La hermana de Lara contempló a Héctor: acababa de afeitarse; sospechaba que lo hacía siempre que quedaban para no aparentar dejadez y no preocuparla. Interiormente reconoció que al salir aquella mañana ella había actuado del mismo modo, e iba más arreglada y maquillada que de costumbre.

Se sentaron en la mesa del salón comedor con dos tazas de café. Héctor colocó un pequeño plato con pastas de té. Decidió romper el hielo, buscando el punto de arranque adecuado, según las pretensiones que ambos habían estado madurando para aquella fecha.

—¿Qué significa tu nombre? —preguntó Héctor.

Saoirse era un nombre de origen irlandés que significaba libertad. Llevaba mucho tiempo sintiéndose fuera de lugar cada vez que alguien lo decía en voz alta. Desde la adolescencia, si alguien lo pronunciaba, ella repetía en su cabeza: libertad. Mantuvo aquella costumbre, pero hacía mucho tiempo que le venía grande. Sin ir más lejos, la vida que estaba llevando desde hacía más de cinco años era una prueba fehaciente de cuánto se alejaba del significado que se le atribuía a su nombre.

Héctor había adquirido la costumbre de preguntarle por este aspecto cada cierto tiempo; era una forma sutil de averiguar cómo se encontraba. Esta vez estaba preparada, había elaborado una respuesta más o menos plausible.

—Ya lo sabes: libertad —dijo Saoirse.

Héctor dio un largo sorbo al café. Saoirse había cogido la cucharilla para remover el azúcar, pero aún no había echado sus dos terrones habituales. Estaba nerviosa. Él cogió dos cuadraditos blancos con unas pinzas y los introdujo en la taza. Ella se mordió el labio ante el despiste y la pregunta que se avecinaba.

—¿Y qué es para ti?

—Es algo demasiado grande para una sola palabra —dilucidó Saoirse, mientras ayudaba a los azucarillos a disolverse—.

En nuestra sociedad, la libertad es la capacidad para decidir entre diferentes opciones y sus

consecuencias.

—¿Lo acabas de leer en un libro? —bromeó Héctor.

Saoirse le guiñó un ojo, esperando robarle una de esas sonrisas que irradiaban ternura y complicidad entre ambos. La obtuvo.

—Puede.

—¿Y crees en eso?

—¡Uf! ¡Qué más da, Héctor! —Saoirse se revolvió en el asiento. Se odió: como siempre, había construido una respuesta demasiado elaborada, y Héctor no la había pasado por alto. Su cuñado, aún seguía llamándolo así, la conocía bien y era capaz de leer entre líneas. Estaba convencida de que, además, había detectado su poco grado de convicción.

—Es importante para mí, quiero saber tu opinión.

—No tengo ninguna opinión.

—¿Cómo?

—Ya me has oído. Nada de nada. Cero opiniones.

—No quieres hablar de esto... —intuyó Héctor—. Hablemos de otra cosa. ¿Qué tal tu casa nueva?

Un silencio hueco se hizo entre ambos. El veterinario la contempló. Recordó el calendario, las mil cruces, necesitaba avanzar, era consciente de ello; pero su cuñada también, y no estaba dispuesto a dejarla atrás. La respuesta de Saoirse hizo saltar todas las alarmas de su cerebro; llevaba demasiado tiempo esperando a que contestase a aquella pregunta y no le cupo la menor duda: lo hacía mediante un breve discurso elaborado.

Saoirse dudó unos instantes y habló, lo necesitaba desde hacía tiempo.

—Está bien...

—Sí, es perfecta —confirmó Héctor.

—No me refería a la casa. Contestaré a tu eterna pregunta.

—¿Estás segura?

—Sí, claro —afirmó Saoirse jugando con la cucharilla, que extrajo de la taza y dejó sobre el plato. Dio un pequeño sorbo de café—. Me conoces bien, sé que sabes la respuesta. Dejé de creer en los cuentos de hadas hace mucho tiempo, la frasecita de «el amor te hace libre» no es para mí. Eso me parece salido de una novela rosa, con mariposas de colores, con un vecinito que se pone a ensayar el saxofón o el arpa cuando paseas de la mano de tu novio por una calle desierta. En mi caso, seguramente, se le romperían un par de cuerdas o desafinaría como un principiante.

Dicho esto se llevó las manos al pecho, puso los ojos en blanco y fingió un desmayo. Al contemplar la escena Héctor arrancó a reír y contagió a su cuñada.

—Héctor, si te hacen gracia mis payasadas es solo por un motivo. —La directora de la inmobiliaria hizo una pausa dramática—. Estamos estancados.

—Por mi parte voy a dejar de estarlo. Hoy me encuentro diferente. ¿Has traído lo que te pedí?

El veterinario puso en la mesa los almanaques llenos de cruces. Saoirse hizo lo mismo. En los suyos se apreciaban dos marcas diferentes: una desde la separación de su exmarido y la otra desde la muerte de su hermana.

—Sí —dijo resignada Saoirse—. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Héctor arrugó la frente y puso el gesto de un niño al que acaban de sorprender en mitad de una trastada y espera la regañina de su madre. No había meditado sobre cómo hacerlo, solo en la necesidad de desprenderse de ellos.

Ambos barajaron diversas opciones: destruirlos, quemarlos o abandonarlos a su suerte. Ninguna parecía bastante buena o acertada, todas podrían conllevar algún tipo de secuela

emocional.

Después de un análisis de los pros y los contras, optaron por introducirlos en un contenedor de reciclaje, así volverían al comienzo de la cadena transformados en cualquier otro objeto de papel: un folio en blanco, parte de una libreta, un libro... Determinaron ir juntos y no posponerlo por más tiempo.

—Ahora necesitamos un discurso, como el de los capitanes de los equipos de fútbol en las películas americanas —solicitó Héctor.

—Bien, te escucho.

—¿Yo? Será mejor que lo hagas tú —manifestó él.

—De acuerdo. ¿Cómo empiezo?... —Saoirse pasó la mano con suavidad por su sien. — Apartaremos de nuestra vida los pensamientos negativos y autodestructivos. Usaremos el calendario como las personas normales: para restar días a nuestras vidas, y no para alejarnos resignados de fechas torturadoras para nosotros.

Después de la tormenta llega la calma, pero nadie te advierte de que la casa se queda desolada y hecha añicos.

—No suena demasiado alentador. No es un buen discurso—protestó el veterinario.

—Es la cruda realidad —remarcó Saoirse.

El silencio se coló otra vez entre ellos. Él decidió cambiar de tema.

—Hablando de casa... ¿Amueblaste la tuya?

—¡No! —admitió mirando al suelo.

—Cuando uno cambia de casa —Héctor arqueó las cejas e hizo un suave gesto de afirmación en su discurso detrás de cada pausa—, la muebla; trabajas en el sector, deberías saberlo.

Saoirse entrecerró los ojos y se mordió la sonrisa incipiente de sus labios. Señaló con la mano la escasez de objetos decorativos en contraste con la amplitud de la vivienda para refutar su teoría.

—De acuerdo, no soy el más indicado para decirte esto

—replicó Héctor—. Podemos ir juntos de compras. Será divertido y nuestro segundo paso, por algo hay que empezar, ¿no crees?

—Me da miedo el brillo en tus ojos... ¿Te mantendrás alejado de la caja de herramientas?

Héctor frunció el ceño.

—Por supuesto que no, no vas a privarme de la diversión.

—Vale, pero nada de tirar muros, hacer zanjas, ni cosas por el estilo —refunfuñó la directora de la inmobiliaria.

Saoirse entregó un sobre a Héctor.

—Este sobre es para ti, me lo dio Lara. Me pidió que te lo entregase cuando pasase un tiempo prudencial desde su muerte; dijo que tú lo entenderías.

—¿Lo has leído? —preguntó el veterinario.

—Sí. Tenía miedo de no dártelo en el momento oportuno.

Espero haber acertado.

Héctor abrió el sobre delante de su cuñada; dos lágrimas gruesas cruzaron su rostro con rapidez y dejaron una tenue mancha en el suelo. Saoirse lo abrazó. Se aferró a ella.

—Lo siento, Héctor.

—Lo sé.

—¿He esperado demasiado?

—No, es el momento justo —declaró él.

En el sobre leyó una palabra escrita en español y en cursiva: *ve*.

CAPÍTULO 2  
**HÉCTOR**  
CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Martes, 7 de febrero de 2017 Mañana

En penumbra, Héctor reconoció desde la silla de la cocina el vacío de su nueva casa. Los muebles brillaban por su ausencia, y los pocos objetos presentes en la sala eran demasiado jóvenes para guardar recuerdos de mejores tiempos o sufrir por la ausencia de manos queridas. No hizo la maleta, ni empaquetó ningún objeto decorativo ni personal. No tomó ningún recuerdo de su anterior casa, y nada de lo que llevó consigo había sido impregnado por el olor de Lara o tocado por sus suaves manos. Tomó esa decisión con esfuerzo y determinación, asumiendo las consecuencias de la pérdida emocional y económica. Donó todos los objetos y el mobiliario al convento de Santa Catalina, no deseaba encontrarlos en casa de su hermana, su madre, sus amistades...; pero se resistía a desecharlos de forma permanente de su vida. Odió aquellos objetos, custodiaban su risas y mejores tiempos con pulcra fidelidad, sin dejar escapar una gota. El silencio presente le recordaba la ausencia de Lara. Dejó caer un vaso como advertencia.

Lara murió, y con ella las ganas de burlar el tiempo, de viajar lejos y a ninguna parte envuelto en su abrazo, de volar con la imaginación a mundos inciertos, donde el reloj no moviese sus manecillas a su antojo; demasiado rápido entonces, y con intencionada lentitud en un ahora saturado de horas interminables.

Una coreografía de actividades, de quehaceres, compromisos impuestos, hacía más llevadero su propósito de gastar las horas del día. Sin embargo, la noche no cumplía ninguna norma externa, creaba sus propias reglas. El cuerpo demandaba su merecido descanso, y la mente, por fin liberada de las manos laboriosas que pretendían confundirla, reclamaba evocaciones para saborearlas tanto en el paladar como en la comisura de sus párpados vaciados por el dolor.

Por encima de él se hallaba Dios. Héctor quiso abandonar su camino; finalmente no lo hizo, a pesar de sumirse en una rabieta sin fondo de preguntas sin respuestas, y de cuestiones que le daba pavor formular: ¿por qué ella? ¿Por qué de ese modo? ¿Sufrieron? ¿Podría haberlo evitado?

Cuando sellaron su tumba, la de Lara y el bebé, ya no quedaba nada para él. Se aferró a un abrazo etéreo dentro de ese cubículo; y mientras el cuerpo y el alma de Lara danzaban en el cielo, él permanecía bajo aquella losa fría de mármol.

Después de mil cruces de distancia entre ambos, más que la presencia de Lara, nació su ausencia: no sacaba su cubierto, no marcaba su número para llamarla, no recorría la casa buscándola a la llegada del rancho, o del gimnasio, para el beso de bienvenida ni para la charla animada sobre el transcurso del día.

No sabría determinar cuándo dejó de pensar en los dos, y en los cambios que supondría en sus vidas la llegada de un bebé, pero sí cuándo había comenzado su pequeña andadura fuera de aquella tumba, cargado de sombras, remordimientos y miedo: con la venta de su casa, la renuncia a los objetos y posesiones compartidas con ella y el reciclaje del almanaque con las mil cruces.

Los imperativos de sus familiares y amistades —sal, diviértete, conoce a otras personas y amplía tu círculo, da una oportunidad a alguna mujer— caían en saco roto. Sus buenas intenciones le paralizaban. Tan solo Bea se mantenía al margen de los consejos no requeridos, escuchaba y padecía con él la ausencia de Lara. A Héctor le asustaba el cortejo, las insinuaciones las pasaba por alto, los teléfonos de futuras citas los guardaba en una caja y quedaban en *stand by*; hasta que finalmente resolvió depositarla, con su contenido, en la chimenea.

En un primer momento, le proporcionó serenidad ver cómo se consumían entre las llamas. Después fue consciente: nunca las habría llamado, pero con su actitud, su barco nunca tomaría otro

puerto. El paso seguía cerrado a cal y canto, no dejaba cruzar el umbral a nadie. Determinó desprender el cerrojo y abrirlo. Esperaría sentado. Quizás la persona adecuada actuaba de igual modo y nunca llegaran a cruzarse. Recordó la silueta del sueño de Lara; ¿quién era? ¿Alguien que ya estaba en su vida o pendiente de su llegada? Sacó la hoja donde había apuntado los significados de la palabra «ve». Los releyó varias veces en voz alta. Quizás la silueta era él mismo implorando entrar en su vida. Se sintió incómodo, observado, infiel al recuerdo de su esposa.

Héctor recordó la visita de Erin y Connor, los padres de Lara, en el primer aniversario de su muerte. Le suplicaron que rehiciera su vida y despojaron su casa de cualquier cosa que llevara el nombre impreso de su hija: ropa, calzado, objetos personales, fotos, retratos... Él permaneció impasible en el sofá, mirando una televisión desconectada, una superficie inerte, donde paradójicamente transcurría el vídeo de sus últimos años con ella. Respetó el deseo de su familia a pesar de sentirse ninguneado, sin voz ni voto para decidir sobre sí mismo y su forma de afrontar la pérdida.

Quiso pensar que una terapia se hallaba implícita para ellos tras cada objeto guardado, tras cada cuadro desanclado de su piel de pared. No dijeron qué harían con todo aquello ni tuvo voluntad para preguntarlo. Cerraron la puerta, pero él seguía allí: el mayor recuerdo de Lara, su imagen en el espejo.

Veló el armario desnudo. Lloró hasta que los rayos del sol le avisaron desde el cielo de que otro día amanecía. Nacían nuevas horas necesitadas de trabajo, si quería menguar el dolor y posponer la cruda realidad hasta una nueva noche en blanco.

Echó en falta todas aquellas piezas de atrezzo, y al mismo tiempo sintió que no habían barrido la casa lo suficiente. Seguía allí la lámpara que compraron en su viaje de novios, sobre la mesita que trajeron del mercado medieval. Y esta, a su vez, descansaba encima de la alfombra que tantas veces les había cobijado y había recogido sus ropas despojadas con premura, o con la lentitud de creerse, inconscientes, dueños del tiempo y estandartes de la pasión contenida.

Aún conservaba puestos su anillo de casado y el de Lara en el dedo meñique de la mano izquierda, además de una foto del cuadro donde Lara representaba a La Mujer Viento. Aparecía hasta la cintura sobre una cama de color sepia con rosas rojas y hojas secas, tumbada de costado, con una mano en la que llevaba dos brazaletes gruesos y dorados posada delicadamente en la cabeza. Para otorgarle mayor sensación de dinamismo, los pétalos le cubrían el pelo, el brazo y el vestido. Su rostro quedaba de perfil e inclinado hacia abajo. La barbilla se posaba sobre su hombro. El cabello rubio ceniza caía en bucles, movidos por el viento; mechones de forma desenfadada cruzaban la frente y la cara. Sus ojos grandes y verdes, perfilados con una raya negra, destacaban en el cuadro; los labios definidos y matizados en marrón y los pómulos marcados con un suave colorete de la misma tonalidad realzaban su rostro.

Para dotar la escena de mayor carácter mitológico, Lara pidió la técnica de la veladura con una ligera transparencia en el vestido en la zona del vientre. Un lazo dorado y otro granate ondeaban desde su hombro izquierdo al costado derecho, con los extremos hacia delante. Dos mariposas de colores tenues quedaban alojadas en la esquina inferior izquierda del cuadro.

CAPÍTULO 3  
LARA Y TAXISTA  
BRISBANE (AUSTRALIA)

Jueves, 15 de mayo de 2014 Mañana

Lara era profesora de danza en la universidad, tenía su propia escuela de baile, con un amplio repertorio de estilos, y dirigía representaciones de musicales y teatro. Detrás de su apariencia frágil, de muñeca de porcelana a la que proteger y cuidar, se hallaba una mujer con carácter fuerte, decidido y pasional; ponía sus cinco sentidos al cien por cien en todo lo que hacía. Fue ella quien inició la relación con Héctor, ganándose su confianza con pequeños pasos, y determinó aceptar la propuesta de matrimonio, para hacer realidad el deseo de él, a pesar de alejarse del ignosticismo que profesaba. Entre sus lecturas siempre se encontraba algún libro para profundizar en el estudio de las religiones y de la mitología.

Ajustaban semanalmente su agenda personal, sin desatender a familia y amistades, para pasar el escaso tiempo disponible juntos: corrían antes del trabajo, realizaban rutas a caballo, iban al teatro, al cine, celebraban cenas... y hacían un par de escapadas al mes, en las que aprovechaban para recorrer Australia.

También fue Lara quien pidió a Héctor que hiciera de *sparring* para la Asociación Media Vuelta cuando su hermana se recuperó de la paliza que le había propinado su marido.

La noticia del embarazo de Lara fue bien recibida: deseaban ser padres, aunque no les hubiese importado esmerarse un poco más, durante más tiempo y más veces. En el séptimo mes de embarazo, Lara se levantó con náuseas; era algo normal, se le pasaría a lo largo de la mañana. Con esta certeza y con la promesa de que llamaría a su marido ante la más mínima novedad, Héctor accedió a ir al rancho a trabajar.

Notó cómo el dolor se agudizaba; no sería nada, tan solo su primera falsa alarma de madre primeriza, a la que seguirían muchas más. Pidió un taxi. En el rancho había algunos problemas y no quería importunar, podría arreglárselas sola, al menos por esta vez. Esperó al taxista en la puerta. Unos minutos después oyó varios frenazos, y un chasquido seco apagó su luz: murió. Tuvieron una colisión en la que se vieron implicados varios vehículos y en la que fallecieron siete adultos y la mayoría de integrantes de un autobús escolar. La noticia alcanzó gran repercusión social: el causante del accidente, el conductor de Lara, tenía una alta tasa de alcohol en sangre.

La culpabilidad se enquistó en el corazón de Héctor, se instaló la inmensa posibilidad y el poder destructivo del «y si». De entre todos ellos, siempre prevaleció: «¿y si me hubiese quedado con ella?».

CAPÍTULO 4  
**BEATRIZ Y HÉCTOR**  
COCHE Y CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Martes, 7 de febrero de 2017 Mañana

El móvil vibró sobre la mesa. Héctor atendió la llamada de Bea.

—Estoy llegando a casa, ¿estás ahí?

—Sí —afirmó el veterinario—. ¿Vas en la moto?

—No. Te cogí el coche esta mañana. ¿Me preparas un café?

—OK. ¿Y el trabajo?, ¿te encuentras bien?

—Han cerrado la tienda. —Bea subió el volumen del manos libres.

—¿De forma permanente?

—Sí, han quebrado. Eso da igual ahora. No te llamo por eso.

Bea tomó aire, no sabía cómo enfocar el tema. Sintió un nudo en la garganta, frío y vergüenza.

—Bea, ¿estás ahí? —preguntó el veterinario.

—Sí, estoy aparcando. Cuelga.

—Vale.

Ya había dos cafés en la mesa cuando abrió la puerta. Se acercó a Héctor y lo abrazó con intensidad. Él la correspondió, le besó la frente y una de sus manos y le acarició el cabello con ternura. Ella nunca lloraba, ya sabía qué quería contarle.

Bea recobró la compostura y rompió el silencio:

—Es ella... La he visto. Es nuestra silueta.

CAPÍTULO 5  
**BEATRIZ Y ALMA**  
RESIDENCIA LAS CANTERAS, PUERTO REAL (CÁDIZ)

Lunes, 18 de junio de 2012 Noche

Bea era de Cádiz. Estudió secundaria en Puerto Real, en el instituto Virgen del Carmen, principal centro de referencia de la Residencia Escolar Las Canteras, donde vivió desde los seis a los dieciocho años, exceptuando un periodo de dos años en un centro de menores. Durante ese tiempo, cada fin de semana una familia de acogida la llevaba a su domicilio. Ella se adaptaba rápido, acataba las normas y se refugiaba la mayor parte del tiempo dentro del cuarto asignado. Sus esfuerzos nunca fueron suficientes; cada nueva casa soportaba a duras penas las amenazas telefónicas y las visitas de su familia. Los rostros, las habitaciones y los lugares cada vez más alejados de ellos se sucedían a un ritmo vertiginoso. Comenzó a verse a sí misma como una buena causa que nadie podía llevar a buen término. Alguna vez escuchó: «Es una pena, sin oportunidades acabará como su familia». En resumen, traficante, concluyó Bea.

Cada noche, en el abrigo de su almohada, imaginaba planes de huida. Ninguno parecía lo suficientemente bueno: Cádiz era muy pequeña, la encontrarían, siempre lo hacían. Determinó centrarse en dos aspectos: inglés y defensa personal. Había escuchado tantas veces «con el inglés puedes ir a todas partes, abre puertas», que lo convirtió en su válvula de escape. A los doce años consiguió llegar a un acuerdo con el monitor de taekwondo de un gimnasio cercano, lo limpiaría a cambio de clases gratis. Al finalizar el primer mes, el profesor dejó en su taquilla un sobre con trescientos euros por el trabajo. El gimnasio nunca había estado tan limpio. Bea no aceptó el dinero. Lo depositó en la mesa del maestro. Todos los meses se repetía el mismo bucle: él entregaba el sobre, en el que se acumulaban las mensualidades, y ella lo devolvía.

Después del periodo en el centro de menores, a los dieciséis años conoció a Alma, monitora de la residencia escolar, una viuda prematura con quien simpatizó. Ambas buscaban un mundo donde las cosas imposibles se materializasen, una tierra que albergara felicidad o problemas que pudiesen aparcar, retomar o dejar en la mesita de noche a la espera de la siguiente lectura. Con ella se aficionó a los libros y al cine.

En la sala de estudios, Alma recordó una conversación que mantuvo con Bea a los cuatro meses de que regresara del internamiento en el centro de menores.

—No quiero ir a tu casa —declaró Bea mirando al suelo.

—¿Por qué no? —Alma no esperaba esa respuesta.

—Ya sabes por qué.

—¿Qué quieres entonces?

—Quiero ir a otra residencia los fines de semana.

—¿Estás segura?

—Sí —confirmó Bea observando los últimos rayos de sol que sorteaban los barrotes de las ventanas.

—¿Y cuando cumplas dieciocho años?

—Me iré.

—¿A dónde? —preguntó Alma afectada.

—Eso da igual, lejos.

La monitora miró las sombras proyectadas en su escritorio.

Barajó la conveniencia de realizar una pregunta más antes de tirar la toalla. La hizo:

—¿Hay más de lo que cuentan tus informes?

—Mucho más —confesó Bea.

Alma miró el globo terráqueo que descansaba sobre el armario. Lo puso sobre la mesa.

—Prueba —señaló Alma.

Bea lo giró y posó el dedo en Australia.

—Perfecto —indicó Bea.

Por aquel entonces, Alma había considerado seriamente incluirse en el listado de familias de acogida con el firme propósito de convertirse en su tutora legal. Tras aquella charla se produjo un distanciamiento brusco. Bea comenzó a evitarla. Con cada nuevo desplante, una punzada en el corazón le subrayaba lo estúpida que había sido al querer brindarle aquella oportunidad: evadirse de un futuro que la marcaba como cazadora o presa.

Durante casi dos años Bea encontró estabilidad y serenidad.

Sus padres la olvidaron. No sabía si por alguna entrada en prisión, por la víspera de alguna redada, o porque estuvieran concentrados en algún negocio turbio.

Aprendió a bloquear en su universo consciente el maltrato físico de su padre y el psicológico de su madre durante su infancia.

Sin embargo, despertaba envuelta en sudor, las pesadillas persistían y las marcas de las palizas sobre su piel cobraban vida de nuevo. Su madre consentía o incluso propiciaba aquellos golpes como parte de su entrenamiento para trabajar en el negocio familiar.

Su primer y último pensamiento del día: «nunca más»; no era una promesa, las odiaba, en ellas yacían mentiras y falta de voluntad, propósitos posibles e imposibles de cumplir sin juramento.

Siempre caminaba mirando atrás, el pasado podría encontrarla. Estaría preparada.

Una semana antes de su decimotercero cumpleaños, cuando salía del gimnasio, recibió un comunicado especial de su familia.

### **HOMBRE CON PASAMONTAÑAS**

PUERTO REAL (CÁDIZ)

Martes, 12 de junio de 2012 Noche

Él miró de nuevo la foto: era Bea, algo mayor. Eso mejoraba las cosas. Su silueta había adquirido los contornos de una mujer.

Saboreó el momento previo. Era delgada con carnes prietas, pechos redondos y suntuosos, y pelo negro azabache movido por el viento en cascada sobre su frente y sus ojos. Le agarraría el cabello y le pondría el cuchillo en la garganta mientras le acariciaba los senos y el sexo. La amordazaría y penetraría allí mismo sobre el capó del coche. Su cuerpo ya daba los primeros indicios de excitación.

Él siempre jugaba con el factor sorpresa, a veces, con la ayuda de alguna sustancia para facilitar las cosas. Esta vez sería diferente: había jurado a Rodrigo, el padre de Bea, transmitirle un mensaje.

### **BEATRIZ Y HOMBRE CON PASAMONTAÑAS**

PUERTO REAL (CÁDIZ)

Martes, 12 de junio de 2012 Noche

Bea avanzaba con celeridad por la calle. Oyó un ruido y rectificó sus pasos. Miró hacia atrás. Un hombre con pasamontañas se dirigía hacia ella. Corrió. «El pasado te ha encontrado, Bea», pensó. Eligió una zona poco transitada. Buscó en el bolso, llevaba todo lo que necesitaba. El hombre, a la vuelta de la esquina, se encontró con su puño en el rostro y una patada contundente en los genitales. De rodillas, le esposó las manos por detrás. Lo levantó manteniendo la espalda del agresor contra su pecho. Agarró con la mano izquierda el rostro y con la mano derecha le colocó un cuchillo en la garganta.

—¡Puta, suéltame!

—No estás en condiciones de exigir nada. ¿Tienes un mensaje para mí? —Bea clavó el cuchillo, un suave hilo de sangre empezó a brotar.

—¡Vete a la mierda! Me estás haciendo daño.

—Como prefieras.

Bea abrazó el cuello del encapuchado y fue ganando terreno, con la palma de la mano, sobre su nuca. Memorizó su mirada felina, verde amarillenta. Ojos hermosos para un ser despreciable.

Arrancó los botones del pantalón con el cuchillo y dejó el miembro erecto al descubierto. Puso la navaja plana debajo.

—Mensaje —señaló Bea.

—No serás capaz, tú eres una putita como tu madre... —Se giró para besarla.

—Te lo has buscado.

Bea lo cogió del pelo con firmeza, dobló su cuerpo y le cortó la primera falange del dedo índice. Volvió a la postura de inicio.

Esta vez colocó la navaja por la parte afilada.

—¡Me cago en tu puta madre! ¿Estás loca?

—Mensaje —reiteró sin perder la calma.

—Tu padre... —Tragó saliva—. Ha dicho que dejes de jugar a las princesitas, que ya es hora de que ocupes tu papel en el negocio familiar. Tu madre está mayor ya, y te corresponde cerrar los tratos.

—¿A eso has venido tú? ¿A cerrar el negocio?

—Sí —titubeó.

—No me interesa. ¿Dónde tienes el móvil?

—Bolsillo de la chaqueta.

Bea lo cogió, con la mano izquierda hizo un *selfie* besándole la frente, y le envió el mensaje a su padre.

—¡Eres una zorra hija de puta!

—¡Y tú un mierda! Si vuelves a intentar joderme, te la cortaré en rodajitas y se la echaré a los perros. Seguro que te acordarás de mi cara, mírame bien.

—¡Puta! —bramó.

Bea tiró el móvil al suelo y lo pisó. Dio una patada a la falange. Quería ver el rostro de su agresor. Oyó los ruidos de varios coches aproximándose. Empezó la huida.

## **BEATRIZ Y ALMA**

RESIDENCIA LAS CANTERAS, PUERTO REAL (CÁDIZ)

Martes, 19 de junio de 2012 Mañana

El día que cumplía la mayoría de edad, cogió su maleta para marcharse. Nunca colocaba la ropa en el armario. Alma le entregó dos sobres, uno del entrenador y otro de Ashley. En el primero encontró el dinero que había ganado con la limpieza del gimnasio; el segundo contenía un billete de avión a Australia, nueva documentación para cambiar de identidad, cinco mil euros y el nombre de una persona con quien contactar en el nuevo continente: Lara.

Alma dudó unos instantes, hizo el amago de abrazarla, pero se contuvo. Desde la conversación sobre sus papeles para optar como familia de acogida, Bea había abierto una inmensa distancia entre ambas. Apenas habían cruzado unas palabras de cortesía. Ella la aceptó. Tuvo miedo a lo desconocido, a aquello que no se recogía en el informe. Obró bien. Quizás pecó de cobarde, de egoísta; pero después de tantos años trabajando en una residencia, ya había aprendido que determinados aspectos no podían cambiarse.

Bea escuchó con paciencia las explicaciones y consejos de Alma; cuando terminó, le hizo una pregunta:

—¿Ashley es aquella modelo negra a la que te acercaste en la excursión de Jerez?

—Sí —confirmó Alma.

Ese día su entrenador apareció maniatado, colgado de las espalderas del gimnasio, con la primera falange del dedo índice cortada y el miembro mutilado.

## CAPÍTULO 6

### **BEATRIZ Y HOMBRE DE LOS NUEVE DEDOS Y MEDIO DE PUERTO REAL A JEREZ DE LA FRONTERA (CÁDIZ)**

Martes, 19 de junio de 2012 Mañana

Bea salió de la residencia sin despedirse del resto de monitores y estudiantes. Dejó atrás un recinto con techo, cama, ducha y comida. En su estancia allí guardó con celo los sentimientos, no estableció vínculos. Rechazó la propuesta de Alma de incluirse en el listado de familias de acogida. Ahora, con la muerte de su entrenador, cobraba sentido aquella decisión y la distancia que impuso entre ambas.

Apreció el miedo de Alma, el amago de abrazo, y presupuso el alivio liberado en un suspiro largo y sonoro cuando divisara su espalda menguar por última vez. El problema trazaba otro camino.

Bea se acercó a la parada de taxis y acordó el precio hasta el aeropuerto de Jerez de la Frontera. Una punzada tenue en la boca del estómago sirvió de recordatorio para observar las manos del taxista: diez dedos. No obstante, le asaltaron dudas sobre su integridad.

En el aeropuerto, comprobó el panel de información con su billete. No tenía que facturar equipaje, solo llevaba una bolsa de deporte. Hizo un escrutinio de las personas que la rodeaban: varios hombres sentados en la cafetería detrás de unas cervezas no le quitaban la vista de encima, una mujer negra pasaba las hojas de una revista de historia, y un individuo con gafas de sol y con las manos en los bolsillos se apoyaba en una pared.

Descartó opciones. La mujer no era Ashley; masticó una pasta de decepción y consuelo. Él estaba allí, aquel lugar no era seguro para ella. En la cafetería los hombres hablaban distendidamente sobre todas las mujeres que entraban en el aeropuerto; sospechó que las etiquetaban como al ganado: buenas tetas, gran culo. Todos conservaban sus dedos. Una mujer con una camiseta negra escotada acaparó la atención durante algunos minutos. Se sumó a los comentarios y añadió otros atributos.

Compró un libro: en casi treinta y una horas de viaje con tres escalas, lo necesitaría.

El hombre de las gafas de sol y las manos en los bolsillos se había mimetizado con la pared. Su altura y complexión se correspondían con las del hombre del pasamontañas que la había atacado. Recordó su mirada, verde amarillenta, fría y lujuriosa, incluso después de haberle cortado un trozo de dedo. Se odió por ser tan impulsiva. En ningún momento dudó de que él había matado a su entrenador como venganza por el enfrentamiento que se había producido entre ambos varios días antes. Su familia le había ofrecido una segunda oportunidad para enmendar el error, algo no muy común en ellos. Sin duda, al cobrarse la vida de la persona más importante para ella, habría recuperado de nuevo su confianza. Sintió náuseas al imaginarse el dolor padecido por su entrenador. No merecía que mutilasen su cuerpo de ese modo. Se dirigió al lavabo para vomitar. Se cepilló los dientes y se recompuso el maquillaje ante el espejo.

Mientras cerraba el grifo del lavabo con un trozo de papel, percibió un ligero temblor en su mano; no era miedo, la ira lo había arrasado. Quiso matarlo allí mismo, con sus propias manos, y terminar el trabajo. Se calmó: solo es un peón, me arrestarán y no podré cortar el asunto de raíz, con la cabeza de Rodrigo y Triana, mis padres biológicos, en una bandeja de plata. Es demasiado pronto.

En algún lugar dentro de ella, la cordura permanecía agazapada. Necesitó erguirla y aferrarse a ella. Replegó su ira y recubrió su corazón con una coraza de acero. Jugaría aquella partida imponiéndose algunas normas.

**HOMBRE DE LOS NUEVE DEDOS Y MEDIO**

## AEROPUERTO DE JEREZ DE LA FRONTERA (CÁDIZ)

Martes, 19 de junio de 2012 Mañana

Triana, por alguna extraña razón, había decidido ofrecerle una segunda oportunidad. Tenía claro que era mejor no volver a decepcionarla, esa clase de fallos costaban caros en aquel negocio; en concreto, se pagaban con la propia vida. Le encargó eliminar al entrenador de Bea. Nada que no hubiese deseado hacer antes de forma gratuita. Una sonrisa burlona asomó por la comisura de sus labios.

El olor de la sangre de aquel hombre y la puesta en escena habían embriagado sus sentidos. Su cuerpo demandaba sentir aquellas oleadas de placer de nuevo.

Inhaló aire satisfecho cuando vio a Bea salir del baño y dirigirse hacia él con paso firme y decidido. Quería experimentar con ella sus juegos sexuales, pero era demasiado pronto, necesitaba perfeccionar la técnica para proporcionar el trato que una mujer así se merecía.

### **BEATRIZ Y HOMBRE**

#### **DE LOS NUEVE DEDOS Y MEDIO**

## AEROPUERTO DE JEREZ DE LA FRONTERA (CÁDIZ)

Martes, 19 de junio de 2012 Mañana

Bea fue hacia el hombre de las gafas de sol con determinación y le pidió la hora. Él sacó la mano izquierda y desenfundó la derecha; el dedo corazón levantó el puño de la camisa, la primera falange del dedo índice estaba amputada.

—Es la hora de tu embarque —indicó asomando la mirada amarilla por encima de las gafas de sol.

—Eso me parecía —confirmó Bea. Reprimió las ganas de saldar su deuda y matarlo allí mismo.

—¿Puedo quedarme con tu pañuelo? Sé que es invierno en Australia ahora, pero me gustaría conservarlo de recuerdo —expuso relamiéndose los labios.

—¿Lo cuidarás hasta la próxima vez que nos veamos? —preguntó en tono irónico.

—Por supuesto.

Bea se lo ajustó al cuello con decisión. Él le acarició las manos suavemente y las llevó a su torso. Reparó en cómo aumentaba el ritmo cardíaco de él.

—¿Lo notas? Solo tú lo has conseguido.

—No ha estado bien lo del entrenador —declaró ella conservando la calma.

Bea acercó la nariz al cuello y aspiró su aroma. Era él, había retenido su perfume en el último encuentro; ahora podía ponerle un rostro. Le quitó las gafas y las puso en el bolsillo de la camisa.

Con un tipo como aquel era mejor no hacer alarde de sentimientos y guardarlos en una fortaleza, porque conocía de primera mano la pretensión de su familia: arrasar a cualquier persona con quien estableciese un vínculo, para que determinase por propia voluntad aprender a llevar el negocio. Tras un tiempo prudencial, si no entraba en razón, acabarían con ella. Siempre había preferido esa última opción.

—Tendremos que ajustar cuentas algún día. ¿Prefieres que te busque, o lo harás tú? —preguntó Bea.

—Esperaré a que vuelvas a por tu bufanda. —Le entregó una tarjeta con su número—. No te preocupes por tu familia: si te parece bien, les diré que ya no estás en este mundo.

Habían firmado una tregua.

—Volveremos a vernos. Es un pacto con el diablo —sentenció ella.

—Nunca me habían llamado así, me gusta.

—No me refería a ti —recalcó Bea.

Sonrió satisfecho observando cómo se alejaba, la llamó y ella se giró. El hombre de mirada verde amarillenta la apuntó con su medio dedo, se lo llevó a los labios para besarlo y terminó el recorrido posándolo en su pecho.

**BEATRIZ Y BRU**

DE JEREZ DE LA FRONTERA (CÁDIZ)

A BRISBANE (AUSTRALIA)

20 de junio de 2012

Mantuvo la compostura cuanto pudo; habría más, su familia no reparaba en gastos cuando deseaba dar caza a una presa. En el avión, cogió su neceser y fue a refrescarse. Sacó la tarjeta, con su aroma impregnado; memorizó el número y la hizo añicos, que arrojó al inodoro, el lugar más apropiado para un ser así. Se cepilló los dientes con esmero, se lavó reiteradamente cara y manos y se recompuso el maquillaje.

En la segunda escala en Dubái, disponía de algo más de dos horas para cambiar de aeropuerto y esperar el siguiente vuelo a Sídney. Puso el cartel de limpieza en el servicio, quemó su vieja documentación y dejó que los restos se disolvieran en el lavabo. Ahora se llamaba Beatriz Taylor Ariza. Repitió varias veces el nombre hasta que sonó convincente.

Pidió un café para llevar, no le gustó su sabor. Estuvo leyendo hasta la salida de su vuelo. En el avión durmió buena parte del trayecto. Despertó con la sonrisa de su entrenador entregándole el sobre. Sintió que no merecía ese sueño, ni el tiempo ni el dinero que invirtió en ella. Todo el equipaje, así como la bolsa que lo contenía, se lo había comprado él. Siempre decía: «Es ropa vieja de mis hijas». Sin embargo, conservaban la etiqueta y el *ticket*.

Temió por la suerte de Alma y de Ashley.

La escala en Sídney antes de la llegada a Gold Coast (Brisbane)

duraba dos horas. Compró otro libro. Se tragó su orgullo y llamó a Lara, el contacto en Australia que le había ofrecido Ashley dentro del sobre. Agradeció las consideraciones que tuvo: el billete de avión, la nueva identidad, la tarjeta con el número de Lara y el dinero.

Se acercó a la chica de la camiseta negra y se sentó al lado.

Sus vibraciones desentonaban con las del resto de pasajeros. Bea observó con detenimiento sus facciones: rostro ovalado, labios gruesos en forma de corazón, ojos verdes.

Se presentaron. Comprobó que una coraza seguía cubriendo su corazón. Estaba demasiado cansada para andarse por las ramas.

—¿Te envía mi familia? —preguntó Bea.

—No. Soy tu escolta. Me manda tu sobre —respondió Bru.

Bea buscó la verdadera respuesta en la profundidad de sus ojos.

—¡No te creo!

—Haces bien.

Bea le ofreció de forma cordial su libro: *Donde el corazón te lleve*, de Susanna Tamaro. Lo dedicó:

Para Bru, mi escolta.

Bea. Bru miró los trazos por encima de su hombro. Sonrió.

A Bea le fascinó el colgante de su cuello: una mujer de espaldas sentada sobre un círculo que se miraba al espejo; una serpiente enrollada en la parte superior coronaba la composición. Bru cogió la mano de Bea y lo depositó en la palma.

—¿Qué es?

—Es un talismán, te traerá suerte —señaló Bru.

—¡Gracias! Bea se puso el colgante y dio por concluida la conversación.

Si no venía de parte de su familia, ¿quién era? Ella no miraba atrás, y aun así intuía sus movimientos. Desechó la idea, tantas horas de viaje pasaban factura. Necesitaba una cama y apaciguar el bullicio de pensamientos.

Lara y Héctor la esperaban en el aeropuerto. En un restaurante repasaron el informe de imprescindibles: universidades, tiendas, gimnasio, horarios de talleres de la asociación... Ashley la había recomendado para un trabajo, sencillo y con un sueldo aceptable, en una copistería. Le entregaron una tarjeta con el número de teléfono de su nuevo jefe.

Por último, le enseñaron su nuevo alojamiento, propiedad de la Asociación Media Vuelta, donde podría vivir una temporada hasta que lograra establecerse por cuenta propia. Allí, una gran verja de acceso con puesto de control daba paso al recinto rectangular. En medio, se hallaba un edificio de tres plantas con forma de letra c; delante de este había una zona ajardinada. La primera planta albergaba las zonas comunes: cocina, comedor, lavandería y sala de estar; y las otras dos, las habitaciones.

### **HÉCTOR Y LARA**

AEROPUERTO DE BRISBANE (AUSTRALIA)

Miércoles, 20 de junio de 2012 Mañana

Héctor conducía pensativo. Lara adivinó sus pensamientos.

—¿No ha salido como esperabas? —interpeló Lara intuyendo la respuesta.

—No.

—Su historia está fuera de toda lógica: con dieciocho años ha dado la vuelta al globo terráqueo para huir de su familia. Su padre es un auténtico monstruo. ¿Te has fijado en su pose? — Héctor asintió—. Se mantiene en guardia.

—Mirada fría y acechante. Una presa convertida en verdugo. Vivirá con ello en la conciencia.

—¿Lo dices por...? —preguntó a medias Lara. Le costaba retener las lágrimas por la tensión vivida durante la conversación con Bea.

—Sí. Guardaremos su secreto, como te pidió Ashley. Es lo mejor para ella. Quizás con el tiempo consigamos ganarnos su confianza.

### **BEATRIZ**

RECINTO DE LA ASOCIACIÓN MEDIA VUELTA (BRISBANE)

Miércoles, 20 de junio de 2012 Noche

Héctor se mantuvo en un segundo plano; sin embargo, Lara la descolocó. Amable y servicial, le hablaba como si fuesen amigas desde la infancia, con fluidez y naturalidad. Insistió en que contactase con ellos, puesto que Héctor, su marido, era su padre adoptivo. Quisieron hacerle una ruta en coche por las principales zonas de la ciudad, de obligado conocimiento para desenvolverse en Brisbane. Bea agradeció las atenciones, pero rechazó la oferta. Liberó a Héctor del lazo emocional: ya era mayor de edad, sabría ingeniárselas sola. Además, no necesitaba otro padre, con la experiencia de uno ya había tenido bastante.

Aceptó el trabajo. Buscaría una autoescuela cercana, quería comprarse una moto. Con el dinero de la limpieza del gimnasio, podría pagarla en efectivo. Optó por la misma de su entrenador, un tributo a su memoria: una Harley Davidson Fortuny Eight, con la centralita, los escapes y la rueda de atrás modificada. Desechó la idea de los talleres de la Asociación Media Vuelta para mujeres maltratadas, pero seguiría con las clases de taekwondo, ya era cinturón rojo punta negra. Además, los viernes asistiría a las clases de defensa del grupo de mujeres.

Bea encendió la televisión de su nueva habitación. En el canal sintonizado emitían una de sus películas preferidas: *La última fortaleza*, protagonizada por Robert Redford. Aquella fortaleza, un edificio militar inexpugnable, no se había construido para defenderse del enemigo, sino para

que este no pudiese salir de aquellas cuatro paredes. Su prisión de sentimientos había adquirido forma propia. Imaginaba aquel lugar como una inmensa habitación blanca con forma de esfera. Puertas de diversos tamaños la rodeaban, con tan solo un par de centímetros entre unas y otras. Detrás de cada puerta había algún pensamiento oscuro, una mala vivencia, y una infinidad de redes y conexiones que los nutrían. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas, vigilaba absorta el fuego ubicado en el centro de la estancia. En el cuello llevaba un pesado cordón con cada una de las llaves, todas de distinto tamaño y forma.

CAPÍTULO 7  
BEATRIZ  
GIMNASIO (BRISBANE)

Viernes, 19 de octubre de 2012 Mañana

Desde que aterrizó en Australia, Bea había abandonado su viejo pensamiento recurrente: no deseaba ser quien era. Su familia, una cruz atada al cuello, aplastaba todos sus intentos de desvincularse del negocio familiar. Una vez más, habían llegado demasiado lejos cobrándose la vida de su entrenador como advertencia y forma de reclamo. Se dijo que tarde o temprano regresaría para saldar deudas.

Para ellos, el mundo formaba una red en la que colocaban o extraían mercancías, sin emociones ni sentimientos; en definitiva, un trabajo como otro cualquiera, pero, sin duda, mucho más rentable. Bea detestaba las directrices impuestas por nacimiento; no necesitaba poder ni dinero, solo dignidad, respeto y justicia. Recordó la canción *Quien manda*, de la Mala Rodríguez: «Si puedo vivir con lo que cae al suelo». Una cruda realidad, aprendida desde su tierna aunque no inocente infancia. Escarmentó de forma diligente: los deseos verbalizados en voz alta no solo no llegaban, sino que, además, sus ausencias se sustituían con palos, correas, piedras, encierros y gritos que se clavaban como cuchillos en un alma cada vez más volatizada.

A veces, como forma de escape, fantaseaba con asentarse en otros lugares, espacios abiertos sin barrotes ni puertas cerradas que clausuraban las estancias dentro de un horario establecido o te condenaban a estar presa tras ellas, como en la residencia escolar o en el centro de menores.

Sus pesadillas habían cambiado de índole. Ahora soñaba con unos ojos grises camaleónicos que iban adaptándose al entorno: una piedra, un árbol, el mar... La contemplaban, y sus lágrimas provocaban que se trocasen, de forma paulatina, desde el color de inicio al cristal. En el último punto lograban la transparencia y explotaban en mil pedazos. Entonces se incorporaba súbitamente en la cama, y en un grito áfono decía su nombre: Héctor. Había un verbo para aquello, pero nunca lo había escuchado hacia su persona y jamás lo había ofrecido.

Lo quería por su firma en los documentos que le otorgaban la paternidad legal, por la oportunidad ofrecida, por su mirada transparente y su voz apaciguadora, por su forma de contener las emociones y mantenerse en un segundo plano. Supo que era de esa clase de personas que dicen lo que piensan y saben cuándo es mejor callar. Lo quería porque sabía quién era, y aun así deseaba dar un paso hacia delante y brindarle su compañía. Y sencillamente porque sentía todo aquello, el miedo a que le hiciesen daño y lo eliminasen como a su entrenador subrayó la inconveniencia de forjar un vínculo con él.

Por ese motivo le incomodaba encontrarse con Héctor, sobre todo en el gimnasio; lo evitaba a toda costa. Rehuyó varios de sus amagos de acercamiento. No tenían nada que decirse, ya le había agradecido la ayuda prestada cuando él y Lara la recogieron en el aeropuerto. Les dejó claro que no esperaba nada más. No obstante, los viernes resultaba una tarea imposible: a última hora el gimnasio quedaba abierto solo para mujeres, a excepción de Héctor. Él tenía acceso libre porque hacía de *sparrring* y ayudaba a la entrenadora con los ejercicios de defensa personal. Bea se bajaba del *ring* o se mantenía alejada de este cuando él estaba cerca o se aproximaba, aunque siempre espiaba sus movimientos.

A pesar de eso, apreció cómo con el transcurso de los días se le escapaba una sonrisa de la comisura de los labios cuando él buscaba modos de acercamiento. Su mirada limpia no dejaba lugar a dudas, no había dobles intenciones; así que, fuera de toda lógica en su opinión, comenzó a rondar los sitios que él frecuentaba, bajo el estandarte de encuentros casuales, y de ese modo se acercaban un paso más cada día.

## **KORA**

GIMNASIO (BRISBANE)

Viernes, 19 de octubre de 2012 Tarde

Kora tenía cincuenta y cinco años, rostro cuadrado, cabello gris plata, ojos azules, nariz ancha y labios gruesos. Su mirada era melancólica y la sonrisa no solía estar presente en su faz. Trabajaba como asistente social, y desempeñaba de forma altruista el cargo de presidenta de la Asociación Media Vuelta desde su apertura. Recordaba una y otra vez los comienzos; realizó con Catia, la fundadora, un proyecto básico inicial, que con el paso del tiempo se había ido diversificando y adaptando a las necesidades. Las estadísticas mostraban su eficacia, la mayoría salía del pozo en el que se encontraba; sin embargo, un pequeño porcentaje no corría tal suerte, recaían de nuevo en los brazos de sus parejas, y otras acababan muertas.

Su experiencia, tras años de labor más que reputada, le decía que Bea era carne de cañón, que terminaría sus días presa o muerta en un bar de carretera. No respondía al perfil de víctima: prepotente, deslenguada, segura de sí misma, no dudaba en recurrir a la fuerza bruta para atajar los problemas... Ese gran cúmulo de rasgos de su personalidad le hacía dudar sobre la veracidad del informe. A su juicio, tanto Ashley como la asociación estaban haciendo un mal uso del dinero y de los recursos con ella.

Kora entró en su despacho, una pequeña habitación rectangular ubicada en la segunda planta del gimnasio. Frente a la puerta había un amplio ventanal, a la derecha una pequeña zona de trabajo, y delante de esta, un cuadro de Ashley en el anuncio de un conocido perfume. Ella salía de un lago con mirada felina. La imagen en sepia proporcionaba continuidad entre el tono de su piel y el paisaje.

En su mesa había una foto de ambas, posando como si fuesen grandes amigas, aunque tan solo se habían visto una vez, y Kora decidió inmortalizar el momento con aquella imagen.

Cogió el marco y observó la foto. Ashley guardaba un gran parecido físico con su abuela Catia, a pesar de la diferencia de edad.

Bella, inteligente y de gran corazón, cualidades que no solían ir cogidas de la mano, al menos, no en tan inmensa cuantía. Depositó el objeto en la mesa y buscó el informe de Bea. Nunca había cuestionado las decisiones de Ashley, entre otras cosas, porque solía ser ella quien proponía los nombres de las mujeres a quienes destinaban su contribución económica y el despliegue de los recursos de la asociación.

Le molestaba la presencia de Bea, reunía un amplio conjunto de defectos: mirada fría y desafiante, pose de autosuficiencia, y no aceptaba a Héctor como *sparring*, se negaba a practicar con él, a pesar de que era su tutor legal. En resumen, era una engreída y una desagradecida. Por si fuera poco, apenas llevaba tres meses en Australia y ya tenía una moto, que ella, a sus años, no podía costearse. ¿De dónde había sacado el dinero? Desde luego, no necesitaba la ayuda económica de la asociación ni de Ashley. La odió por estafarlos, pero, sobre todo, por utilizar a la modelo para alcanzar sus fines. Kora reflexionó:

—Tú no eres una víctima, ¿verdad? ¿De qué estás huyendo? ¿Qué escondes? ¿No irás a traer aquí toda tu mierda!? ¡Quiero que te vayas! —Cerró la carpeta con ira. Encendió el ordenador e imprimió su plan. Lo releyó varias veces—. ¡Es perfecto! Luego limaré los cabos sueltos. Hoy, sin duda, es el día adecuado para llevarlo a cabo. Saoirse no ha venido y Lara está trabajando. Héctor entrará por el aro.

**HÉCTOR, BEATRIZ, KORA, CARLA Y JANE**

GIMNASIO (BRISBANE)

Viernes, 19 de octubre de 2012 Tarde

Héctor no conseguía sacarse a Bea de la chaveta. Una firma había abierto un antes y un después en su vida. No era como apadrinar a un niño desconocido, a quien nunca vería; ella estaba allí, a veces tan cerca como para poder rozarla, y, sin embargo, su actitud con él era fría y distante. No dejaba lugar a dudas, no deseaba su compañía. Rehusó varios de sus intentos directos de acercamiento. Evitó acudir al alojamiento de la asociación, sabía a ciencia cierta que la presencia de un hombre por los alrededores resultaría sospechosa y, para algunas mujeres, incómoda.

Durante las dos últimas semanas, más o menos, se la había encontrado de forma casual, incluso varias veces a lo largo de un mismo día, sobre todo en el supermercado. La miraba, sonreía y aguardaba sus movimientos con paciencia. De forma progresiva, Bea pasó de cambiar de sección a permanecer en ella para observarlo con detenimiento.

Desde la primera vez que la vio en el aeropuerto, deseó abrazarla y llevarla a casa para ofrecerle, con Lara, una familia, o al menos un hogar donde sentirse cómoda y segura. Esperaba con ansia la llegada del viernes para poder pasar un par de horas junto a ella en un mismo espacio, aunque no hablaran.

Fuera de todo pronóstico, el cariño, si es que podía llamarlo así, iba creciendo en su interior. No sabía qué nombre poner a aquellos sentimientos en auge, nunca los había profesado hacia ninguna persona. No era amor, deseo ni amistad. No era su verdadero padre, eso estaba claro, ella ya tenía uno y dejaba mucho que desear. Comprendía que no buscara un sustituto para aquella figura. Además, apenas había diferencia de edad entre ambos. Pero entonces, ¿qué era?, se preguntó.

Kora le había abordado, sin muchos miramientos, para exponerle un plan descabellado: subir al *ring* con Bea. De entrada, le pareció una locura manifiesta, con la que echaría por alto los pequeños avances en su relación. Sin embargo, la presidenta insistió e hiló una serie de argumentos en torno a una misma idea: es lo mejor para ella, está estancada, necesita avanzar y enfrentarse a sus miedos. Él no aceptó. Fue al vestuario a cambiarse de ropa con un guion que le había suministrado, sobre cómo actuar y qué decir. Lo leyó. Hizo varios amagos de coger el teléfono para consultarlo con su cuñada Saoirse, que permanecía en casa con fiebre.

Lara estaba en un preestreno y tenía el móvil en silencio. Notaba en la sien la presión de una idea que le atormentaba: no hacer aquello que Kora le proponía, ¿era lo mejor para ella o para él? Sintió cómo el egoísmo se abría paso como un hacha afilada en sus entrañas. Descolocado y presionado, sin nadie que secundase su punto de vista, dudó.

—¿De verdad quieres ayudar o solo vienes a pasar el rato?

—inquirió Kora dirigiéndose a Héctor cuando salió del vestuario.

El veterinario cogió el teléfono para llamar a Saoirse; comunicaba, supuso que hablaba con su madre. Accedió. Concretó con la presidenta la forma de llevarlo a cabo, eliminando parte de la puesta en escena, ya que la consideró demasiado agresiva y soez.

Bea comenzó un pequeño combate con otra mujer. La chica se bajó y subió Héctor, con pantalones largos y con el torso descubierto. Bea odiaba esa clase de hombre que él estaba representando. Sintió náuseas. Se detestó por creer en su bondad. Después de todo, quizás fuese solo eso, un hombre corpulento y pretencioso, si no, ¿por qué estaba haciendo aquello? Escrutó su pose, le pareció una forma vanidosa de entrar en el *ring*, nunca lo había hecho con anterioridad. Sus ojos... ¿seguían allí? No era capaz de apreciarlo, la ira iba creciendo en su interior.

En el momento en que puso el pie en la tarima Héctor se odió. Quizás no surtiera efecto, y Bea podría acabar destrozada emocionalmente por su culpa. Primero lo intentaría por las buenas.

—Bueno, señorita, ahora conmigo —dijo Héctor.

—Yo no combato con hombres —señaló drásticamente Bea.

Héctor recordó algunas de las frases menos ofensivas del guion que le había proporcionado Kora: «Ha llegado el momento de demostrar quién manda aquí». «Necesitas a un hombre que te ponga en tu sitio». «¿Vas a salir corriendo como las niñas pequeñas?». Ninguna de aquellas se ajustaba a su personalidad, y mucho menos deseaba verbalizarlas en voz alta. Se detestó por no haber pensado en ese aspecto antes de subirse al *ring*. Ya era tarde para echar marcha atrás, tendría que salir del paso como fuera.

—Vamos, sabes que no te tocaré, empezaremos por lo básico.

—¡No! —contestó Bea de forma tajante.

—Quiero saber qué tal te defiendes, eso es todo —expresó Héctor. Desde que la vio por primera vez en el aeropuerto había tenido varias pesadillas en las que Bea era atacada por varios hombres y le pegaban una paliza. Despertaba envuelto en sudor y lágrimas cuando uno le sujetaba del pelo y comenzaba a arrancarle los botones con un cuchillo.

—No me interesa lo que tú quieras. —Bea se dirigió a Kora y luego a Héctor—. ¡No combato con hombres y no practicaré los ejercicios contigo! —bufó.

—Ah, ¿no? —Héctor decidió dar un paso más allá. Fue tarde cuando analizó el significado de sus palabras—. ¿Entonces qué prefieres hacerme? —Empezó a girar alrededor de la chica manteniendo las distancias. Ella contrarrestaba sus movimientos.

—¿De qué coño va esto? —Miró perpleja a la entrenadora y a la presidenta, que se mantenían impasibles. Apreció cómo Kora grababa con el móvil. ¿Qué era aquello? ¿Se la estaban jugando?

—¿Tienes miedo?

Ante la disyuntiva entre bajarse ofendida del ring o enfrentarse a la expresión y su significado, Bea optó por la última.

Nunca más, se dijo. Las palabras «¿Tienes miedo?» repicaron en su mollera. No volvería a pasar por ahí, a no defenderse por el miedo a las represalias, ya no era una niña pequeña y asustada.

Necesitaba efectividad. Percibió a Héctor como a un saco de boxeo, apartó su humanidad y sentimientos. Propinó cada uno de los golpes buscando las zonas donde infligiría más dolor. Él cayó con la mano derecha en las costillas. Cuando se levantó notó cómo guardaba su mano izquierda. Tocado. Ahora lo hundiría.

La entrenadora y varias alumnas pararon a Bea, tras un esfuerzo titánico para no entrar en la trayectoria de sus golpes.

Tampoco fue tarea fácil para Kora abordarla antes de que fuese a las duchas y convencerla, con ayuda de otras chicas, de que pasara a su despacho para ver la grabación. No accedió a sentarse, permaneció con la mirada fija y pétrea en la pantalla. Su faz se mantuvo serena. Recibió el escrutinio de las mujeres allí presentes.

Esto reforzó su actitud: no mostraría debilidad.

Cuando hubo terminado la grabación, Kora le dio el papel impreso con las frases que había proporcionado a Héctor, con anotaciones de cómo debía formularlas y cómo actuar. Comprobó que no había utilizado ninguna.

Leyó algunas en voz alta:

—«Necesitas a un hombre que te dé un buen meneíto y te ponga en tu lugar». «No te hagas la estrecha conmigo, seguro que te van estas cosas». «Vamos, nena, enséñame lo que sabes hacer».

—Bea las consideró ofensivas y fuera de lugar.

Algunas chicas comenzaron a cuchichear. Ninguna había leído la lista de Kora. Observó cómo Carla y Jane miraban a la presidenta y a la entrenadora con desprecio, habían perdido su

confianza. Eso la contentó en parte.

Carla cogió el papel de las manos de Bea. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas mientras leía el resto de oraciones y las anotaciones de Kora al margen.

—Deberíais saber dónde os metéis y con quién, antes de hacer algo así —espetó Bea.

—Lo siento, Bea —confesó Carla—. Creo que hablo en nombre de todas, no sabíamos nada de este listado; de haberlo sabido no lo habríamos permitido. ¿Aceptas nuestras disculpas?

—Sí, no os preocupéis. No tengo nada en contra vuestra.

Bea aborrecía a Kora. Desprendía una sutil fragancia de sabionda. Nunca se equivocaba en las primeras impresiones. Esto no era la gota que colmaba el vaso, había logrado estallar. La miró de soslayo, parecía disfrutar bastante con todo aquello. Eso la sacaba de quicio.

—Bea, era un acuerdo. Ya has visto que no te ha puesto un dedo encima en ningún momento, y lo has reventado a golpes —comenzó Kora sin preámbulos. Su respuesta desmedida durante el combate apalabrado con Héctor reforzaba la opinión que tenía de ella.

Bea no dijo nada. Caminó hacia la puerta con paso firme, sin mirar atrás. Se llevó las manos a la cabeza y se acarició el pelo recogido en una cola. Finalmente, decidió soltárselo. Recolocó pausadamente el cabello de forma ritual.

—Ya sabes que él nunca toca a las chicas, ¿verdad? —prosiguió la entrenadora. Bea permanecía de espaldas sujetando el pomo de la puerta.

—¡Buenas tardes! —atajó con naturalidad.

Bea necesitaba una ducha, se sentía sucia. Hacía mucho tiempo que no revivía aquella sensación con tal intensidad. Fue consciente de su pérdida de control, de no saber establecer los límites. Tanto como para necesitar la asistencia de varias mujeres para hacerla parar. Se dejó provocar, saltó la chispa que ponía en funcionamiento toda su agresividad contenida. ¿Cómo no supo ver la jugada? Tal vez la vio, pero prefirió entrar al trapo. Se sintió como una estúpida cuando analizó los hechos y comprendió que Kora se la había jugado a ambos. Despertó del ensimismamiento al oír los ruidos de las demás que entraban a cambiarse de ropa.

Uno de los bancos recibió una bolsa tirada desde cierta distancia y dejó escapar un quejido metálico. Supuso que era Jane, siempre andaba a trompicones, haciendo mucho ruido y aspavientos; necesitaba hacerse presente ocupando el mayor espacio posible, o llamando la atención con su tono de voz. A Bea le resultaba curiosa esa actitud viniendo de una mujer tan menuda y delgada. Le recordaba al Australian terrier. Ese perrito tan diminuto desprendía la misma actitud de autosuficiencia y superioridad ante los demás, inconsciente de su tamaño, envalentonado a pesar de tener que alzar la vista para alcanzar los ojos de quienes tenía en frente.

Comenzó a secarse sin salir de la ducha. Era una situación incómoda. Tenía que hacer grandes esfuerzos para que no se le mojase la ropa con el resto de agua. No le gustaba hacerlo delante de otras personas, era una incursión en su intimidad que no estaba dispuesta a asumir. Su cuerpo era suyo. No le gustaba exponerse a que ojos ajenos palpasen cada detalle, ni aportar material para las habladurías de la tertulia de la tarde. Verían sus marcas y preguntarían quién o cómo se hizo cada una de ellas.

Mientras se secaba, un hilo de agua entraba lentamente por el desagüe. Esperó unos segundos a que se desvaneciera y se vistió con presteza. No deseaba apurar demasiado el tiempo allí dentro.

Las demás mujeres acabarían entrando al resto de duchas. Algunas se enfundaban en una toalla que dejaban en un colgador, otras pasaban completamente desnudas, en un gesto tan natural y cotidiano como impensable para ella.

Terminó de abrocharse la blusa y volvió a la realidad unos instantes al escuchar el quejido de

una de las chicas. Se le había caído algo en el pie. Las demás comentaban que no era nada, pero seguía quejándose. Era esa chica menudita de nuevo. Reconoció su voz; en ese momento hubiese asegurado que reverberaba, produciendo un sutil eco apenas perceptible. Dejó escapar una sonrisa torcida. Respiró hondo y cruzó con rapidez hasta la salida.

Kora la abordó otra vez cuando se disponía a salir del gimnasio absorta en sus pensamientos. Fue contundente y directa al grano.

—No puedes dejar las cosas así.

Kora señaló con un dedo al vestuario masculino. A veces, cuando se dirigía a ella, dudaba entre si entendía bien su idioma, o su expresión se debía a su carácter.

Bea hizo un amago de marcharse. Su interlocutora la paró en seco. La agarró del brazo con fuerza y la retuvo mirándola a los ojos con aspereza.

—¡Hoy! ¡Lo arreglas hoy! —Su voz sonó fría y amenazadora.

—¡Mira, bonita! No sé con qué clase de hombres te habrás topado en tu vida. No es asunto mío. Pero él no tiene nada que ver con ellos. ¡Él los detesta! Por eso viene. Y quiero que siga haciéndolo.

Bea dejó caer la bolsa de deporte al suelo. Y se enfundó en su mirada impenetrable. Pensó: «¿Esta mujer nunca se cansa de proferir la misma cantinela?». La miró, recorriéndola desde los pies a la cabeza, escrutando sus gestos y la profundidad de su discurso.

Kora le soltó el brazo de forma brusca y retrocedió varios pasos. Lo estaba volviendo a hacer, siempre conseguía sacarla de sus casillas e intimidarla. Ella había encendido una cerilla frente a sus narices. No contenta con eso, tuvo la sensación de estar moviéndola de un lado a otro con grandes aspavientos. Había quedado claro cómo actuaba cuando alguien la provocaba: sin medida ni control. Tuvo miedo. Lo mismo debía cambiar su actitud con ella, aunque este pensamiento llegaba más tarde de lo que hubiese deseado.

Kora fue el nombre que eligió su madre. Un nombre aborígen australiano cuyo significado era compañía, compañero. Aunque también podía provenir de un nombre americano, Coral, que significaba doncella. Todo un conjunto de pretensiones que una madre abnegada quería transmitir a un bebé. Como si con el solo hecho de elegir un nombre al que se le atribuyesen una serie de cualidades o características de forma tradicional, o incluso míticas, bastase. Su madre creía firmemente que un nombre con carácter determinaba la vida de una persona. En ese momento, no podía sentirse más lejos de todos aquellos propósitos maternos con los que había crecido desde su infancia. Había perdido su buen hacer con aquella chica: ¡fuera la dulce y gentil doncella! Si alguna vez había estado allí, se esfumó.

Tampoco se consideraba en aquel momento una buena compañía. Al llegar a casa, estaría de morros con su marido y sus hijos. Se refugiaría en la nevera, con el pretexto de guisar cualquier cosa para el día siguiente. Nada le tranquilizaba más que enfangar la cocina y cobijarse en sus cacerolas. Durante ese tiempo, nadie pisaba en un radio de diez metros a su alrededor, con objeto de no verse envuelto en tareas de pinche, friegaplatos y otros menesteres.

Lara le haría una visita, y no de cortesía. Héctor había escapado malparado, la mano izquierda estaba fracturada y las costillas las tenía inflamadas, querría explicaciones, e incluso puede que su dimisión; tendría que estar preparada.

Aparte del daño físico, no se había parado a sopesar las consecuencias emocionales para él. No les otorgaba los mismos sentimientos ni emociones a los hombres que a las mujeres. Su marido era un buen ejemplo de ello, sin ir más lejos: trabajador y buen padre, cumplía con sus obligaciones de esposo regularmente, pero no se deleitaba en halagos. Las caricias eran un modo de acercamiento que duraba el tiempo justo e imprescindible para pasar al plano horizontal. Una

cama cansada de revivir el mismo breve episodio. Él no era muy hablador y mucho menos paciente escuchando. Por extensión, a todos los veía del mismo modo. Su trabajo en el gimnasio no contribuía demasiado a mejorar su idea de los hombres, puesto que las chicas que acudían a clases de defensa personal arrastraban un pasado turbio. Tan solo Héctor se salía de la norma. Confiaba en él. Todas las chicas lo conocían. No efectuaba miradas furtivas, no las tocaba nunca.

Bea recogió su bolsa de deporte del suelo y se dirigió sin más preámbulo a la ducha masculina. Solo estaría Héctor terminando de vestirse. Con unas disculpas formales bastaría. Supuso que, como a cualquier hombre, no le agradaría en absoluto verse en aquella situación. Puede que fuese un agravio, una mella en su orgullo masculino.

Hizo algo de ruido a propósito mientras cruzaba la sala, delante de las taquillas. No quería aparecer de la nada y que se llevase un sobresalto. Podría tomárselo como otra forma de afrenta más, o pensar que venía a continuar con el combate. Dejó caer su mochila en una de las baldas metálicas, imitando a Jane.

El vestuario masculino era considerablemente más amplio que el femenino. *Grosso modo*, ambos tenían una línea de taquillas para guardar la ropa y los enseres personales con una pequeña abertura en la puerta donde colocar un candado. Delante de estas, varios bancos de metal facilitaban el aseo. En el vestuario femenino, aparecían colocadas en el lado izquierdo, aprovechando una pared como soporte natural. En el masculino, aparecían en medio de la sala. ¿Por qué sería así? Decidió ver la disposición de las taquillas desde el otro lado. Allí estaba Héctor, desnudo, sentado en uno de los bancos sobre su toalla doblada, rebuscando con rapidez la ropa limpia en su bolsa.

Héctor tenía una punzada en el pecho, que mitigaba cualquier dolor de la muñeca o las costillas: mala conciencia. Necesitaba pedirle perdón, o aquel sentimiento le arrasaría el corazón hasta dejarlo hecho jirones. Pero ¿cuándo y de qué modo? No era capaz de encontrar el momento ni la forma de hacerlo.

Se desvistió y se duchó. Dobló la toalla sobre un banco metálico y se sentó encima. Oyó unos ruidos en la zona de las taquillas; imaginó que era Bea: tal vez la posibilidad de pedirle disculpas no estuviese tan lejos. Acercó la bolsa de deporte con presteza y la subió al banco, necesitaba vestirse rápido. Contó con la posibilidad de que ella pasara a la zona de las duchas y le avergonzaba que lo viese desnudo.

Al ver a Bea, Héctor cogió lo primero que encontró en la mochila para taparse: unos calcetines doblados. Notó cómo el calor subía a su rostro, se sonrojó. Ella dejó escapar una sonrisa tenue. Él volvió a rebuscar en la bolsa con su mano derecha, mientras mantenía la otra en su entrepierna.

Las prisas jugaron al veterinario una mala pasada: la bolsa acabó en el suelo a varios pasos de él, aunque en ese momento sentía que estaba a kilómetros y kilómetros de distancia. Sopesó sus posibilidades. Ni siquiera era capaz de alzar la vista y mirarla a los ojos.

Héctor rompió el silencio hablándole en español. Utilizó ambas manos para taparse.

—Supongo que has venido para que me disculpe...

—¿Disculparte tú? —preguntó ella.

Bea estaba atónita, tanto por la situación, incómoda para ambos, como por sus palabras. No vio doblez en ellas. Además, era la primera vez que se dirigían a ella en español desde su llegada y le sentaron como un bálsamo caliente en un crudo invierno. Fue relajando su semblante y su pose.

—¡Sí! —Él miró al suelo tratando de averiguar cómo alcanzar la bolsa con la mayor naturalidad posible—. Me he pasado mucho. No debí hacerlo. Ha sido una idea horrible.

Bea se sentó en el banco y colocó la bolsa en medio de los dos. Fue dándole la ropa en orden para que se fuese vistiendo.

—¡Bueno! Yo tampoco he estado muy comedida. No debería haberte dado tan...

—Fuerte. —El *sparring* terminó la frase. Bea estudió su rostro: no vio ninguna hostilidad. Se sorprendió—. ¡Lo tenía merecido!

—No sé qué decirte. He visto el vídeo, el listado de frases... No has usado ninguna.

—Algunas frases eran demasiado ofensivas... —confesó el *sparring*.

—¡Todas lo son! —manifestó Bea.

—Es cierto. ¿Vas a perdonarme? —La miró buscando en sus ojos la respuesta.

—En todo caso, ambos deberíamos perdonarnos, ¿no crees?

—¿Ambos? —preguntó mientras terminaba de colocarse las botas y se metía los cordones por dentro de la solapa: abrocharlos con una sola mano era una tarea imposible.

—¡Sí!

—Yo no tengo nada que perdonarte, cielo.

—Yo creo que sí. Ambos, ¿de acuerdo? —insistió Bea.

—Sí. Gracias, *Beatrí* —dijo él relajando su acento andaluz oxidado.

Bea se detuvo en los ojos de aquel hombre. Sus ojos azules cristalinos estaban a mil años luz de cualquier signo de malicia.

—¿De qué parte de Andalucía eres?

—De Málaga. Tú eres de Puerto Real, ¿no?

—No, *quillo*, nací en *Cai* —indicó ella, tal como se decía en su tierra.

A lo largo del discurso, Bea apreció su dialecto. Esa forma de decir su nombre era una invitación a la cordialidad y a forjar lazos. De forma instintiva, quiso hacerlo. No se lo planteó, fue fluyendo de forma espontánea. No solía equivocarse en las primeras impresiones. El incidente del *ring*, si tenía en cuenta la encerrona, para ambas partes, solo subrayaba la imagen que había construido de él. Era evidente: de no existir un vínculo entre ambos, a través de una firma en unos documentos, jamás se hubiese fijado en un hombre con su aspecto. No le gustaba la admiración que despertaba en las mujeres del grupo de defensa personal. La entrenadora, además, lo miraba como si fuese comida, repasando su cuerpo sin tapujos. A pesar de eso, tuvo que reconocer, no estaba nada mal y era de trato afable.

—¿Has terminado ya? —preguntó Bea.

—Sí.

Bea se ofreció a llevarle al hospital y luego a su casa. Esperó a que Lara llegase del trabajo para pedirle disculpas personalmente por pegar a su marido.

### **LARA, BEATRIZ Y HÉCTOR**

HOGAR DE LARA Y HÉCTOR (BRISBANE)

Viernes, 19 de octubre de 2012 Noche

—Mañana Kora recibirá mi visita. Y vosotros dos... me tenéis contenta. A ti no se te puede dejar solo ni un minuto. Te lo tienes bien merecido. —Lara le dio una colleja en la nuca.

—¡Au! —exclamó Héctor mirando al suelo.

Bea sonrió.

—¡Y tú, señorita, no pensarás que voy a cuidar yo sola de él! Ya estás recogiendo tus cosas y mudándote a la casa de invitados hasta que se ponga bien. ¿Dos meses ha dicho el médico? —Héctor y Bea asintieron—. Pues será tu castigo.

—¿Por pegarle? —dijo Bea mirando al suelo.

—No —refunfuñó Lara—. No me has llamado ni una sola vez desde que llegaste a Australia.  
¿Te parece bien?

—No.

Lara se acercó a Bea. Sus ojos se le clavaron en el corazón.

Los ojos fríos del aeropuerto se habían esfumado, en su lugar se había instalado el cristal cuarteado, el brillo intenso de quienes han aprendido a retener las lágrimas como mecanismo de defensa. Conocía bien esa mirada, su hermana Saoirse la vestía con asiduidad. Entró en sus pupilas, se vio reflejada. Sabía qué significaba aquello. Quizás fuese la primera reprimenda de su vida a la que no acompañaban palos, correas o cualquier otro instrumento de tortura.

No tenía dudas, buscaba la conformidad en sus ojos. La halló y la abrazó. Percibió su primer abrazo, indeciso y frío. La atrajo progresivamente hacia ella. Acarició su pelo con suavidad, como aprendió de su madre: cuando las cosas no marchaban bien, las palabras eran innecesarias y el único consuelo era ese.

Notó cómo relajaba la espalda y los hombros, cómo se adaptaba a su silueta y cómo el calor se fusionaba desde dos polos opuestos al centro de ambas.

—Gracias —susurró Bea fundida en su cuerpo.

—¿Y yo no tengo abrazo? —preguntó Héctor frunciendo el entrecejo.

—No —contestaron ambas.

Sonrieron. El sueño de Héctor empezaba a materializarse.

CAPÍTULO 8  
**ELSA, CÉSAR, LA SEÑORA LOLA,  
HÉCTOR, SAOIRSE Y BEATRIZ**  
RESTAURANTE NO NI NA (BRISBANE)

Martes, 7 de febrero de 2017 Tarde

Los padres de Héctor, Elsa y César, también eran veterinarios. Se conocieron en Málaga en una protectora de animales; por aquel entonces, ella era voluntaria, y él acudió con un perro abandonado al que acababan de atropellar. César encontró el camino en sus ojos y la pasión por los animales les unió.

En sus sueños en voz alta, a todas horas, siempre nombraban un rancho en Australia. Trabajaron duro combinando varios trabajos, pero nunca era suficiente. La oportunidad les llegó con una herencia familiar de Elsa: la señora Lola dejó a ambos todo su capital y propiedades. En la familia resultó sorprendente, todos desconocían su poder adquisitivo. La trataban como a una vieja loca amargada, ausente y resentida con los hombres. Solo César y Elsa, aprovechando la proximidad de sus viviendas como excusa, le hacían varias visitas breves a la semana para comprobar cómo se desenvolvía y para llevarle comida casera recién hecha. Nunca aceptaron un céntimo de aquella señora, el billete doblado por sus servicios sobre el taquillón de la entrada era siempre el mismo; y nunca consiguieron mantener una conversación distendida con ella, exceptuando un frío gracias a modo de despedida. La herencia venía acompañada de una breve nota de agradecimiento y una petición cortés: Lola quería que el rancho ofreciera, de forma permanente y gratuita, una escuela de equitación para niños y adultos con discapacidad, incluida la motora. Subrayó este aspecto, y aportó diversos informes de estudios para su consecución y el nombre de la asociación: «Capaz». Incluyó planos de los establos y un círculo en rojo en el mapa de Australia en Brisbane. Después de todo, ella sí les escuchaba y compartía con ellos su sueño.

La señora Lola diseñó para el alojamiento del caballo una combinación entre establo americano y boxes tradicionales e incluyó en los planos un recinto largo dividido en cuadras con un pasillo central, donde se preparaba al caballo antes de la monta.

Para solucionar los problemas de ventilación y las aglomeraciones, cada cuadra se abría directamente al exterior. En la parte trasera, dispuso una zona para el lavado del caballo. La señora Lola organizó cinco establos con un sector de guadarnés central en cada uno de ellos. Los distribuyó en hileras en función de la raza y el trabajo del caballo. Añadió seis pistas: inicio, salto, enganche, yincanas para niños, velocidad y una pista cubierta que comunicaba directamente, por una puerta de acceso, con el pabellón de veterinaria. Colindante con este último, el despacho central y la administración.

El control se hallaba en un punto medio entre la administración y el almacén donde se guardaban la comida, la paja y el material de cama. En un lugar bastante alejado de la entrada se acumulaba el estiércol. Además, contaban con varias zonas de pasto para equinos, y con un cercado con refugio para caballos salvajes, que entregaba la Asociación Waler. No había demasiados ranchos que los aceptaran, puesto que llegaban en pésimas condiciones de salud.

Elsa tenía cincuenta y cuatro años; su hijo Héctor se parecía físicamente a ella: misma hechura de cara, ojos azul cerúleo, sonrisa amplia rematada con hoyuelos, manos grandes y suaves siempre dispuestas. Cuidaba su alimentación, evitaba la ingesta de carne, pescado, dulces y alcohol. La diabetes no permitía excesos. Un par de veces a la semana iba a clases de yoga. Dirigía el rancho Centinela e impartía las clases de doma clásica, incluido un grupo de inicio de la Escuela Capaz. Algunas veces acompañaba a Héctor al convento de Santa Catalina. Le divertían las galas benéficas de las monjas y colaboraba en la cocina con la madre superiora. Ser

veterinaria nunca fue una opción más para ella: adoraba los animales, y en especial los caballos.

Elsa había pasado la tarde de compras con Héctor y Saoirse, recorrieron una buena parte de tiendas de decoración y mobiliario de Brisbane. Ninguno contaba con un don especial para decidirse entre la multitud de alternativas; echaron de menos la mano y el buen gusto de Elena y la determinación de Bea. Se fueron como habían llegado, con las manos vacías y un listado interminable de posibles adquisiciones.

Dudaba entre obviar el día tan señalado para su hijo y, por consiguiente, evitar cualquier tipo de comentario referente a Lara, o preguntarle directamente cómo se encontraba. El vaivén de las posibilidades que abarcaban ambas opciones, junto con los pros y los contras de cada una, pululaba en su cerebro como un enjambre de abejas. No quería remarcar su ausencia, pero tampoco pasar por alto un día así. Tal vez no era correcto iniciar una conversación delante de Saoirse, puesto que implicaba la posibilidad de rehacer su vida con otra mujer. No quería ofenderla.

Terminaron la velada en un restaurante. César llegó acompañado de Bea; tras un breve saludo, su marido formuló la pregunta que ella llevaba rumiando toda la tarde. Adoraba su simplicidad.

—Héctor, ¿qué tal te encuentras hoy? —preguntó César.

Vio cómo su esposa intensificaba la mirada: eso significaba que aún no le había preguntado nada al respecto. Elsa se enredaba en la búsqueda de la forma adecuada para hacer las cosas, intentando producir el menor impacto emocional en su hijo, y en consecuencia convenía callarse para no herir sus sentimientos. En contraposición, su actitud con su hija Elena era bien distinta, las descargaba en torrente sin esperar respuesta por su parte.

—Mejor. Saoirse y yo hemos hecho propósito de enmienda, con un discurso espeluznante por su parte. Espero que desde el más allá no se lo tomen en cuenta. —Héctor sonrió y miró a Saoirse.

—¿Tan horrible ha sido? —cuestionó Bea.

—Sí, me temo que sí —admitió Saoirse poniendo los ojos en blanco y parpadeando de forma exagerada. Provocó la risa de los presentes.

César tenía cincuenta y cinco años, pelo gris plata, ojos pequeños y verdes, nariz alargada y labios finos, que disimulaba con una barba de tres días bien cuidada. Usaba gafas para la lectura, solía dejárselas sobre un libro, debajo de los papeles, en la cabeza como visera... Su bien máspreciado era su familia y el rancho un capricho que la fortuna quiso otorgarle. Funcionaba como hombre para todo: colaboraba con Héctor en las labores de veterinaria, atendía a determinados clientes, repasaba las cuentas con Elsa y trabajaba en clases de enganche, sobre todo con alumnos de la Escuela Capaz. Algunos participaban en concursos, y habían obtenido varias veces el segundo premio.

El primero se resistía, pero estaba convencido de que el trabajo daría su recompensa tarde o temprano.

Durante la cena tuvo varios instantes en los que sus pensamientos se cruzaron con las necesidades del rancho: la administrativa estaba embarazada y pronto pediría la baja por maternidad; John había solicitado ese puesto; un incremento considerable en la demanda de las clases para niños requería habilitar una sala de espera para las familias, puesto que la mayoría se paseaban por el recinto a sus anchas, incluidas las zonas restringidas, lo que ponía nerviosos a los animales.

Con respecto a John sopesó las opciones; le colocaba entre la espada y la pared. Tendrían que buscar otro entrenador de doma vaquera que impartiese clases de rodeo. Un pensamiento fugaz cruzó su testa: quizás fuese su forma, poco convencional, de pedir un aumento de sueldo, u otro ayudante o entrenador durante la preparación de las competiciones; o en definitiva,

reconocimiento profesional.

Había solicitado a Bea el diseño de la cartelería sobre las normas de los usuarios en el recinto, y los planos de las reformas esperaban con impaciencia en su mesa a que tomase una decisión.

Optó por celebrar una reunión informal el viernes por la mañana para concretar cada uno de los aspectos.

## **ELENA Y ELSA**

HOGAR DE CÉSAR Y ELSA (BRISBANE)

Martes, 7 de febrero de 2017 Tarde

Elena llegó a casa agotada; justo cuando salía del hospital, recibió una llamada del convento de Santa Catalina: Catia había sufrido una subida de tensión. Permaneció a los pies de su cama hasta que determinó que el peligro había pasado. Le prometió que guardaría el secreto, no quería alarmar a nadie de forma innecesaria.

Preocupada por su hermano Héctor y las mil cruces, lo llamó en cuanto subió al coche y conectó el manos libres. Le respondió con evasivas, como de costumbre. Visualizó su sonrisa apocada y sus ojos refugiados en algún objeto de la estancia. Desde la muerte de Lara y el bebé, él había abandonado la búsqueda intensa de la verdad y la bondad de las personas en sus ojos. Insistió en una cena con Ashley, que acababa de llegar a casa, se había retirado de la pasarela y se haría cargo de la finca familiar. Obtuvo una negativa.

Supuso por qué: le había hablado tanto de ella, y de la buena pareja que hacían, que la evitaría a toda costa mientras fuera posible.

Recordó la conversación que tuvo con Saoirse, el propósito de ambos de avanzar y pasar página. Quedó petrificada con la nota de despedida de Lara y el sueño de Héctor. En ambos, ofrecía una sola palabra a unos pies paralizados y a unos ojos cegados por el dolor: «ve». Prometió guardar el secreto hasta que su hermano decidiese contárselo. No podía traicionar la confianza de Saoirse, pero lamentó hallarse excluida. Aunque perteneciera a ese grupo de personas capaces de custodiar secretos sin irse de la lengua, los misterios no los deseaba en su vida, ya no. Hubiese preferido el pleno desconocimiento de aquellos hechos, que convertirse en una espectadora de la vida de su hermano.

Durante la conversación con Héctor, su madre pidió el teléfono para hablar en privado.

—¿Qué tal el día? —preguntó Elsa de forma cortés.

—Duro. Necesito llegar a casa, tomar un baño y descansar un poco las piernas.

—¿Sabes qué día es hoy? ¿Vas a acercarte un rato para estar con tu hermano? Es un día muy importante para él.

—Lo llamé esta mañana, hoy duermo en su casa.

Elsa sonrió, pero pronto la realidad se impuso y le ensombreció el rostro. Elena pareció leerle el pensamiento.

—No te preocupes, guardaré el hacha de guerra hoy. No me acercaré a Bea, ni le haré ningún comentario desafortunado. ¿Alguna cosa más?

—Sí, ¿puedes recoger las cartas del buzón? Lo olvidé.

—Sí, claro, no te preocupes —confirmó Elena.

Elena aparcó el coche, las recogió y las clasificó según el destinatario. En su montón, en el que prevalecían las facturas, había una carta con el remitente número 1. La abrió: contenía una pieza de puzle en rosa chicle. La dejó en el cajón del escritorio.

Puso la canción *Lacrymosa* de Evanescence para acompañar el baño de lágrimas, por Lara, por Héctor, por ella misma.

CAPÍTULO 9  
**SAOIRSE**  
VIVIENDA DE SAOIRSE (BRISBANE)

Martes, 7 de febrero de 2017 Atardecer

La noche se asomó por la ventana y talló los objetos de penumbra, al tiempo que vaciaba la oscuridad interna de las almas inanimadas sobre los planos horizontales de la estancia. Los contornos dejaron de serlo y dilataron sus límites más allá de las fronteras permitidas en la luz del día. Saoirse odiaba la oscuridad, transfiguraba su esencia, y su cuerpo deshumanizado formaba parte del elenco exánime de la sala. No había demasiado de ella dentro. El sofá la llamaba, como un amante fiel y despiadado, deseoso de otra noche en blanco para rumiar juntos un pasado desgastado. Subsistiría así, despojada, marchita, pero no sabía durante cuánto tiempo.

Su lengua, mutilada a golpes, callaba. Había aprendido bien la lección: mejor el silencio o unas palabras anodinas sobre el tiempo en un cruce de caminos, que suministrar notas a un interlocutor lacerante.

CAPÍTULO 10  
**JOE, HÉCTOR, BEATRIZ Y BEN**  
RANCHO CENTINELA Y CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Miércoles, 8 de febrero de 2017 Mañana

Joe, el presidente de la Asociación Waler, se presentó en el establo para hablar con Héctor: quería aumentar el número de caballos anuales de los que el rancho Centinela se hacía cargo.

Héctor aludió a la falta de recursos para atenderlos de forma adecuada. Los equinos llegaban en pésimas condiciones, algunos morían durante el trayecto y otros durante las primeras semanas. Joe mostró una vieja foto de prensa con el titular: *El sacrificio aéreo*.

Necesitaba tocar la fibra sensible del veterinario. El semblante de Héctor se transfiguró. Había ganado su atención.

—Tengo que concretar algunas reuniones, en un par de meses te presentaré un proyecto sólido. Sabes que este rancho es especial para mí, vengo a montar aquí con mi familia y amistades. Veo cómo tratáis a los animales, a las personas, sin distinciones —argumentó Joe. Su hija acudía a la clase de los viernes de la Escuela Capaz—. Es una vergüenza que haya gente que pague una fortuna por un caballo y a otros se les dispare desde helicópteros.

¿Cuánto vale el caballo más caro en el establo de guarda?

—Casi un millón. Es un semental de raza árabe.

—¿Y del rancho?

—Medio millón, más o menos. Es un caballo pura sangre inglés de carreras.

—¿Cuál tiene como vecino de al lado? —preguntó Joe, para armar así su discurso.

—Ya lo sabes, uno de mis caballos: un Waler.

Héctor conocía sus pretensiones: aumentar el número de ejemplares que la asociación les proporcionaba.

—Eres un liante —declaró Héctor.

—Confía en mí, por favor.

Se estrecharon las manos.

Héctor ya había terminado las rutinas sanitarias de los caballos; de lunes a viernes, dedicaba un día en profundidad a cada uno de los establos. Había revisado las patas, dientes, pulso y respiración. Anotó las observaciones en la ficha de cada equino.

Tuvo una intuición, e hizo un breve descanso para ir a ver a Bea.

Bea ya tenía veintitrés años. Era una mujer de complexión atlética con la musculatura bien definida, frente amplia y redondeada, cabello largo y negro azabache con un corte recto y el flequillo en cascada sobre los ojos. Alrededor de la pupila, un círculo color avellana conformaba el centro de un abanico de tonalidades, entre el verde y el celeste, que se abrían en forma de estrella de mil puntas. Tenía pómulos marcados y sonrosados. No solía dedicarle demasiado tiempo al maquillaje, suave e informal; pero cuidaba con esmero su pelo, suelto o con recogidos imposibles de repetir dos veces. Había terminado Diseño Gráfico y cursaba un máster a distancia de Diseño Gráfico de la Comunicación. Trabajaba en una copistería, conservaba el mismo trabajo desde que llegó a Australia. Empleaba la mayor parte del tiempo en hacer deporte, fitness de estilo militar, taekwondo, *parkour* y *free running*. Varias veces a la semana salía a correr; visualizaba su pasado a su espalda, y con cada zancada se alejaba más y más de él.

Llevaba más de cuatro años viviendo en Brisbane, la mayor parte del tiempo con Lara y Héctor. El motor de la vida de Bea era devolver el favor y dar las gracias a Ashley. Cuando se la encontró mientras corría, las imágenes de su pasado se sucedieron como en un cortometraje, bloquearon su capacidad de reacción y dejaron aflorar las lágrimas durante tantos años

contenidas. Odiaba llorar, un síntoma de debilidad que ella no podía permitirse.

«Tienes que acercarte con determinación, eres una ingrata», pensó. Cogió el sobre con la suma de dinero que Ashley le había proporcionado para su cambio de vida y añadió algo más por las molestias ocasionadas. Abrió la puerta de la casa. Cruzando el porche estaba Héctor.

—Justo a tiempo. No puedes presentarte por las buenas en su casa con un sobre —indicó Héctor señalando su mano derecha, donde lo llevaba.

—Lo sé. ¿Qué puedo hacer entonces?

—No lo sé. Pensaremos en algo. ¿Tienes noticias del trabajo?

—Sí. Me ha llamado mi jefe. He ido a firmar el cese, y ya me ha ingresado la parte del sueldo correspondiente a los días trabajados este mes. Aún no sabe qué va a hacer, si abrir una copistería más pequeña o centrarse en el nuevo restaurante; ahora mismo lo llevan una sobrina y su prometido.

—¿Te vienes al rancho conmigo? Te mantendré ocupada.

—De acuerdo.

Bea inspeccionó los establos, los abrevaderos automáticos y los comederos, estaban limpios y en buen estado. Escribió sus observaciones en las fichas de control.

Héctor se hallaba en los establos cuando llegó Ben, el padre de Ashley, un hombre alto, negro, con ojos verdes almendrados y sonrisa amplia. Tenía una finca de explotación vinícola; por eso estaba encantado con su hija y con el giro que había dado a su carrera profesional, al estudiar Enología en Francia y realizar cursos de sumiller en Italia y España.

Ben llegó sujetando las riendas de su caballo.

—Buenos días —saludó Ben.

—Buenos días —secundó Héctor.

—Siento importunarte, estaba cabalgando y de repente el caballo empezó a cojear. Hubiese ido a mi propio rancho, pero este está más cerca. ¿Puedo dejarlo aquí y enviar a alguno de mis muchachos a recogerlo?

—Antes le echaremos un vistazo.

El caballo tenía una infección en el casco; Héctor lo puso en remojo dentro de un cubo con agua templada y sulfato de magnesio.

Recomendó reposo y varios días de tratamiento. Suministró a Ben la medicación necesaria y unas breves indicaciones por escrito.

—Ya sabrás que mi hija dará una recepción este fin de semana, estáis todos invitados.

—Gracias.

Ben contempló de cerca a Héctor, consciente de su buena reputación; le pareció un buen yerno. Héctor encargó a un mozo de cuadra que acercase a Ben y al caballo en un coche con remolque.

Bea salió de su escondrijo.

—¿Era el padre de Ashley? —preguntó.

—Sí, tu abuelito —matizó Héctor con sorna.

—No tiene gracia. ¿Qué voy a hacer con el sobre?

Bea recorrió con la mirada la aglomeración de personas; el veterinario comprendió el mensaje. Ambos salieron y buscaron un sitio para hablar con mayor intimidad.

—Te da miedo hablar con Ashley. Si no hubiese sacado el móvil, ¿habrías corrido hacia ella para abrazarla?

—Sí. —Ella clavó la vista en el suelo.

—Mientes fatal.

Bea asintió.

—Seguías trabajando en la misma empresa que te buscó, ¿querías que supiese dónde encontrarte?

—Sí.

—Pues con el cierre de la empresa, tendrás que encontrar otro modo. Y no es presentarse de improviso en su casa con el sobre. Cabe la posibilidad de que haya olvidado todo este asunto hace tiempo.

—Más a mi favor. Quiero devolverle el sobre con el dinero y los gastos que supuso mi billete para Australia.

—Y las notas de la carrera.

—¿Por qué las notas? —dudó Bea.

—Es lo que te pidió.

—¿Qué hago, Héctor?

—Juega la partida. ¿Qué haría ella?, ¿y qué esperarías que hicieses si existe un vínculo entre ambas?

Meditó: había hallado la respuesta.

—¡Encontrarnos! —exclamó Bea con júbilo.

CAPÍTULO 11  
**ELENA, BEATRIZ, JAKE Y KEVIN**  
CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Miércoles, 8 de febrero de 2017 Mañana

Elena estaba nerviosa y cansada, con la musculatura entumecida. No pudo conciliar el sueño, extrañaba su cama y, por si fuera poco, detestaba dormir bajo el mismo techo que Bea.

Encendió el ordenador de madrugada en el silencio atronador de la noche y buscó aquel mensaje de Lara. Estaba convencida, su hermano habría seleccionado algunas de aquellas acepciones, pero ¿cuáles? No podía preguntarle sobre algo que se suponía que desconocía. Pondría en un aprieto a Saoirse. Sintió un escalofrío con la acepción cinco del verbo ver: «visitar a alguien o estar con él para tratar de algún asunto». Aquello, unido a la nota que le entregó Saoirse, la condujo a una pregunta: ¿qué mensaje quería transmitirle?

Revisó los WhatsApp y abrió de nuevo el mensaje breve que Bea le había enviado el día anterior. Una declaración de intenciones con tan solo dos palabras: «Te reto». No le había contestado, ni tenía intención de hacerlo, nada de lo que hiciese o dijese cambiaría su opinión de ella: era oscura.

Se mordió la lengua, pero no pudo evitar la costumbre de salir de la habitación cuando ella se hallaba presente. Eso era pedir demasiado. Aguardó hasta que su hermano se encontró solo en el salón para acercarse y fundirse con él en un abrazo.

En la habitación que Héctor había dispuesto para ella, los muebles y la decoración brillaban por su ausencia; eso le proporcionaba intranquilidad, puesto que la soledad de las paredes le calaba los huesos y desgarraba los sentimientos encontrados en su interior. Descendió al infierno, en una cuesta pronunciada, envuelta en un mar de lágrimas.

Recondujo sus pensamientos. El mensaje de Bea estaba fuera de lugar, siempre acaparaba el protagonismo de algún modo y volcaba la atención de los presentes sobre su persona.

En una fecha tan señalada para su hermano, el aniversario del fallecimiento de Lara, solo a ella se le ocurriría lanzarle un reto.

Detestaba a las personas ensimismadas, egocéntricas y prepotentes. El mundo no giraba en torno a ella; por lo menos, no dejaría que el suyo lo hiciera.

Agradeció la ausencia de su hermano y de ella cuando se levantó por la mañana. El café conservaba su tibieza, se sirvió uno solo y hojeó el libro de medicina que siempre la acompañaba.

Elena tenía veintisiete años, ojos azules y media melena negra con reflejos cobrizos, y un flequillo que le caía sobre la frente en un *look* despeinado. Su cabello padecía sus cambios de humor, con los diferentes tipos de cortes. Su voz era dulce, aterciopelada y seductora. Era médico, estaba terminando Cirugía y quería especializarse posteriormente en Cirugía Cardiovascular. Realizaba algunas ponencias y participaba en el programa de radio *Escucha a*

tu corazón. Aprovechando su *boom* mediático, uno de sus profesores, Trebor, le había propuesto colaborar en un manual de medicina, pero aún no se había pronunciado al respecto.

Su escaso tiempo libre lo invertía en clases de baile y en estrechar lazos con familia y amistades. Adoraba el cortejo y la sensación de nube en los pies, y los preámbulos le excitaban más que el producto final, aunque no menospreciaba los placeres de una cama compartida.

Condujo hasta casa; al llegar al buzón, recordó el consejo de su madre: «Revisa el correo periódicamente para que la casa no dé la sensación de estar inhabitada». Sobre el taquillón reorganizó el correo, del que seleccionó la propaganda sobre nuevas tecnologías y una carta con el remitente número 2. Había una pieza de puzle dentro, abarcaba las tonalidades de azul intenso a celeste.

Recordó algunos que había montado durante la adolescencia, y el que esperaba ser completado en su despacho. Sonrió ante la pieza: junto con la rosa chicle, parecía la publicidad de un anuncio de preservativos; quizás en la siguiente entrega recibiría unas muestras gratuitas. Nunca estaban de más. La guardó en el cajón y revisó con detenimiento la publicidad, necesitaba comprarse un portátil nuevo.

Faltaba un día para el aniversario de la ruptura con Kevin.

Repasó hasta la saciedad los acontecimientos de su fiesta prenupcial mientras miraba por la ventana con otra taza de café acunada entre las manos. Apertura de regalos, muestrario de las fotos de la prueba del vestido, explicación con todo lujo de detalles de la pedida de mano... La velada terminó con una reunión *tuppersex*. Sus amigas contribuyeron a la noche de bodas con un picardías y varios juguetes sexuales.

Aquel día, a las siete de la mañana, Jake, su mejor amigo, la llamó. Él se encontraba ebrio, así que Bea la recogería. Expuso con brevedad los motivos. Cuando llegó a la puerta de la casa que había comprado con Kevin para comenzar una nueva vida juntos, Jake mostró el repertorio de fotografías tomadas a distintas horas de la noche: Kevin besaba a otra mujer, jugaba con su escote y su falda. Se mordió la lengua. Sintió el crujido de su corazón y cómo una manta de estupidez se cernía sobre su sesera; había creído en él.

Bea no había asistido a la despedida de soltera, ofreció una excusa vaga que Elena agradeció sin ahondar en detalles. No le gustaba su compañía ni su presencia; y ahora se hallaba frente a ella en una situación desagradable. Imaginó cómo sostenía el corazón entre las manos y lo estrujaba sin escrúpulos.

—Estarás disfrutando con todo esto —dijo Elena a Bea con sorna.

La diseñadora no contestó. Se limitó a cerrar los ojos.

—¿Por qué no ha venido Jake?

—No se encontraba bien, no podía conducir. Se ha quedado montando guardia —aclaró Bea.

—¿Se lo habéis contado a Héctor? —preguntó la doctora Ariza sin mirarla. La ira y la vergüenza vencieron la lid en su interior.

—No. Héctor está con Joe. La Asociación Waler avistó un grupo de caballos en el desierto.

—Yo se lo diré.

—Como prefieras —susurró la diseñadora.

Llegaron a la puerta de la casa. Jake estaba sentado en el suelo apoyado en la valla. Se levantó a trompicones cuando vio su coche. Se disculpó por la presencia de Bea. Elena rechazó su amago de abrazarla.

—Estaremos mejor sin ti. Quiero que te vayas —impuso Elena en tono áspero a Bea.

Elena miró hacia la carretera. Jake parpadeó de forma lenta y reposada. No era justo; aun así, acalló sus pensamientos para no incrementar el malestar de su amiga. Él llamó a Bea durante la despedida de soltero de Kevin, cuando el novio de su amiga empezó a desfasar y pasó de un liviano tonteo con la *stripper* a besarla delante de los invitados. Necesitó ir al lavabo para vomitar y recobrar la compostura. Con Héctor de viaje y todas las amigas de Elena en la fiesta prenupcial, solo quedaba una opción: Bea. Sabía de sobra que la detestaba, pero no iba a pasar por alto un hecho así; eso sería mucho peor que no contar con su ayuda.

Dudó. Hizo el amago de llamarla varias veces. El alcohol no le dejaba pensar con claridad. Cogió el teléfono y esperó varios tonos antes de colgar. Se dijo: «¿Te has vuelto loco?, ¿quieres que Elena te mate?». A los pocos segundos, Bea se puso en contacto con él.

Comprendió que ya era tarde y estaba de más fingir orgullo: sin duda la necesitaba. Acudió con su moto, y cuando Kevin fue para su casa nueva con la chica, los siguieron y esperaron en la

puerta de la vivienda hasta que la despedida de Elena terminó para no dar de qué hablar. Él aún se encontraba bajo los efectos del alcohol y no estaba en condiciones de conducir; así que le solicitó otro favor más: ir a por la hermana de Héctor; la llamó así para remarcar el vínculo que las unía. Después de todas aquellas molestias, ahora recorrería casi veinte kilómetros a pie hasta el bar donde había aparcado la moto.

Bea se recogió el cabello, se ajustó las zapatillas, puso el cronómetro y emprendió el camino corriendo.

Elena había llevado su juego de llaves; entraron en la casa.

Los gemidos iban *in crescendo*. Pasaron al dormitorio. Ella estaba sentada sobre él, de espaldas, con su pene dentro. Elena hizo varias fotografías desde su móvil. Jake giró el cuerpo para huir de la escena. La mujer, una *stripper*, cogió la ropa esparcida por el suelo y se marchó. Kevin tapó su desnudez con la sábana y se acercó a ella.

—No te acerques —ordenó Jake.

—Borra la foto —exigió Kevin.

—La conservaré por si alguien de tu familia me pregunta por qué hemos roto el compromiso —argumentó Elena. Lo último que deseaba después de presenciar la escena era tener que explicar por qué se anulaba la boda.

—No es necesario que lleguemos a esto. Solo ha sido esta vez.

—Quieres decir varias veces durante toda la noche.

—Puedes tomarte tu tiempo, y luego me das una respuesta.

Elena abrió la puerta del baño y tiró el anillo por el inodoro.

—Esta es mi respuesta. Dado que ya has estrenado la casa, es tuya. Mi abogado te llamará para los trámites.

CAPÍTULO 12  
ASHLEY Y ELENA  
CONVERSACIÓN TELEFÓNICA (BRISBANE)

Miércoles, 8 de febrero de 2017 Tarde

Ashley era una mujer negra de veintinueve años; tenía el rostro ovalado, cabello largo y ondulado y ojos verdes almendrados.

Terminó la carrera de Enología y un máster como sumiller, combinándolo todo con su trabajo y su hijo. Se preparó para dirigir la empresa de su familia: una finca de producción vinícola, con elaboración de caldos y bodega. Su padre quería sacar una nueva remesa y diversificar la producción, para acercarse a otros sectores de población, y así abarcar el paladar tanto de un experto como de alguien que estuviese iniciándose en el gusto de una buena copa de vino. Entregó a su hija un dossier con algunas ideas y sugerencias; seguía en el escritorio, no le había dado tiempo a hojearlo; estaba convencida: después de varios días de descanso, le impondría una agenda apretada.

Había dejado a Aidan con sus exsuegros y la promesa de ir a cenar con ellos. El bizcocho de chocolate con nueces ya estaba tibio, y el aroma iba extendiéndose por toda la casa, había calado las paredes de su habitación.

Elena hizo varios amagos de coger el teléfono para llamar a alguien. En primera instancia pensó en Jake, pero no era la persona adecuada para hablar sobre Kevin y la amalgama de sentimientos encontrados en su interior; él, con su ineptitud, expuso los trapos sucios de su relación ante Bea. Sintió cómo el corazón se cristalizaba y se rompía en mil pedazos con el fuego abrasador de la ira. La dejó en mal lugar, con el culo al aire. Descartó a Héctor, le avergonzaba tratar esos temas con él. Saoirse estaría en la inmobiliaria. Rehusó contactar con Julia o Reed, no formaban parte del círculo de personas que atesoraban los secretos, estaba convencida de que ellos eran quienes habían expandido los rumores en el trabajo. No deseaba aportarles material de primera mano, ambos conseguían que esa clase de noticias crecieran como la espuma.

Los compañeros del grupo de baile eran eso, un grupo de personas unidas por coreografías, pero sin complicidad en cuanto paraba la música. Echó de menos a Lara, una persona con quien pensar en voz alta. Recordó a Ashley, que acababa de volver a Australia para instalarse de forma definitiva; pero no deseaba importunarla con sus nimiedades.

—Kevin es agua pasada. Agua pasada no mueve molinos —se animó.

Optó por un baño relajante de sales como colofón del día.

Ashley llamó a Elena; era la víspera del aniversario de la ruptura con Kevin y estaba preocupada por ella. En su caso, el día de antes de fechas tortuosas resultaba peor que el día clave reseñado en el calendario. El cuerpo se anticipaba al sufrimiento como un reloj autónomo, sin necesidad de darle cuerda.

—Buenas tardes, cielo.

—Buenas tardes —canturreó Elena.

—¿Qué tal el día?

—Bien, dentro de lo que cabe. Hemos tenido mucho trabajo en el hospital, en un día como hoy se agradece mantener las manos ocupadas.

Ashley intuyó el pesar de su amiga por el tono de su voz.

Había acontecimientos que se dejaban atrás, pero eso no implicaba que se olvidasen con la misma facilidad.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —afirmó Elena en tono anodino.

—Ya. Tú siempre estás bien, ¿verdad? —interpeló la enóloga.

—Algo así.

—No te creo. Hay algo más, aunque no tienes que contármelo si no te apetece.

—De acuerdo, ha sido un día horrible, de esos que no terminan nunca —confesó Elena mientras removía las sales de la bañera con la mano—. Es difícil no acordarse de uno de los episodios más controvertidos de mi vida: de la emoción de la boda y las risas con unas amigas en la despedida de soltera al mazazo de realidad al ver cómo mi prometido mantenía relaciones sexuales con otra. Una cosa es intuirlo, saberlo o escuchar una confesión, y otra bien distinta presenciarlo con tus propios ojos. Creí que la manta de estupidez se podría romper y hacer jirones, y que con eso sería suficiente, pero no es así; tienes que ir recolectando los pedazos, uno a uno, y barrerlos con parsimonia. Creo que el abrigo de una cama compartida no se ha hecho para mí. —Elena cerró los ojos unos segundos, notó el peso de los párpados, y cómo se resistían a abrirse a la realidad—. Ya debería ser capaz de mirar hacia delante y salir con otros hombres; y sin embargo, me mantengo como una sirena varada, fuera de mi elemento. No siento ni padezco nada por él, pero no puedo mirar hacia otro lado. La oscuridad se cernió sobre mí ese día, y desde entonces los libros y el trabajo pasaron de meta a refugio. Ahí radica el quid de mi personalidad; a saber, tal vez haya sido siempre así, aferrada al afán de superarme constantemente en el plano laboral construyo nuevos conceptos; así sustituyo los recuerdos e imágenes de mi memoria y la falta de intimidad. Todo un despropósito. ¿Qué me dices? Muy deprimente, ¿no?

Elena se desinfló como un globo al soltar el torrente de pensamientos y emociones contenidas durante el día. En cambio, su desahogo inicial por deshilar parte de la madeja ante su amiga se distorsionó en cuanto terminó el discurso. Había hablado demasiado.

—¡Uf! Lo siento mucho, pero no soy la más indicada para ofrecer consejo o aliento en este aspecto. No te seré de gran ayuda

—manifestó resignada Ashley.

—Claro que sí, me escuchas, es lo que necesito; los consejos en mi caso están de más. Prefiero cambiar de tema. ¿Qué tal la llegada a casa? ¿Fuiste a ver a tus exsuegros? —preguntó Elena.

—Sí, fui con Aidan. Él se quedó allí, he quedado para cenar con ellos. Ya sabes, son un encanto.

—¿Le pediste discreción?

—No. No es necesario. Ellos son una tumba. No le dirán al padre de Aidan que estoy aquí —indicó con rotundidad la enóloga.

—¿Estás segura?

—Sí.

Ashley no quería importunarla con sus problemas. En realidad, no llegaban a tal, solo precisaba encontrar el modo de encajar todas las piezas. La vida no siempre le ofrecía los deseos en bandeja de plata, en ocasiones necesitaba luchar por ellos con ahínco, o incluso, paradójicamente, mantenerse alejada hasta el momento idóneo.

—Sé que hay algo más —intuyó la doctora.

—No te he llamado para enturbiarte más.

—¡No digas tonterías! Llevo todo el día taladrándome el cerebro con lo mismo, me vendrá bien escuchar algo diferente.

—Ayer, cuando salí a correr —Ashley respiró hondo—, vi a Bea. Nos cruzamos, avancé unos metros más y paré. Ella hizo lo mismo. Nos miramos. Cuando se dirigió andando hacia mí, cogí el móvil y llamé a mi padre para parecer ocupada.

—Te costó cara.

—Le debo un favor, en realidad...

—¿Un favor? —interrompió Elena—. ¡No digas tonterías!

—Contribuyó a que cambiase mi vida.

—Sí. Y tú la suya.

—¿Estamos en paz, entonces? —dijo Ashley.

—No, no lo estáis. Te debe una.

—Los favores se hacen, no esperas devolución; si no, se llamaría préstamo.

—¡Tsk! —Elena aspiró profundamente—. Tú siempre tan perfecta y comedida.

—Claro que no.

—¿Ves? ¡Eso es lo que diría alguien perfecto! —Las palabras de la doctora tintinearón.

Ashley descubrió su risa contagiosa.

—Bueno, le cambiaste la suerte. En cuanto te conoció la bendijo un ángel. ¿Te dio miedo que se acercase a ti?

—Sí. No sé qué decirle —declaró Ashley.

—Quizás le gustaste.

—No lo creo.

Elena fue consciente de que estaba llegando a terreno pantanoso con su amiga. No profesaba simpatía hacia Bea, una de sus máximas cada día era evitarla a toda costa. No deseaba enredarse en una conversación sobre ella con Ashley, aunque reconocía que, dado el vínculo existente entre ambas, tarde o temprano se encontrarían de nuevo y entablarían una conversación, y con toda probabilidad forjarían un lazo. Le costaba asimilarlo, pero debería aprender a respetar esa parcela de su vida, tal como hacía con Héctor y Saoirse. No obstante, respetar no significaba dejarse arrastrar con ellos hacia conversaciones donde Bea fuese el centro de atención. Llevaba años de práctica, sabía bien cómo actuar en este caso; condujo la charla fuera de ese plano.

—Entonces, límitate a escucharla.

—¡Uf! —Ashley emitió un suspiro largo y sonoro.

—¿Qué planes tienes para esta noche?

—Cena con exsuegros y partida de ajedrez con mi padre.

¿Y tú?

—Dormir. Estoy agotada.

—Así me gusta. Viviendo al límite. —Ambas rieron.

Elena depositó el móvil en el lavabo y seleccionó la canción

Nothing else matters de Metallica, la versión con la orquesta sinfónica de San Francisco, uno de los mejores conciertos a los que había asistido; le fascinaban las fusiones de distintos tipos de estilos.

Colgó el albornoz detrás de la puerta. El agua tibia de la bañera solicitaba una fuente cristalina y salina que la acompañase. Dejó que la canción atrapase su cuerpo. Deslizó la espalda para adentrarse en el agua, contuvo la respiración dentro. Emergió. Abrió los ojos, el surco trazado por las lágrimas en su rostro se había disipado.

Quitó el tapón y olvidó cómo su cuerpo se desnudaba mientras el agua espumosa y su llanto se filtraban por el desagüe.

Ashley depositó el móvil en el escritorio de su habitación.

Sus padres conservaban los muebles y la decoración del instituto.

Le pareció inapropiada para una mujer de su edad. En ninguna de sus visitas, mientras trabajaba como modelo, le pareció oportuno cambiarla, perder el tiempo en algo así, en lugar de

dedicárselo a su familia.

Puso la canción de la pista uno en modo repetición, se sentó unos minutos en la cama y veneró la maleta negra. Aún seguía sin deshacer, esperaba su turno. La guardó en el fondo del armario.

«Todo el mundo esconde secretos», pensó.

CAPÍTULO 13  
**ASHLEY, TOM, MÉDICO Y SAM**  
CÁDIZ

Viernes, 15 de junio de 2012 Mañana

Ashley compaginó las carreras de modelo y enóloga hasta que finalmente se decantó por esta última. Fueron muchos los motivos que la impulsaron a dejar de forma definitiva la pasarela: el embarazo de Aidan, una oferta laboral en una revista, la conversación con Alma, monitora de la residencia de Bea, en una bodega de Jerez, y su decisión de divorciarse de Tom. Sin embargo, en la necesidad de cambiar de vida residía la razón de mayor peso.

Tom no se tomó la noticia del embarazo de Aidan como ella esperaba. Él no deseaba hijos, requerían demasiadas atenciones y sacrificios; no estaba dispuesto a afrontarlos.

—Si lo tienes, hemos terminado —gritó Tom mientras la agarraba por los hombros con fuerza.

—Estoy de acuerdo —declaró Ashley.

—¡Eres una zorra! Tom la zarandeó. La cogió del pelo y le estrelló la cabeza contra la pared. Ella cayó al suelo. Él le dio una patada en el vientre mientras se estaba incorporando. La tomó de nuevo del cabello y la condujo a trompicones desde el salón al dormitorio.

—¡Haz la maleta! ¡Te doy diez minutos! Envió un mensaje a Sam, su suegro, estaba de camino. Precisaba ganar tiempo. Cerró la puerta con llave. Buscó el bate de críquet de Tom dentro del armario y lo sujetó con fuerza mientras esperaba su entrada.

Sam llegó con la policía. Su hijo se había quedado dormido en el sofá con un vaso de *whisky* en la mano. Llevó a Ashley al hospital.

El médico de urgencias había visto ya ese tipo de casos. Pensaba que no servía de nada alentar a las víctimas de violencia de género para que interpusieran una denuncia. Siempre aludían a una caída, a un golpe, mientras iban pensando en otra cosa, o argumentos similares para excusar las marcas y golpes. Había determinado limitarse a ofrecer información de las opciones, pero la conciencia no le dejaba descansar, y apuraba el último cartucho mientras rememoraba a algunas de esas mujeres. Recordó el caso de Bea, una menor de edad que trajeron medio muerta. El padre le había pegado en la espalda con tiras de cuero mojadas. Las heridas y los distintos grados de cicatrización indicaban que no había sido la primera vez.

Ashley sujetaba la mano de Sam.

—Sigue embarazada. Todo marcha bien. No tiene de qué preocuparse.

—Gracias —contestó Ashley.

—Supongo que se ha caído en la bañera o algo así.

El médico imaginó que Sam era el padre de ella. Ashley pasó la mano sobre el rostro de su suegro con suavidad.

—No. Mi marido me ha pegado —manifestó Ashley.

—¿Quiere que lo recoja en el informe?

—Sí.

**ASHLEY, LARA Y BEATRIZ**

CONVERSACIÓN TELEFÓNICA BRISBANE-ESPAÑA Martes, 30 de octubre de 2012  
Tarde Ashley llamó a Lara desde el móvil con una tarjeta desechable. Se impuso prudencia.

—¿Cómo va? —preguntó Ashley.

—No demasiado bien. Apenas estudia. Si sigue así suspenderá todas las asignaturas. No se abre a las demás personas ni se relaciona. Espero que en la copistería le vaya mejor —informó Lara—. Quizás deberíamos darle un poco de tiempo para que se adapte a tantos cambios, ¿no crees?

—No. ¿Puedo hablar con ella?

Lara anduvo hasta la casa de invitados.

—Bea. Tienes una llamada de ella. —Apuntó a una de las fotos de la pared.

—¿Es una broma?

—No.

Dio las gracias y solicitó privacidad. Preparó su mente unos segundos antes de contestar la llamada. Afloraron de forma descontrolada un bullicio de preguntas, de agradecimientos por ofrecerle esa oportunidad a una desconocida. Imaginó su voz, su abrazo. Tuvo miedo. Quizás los sentimientos encontrados en su corazón no se atesoraban en los de Ashley. Podría ser tan solo una persona más a quien prestaba ayuda. ¿Y si la llamada era para asentar y asegurar las distancias? Pegó la oreja al teléfono. Guardó silencio. ¿Cómo se identificaría?

—Soy Bea.

—Bea Taylor, jovencita, tienes apellido.

A Bea comenzó a temblarle el cuerpo. Ella había usado su apellido, para establecer desde el comienzo la conexión entre ambas.

Ashley pasó la mano sobre su barriga con suavidad. Imaginó a Aidan en la cuna y a Bea tarareándole una nana; sonrió ante la imagen.

—¿Qué tal todo?

—Bien —mintió Bea—. Quería darte las gracias por tu ayuda. Me gustaría devolverte el dinero.

Ashley recordó los sermones de sus padres. No le servirían de nada con ella.

—No es necesario. No era un préstamo. Debes un favor a alguien cuando lo necesite. ¿Has visto la película *Cadena de favores*?

—Sí, pero quiero devolvértelo a ti.

—De acuerdo. En ese caso necesito algo... No será fácil.

—Te escucho —contestó Bea.

—Quiero notas.

—Un segundo, voy a por papel y bolígrafo. —Se dirigió al escritorio y tomó un trozo cuadrado de papel. Escuchó la risa suave de Ashley.

—No. No me he explicado con claridad. Tus notas de la universidad —aclaró Ashley.

—No puedes pedirme eso. No es un favor de verdad. ¿Qué sacas tú con eso?

—Quiero sentirme orgullosa de ti —manifestó Ashley.

—Nunca se me ha dado bien estudiar, solo el inglés —confesó Bea apesadumbrada.

—Entonces es una suerte que el temario venga en ese idioma, ¿no?

—No, me cuesta entender los apuntes y a los profesores.

—Tendrás que esforzarte —dijo Ashley.

—No creo que pueda hacerlo. Pídeme otra cosa, por favor.

Algo para ti.

—No espero que lo entiendas, esto es para mí.

Bea suspiró. Una lágrima le recorrió la mejilla. No recordaba haber llorado antes. Siempre mantuvo silencio y ojos secos como respuesta ante el maltrato físico de su padre o el psicológico de su madre. Ganaban la partida, era muy pequeña para contrarrestar los ataques o encararse contra ellos sin represalias funestas para su integridad. No obstante, resolvió que el llanto y los quejidos les aportaban un extra de agrado a sus acciones, disfrutaban con ellos, y no estaba dispuesta a darles el gusto. Todo lo que codiciaban lo conseguían, y era su ambición y su aspiración arrastrarla a ella a las tinieblas. En el camino para obtener

el fruto deseado, pero no amado, aplicarían cualquier medio y recurso a su alcance, lícito o no.

Ashley apreció el suspiro de Bea. Experimentó una segunda conexión con ella fuera de toda lógica. Redirigió el discurso; no debía ofrecerle un camino, sino una forma de afrontarlo.

—En una partida de ajedrez, vence quien usa las piezas de forma más inteligente. Puedes repetir el movimiento de tu adversario, pero siempre irá un paso por delante de ti, te destruirá. Si te mantienes mirando atrás, también; habrá conseguido sus objetivos: bloquearte y reducirte a la nada. Si miras hacia adelante con fuerza y el poder del conocimiento, tú ganarás.

—¿Y el poder del conocimiento me lo darán los estudios?

—cuestionó Bea.

—No. Harán que te sientas útil y válida, te darán seguridad. Si no lo haces por mí, hazlo por ellos.

—No hablas en serio.

—Por supuesto que sí, demuéstrales que no eres como ellos.

—¿Tienes hijos?

—Estoy embarazada; cuando nazca, tendré dos. —A Ashley le sorprendió haber dicho en voz alta aquel pensamiento.

El número dos repicó en la mollera de Bea, anhelaba ser uno de ellos; aunque aquella idea fugaz se vio aplastada por la realidad.

Recordó el miedo que experimentó durante unos segundos en el aeropuerto, cuando vio a la mujer de color sentada hasta que descartó que fuera Ashley. Rememoró la muerte de su entrenador.

Temió por su vida y la del bebé que estaba gestando.

—¿Cuáles son sus nombres?

—Aidan y Bea —ultimó Ashley con rotundidad.

—¿De verdad? —La respuesta la talló en la memoria con un cincel.

—Sí.

—Lo haré. Estudiaré. Ahora es mi turno, te pediré algo a cambio. No puedes llamarme más, ni a Lara tampoco.

—¿Por qué? —interpeló la exmodelo.

—Mi entrenador... Ya habrás oído lo que pasó. No es seguro para ti ni para Aidan. Ellos no tienen escrúpulos.

CAPÍTULO 14  
ASHLEY, AIDAN, ELENA, TRACY,  
CARLA, DIRECTOR Y ZOE  
COLEGIO Y CENTRO COMERCIAL (BRISBANE)

Jueves, 9 de febrero de 2017 Mañana

Ashley había llevado a su hijo Aidan al colegio. Hizo un álbum de fotos de su hijo con el móvil: abrazando la mochila mientras dormía con la ropa puesta, introduciendo el almuerzo en una bolsa de papel, con la mochila colgada en los hombros, en la silla del coche... Aidan era un niño negro de cuatro años siempre sonriente, con ojos verdes y despiertos, manos inquietas y pies incansables: un polvorilla. Le encantaba ir al colegio, relacionarse con otros niños y aprender cosas nuevas. Contemplaba siempre a su madre con ternura.

—Mami, son solo unas horas. Tengo que entrar en clase

—indicó Aidan en la puerta.

—Sí, mi niño. Prométeme que te portarás bien y harás caso a la maestra.

—Sí.

Aidan abrazó a su madre, que permanecía en cuclillas.

—¿Vas a llorar? —protestó Aidan arrugando la frente. Recordó la promesa de su madre antes de salir de casa—. Dijiste: «No lloraré».

Ashley contuvo las lágrimas. «Espera a que se vaya y entres en el coche», pensó.

—No quiero que llores. Pronto me recoges. ¿De acuerdo? —continuó Aidan. Arqueó las cejas.

—Sí, cielo.

De pie, vio cómo su hijo entraba. Ya en el coche aguardó una hora con el teléfono en la mano, revisando constantemente las llamadas, por si entraba alguna del colegio de Aidan. Percibió las lágrimas secas en su rostro. Se infundió ánimos; Zoe, la maestra de su hijo, había sido su amiga en el instituto, eso facilitaba las cosas. Sin embargo, el miedo a su exmarido seguía patente.

Ya se había presentado otras veces en el centro para llevarse a Aidan, a pesar de la orden de alejamiento y de que Ashley disfrutaba de la custodia única.

El teléfono sonó. Escuchó los latidos de su corazón.

«¿Aidan?», se preguntó en voz alta.

En la pantalla del teléfono parpadeaban el nombre de Elena y su foto. Ella quería comprar el vestido de la recepción. Ashley compuso un amplio repertorio de excusas vagas que Elena rechazó. Recogió del maletero una tarta para el equipo docente y un bizcocho de chocolate para la clase de su hijo. Los entregó en conserjería. No había dormido durante la noche pensando en el primer día de colegio, y la preparación de postres le relajaba. Pasó varias veces a ver cómo Aidan dormía con la mochila dentro de la cama, esperando con ansia su primer día de colegio. Inmortalizó la escena con una foto. Se preguntó a sí misma: «¿A quién ha salido mi pequeño?». A la mañana siguiente ya sabía de antemano quién se comportaría como la persona adulta.

Aidan se levantó antes de que sonara el despertador y correteó canturreando por el pasillo, vestido y con la mochila colgada a los hombros.

—¡Al cole, al cole, olé, olé! —repetía Aidan.

Entre vestidos, zapatos y maquillaje, conversaron sobre el primer día de colegio. Ashley mostró el repertorio de instantáneas que inmortalizaban cada momento. Elena pasó con detenimiento las fotos.

—¿Ha dormido toda la noche con la mochila dentro de la cama? —preguntó Elena.

—Sí, cielo —asintió Ashley.

—¿Por qué?

—Le encanta ir al colegio.

Ashley le preguntó por John, uno de los trabajadores del rancho.

—No sé qué le pasa a ese hombre, siempre que me ve parece bobo, se queda mirándome clavado en la tierra como si fuese un árbol —manifestó Elena.

—Sabes perfectamente qué le pasa: le gustas. ¿Has pensado en darle una oportunidad? Parece un buen chico —declaró Ashley.

—No, ya me comprometí con uno como él y casi llegamos al altar, si no hubiese sido por... — Elena apretó la mandíbula al recordar la imagen de la *stripper* cabalgando sobre Kevin—. Luego no son lo que parecen.

Ashley atendió una llamada del colegio de Aidan mientras pagaba en la caja. Solicitaban su presencia en dirección, no comunicaron los motivos. El tono de la interlocutora era seco y distante. Cruzó por su mente la imagen de Tom.

Elena la acompañó; las negativas de Ashley no surtieron el efecto deseado. Condujo Elena. Ashley llamó a Zoe; no respondía. Entrelazó los brazos sobre su regazo para que no trasluciera la descarga del miedo: manos temblorosas y frías como un témpano.

Un grupo de maestras de infantil vigilaba la zona de recreo mientras los niños y niñas disfrutaban de su tiempo libre. Ni Aidan ni Zoe, la maestra de su hijo, se encontraban allí. Apretó el paso con determinación hacia la zona de despachos, pasando cerca de un corrillo de docentes. Escucharon con nitidez una voz femenina áspera.

—Seguro que andaba comprándose ropa, y su hijo desatendido —criticaba Carla.

Elena miró a Ashley, le costaba seguirle el paso.

—¿De quién estarán hablando? —preguntó Elena.

—De mí —indicó Ashley.

Ashley revisó su móvil por vigésima vez: nada, ningún mensaje de Zoe.

Tracy, la madre de otra alumna, también había sido convocada al despacho de dirección. Llegó varios minutos después que Ashley y Elena. Refrenó su tentativa de acercarse para confirmar su turno; las mujeres con clase, como las dos allí presentes, solían rehuirla, escrutaban su hechura enjuta, su rostro afilado de águila, su vestimenta remendada, sus zapatos raídos y sus manos agrietadas por el trabajo en el campo. El angelito malo acampado en su hombro izquierdo la sometía a su voluntad de nuevo, haciendo que se retrajese su natural tendencia a entablar conversación. «¡No estás a su altura!», bufó en su interior.

Esperaron su turno de pie en la puerta. Carla apareció de la nada como un remolino, entró y cerró la puerta tras de sí.

Tracy meditó en su interior: «Algunas personas han perdido las buenas costumbres, como llamar a la puerta antes de entrar».

Parpadeó reiteradamente, como forma de protesta ante las imágenes del mundo y de algunas personas que habitaban en él; con cada pestañeo limpiaba su retina. Transcurridos unos minutos observó el nerviosismo creciente en Ashley. La otra mujer no hablaba con ella. Dudó unos instantes; finalmente hizo caso omiso del ser que gritaba encolerizado a su oído, y se acercó con intención de distraerla durante la espera con una conversación liviana.

—Disculpen, señoras, ¿esperan para hablar con el director?

—Yo sí, ella viene de acompañante —confirmó Ashley señalando a Elena.

—¿Tiene un hijo o una hija aquí? —dijo Tracy mirando a Ashley.

—Un hijo.

—¿Cómo se llama?

—Aidan —contestó la enóloga. Tracy apreció inquietud en el tono de su voz.

—Mi hija se llama Alice, y yo Tracy; ¿y ustedes?

—Ashley. Ella Elena.

El director hizo pasar a ambas. Carla miró sus vestimentas de forma descarada; el contraste entre pobreza y riqueza se apreciaba con todo lujo de detalles en ropa, calzado, peinado y complementos. Masticó cada uno de los elementos, pero no los digirió.

—Las he hecho venir porque ha ocurrido un malentendido entre sus hijos; son cosas de niños, y no deberíamos darles importancia. Todavía son pequeños y no tienen las normas y reglas bien asumidas, el concepto de lo que se puede y no se puede hacer. Es nuestro deber como educadores, y como madres y padres, enseñarles lo que es correcto y lo que no. La señorita Carla, sustituta de Zoe por unas horas, les explicará mejor lo ocurrido.

Ashley asimiló el mensaje: el director acusaba a Aidan de algo y daba por hecho que ella no le enseñaba en casa las normas básicas de convivencia. Prestó atención.

—En la hora del almuerzo, cuando sacamos la comida, su hija —Carla señaló a Tracy— solo tenía en la mochila varias piezas de fruta. Algunos niños de la clase acusaron a Aidan de haber cogido lo que faltaba.

Ambas madres se miraron atónitas y guardaron silencio.

Ashley notó el peso de sus párpados en cada pestañeo. Giró el cuello y examinó con dureza a Carla.

Tracy pensó que las niñas pobres no tienen derecho a un nombre.

—No damos por sentado que haya sido Aidan, pero es el único día que ha pasado algo así —argumentó el director.

Ashley completó la explicación del director para sí misma: el día que su hijo se incorporaba al aula.

—Bueno, no olvidemos que dos de los niños lo aseguran, sin lugar a dudas —puntualizó Carla.

—Él traía el almuerzo esta mañana, él mismo lo metió en la mochila —expuso Ashley. No iba a creerse aquello de su propio hijo sin pruebas más concluyentes—. Quizás se ha confundido...

—No es posible. Son de distintos colores —interrumpió Carla.

Carla no estaba dispuesta a pasar por alto algo así. Dirigió algunas miradas de dureza al director. Era un robo, aunque se tratase de un niño de cuatro años. Un suceso así mostraba la clase de educación que recibía en casa, no le cabía duda al respecto. Si ella ocupara el cargo, lo echaría sin contemplaciones.

—¿Y la señorita Zoe? —preguntó Tracy.

—Viene de camino, ha ido al médico —contestó el director.

Carla se revolvió en el asiento. No tenía derecho a hablarle de la vida privada de ningún docente. Eso solo ratificaba su ineptitud.

—Hemos guardado la comida —Carla sacó una bolsa y la colocó en la mesa—. Lo más acertado, a mi parecer, es enseñárselo, estoy segura de que reconocerá el almuerzo de su hijo, si es usted quien se lo ha preparado.

En la cabeza de Ashley retumbaron las palabras de bienvenida y las que acababa de pronunciar la maestra: «Seguro que andaba comprándose ropa, y su hijo desatendido»; «si es usted quien se lo ha preparado».

—No es de mi hija. —Tracy apretó las manos sobre su regazo, avergonzada.

—Es el de Aidan —confirmó Ashley.

—¿Cómo lo sabe? No ha abierto la bolsa.

—La bolsa tiene una pegatina con su nombre debajo.

Carla lo comprobó. Apretó la mandíbula.

—Eso no confirma nada, ha podido meter el de la hija de esta señora dentro, ¿no cree?

—¡Esto es demasiado para Alice y Aidan, solo tienen cuatro años! —Ashley clavó los ojos en el director, que permanecía impassible.

Tracy miró desconcertada a Ashley: alguien presente en la sala, además de ella, recordaba el nombre de su hija.

Carla tenía una composición de los hechos. En el caso de que fuese cierto que Aidan llevaba el almuerzo esa mañana cuando acudió al colegio, seguramente habría sido una asistenta quien lo preparó, mientras ella permanecía apurando las sábanas, o en el baño, arreglándose para lucir imaculada.

—No lo crea. Si usted recordase qué llevaba dentro de la bolsa, sería todo más fácil. —Carla la abrió para ver su contenido.

—Dentro lleva un par de sándwiches de atún, sin corteza.

Una bolsa de patatas, un zumo de naranja, una botella de agua, un plátano, un yogur de coco, una chocolatina y varias servilletas con dibujos. Además, tengo fotos de Aidan metiendo la comida en la mochila.

Enseñó las fotos al director. Carla tragó saliva. El director intervino:

—Sentimos mucho el malentendido. No ha sido tan difícil después de todo.

—No, claro que no —Ashley miró el reloj.

—Bueno, no se preocupe. Ya no le robamos más tiempo, nos hacemos cargo de la situación —dijo Carla.

Ashley midió sus palabras. Recordó a Bea: ella no se dejaría pisotear sin más.

—Me gustaría ver a Aidan. Solo tiene cuatro años y...

—No se preocupe, yo misma se lo daré —interrumpió Carla con autoridad. Apuntó con el dedo índice a la bolsa.

Zoe llamó a la puerta del despacho y entró. Tomó las riendas de la situación.

—¿Puedo ver a Aidan? —preguntó Ashley a Zoe.

—Sí. Vamos a ver a Aidan y Alice.

Pasaron a la clase; ambos construían una casa con piezas de madera. Una docente corregía fichas.

—¿Confíais en mí? —preguntó Zoe sin preámbulos.

—Sí —contestaron al unísono.

Abrió un armario y cogió varios sándwiches de carne, zumos y patatas. Tomó la bolsa de Ashley y lo puso todo en una mesa.

Alice trajo de su mochila una bolsa con piezas de fruta. Los tres almorzaron repartiendo cada uno lo que llevaba, de forma distendida y ajenos al episodio del que habían sido protagonistas.

Alice ofreció comida a ambas madres. La primera mintió cuando afirmó que ya había comido, y la segunda aceptó una de las piezas de fruta con una sonrisa amplia y satisfecha.

Tracy guardó sus lágrimas y pensó: «Los pobres no tienen derecho a llorar, el llanto cuesta demasiado caro». Abrazó y agradeció a Zoe, como hacía cada día, las atenciones con su hija. Pidió disculpas sinceras a Ashley por el malentendido.

Zoe prometió hacerle una visita después del trabajo.

CAPÍTULO 15  
**JAKE Y HÉCTOR**  
RANCHO CENTINELA (BRISBANE)

Jueves, 9 de febrero de 2017 Mañana

Jake tenía treinta años, y era un hombre negro de mediana altura, complexión atlética, ojos color avellana y barba y cabeza afeitadas en el mismo número para darle continuidad al rostro.

Aunque la finca Chalice de explotación vinícola pertenecía a su familia, él trabajaba en el rancho Centinela por diversos motivos: adoraba los caballos, detestaba las uvas, su olor y viscosidad, y el carácter de su padre chocaba con el suyo asiduamente.

Jake contaba con don de gentes, aunque sus elecciones respecto a las mujeres dejaban mucho que desear. Enamoradizo y entregado a la causa del amor y de sus propiedades, regalaba su corazón, el cual hacían trizas; y retomaba los besos en otros labios con la mitad del pecho hueco. Compartía el mismo pensamiento que Elena: una mancha de mora, con otra mora se quita.

Detestaba todos los deportes, excepto el surf y montar a caballo. Llevaba varios tatuajes. El de la cadera era una composición con la letra d: una d mayúscula y otra minúscula dentro balanceándose como si fuese un columpio. Escogió el dibujo del colgante que llevaba Dady en una fotografía con unos amigos, en la que él mismo aparecía; esto justificaba por qué guardaba la imagen en la galería del móvil, pero no por qué había marcado su piel con aquel símbolo.

El rancho Centinela contaba con un vallado tejano a tres alturas para los caballos y con zona de control de vigilancia y guardias de seguridad veinticuatro horas. Jake y varios mozos habían dedicado la jornada a reparar el cercado de los Waler y a inspeccionar la zona.

—¿Cómo vais? —saludó Héctor mientras bajaba de la ranchera.

—Queda poco —contestó Jake llevándose la mano a la frente para secarse el sudor.

—Os he traído un refrigerio. La cocinera nos ha preparado unos bocadillos de carne. En la nevera hay botellines de agua y refrescos.

Héctor dejó la bolsa en la parte trasera de la ranchera, junto a la nevera.

—Hemos arreglado el vallado, instalado las cámaras de vigilancia en los puntos acordados y añadido los carteles de propiedad privada y zona videovigilada. Supongo que eso los disuadirá, y buscarán otro sitio.

—¿Has encontrado algo más? —inquirió Héctor.

—En aquel sector de allí, ya sabes —Jake señaló con la mano—, marcas de neumáticos recientes, varias pilas hundidas en la tierra, varias latas de cerveza y condones usados.

—Esto quiere decir que han estado entrando de noche —indicó Héctor con sutileza—. Hablaré con los vigilantes de seguridad: si han estado con linternas, deberían haberlas divisado desde el puesto de control. No quiero que el rancho se convierta en esa clase de picadero.

Todos rieron ante el comentario de Héctor y añadieron algunos más subidos de tono.

Los hechos apuntaban a alguna pareja o pequeño grupo de adolescentes que buscaban un lugar para intimar.

Héctor buscó una bolsa para los residuos en la guantera.

Revisó la bandeja de entrada de su correo, ya que había realizado varios pedidos: mobiliario para la oficina y algunas máquinas expendedoras de agua y bebidas. Comprobó el resto de correos, además de los currículos para la baja de maternidad de administración, y vio uno del convento de Santa Catalina. La lista de imprescindibles y arreglos urgentes le conmovió. Desde la muerte de Lara lo llamaban asiduamente, sospechaba que rompían algunas cosas adrede para mantenerlo ocupado.

—¿Vas a venir a la recepción de Ashley? —preguntó Jake.

—No creo. Hay mucho trabajo en el rancho. Además, la yegua de Lara está enferma, me preocupa.

**ELENA, BEATRIZ, HÉCTOR Y DUNA**

DEL CENTRO COMERCIAL AL RANCHO CENTINELA (BRISBANE)

Jueves, 9 de febrero de 2017 Mañana

Elena acababa de salir del turno de mañana del hospital, las horas se le habían hecho eternas. Varias veces se refugió en la consulta para evitar los comentarios y las miradas furtivas de los compañeros de trabajo. Reconocía las buenas intenciones, al menos en la mayoría de personas, que se habían acercado para distraerla en el aniversario de la ruptura con Kevin. Sin embargo, habría preferido que la hubiesen tratado como en cualquier otro día, sin distinciones, puesto que así solo contribuían a engrandecer uno de los momentos más desagradables de su vida.

Sospechó que Julia y Reed se hallaban detrás de todo aquello, y habrían enviado a más de uno a ver cómo se encontraba. No fue capaz de extraer las buenas intenciones, puesto que pasaron por alto sus indicaciones y deseos.

Vio en la mesa de la cocina una carta para ella; imaginó la mano de su madre realizando un escrutinio del correo. La carta del banco con la tarjeta nueva aún no había llegado, tan solo había un sobre con el remitente número 3. Lo miró sin tocarlo e imaginó la muestra gratuita de preservativos. Pasó ambas manos por él para comprobar su grosor y lo acertado de su intuición. Demasiado delgado, resopló y lo abrió. Dentro halló una pieza de puzle con un trozo de imagen borrosa que suscitaba varias interpretaciones: una montaña rocosa o un bosque frondoso. En un extremo se apreciaba una pequeña mancha rosa, y sobre ella, el color blanco dominaba la composición. Desechó la hipótesis inicial de la publicidad de una tienda erótica, e imaginó un concurso televisado en el que los participantes debían averiguar en el menor número posible de fichas el lugar seleccionado. El premio era disfrutar de un viaje, con todo incluido, al lugar del puzle.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una llamada de su hermano, en la que le confirmaba que pasaría la noche con ella en casa de sus padres, después de la cena con Saoirse y de que él finalizase los arreglos en el convento.

Abrió de nuevo el mensaje de Bea: «Te reto». ¿Qué esperaba que hiciera? No deseaba entrar en su juego, reiteró como cantinela varias veces: «No voy a contestar, ni tengo intención de hacerlo, nada de lo que hagas o digas cambiará mi opinión de ti, eres oscura». Esta vez no le sonaron convincentes. Se odió por ello.

No deseaba quedarse en casa rumiando, así que hizo una foto del vestido para la recepción de Ashley: iría a comprar los zapatos. En el mismo momento en que salía de la tienda con su nueva adquisición vio a Bea en su moto; llevaba la mochila hacia delante y un koala dentro. Una imagen surrealista, pero propia de una persona como ella.

Rememoró con nitidez el accidente de Bea con la moto. Un koala se le cruzó en la carretera y se deslizó para no atropellarlo.

Los reflejos actuaron en beneficio del animal, pero no de ella, a quien jugaron una mala pasada: contusiones leves, arañazos y una muñeca rota. Permaneció veinticuatro horas en el hospital, en observación, para descartar daños cerebrales y hemorragias internas.

Parte de sus vacaciones se vieron comprometidas por imperativo de Elsa, le tocó hacer de canguro a regañadientes. Una experiencia inolvidable. Le desagradaban las buenas enfermas, se contentaban con cualquier cosa y le hacían sentir prescindible. Tomó aire y lo exhaló de forma pausada. Recordó que repitió durante su convalecencia: «Con el siguiente que tope haré sopa de koala». Elena los adoraba, no iba a dejar que ella se comiera uno. La siguió sumida en aquella

idea febril.

La sorprendió en el pabellón de veterinaria del rancho Centinela con el koala en brazos y una toalla. Presupuso que iba a ahogarlo con ella.

—¡Suelta el koala en el suelo! —bramó Elena. Buscó con la vista algún objeto contundente para agarrar si la situación se complicaba.

El animal se aferró al abrazo de Bea asustado. Elena recordó un rastrillo que había visto junto a la puerta. Salió como un torbellino y regresó con él.

—Te he dicho que sueltes el koala —indicó Elena encolerizada. Bea siguió limpiándole la sangre seca sin inmutarse—. Eres una tarada hija de puta, no voy a dejar que te lo comas.

El silencio fue interrumpido por la llegada de Héctor y Duna, una chica de la protectora de animales.

Duna tenía veinticinco años; era morena con el pelo ondulado, que llevaba recogido en una cola. Poseía un rostro sonriente y afable con abundantes lunares, ojos rasgados, pómulos sonrosados, y pechos pequeños y redondeados. El uniforme, de lo más informal, se componía de vaqueros ajustados que marcaban su trasero prieto y respingón y un polo con el logotipo de la empresa.

Bea le entregó el koala a Héctor y salió mirando a Elena de forma desafiante.

Héctor siguió a Bea; detrás de él iba Elena.

—¿Qué haces aquí, Elena? —preguntó Héctor.

Elena estaba bloqueada. No contestó.

—Me la he cruzado por el camino y ha decidido acompañarme para entregar el koala, ya sabes cuánto le gustan —expuso Bea mirando al casco de la moto. Agradeció que Héctor escrutase la pose de Elena, ya que detectaba cuándo mentía.

—Muy bien. No suena nada creíble —remarcó Héctor—.

¿Os habéis vuelto amigas así, de repente, sin avisar?

Elena miraba con atención a Bea conteniendo la rabia interior. Odiaba que la defendiese delante de su hermano, implicaba que le debería un favor. No quería pactar con el diablo.

—¿Y por qué llevas un rastrillo en la mano? —interpeló Héctor señalándolo.

—Eso sí que ya no te lo vas a creer. El animalito estaba temblando de miedo, así que, para tranquilizarlo, se ha inventado el baile del koala sobre la marcha. Ya sabes lo que le gusta bailar, cuando empieza... es un no parar —expuso Bea con retintín.

—¡Ya! —dijo el veterinario con tono seco.

Héctor contempló a Elena: estaba tensa. Le preguntó directamente a ella.

—¿Es eso cierto? —preguntó Héctor a su hermana abriendo los ojos de par en par.

—Sí —confirmó Elena con aspereza, y apretó los labios.

—No me lo creo. Hoy no es un buen día para ti, me hago cargo, te lo dejaré pasar por esta vez; pero no vuelvas a llamar a mi hija tarada hija de puta.— Héctor remarcó las palabras «a mi hija».

—Lo siento, Héctor —confesó Elena. Necesitaba su perdón.

—No es a mí a quien tienes que perder perdón. —Hizo un gesto señalando a Bea.

Elena se tragó su orgullo, inclinó ligeramente la cabeza y parpadeó como si con ello pudiese borrar aquella imagen de la retina.

—Lo siento —susurró.

—Gracias —silabeó Bea—. No me gusta que me llamen tarada.

Bea recordó a su madre biológica; «hija de puta» definía bastante bien los recuerdos que tenía de ella. No obstante, si alguna vez experimentaba el abrazo de Ashley como madre, haría tragar las palabras a cualquier persona que le dijese algo así.

—Elena, aunque no te lo mereces, dejaré que nos ayudes a curar al koala. Bea nos llamó para comunicarnos que tenía algunas heridas, quizás necesitemos echar puntos. —Héctor le revolvió el flequillo; sabía que detestaba que le hicieran eso.

—¿De verdad?

Él asintió.

Bea se disponía a colocarse el casco de la moto cuando Duna se acercó y le pidió que se quedase. Entraron al pabellón para presenciar como Héctor y Elena realizaban la atención sanitaria del animal.

—Gracias por tu ayuda. Es Juno, lo hemos avistado varias veces cruzando la carretera con unas cámaras que hemos instalado para anticiparnos a su rutina de paseo, pero nunca hemos conseguido atraparlo. Ha provocado algunos atascos y pequeñas colisiones entre varios coches. Quizás sea el mismo que se te cruzó la otra vez —expuso Duna admirando la silueta de Bea.

—No lo creo. Yo me deslicé con la moto para no atropellarlo, pero el camión que venía detrás lo pulverizó en la carretera.

Supongo que no lo vio, o intuyó que no le daba tiempo a frenar sin provocar un accidente —dijo Bea.

Ambas curiosearon la cura del koala desde cierta distancia.

Los ojos de Elena brillaban de entusiasmo.

—¿Es normal que los koalas crucen las carreteras? —cuestionó Bea incrédula.

—No. No lo es. Aunque de vez en cuando saltan a la prensa algunos casos de atascos o accidentes que provocan al cruzar.

A Duna le encandiló el abanico de tonalidades de los ojos de Bea. Buscó complicidad en ellos, pero no la halló. Aun así, se armó de valor y sensualidad para explotar su último cartucho: extrajo una tarjeta del maletín con el nombre de la empresa para la que trabajaba y se la tendió.

—Te doy una tarjeta de la protectora, por si te encuentras algún caso similar. Detrás te he escrito mi número privado, por si necesitas alguna mano amiga que repase tu cuerpo.

Héctor carraspeó. Elena miró de forma fulminante la escena. Bea sonrió al ver a Duna refugiar su mirada en el suelo.

Le tendió la palma de la mano para que posara la tarjeta. La chica de la protectora la colocó en el centro y terminó el recorrido deslizando sus dedos con suavidad sobre los de Bea.

CAPÍTULO 16  
**ZOE Y ASHLEY**  
FINCA CHALICE (BRISBANE)

Jueves, 9 de febrero de 2017 Tarde

Zoe tenía veintinueve años, cabello largo hasta la cintura, negro y liso, ojos negros y sugerentes, nariz pequeña, labios color granate y manos pequeñas y delicadas. Trabajó duro para compaginar los estudios de Danza Clásica y Magisterio. Durante las vacaciones y los fines de semana colaboraba en el negocio familiar: una zapatería. Guardó como una pequeña hormiga todos sus ingresos. Sabía que sus padres no le permitirían, ni mucho menos le costearían una carrera tan poco provechosa para un expediente académico tan brillante como el suyo. No consideraban que el baile, la música o el deporte fueran profesiones serias. Sin embargo, para ella baile, música y movimiento habían estado presentes desde el principio de los tiempos para subrayar las necesidades, deseos y celebraciones humanas, a través de rituales mágicos, para reclamar e implorar al cielo lluvia, caza, buenas cosechas... Aprendió a otorgarles la razón y callar, y a ver en sus consejos lo que eran: opiniones sustentadas en la aspiración de que ella tuviese un futuro distinto, libre de la atadura de un mostrador y cajas y más cajas de zapatos.

Zoe entregó los niños a sus familias. Evitó comentarios con Ashley, no quería que la noticia se expandiera como la espuma por todo el colegio. Los rumores, fuesen ciertos o no, terminaban pasando factura.

Los hombres le habían agriado el carácter a Carla: no elegía bien, se enredaba en relaciones poco fructíferas con hombres insustanciales, arrogantes y poco trabajadores. Parásitos humanos, pensó. Trabajaba duro, llegaba la primera al centro y salía la última para huir de las horas frente al espejo ciego: no asimilaba en lo que se había convertido.

Zoe se acercó a la clase de Carla para hablar con ella. No había nadie. El conserje confirmó que había entregado la llave y que se había marchado. Le dejó la invitación que Ashley le había entregado para ella sobre su escritorio. La llamó de forma reiterada; no contestaba. Resolvió enviarle un mensaje de audio al móvil:

Te he dejado la invitación de la recepción de Ashley en el cajón de tu mesa. Si no vas a disculparte con ella de manera formal por el malentendido, al menos deberías acudir a su fiesta de bienvenida. Se lo debes. Para serte sincera, yo en su lugar no te habría invitado. Estaba cansada, pero decidió no posponer la conversación con Ashley, así que se acercó a su casa.

Ashley se hallaba sentada en el porche mientras Aidan jugaba con una patineta.

—¿Qué tal en el médico?

—El tratamiento va bien, pero aún no estamos embarazados. Supongo que el estrés de los preparativos de la boda pasa factura. Quizás cuando nos digamos el sí quiero, incluya a un bebé—  
—expuso Zoe.

—Sería estupendo.

La bailarina hizo una pausa, no sabía cómo reconducir la conversación. Ashley contempló a Zoe: su rostro y sus manos reflejaban pesar.

—Siento lo que ha pasado con Aidan. Pensaba que estaría de vuelta para el almuerzo—. Zoe apretó las manos de su amiga.

—No ha sido culpa tuya. Me ha contado todo lo que ha hecho en el colegio y viene encantado.

—Me alegro.

Zoe miró a Ashley; necesitaba escuchar su pregunta para confirmar que ya había elaborado una hipótesis basada en las evidencias. Aunque eran amigas desde el instituto, ahora era la madre de

un alumno, y no le gustaban los chismes. Sin duda este caso requería una mínima explicación por su parte.

—Alice nunca lleva desayuno, ¿verdad? —preguntó Ashley.

—La familia de Alice... está pasando una mala racha en este momento. Compartimos el desayuno, como has visto hoy. Cada una lleva a la mesa lo que tiene.

Una lágrima escurridiza se deslizó por el rostro de Ashley.

—Me gustaría que Aidan continuase compartiendo el desayuno con vosotras, si te parece bien.

Zoe sonrió y asintió.

Ashley había estado sopesando la posibilidad de contratar a la familia de Alice para la vendimia, a pesar de que ya tenían la plantilla cubierta desde hacía varias semanas. En su finca se recolectaba de forma manual, por lo que algo de mano de obra extra aligeraría el trabajo. En Australia la recolección de la uva se realizaba entre enero y mayo.

—Además, nos estamos preparando para la vendimia: quizás a su padre o a su madre les podría interesar. Ya sabes que trabajamos de noche para evitar la oxidación de la uva — especificó la enóloga.

—Lo sé. Si no te importa, la voy a llamar ahora, y te confirmo. No me gusta posponer esta clase de cosas —expresó Zoe encantada con la idea. Habló con Tracy. Cuando colgó el teléfono, ya tenía una contestación—: Su marido acepta el trabajo. Muchas gracias, cielo.

—De acuerdo. Te doy una tarjeta, en ella viene la dirección de la empresa. Así podrá hablar directamente con mi padre. —Se la entregó a su amiga.

Zoe recondujo la conversación hacia el suceso del bocadillo de Aidan.

—He ido a la clase de Carla a última hora, pero ya se había marchado. Ella siempre apura hasta el último minuto en el centro, creo que ha salido huyendo de mí... ¿Quieres contarme lo que ha pasado?

—En resumen, han acusado a Aidan de ladrón en su primer día de colegio, y a mí me han tachado de mala madre. Ha sido una gran entrada. —Ashley esbozó una sonrisa agria.

—¿Por qué no has replicado?

—Ya sabes por qué —atajó la enóloga.

—No es una razón, ella no sabe quién era el remitente del sobre con el dinero, solo que Kora se lo entregó hace mucho tiempo.

Ashley emitió un chasquido con la lengua.

Zoe apreció que su amiga no deseaba profundizar en ese tema, así que intentó ser lo más comedida posible.

—De acuerdo, no le has contestado por ese motivo, pero ¿por qué la has invitado a tu recepción? No tiene sentido para mí, explícamelo, por favor.

—Mi abuela Catia quiere que las mujeres de la asociación acudan a la fiesta o, por lo menos, brindarles la oportunidad de hacerlo.

—Tengo que reconcer que mientes increíblemente bien

—contradijo la maestra.

—¿Por qué iba a mentirte?

—No lo sé. Dímelo tú. Soy maestra de infantil, las madres no toleran que a sus hijos les hagan daño, sean ellos conscientes o no. Y ella ha montado hoy en el colegio un número increíble con la bolsa de comida de Aidan. Yo, en tu lugar, le habría dicho cuatro cosas y me hubiese quedado a gusto. —Zoe paró con un dedo acusador el amago de Ashley de armar una excusa. Añadió remachando sus palabras—: Y ni por asomo se me ocurriría invitarla a la recepción.

Ashley arrugó la nariz. Cerró lo ojos unos segundos. Tom nunca había visto a Aidan; sin

embargo, su peor pesadilla era ver como él pegaba a su hijo. Los errores no tenían el mismo peso para todas las personas, había vivencias que condicionaban la forma de ser y de ver el mundo. ¿Cómo explicaba algo así? Se pasó la mano por la frente y apartó el flequillo. Se mordió el labio con suavidad antes de responder.

—Cielo, Carla ha cumplido su parte: el dinero fue bien invertido, estudió y consiguió un trabajo de maestra, ahora está en el mismo centro que tú. Su segunda oportunidad no acabó ahí; en su caso, tan solo empezó. Tendrá que aprender a reconducir el resto de su vida. Yo no voy a ser quien le corte las alas. Merece una segunda oportunidad —argumentó Ashley.

—No sé que decirte. Es algo que no he vivido, imaginar no es lo mismo que experimentarlo en tu propia piel; supongo que, en cierto modo, tenéis un nexo de unión, aunque ella no lo sepa.

Zoe trató de dar continuidad a los pensamientos que flotaban en su interior, aunque no casasen del todo en el hilo de la conversación.

—Un par de semanas antes de tu llegada, Carla volvió a insistirme en que le dijese el nombre de la persona que le ofreció la ayuda. ¿Puedo decírselo?

—No. Sé por qué me lo preguntas, y no, no quiero que se sienta mal y en deuda conmigo o con Aidan. Él es un niño encantador, sabrá llevársela a su terreno sin que nosotras intervengamos.

—¡Eres imposible! —señaló la maestra—. Dejaremos ese tema por ahora. Tu tarta ha sido todo un éxito en la sala de profesores, me han pedido la receta, y los niños se han comido todo el bizcocho. Gracias por el detalle.

—No es nada. Gracias a ti.

Zoe solicitó unos minutos para ir al coche y recogió una bolsa.

—¿Te has comprado el vestido para la recepción del viernes?

—Sí —confirmó Ashley.

—¿Vas a enseñármelo?

—Claro que no, es una sorpresa. —Su mirada ascendió desde el suelo hasta los ojos de su amiga, en un gesto íntimo, mil veces fotografiado.

—¿Y los zapatos? —Ashley negó con la cabeza—. Mejor.

Zoe le entregó una caja.

—¡Impresionantes! —exclamó Ashley—. No voy a dejar que me los prestes.

—No son un préstamo, es tu regalo de bienvenida.

Ashley encajó la puerta de la habitación y repasó los acontecimientos del día. Aidan dormía en la habitación contigua, apenas había abierto el cuento cuando ya tenía los ojos cerrados y las manos abrazadas a su mochila del colegio. Intentó quitársela sin éxito, se había convertido en su segunda piel. «Necesitaría un bisturí», opinó Ashley.

Entró en su alcoba de forma pausada; fue acariciando con un dedo la pared, la mesa y la cadena de música. Puso en modo repetición la pista uno.

Abrió la puerta del armario y hurgó dentro de la maleta. No había nadie más. No necesitaba fingir. Desnudó su rostro de la sonrisa que lo vestía.

La cama aceptó la derrota de su dueña y arrojó su noche en vela. La melodía acunaba su insomnio.

La venganza no tardaría en llamar a su puerta.

CAPÍTULO 17  
**CARLA**  
ALOJAMIENTO DE CARLA (BRISBANE)

Jueves, 9 de febrero de 2017 Noche

Carla salió del colegio sin echar la vista atrás. Rememoró la mirada de Zoe cuando entró al despacho de dirección, mientras estaban hablando con las madres y el director sobre el asunto del desayuno de Aidan. El brillo de la decepción en sus ojos se le había clavado en la sien. Rumió las consecuencias de su error: había forjado una brecha difícil de subsanar entre ambas. Ashely y ella eran amigas desde el instituto, no estuvo acertada, pero le incomodaban las niñas ricas de papá y mamá, a quienes los progenitores y la vida misma sumistraban un camino de rosas, sin problemas ni facturas.

Revisó su imagen en el espejo de la ducha: piel blanquecina, cejas finas, párpados caídos por el cansancio y la falta de sueño, labios agrietados. Para completar la escena, pelo arremolinado en un moño y ropa con marcas de tiza, restos de batidos, zumos... y solo Dios sabría qué más. El final de la jornada laboral de cualquier maestra de infantil que se preciara. Imaginó uno de los peores días de una modelo: quizás la báscula indicaba trescientos gramos más.

La Asociación Media Vuelta llevaba casi treinta años prestando ayuda de diversa índole a mujeres maltratadas. Durante ese tiempo la presidencia pasó por varios manos: Kora, Lara y Zoe. A pesar de que no había sido la única, le ayudaba recordar que ella recibió el primer sobre de un donante anónimo. Zoe representaba en cierto modo al remitente, y su decepción implicaba una batalla en su interior. No sentía que mereciera aquella ayuda. Salió de la ducha envuelta en el albornoz. En el pasillo aguardaba el móvil; abrió el audio de Zoe. Un ruido metálico accionó en su cerebro los engranajes que abrían las puertas de las emociones. Susurró con voz tenue: «Otra vez no». Se desplomó en el suelo, a medio camino entre el baño y el sofá.

Carla viajó a su pesadilla. Se hallaba hundida en el fango hasta el cuello. Había dejado de gritar pidiendo ayuda y de barajar opciones para salir a flote. Su familia la contemplaba de pie, en silencio, con las manos metidas en los bolsillos.

El fondo la llamaba, una raíz de árbol aferrada a una de sus piernas reclamaba su presencia en la profundidad. El miedo a la oscuridad se hizo patente, la absorbería. Vencida, se entregó sin resistencia.

Una mano desconocida lanzó una cuerda y comenzó a tirar de ella. Cerró los ojos, estaba cansada. Durmió unos instantes. Al despertar estaba arropada en una manta, sin barro en la cara y con un sobre de dinero, sin nombre ni rostro.

Carla recogió su propio cuerpo del suelo y lo llevó a la cama.

Se palpó el rostro: no halló restos de sangre, solo lágrimas. Respiró buscando la conexión con la realidad de nuevo. Musitó: «Solo ha sido una pesadilla, él no está aquí, no volverá a pegarte, ni a hundirte en el fango de nuevo».

**BEATRIZ, CATIA, SAOIRSE Y ELENA**

VIVIENDA DE SAOIRSE Y RESTAURANTE NO NI NA (BRISBANE)

Jueves, 9 de febrero de 2017 Noche

Bea recibió una llamada de Héctor. Aún no había terminado con las reparaciones de la lista de imprescindibles del convento de Santa Catalina, no llegaría a tiempo para acompañarla a las clases del gimnasio. Sonrió recordando a la madre superiora, Catia, la abuela de Ashley, un verdadero encanto de señora, un poco gruñona y áspera, pero con un gran corazón. ¿Sería Ashley así?

Catia adoraba a Bea, porque le recordaba a ella misma de joven: en el límite entre el bien y el

mal, un pie dentro del infierno y el otro elevado para dar una zancada que la alejase de él. Tuvo un matrimonio apalabrado entre familias, que duró afortunadamente demasiado poco, y solo trajo un hijo: Ben. Nunca amó a su marido y no deseaba volver a verse sometida de nuevo. En aquella época quedaban pocas opciones para una mujer viuda, así que hizo voto de castidad hasta que su hijo contó con la edad suficiente para ordenarse en el convento. Cuando Ashley nació dividió la herencia de su marido en tres partes: con una fundó la Asociación Media Vuelta; otra la donó al convento de Santa Catalina; y el resto lo ingresó en una cuenta a nombre de Ben.

Bea llamó a Saoirse. Pasaría a recogerla. Había quedado con Elena para cenar en un restaurante español y no le gustaba conducir de noche. Sería su chófer. No apuraba demasiado tiempo en las salidas, era consciente de que después de dos horas le costaba continuar el hilo de la conversación.

—¿Aún no estás arreglada? —protestó Bea.

Saoirse afirmó mientras recorría con los ojos su propio atuendo, esperando captar la atención de Bea.

—¿En serio? —Bea parpadeó de forma exagerada—. Ya sabes que Elena va siempre de punta en blanco, ¿y tú quieres ir así? ¿Te has visto bien?

La diseñadora rebuscó en el armario, seleccionó un vestido estampado en gris y celeste, un bolso y unas sandalias de medio tacón. Eligió un juego de colgante y pulsera, que ella le había diseñado: el árbol de la vida con los frutos en turquesa. Retocó su maquillaje y le hizo un semirrecogido en bucle.

Puso la canción de la pista cinco: *Ella*, de la cantante Bebe.

—«Hoy te vas a poner tacón, para hacer sonar tus pasos».

—Bea recalcó una parte de la letra.

A Saoirse le entusiasmó su cambio de imagen. Bea siempre le hacía sonreír. El humor deslenguado y las insinuaciones para fortalecer su ánimo obtenían como recompensa unas risas compartidas.

—¿Has terminado ya? —preguntó Saoirse arrugando la nariz.

—Sí. Das mucho trabajo. —Dejó caer su cuerpo en la cama fingiendo agotamiento. Secó el sudor ficticio de su frente.

—Bien. —Juntó los labios y lanzó varios besos al aire como agradecimiento.

—Estás muy bien. —Le guiñó un ojo.

Saoirse sonrió.

Bea la llevó al restaurante y esperó a que llegara Elena, a la que saludó con el claxon. Observó el gesto de admiración en su cara cuando Saoirse bajó del coche. Fue al gimnasio; por la zona se encontró con el grupo con el que habitualmente practicaba *parkour* y *free running*.

Elena había reservado una mesa cerca de la ventana. Conocía al dueño del restaurante, y eso se reflejaba en el trato del camarero que les atendía.

No Ni Na era un restaurante de cocina andaluza. Esa triple negación implicaba la mayor afirmación posible para una persona de esa tierra; podía traducirse por la expresión «anda que no».

Una de las paredes la ocupaba un refrigerador de botellas de vino hecho a medida. El resto del local estaba revestido de madera.

En el centro de cada mesa una lámpara en suspensión con un foco de luz en el centro y diez radios que acababan en grandes copones otorgaba una nota de distinción al local. Pidieron ensalada malagueña, carne a la brasa con verduras de guarnición y una copa de vino de Ronda: Payoya Negra.

Elena encadenó una conversación tras otra: el trabajo; el amor descafeinado o el sexo a la carta, como le gustaba llamarlo; el sueño y la nota de Héctor; cómo conoció a Ashley en España en una cata de vinos... Saoirse escuchaba, asentía e incluía alguna pregunta al hilo de la conversación. Elena estaba cansada de hablar de ella misma y de temas triviales. Centró la charla en torno a su preocupación: Héctor.

—Echo de menos a Lara —manifestó Elena—. No sé si mi hermano acabará superando algún día su pérdida.

—Lo hará. Es un hombre fuerte. Saldrá adelante. Necesita algo más de tiempo que el resto de personas para superar determinadas cosas. —Saoirse dio un pequeño sorbo a la copa.

—Recuerdo la época del instituto como si fuera ayer. Le pedí a Lara que se mantuviese alejada de él. Ya sabes cómo era antes de conocerlo...

—Una loba, puedes decirlo: ella misma lo decía. Lo sabes.

—¿De verdad tu hermana se acostó con tantos chicos y chicas del instituto?

—Sí. Ya sabes que tu hermano siempre le contestaba que no quería ser uno más. Le costó mantenerse casta para ganar su confianza, pero lo hizo. Se subía por las paredes.

Ambas rieron.

—¿Qué crees que significa el sueño, la silueta, el mensaje?

—preguntó Elena.

—No lo sé, pero ha dado el primer paso para ver lo que Lara desea transmitirle.

—¿Qué hay de ti? ¿Has conocido a alguien?

—Claro que sí, trabajo en una inmobiliaria. Todos los días, a mucha gente... —indicó con ironía.

—Ya sabes a qué me refiero.

Miraron por la ventana; fuera estaba Bea, esperando de pie apoyada en la puerta del conductor.

—¿Cómo puedes llevarte bien con ella?

—Es un encanto —señaló Saoirse.

—Es oscura.

—Atrapa mi oscuridad y le da luz.

Elena grabó su respuesta.

—Quizás ella y yo, algún día... —susurró Saoirse.

—No hablas en serio.

Bea abrió la puerta del copiloto para Saoirse.

—¿Todo bien? —se interesó Bea.

—Sí, ya sabes cómo es. Conseguiré las llaves de tu moto, ganaré la apuesta.

Saoirse apostó con Bea que usaría su moto durante un año si conseguía que Elena creyese que estaban juntas. Se dieron de plazo seis meses. Si perdía, la directora de la inmobiliaria tendría que aceptar una escapada durante un fin de semana.

—Nunca se creará que tú y yo podamos darnos un revolcón.

El cielo y el infierno se fusionarían y el caos...

—No digas tonterías, yo no soy un cielo —interrumpió Saoirse.

—¿Sabes qué? —Saoirse negó con la cabeza poniendo morritos.— Tendré que dejar de decirte tantas cosas buenas y darte tantos mimitos, se te acabará subiendo y... Saoirse cortó su discurso con un beso en la mejilla.

CAPÍTULO 18  
SAOIRSE  
VIVIENDA DE SAOIRSE (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero 2017 Madrugada

Mientras se duchaba, Saoirse recordaba la velada. Bea hizo de chófer, fue amable y servicial. Nunca era demasiado tarde o temprano para acudir a ella: al otro lado del teléfono, su voz se ponía de camino hacia donde ella estuviese si el tono reflejaba tristeza o miedo. Minutos después, llamaba a su puerta con el casco de la moto medio encajado, o la abría con su propio juego de llaves.

Elena había llegado antes a su vida, pero le desagradaba cómo trataba a Bea; siendo sincera consigo misma, se sentía una hipócrita por consentir que la llevase a una cena donde no era bien recibida como comensal. La conciencia le pesaba. Ya no tenía el suficiente carácter para golpear la mesa e imponer respeto y consideración.

Elena veía el maltrato infantil que había recibido Bea como unos pequeños azotes a una niña deslenguada y malcriada; merecidos, pero mal recibidos. Se hallaba lejos del terror de su infancia. Ella nunca había observado sus marcas, pero Héctor sí, y guardaba su secreto. Aunque había algo que no se le escapaba: siempre usaba pulseras gruesas.

Saoirse había leído infinidad de veces en la Wikipedia que la oscuridad como ausencia de luz visible desde el punto de vista científico no existía; solo era teóricamente posible en condiciones de cero absoluto, o en las proximidades de un agujero negro.

Ambas cosas estaban lejos de la personalidad de Bea, porque no pasaba desapercibida, y no acaparaba a las personas. Para ella era un haz de luz, irradiaba claridad y exponía la verdad sin tapujos. A veces pensaba que tanta dosis de realidad producía en algunas personas el efecto contrario al pretendido: ceguera. A Elena no le convenía ver más allá de sus narices. El comodín de la oscuridad, real o ficticia, la salvaba de alejarse de la comodidad de su mundo conocido.

Saoirse se sentó en el sofá con las piernas aferradas al pecho.

La noche estaba asentada. La pequeña lamparita de la mesa, siempre en funcionamiento, bordeaba su contorno y testimoniaba que ella seguía allí, subsistiendo. La morada de los muertos se resistía, una vez más, a solicitar su presencia.

Se reprodujeron los típicos episodios de vaivén en la intensidad de la luz previos a un apagón. Clamó al cielo luz o la suspensión su vida; no obstante, ninguna de las dos peticiones obtuvo respuesta. Encendió varias velas y una lámpara de aceite: quería estar prevenida. La bombilla se apagó.

Recordó por qué detestaba la noche: su marido llegaba a casa ebrio, propiciaba una conversación candente, provocaba una discusión y descargaba la tensión del día sobre su cuerpo.

Buscó el teléfono móvil; lo había puesto a cargar cuando salió del baño, pero no había transcurrido tiempo suficiente para cumplir la función de llamada. Aun así, localizó el teléfono de Bea y pulsó el botón. La pantalla se nubló. No podía asegurar si Bea habría recibido algún tono.

Lloró. Escuchó pasos en el porche y percibió una linterna que se aproximaba a la casa; alguien trasteaba la cerradura. Dejó de ver, de oír y de sentir: perdió el conocimiento. Cayó al suelo.

—Cielo, ¿dónde estás? —repitió una voz lejana.

CAPÍTULO 19  
**ELSA, CÉSAR, HÉCTOR, JAKE Y BEATRIZ**  
RANCHO CENTINELA (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Elsa había debatido largo y tendido con César, su marido, todos los puntos de la reunión durante la cena de la noche anterior: las reformas en el rancho; las intromisiones para mantener encuentros sexuales; la posibilidad de incrementar el número de caballos que suministraba Joe; la solicitud de John para cubrir el puesto de administrativo; y lo último y más importante para ella, el cumpleaños de Jimmy, uno de los alumnos de la Escuela Capaz.

Los caballos salvajes australianos, los Waler, despertaban el interés tanto de protectoras como de sectores de población que los veían como pseudocaballos, una auténtica plaga que exterminar.

La mayoría de ejemplares, una vez recuperados y domados, los conservaban en el rancho. Se trataba de un caballo fuerte y duro con una gran capacidad de trabajo que le permitía recorrer grandes distancias durante todo el día. Por eso lo utilizaban como montura habitual en turismo ecuestre, o lo vendían a otros ranchos para conducir ganado. Algunos ejemplares participaban en competiciones de rodeo y conseguían bastantes aplausos con sus cabriolas. En resumen: era rápido, ágil, fuerte, buen saltador y contaba con más cualidades de las necesarias para una sola raza de caballo; aun así, había quienes lo menospreciaban.

Elsa olía a esa clase de personas y guardaba las distancias para no desatar su lengua. Aunque más de uno necesitaba que alguien le expusiese las cosas claras y sin tapujos, delegaba en Héctor o César el trato con ellos. Ambos, más prudentes, atajaban la situación maquillando el discurso con frases como: «Nuestro rancho no dispone de las medidas necesarias para atender a su caballo».

En su lugar, ella hubiese dicho: «Su caballo puede quedarse, pero usted no». Imaginaba los rostros de aquellas personas después de una frase como esa y respiraba satisfecha.

Para el enganche, César prefería el Hackney, tanto el caballo como los ponis. Elegantes, se movían sin esfuerzo, casi flotando en el aire en cada zancada. Le fascinaba su forma de desplazarse, elevando la rodilla y los corvejones, con una pausa entre cada paso.

Adoraba los Waler, cuando los recibían se turnaba con Héctor durante varias semanas para atenderlos. No soportaba verlos morir, sin poder hacer nada por ellos. No aceptaba el maltrato en general, pero sumaba varios grados de maldad a quienes lo infligían a niños, ancianos y animales indefensos.

La llegada de Bea supuso una sorpresa. Tanto él como Elsa la consideraban parte de la familia. Nunca preguntó demasiado sobre su origen, por respeto a su intimidad, aunque experimentaba una especial afinidad con ella porque él también había encajado golpes desmesurados en la infancia. En una pequeña oración resumía su pesadilla recurrente: huir del monstruo, para determinar al final del camino que eres tú.

Héctor, Elsa, César, Bea y Jake tuvieron una reunión a primera hora de la mañana. Jake había pedido el día libre para ayudar a Ashley con los preparativos de la recepción, pero él era capataz y consideró imprescindible estar presente.

Elsa tomó la palabra.

—El rancho está creciendo a un ritmo vertiginoso, lo cual es una buena señal, pero necesitamos adaptarnos a las demandas de nuestros clientes. El incremento de las clases para niños, incluidos los alumnos de la Escuela Capaz, conlleva la necesidad de realizar algunas reformas con el objeto de reubicar a las familias para que no entorpezcan el desarrollo del resto

de clases, o las actividades de las personas que vienen a entrenar con sus caballos. Construiremos la sala de espera, incluiremos mobiliario versátil y cómodo, y máquinas expendedoras de comida y bebida. Héctor ya ha efectuado la compra de algunas, cuando esté construida las instalaremos allí. Añadiremos algunos bancos en lugares estratégicos para que los padres puedan contemplar las clases de sus hijos sin andar merodeando por el rancho. Ya se han colocado algunos carteles en las zonas restringidas para el personal, faltan algunos sobre las normas de los usuarios en el recinto, mapas de localización en cada sección y cambiar el panel de informaciones varias.

—Hemos recibido algunas peticiones, de momento corteses, de clientes habituales que señalan la conveniencia de controlar el trasiego de personas —añadió César. Extendió varios planos en la mesa—. Estos son los planos que os comenté, hay que seleccionar uno y decidir dónde ubicaremos la nueva instalación.

Seleccionaron el plano y la zona de control como el lugar más propicio para la nueva instalación.

—¿Para cuándo estará el resto de carteles? —preguntó Jake a Bea.

—Ya están terminados, falta colocarlos. Además, he actualizado el horario de las clases en los nuevos carteles y en la página web.

—Con respecto al incremento del número de Waler suministrados por Joe, estamos a la espera del proyecto que desea presentarnos. Una vez lo entregue, decidiremos si los aceptamos o no —aportó Héctor.

César intervino. Había tomado la iniciativa de llamar a Joe, después de que él visitara a Héctor en el rancho.

—He estado conversando con Joe sobre el tema. Ya sabéis que la policía montada australiana utiliza los Waler como montura. Les han pedido caballos a Joe en función de la previsión de necesidades para cinco años, y él quiere que nuestro rancho los suministre. Además, ha recogido algunas peticiones de miembros de su asociación. Es un proyecto bonito, de gran envergadura, y que nos saldrá muy muy caro —recalcó buscando la aprobación de Elsa; ella asintió—. Tendremos que aumentar considerablemente el número de ejemplares, con todo lo que eso supone: más refor-

mas en las instalaciones y aumento del personal para atenderlos como se merecen. —Recalcó la última parte de su discurso.

—En resumen, más gastos y más trabajo —añadió Jake con una sonrisa amplia. Ya sabía de antemano qué deseaban hacer Elsa y César, los conocía bien—. Yo estoy dispuesto a asumir más trabajo, si es necesario.

—Podríamos contar con personal de prácticas remuneradas

—dijo Bea. Observó cómo Jake arrastraba el pie por el suelo: no le había agradado su intervención.

—¿Qué es eso? —preguntó César de forma retórica mirando a Elsa.

—Estudiantes y graduados en Ganadería o veterinarios, que deseen aprender inglés y el funcionamiento de un rancho —explicó la diseñadora.

—Me gusta cómo suena —indicaron César y Elsa al unísono. Ambos compartieron una mirada de deseo. Recordaron sus orígenes, cuando soñaban despiertos con un rancho en Australia.

El resto de presentes admiraron, en silencio, cómo sería el preludio de un momento íntimo entre los padres de Héctor. Bea imaginó, unos pasos más allá. Ella posaba los ojos en los labios de su marido, conteniendo el deseo de besarlos; y él estudió el rostro de su mujer con pasión, olvidando a los presentes durante unos segundos. Se llevó la mano al rostro, buscando las gafas que llevaba puestas. La diseñadora supuso que deseaba ver aún mejor a su esposa.

Bea se llevó la mano al colgante para recordarse que esos sentimientos que compartían Elsa y César jamás tendrían cabida en su vida.

Jake formuló la siguiente cuestión.

—¿Qué habéis averiguado sobre los sucesos acaecidos en el rancho?

—He cotejado esta mañana las grabaciones con el jefe de seguridad, Robert. Uno de los vigilantes del turno de noche, Brian, facilitaba la entrada apagando las cámaras de acceso a la hora acordada —expuso Héctor. Jake seguía el discurso con detenimiento—. Obtuvimos las pruebas reubicando las cámaras nuevas que Jake compró: las conectamos al ordenador del pabellón de veterinaria, fuera del alcance del puesto de control. Ayer por la noche, sin ir más lejos, repitieron la misma operación. John llegó sobre las doce al rancho con un par de chicas de pago. Brian apagó las cámaras y quedaron, esta vez, en otra zona del rancho donde presuponían que no habría vigilancia.

—¿Aparecen en la grabación...? Ya sabes. —Jake movió una mano en el aire para matizar su discurso. No quería ser demasiado explícito delante de los padres de Héctor.

—Sí —confirmó Héctor—. Esto nos pone en una situación muy delicada. Tendremos que decidir qué hacer. He hablado con Robert, despedirá a Brian. No podemos permitirnos el lujo de que un vigilante apague las cámaras a su antojo, podría facilitar el acceso a ladrones de caballos. Nosotros deberíamos hacer lo mismo con John.

—Eso cambia uno de los puntos de la reunión: quedaría desestimada su petición de ocupar el puesto de administrativo

—razonó Elsa.

—¿Y por qué querría ese puesto? —César estaba descuadrado con la información aportada por su hijo.

—Tengo algo que enseñaros. —Bea cogió el móvil del bolso y mostró un vídeo. En él se escuchaba con total nitidez un acuerdo entre John y Truman. Al final de la grabación se estrechaban las manos.

Bea percibió el cambio en el semblante del hermano de Ashley después de su intervención.

Jake contempló a Bea con parsimonia. Analizó su pose de seguridad sobrada y de dueña de la verdad absoluta. No le cabía duda, su actitud tenía como finalidad empequeñecer al resto de personas. Arrugó la nariz, no le gustaba que estuviese allí. Atraía los problemas.

Reconocía que Elena le había indispuesto contra ella, y por eso ya no la miraba con buenos ojos, a pesar de que en la despedida de soltero de Kevin se hizo cargo de la situación. Estaba ebrio cuando Kevin comenzó a desfasar; él realizó las fotografías como pudo; Héctor estaba en el desierto con la Asociación Waler, así que en ese momento Bea le pareció la única opción para solventar la situación.

Elena entró en cólera, y la relación con ella se enquistó. De hecho, seguía tensa con él. Había perdido su confianza y la había defraudado. Por si fuera poco, se sentía en deuda con Bea. Una lucha interior le impedía pensar con claridad.

—Esto aclara las cosas. En el puesto de administración dispondría del listado de clientes, sin levantar la liebre, ganaría la confianza de ellos y les propondría un nuevo rancho para dar las clases —razonó César—. Estoy de acuerdo con Héctor, deberíamos despedirlo.

Todos los presentes aportaron su opinión y determinaron que la opción más ecuánime era despedirlo, sin dar parte a la policía. César hablaría con él en privado.

Jake aportó una solución temporal a las clases que impartía John.

—Las de doma vaquera las repartiremos entre Deborah y yo; y las de rodeo las puede dar Samantha, viene a entrenar por libre y ha ganado varios concursos. Ya sabéis cuánto la admiran

aquí. Los alumnos estarían encantados con el cambio —argumentó Jake.

—Hemos dejado el mejor punto de la reunión para el final: el cumpleaños de Jimmy —comunicó Elsa—. Después de las clases de enganche, realizaremos una yincana adaptada para los alumnos, Deborah ya la ha diseñado. Las monjas le harán una tarta y algunos aperitivos. En nombre del rancho le hemos comprado varios regalos: unos videojuegos y ropa para montar a caballo.

Jake rumiaba una pregunta desde que Héctor expuso los hechos concernientes al uso del rancho para los encuentros íntimos.

Debatió en su interior si digerirla o exteriorizarla sin darle importancia. La curiosidad prevaleció. Esperó a Héctor fuera cuando la reunión se dio por concluida.

—¿Cómo habéis reconocido que eran chicas de pago?

—Robert las conocía, me dijo sus nombres —respondió Héctor.

—Sabes qué quiere decir eso, ¿verdad?

CAPÍTULO 20  
**ELENA Y BEATRIZ**  
CASA DE ELSA Y CÉSAR (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Las pesadillas de Elena siempre elegían a Bea como antagonista bajo distintas formas; las más recurrentes eran una araña tejedora que la apresaba y la devoraba, y la mujer que cabalgaba sobre Kevin. Siempre cambiaba el final indeseado por otro en el que se desvanecía en cenizas, la barría con una escoba de bruja y la arrojaba a la basura o al fuego. Y con un hasta luego y nunca más cerraba el cuento.

Esa noche había soñado algo distinto. Se hallaba suspendida en un abismo. Justo cuando, vencida, se disponía a caer, una mano sin rostro surgió de la nada, la sujetó con fuerza y comenzó a subirla. Contempló el rostro de la diablesa Bea, entonces comprendió: estaba ascendiendo al infierno. Se soltó. Eligió caer.

Despertó o creyó estar despierta.

—Solo es un sueño —se dijo.

Cerró los ojos, estaba cansada. La oscuridad la atrapó de nuevo. El precipicio la observaba emanando gritos ensordecedores: «¡No tienes corazón! ¡Es mío! ¡Tu alma arderá si dejas que tu sexo cumpla tus deseos!».

Abrió los ojos, gritó o creyó estar gritando.

—Solo es un sueño —se alentó.

Sus párpados ganaron a la pesadilla, lloró o soñó estar llorando.

Llegó al fondo, un fuego encendido en el centro irradiaba luz y calor. Tenía frío. Se acercó. Distinguió una silueta: Bea sujetaba un corazón en la mano. Sabía que era el suyo porque sentía un hueco en el pecho, vacío y desolación.

—Es mío, me pertenece —indicó Bea. Elena corrió hacia ella suplicando clemencia, pero ignoró su reclamo y lo echó en el caldero. Sus rodillas se clavaron en la tierra, sus ojos vieron horrorizados cómo degustaba la sopa con un cucharón.

Oyó el teléfono sonar. Despertó de nuevo o por primera vez en la noche. Elsa la llamaba a las siete y media de la madrugada para recordarle que tenía que levantarse a estudiar, la bombardeó con quejas y le reprochó su actitud hacia Bea. Pensó: «Si tú supieras, madre, dejarías esa puerta sellada a cal y canto».

Mientras escuchaba la retahíla de Elsa se reprendió: «No puedes desear la oscuridad. Aléjate de ella. Tarde o temprano la atrapará el pasado y acabará presa o muerta, y tú, con el corazón arrasado por el dolor y la pérdida. Olvídala. Reconstruye tus pensamientos, como haces siempre. Lo que se repite una y otra vez acaba siendo verdad».

Abrió la galería de fotografías del móvil y seleccionó la primera que se habían hecho juntas, el primer día que la vio: el 20 de octubre, en el cumpleaños de Héctor. Le regaló un diario diseñado por ella. Al inicio de cada mes, incluyó una composición de imágenes, sola y en compañía de sus seres queridos. Supuso que se las habría pedido a Héctor. Su hermano immortalizó aquel momento: Bea sonreía a la cámara buscando en los ojos de Héctor la confirmación sobre la conveniencia del obsequio. Ella la miraba como nunca antes había observado a ningún hombre, con una amalgama de ternura, deseo y miedo. Héctor les reenvió la fotografía a ambas. Durante la noche, en un descuido, tomó el móvil de Héctor y borró el rastro. Sin embargo, no pudo acceder al de Bea.

Elena leyó en sus ojos: «no deberías mirarme así». Desde aquel día le hizo pagar con creces

aquello: un pensamiento. Desató de forma progresiva un odio no sentido y un desprecio ficticio.

No asumía la verdad, ni quería desecharla y aventurarse a un mundo desconocido que la llamaba. Nada más que aquel primer diario, junto con cada uno de los que le regalaba en los cumpleaños de Héctor, la ataba a ella y custodiaba su deseo. Escondía los secretos no verbalizados y camuflados detrás del desprecio que no sentía.

Reconoció impreso en su pesadilla el suceso del koala en el rancho: la sopa de koala se había transformado en sopa de corazón, el suyo. Recordó las palabras de Bea en el sueño: «Es mío, me pertenece». Una realidad que no estaba dispuesta a asumir.

Experimentó celos tras la insinuación explícita de Duna.

Miró con desaprobación la escena. Guardó la compostura. Tragó saliva e hizo la vista gorda. No era asunto suyo ni su mujer, nada las unía. Tal vez fuese lo mejor para ella que Bea tuviese una pareja estable y fuera un imposible sustentado en una razón con un rostro y unas manos definidas.

Colgó el teléfono. Su madre había estado hablando veinte minutos y no había escuchado nada.

Anotó en el diario de Bea el sueño y las conclusiones que extrajo, describió el sentimiento que iba ganando terreno y rellenando su oquedad del pecho: amaba sin corazón, entre líneas, no se permitía otra forma de experimentarlo.

Inició, como hacía siempre, la reconstrucción de sus pensamientos: «No voy a contestar, ni quiero hacerlo, nada de lo que hagas o digas me acercará a ti. Eres mi oscuridad». Aquella mañana no sonaba convincente, percibió una brecha en su escudo y en su lengua desatada como una lanza hacia el cuerpo de la mujer que amaba.

## **BEATRIZ Y MITCH**

### **TIENDA DE INFORMÁTICA (BRISBANE)**

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Bea colaboró en el montaje de la yincana para el cumpleaños de Jimmy y en la colocación del mobiliario para la pequeña fiesta posterior.

Una vez finalizadas las tareas en el rancho se fue de compras: necesitaba una cámara para ubicarla en un lugar estratégico. Tenía una intuición. Mientras analizaba las características de algunas de ellas se acercó Mitch, el dueño de la tienda.

—Hola, tú eres la hija de Héctor, uno de los dueños del rancho Centinela, ¿verdad?

—Sí —afirmó Bea.

—¿Te ayudo con la cámara y tú a mí con Deborah? —preguntó de corrido. Había estado ensayando la entrada detrás del mostrador varios minutos, aunque ahora no le parecía tan buena idea. Estaba nervioso, no sabía dónde ni cómo colocar las manos para que ella no lo notase. Se infundió ánimos: «¿Quién puede enseñarte a ser un chico malo?». La respuesta era: Bea. Saltaba a la vista.

Nunca la había tenido tan cerca, y le pareció guapa y femenina. Estudió su ropa: vestido negro holgado con un escote de vértigo y botas de medio tacón negras. Llevaba maquillaje suave, con una raya negra perfilando sus ojos fríos y distantes, y el pelo recogido en dos semicolmas de caballo con tupé.

—¿Con Deborah?

—Sí. A ella no le gustan los chicos buenos... —dijo sonrojándose.

—¡Uf! Me darías mucho trabajo.

Bea rastreó a Mitch: era un hombre de mediana altura, piel blanquecina, pelo castaño peinado con raya al lado, ojos negros, nariz afilada y boca sugerente. Apreció una pequeña cicatriz al final de la ceja. Llevaba un traje compuesto por pantalones de pinza, camisa, corbata y zapatos caros, todo rematado con gafas rectangulares de pasta negra.

—Tienes pinta de empollón —indicó ella.

—Lo sé. Es lo que soy en realidad, pero no me sirve con ella.

Estuvo aquí Jake, ¿quieres el mismo modelo para vuestro sistema de vigilancia?

—No es necesario. Voy por libre. No quiero que nadie lo sepa.

—¿Te la preparo para que la conectes al móvil?

—¿Se puede hacer eso?

—Yo sí —vocalizó sin pronunciar.

Fueron a un despacho. Él empezó a instalar el programa en el móvil de Bea.

—¿Solo quieres una? —Bea afirmó con la cabeza—. Entonces estás segura de por dónde van los tiros.

—Eso espero. Déjame tu móvil, quiero ver los mensajes que le has enviado.

Mitch dudó unos instantes. Se lo entregó.

—¿Qué mierda es esta? Ni te ha contestado; yo tampoco lo haría. ¿Qué turno tiene hoy?

—De tarde —aclaró el informático.

—Mira y aprende.

Bea escribió en el WhatsApp. La respuesta parpadeó al instante.

Mitch ojeó el móvil. El corazón comenzó a palparle con fuerza. De forma instintiva se llevó la mano al pecho, reclamando con el gesto serenidad a aquel órgano de su cuerpo aprisionado e ignorado durante diecisiete días por la mujer de quien estaba enamorado.

—¿Ahora qué hago? —titubeó el dueño de la tienda.

—¿Qué mierda de pregunta es esa? ¿Tú y ella ya habéis follado?

—Sí. —Huyó de la mirada de Bea y refugió los ojos en el suelo.

Él cogió papel y lápiz.

—¿Para qué quieres eso? —bufó Bea.

—Voy a tomar notas.

—¡No me jodas! ¿Tú de dónde has salido?



## DEBORAH

CASA DE DEBORAH (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Deborah recibió un WhatsApp de Mitch. Llevaba más de dos semanas dándole largas. Las cosas entre ellos marchaban bien, se divertían juntos, hasta que pronunció las palabras prohibidas: te quiero. No pasaría otra vez por ahí, al menos no tan pronto, no se encontraba preparada para enamorarse de un hombre y entregarle el corazón. Detestaba las frases típicas de galletas de la fortuna que le dejaba en el WhatsApp del tipo: «Hoy quiero tocar el cielo contigo». Resopló esperando algo similar.

Me he levantado con hambre voraz.

Quiero comerte el coño. 09:50 A las once desayuno en tu casa.

## CAPÍTULO 21

### ASHLEY Y TRACY COLEGIO, COPISTERÍA Y CEMENTERIO (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Ashley dejó a Aidan en el colegio. Mantuvo las distancias con Carla y el resto de familias. Apreció algunas miradas irrespetuosas y cuchicheos entre algunos padres y madres; un hombre de ojos azules señaló a su hijo con la mano de forma despectiva.

El presunto robo del desayuno se había convertido en la noticia estrella que concluía la semana. No sabía cómo manejar la situación, supuso que Zoe le indicaría qué hacer. Puso el móvil en la guantera y se alejó prudencialmente de la zona escolar. Esperó una hora. Recibió un mensaje de la maestra de Aidan: «Sé que andas por aquí. Vete a casa y prepara la recepción. Te llamaré si es necesario». Determinó acatar su orden. Quedaban detalles que limar, y no añadiría puntos a su favor si la veían cerca del centro escolar.

Arrancó el motor, pero lo apagó cuando vio a Tracy acercándose a ella. Se bajó del coche para recibirla.

—He hablado con la señorita Zoe, quería agradecerle su ayuda. —Tracy tragó saliva, estaba un poco nerviosa—. Me refiero al trabajo en su finca para mi marido y... —Contuvo sus emociones, le costaba encauzar los sentimientos que reclamaban aflorar en su rostro—. No solo no se ha enfadado conmigo o con mi hija por el suceso del bocadillo, usted nos ha ofrecido un trabajo, y sé que le ha dicho a Zoe que quiere que Aidan siga compartiendo la comida con Alice.

Ashley se acercó a ella y la contempló con dulzura.

—No hay nada que agradecer. Necesitamos personal en la finca —mintió la enóloga—, y por lo que yo sé, su hija lleva fruta, y por su sabor imagino que la cultivan ustedes, por tanto es ecológica y más cara.

Tracy asintió.

—A mi parecer es un trato justo, al menos para mí.

—No, no lo es —negó la madre de Alice—. ¿Puede esperar un par de minutos?

El marido de Tracy y ella detestaban las obras de caridad.

Aceptaba de buena gana la comida que Zoe preparaba a Alice, porque era una niña pequeña. Sin embargo, ellos tragaban saliva y toneladas de frutas y hortalizas como único sustento. Y determinaron seguir haciéndolo hasta que alguno de los dos encontrase un trabajo remunerado. La respuesta de aquella señora, Ashley, al quebranto de la maestra Carla contra Aidan en su primer día de colegio tenía un origen: su familia.

Aquella noche su llanto había traspasado las cuatro paredes de su casa subrayando cada una de las necesidades que seguían sin cubrir: las facturas del cajón en espera, la nevera vacía, una pequeña bombilla para iluminar el hogar, las paredes desnudas, los armarios y estanterías asolados... Fue cuando él la abrazó y la desnudó con dulzura, plagó de besos y caricias cada palmo de su cuerpo escuálido y sostuvo su rostro entre sus manos mientras lo besaba con ternura, secando una vez más sus lágrimas; cuando recordó por qué lo había elegido y sintió que el amor

hacía que las penurias se saboreasen de modo distinto.

Había oído los rumores de primera mano: tachaban a Aidan de ladronzuelo, a Ashley de madre despreocupada, pero de su familia, por extraño que pudiese parecer, no decían nada. No pudo averiguar si era porque acallaban los comentarios referentes a ellos cuando estaba presente o porque realmente la verdad no había trascendido.

Tracy fue a su vehículo y regresó con un par de bolsas de frutas y verduras.

—Son para usted. No es gran cosa, lo sé, pero es cuanto puedo ofrecerle —indicó avergonzada.

—No puedo aceptarlo. ¡Detesto las limosnas! —expresó la enóloga modulando el tono de voz.

Ashley deseaba que ella viese el trasfondo de sus palabras.

Observó su rostro neutro, el que exhibía la clase de personas que habían aprendido a regular las emociones, porque siempre consideraban que estaba de más expresarlas. Había saboreado infinidad de veces esa sensación. En su lugar, se mostraba ante los demás como un deseo inasequible. ¿Y por dentro? Detrás de cada foto y retrato, ¿a quién le importaba cómo se sentía? ¿Cuáles eran sus aspiraciones? ¿Sus sueños? ¿Sus miedos? No había cabida para nada de eso. El objetivo la apuntaba, y el *flash* demandaba un rostro determinado: sensual, lujurioso, inocente, felino... Puesta a elegir, seleccionaba ese último. Una mujer con gotas indómitas que impregnaban toda su esencia y la transportaban a su elemento natural, una selva, la vida misma, en cuyo siguiente cruce de caminos no sería la presa. La próxima vez, ella cazaría a su hombre. Volvió a la realidad, anheló que ese comentario no estuviese de más y no provocara el efecto inverso a sus pretensiones.

Tracy tomó las llaves de la mano de Ashley, abrió el maletero y dejó las bolsas dentro. Antes de irse, no pudo contener el impulso de abrazar a la exmodelo; ella la apretó con fuerza contra su pecho.

—¡Gracias! —reiteró mientras sollozaba—. Nunca olvidaré su ayuda.

—¡Gracias a ti! —Ashley percibió cómo se aflojaba un nudo en su garganta y las lágrimas inundaban su rostro. Ella le había dado un poco de lo que tenía, y a cambio, sin pedirle nada, Tracy le había ofrecido todo cuanto poseía.

—¡Es un regalo!

—¿Lo dice por la fruta, para que la acepte?

—No, usted es el regalo que me ha ofrecido la vida. Sabe qué decir y cómo hacer las cosas para que las personas se sientan bien.

—De acuerdo, a partir de ahora se abre la veda de los regalos e invitaciones —hiló la enóloga—. ¿Quiere venir con su familia a mi recepción esta noche?

Tracy sopesó la respuesta más idónea. No era la clase de eventos a los que estaba acostumbrada y su familia no contaba con el vestuario adecuado.

—Espero que me disculpe, pero mi hija es muy pequeña para celebraciones nocturnas.

Ashley arrugó la nariz y movió la cabeza ligeramente de un lado a otro.

—Es una excusa perfecta. Queda pendiente una merienda en mi casa para que nuestros hijos jueguen juntos mientras nosotras hacemos y nos comemos —matizó— una tarta de frutas con productos de vuestra huerta.

—Por supuesto —contestó satisfecha. El angelito del hombro izquierdo replicó, pero ella imaginó cómo lo pinchaba con una aguja, y así lograba hacerlo callar. Podía ser muchas cosas, entre ellas pobre, pero no maleducada ni desagradecida.

Ashley había elaborado una lista de imprescindibles y otra de caprichos; como siempre, comenzó por la segunda: Bea. Pasó por la copistería donde trabajaba, que estaba cerrada; bajó del coche por si habían colocado algún cartel con los motivos del cierre. Nada.

Preguntó en varios establecimientos circundantes, nadie sabía con exactitud por qué habían cerrado ni si era de forma temporal o permanente. Barajó el resto de posibilidades para encontrarla. Podía recurrir a Elena, pero no se llevaban bien. Pasó por delante del escaparate de una tienda de regalos, entró por inercia y compró uno.

Paró en el cementerio y buscó la tumba de Lara. Presentó sus respetos y le dejó una pieza de ajedrez sobre ella: la reina negra.

Se sintió observada. Detrás, una pareja que rondaba los sesenta años adecentaba y cambiaba las flores a una tumba. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Hizo el amago de llevarse la pieza. Quizás Bea no fuese allí, y si lo hacía, había poca probabilidad de que recordase su única conversación telefónica. Pensó: «En ese caso, poco importa, ¿no crees?».

Caminó deprisa hacia el coche, tuvo miedo de encontrarse a mitad de camino con alguien conocido, y no sabía qué excusa presentar que justificase su presencia allí. Cerró la puerta del coche con ímpetu. Encendió el motor. Lo apagó. Abrazó el volante.

Dijo para sí: «Olvida este asunto».

Respiró profundamente. El mundo seguía girando, y ella permanecía atada a los recuerdos del pasado, a pequeños instantes immortalizados y tallados en la retina, que envolvían su presente y plagaban su vida. Bajó del coche y deshizo sus pasos para recuperar la pieza depositada en el lecho de Lara.

La reina negra había sido enlazada con una cinta roja y una rosa perla negra. Debajo había un sobre; leyó: «Gracias». Lo abrió: eran las notas de Bea, con media de sobresaliente; incluía las del trabajo de fin de carrera, con mención honorífica. No esperaba algo así. Lloró replegando su cuerpo hacia la madre Tierra.

## BEATRIZ Y ASHLEY

### CEMENTERIO (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana Bea instaló la cámara. Luego recogió el encargo de la floristería: una rosa perla negra. Dudó en incluir dentro del sobre el dinero que Ashley le había proporcionado para su cambio de vida.

Desechó la idea. Ella quería sus notas y se las ofrecería; más tarde tendría tiempo de devolverle la ayuda prestada.

Llegó al cementerio y aparcó; merodeó entre las tumbas buscando calma y fuerza interior. Las manos y el cuerpo le temblaban, tenía miedo, hacía mucho tiempo que no lo experimentaba. Tocó su colgante en un gesto instintivo. En la tumba de Lara habían dejado una pieza de ajedrez. Sostuvo la reina negra entre sus manos y la besó. Depositó el sobre en la tumba e incluyó la ficha dentro de la composición floral. Inmortalizó el momento con una foto como testimonio de que aquello había sido real y no producto de su fantasía. La subió al perfil del WhatsApp. Apuró sus pasos hacia el coche, quizás aún estuviese en la zona de aparcamientos. No vio a nadie. Retomó el camino hacia la tumba de Lara, estaba allí arrodillada sollozando. Reconoció su miedo hueco en el pecho: ¿caso había vaciado todo lo demás? No, lo arrojaba el amor de una hija incondicional.

—Ashley, soy Bea Taylor —susurró.

La ayudó a incorporarse en un abrazo. Permanecieron así varios minutos. No dijeron nada, las

palabras sobran.

CAPÍTULO 22  
**ELSA Y DEBORAH**  
RANCHO CENTINELA (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Elsa había terminado la lista de llamadas para ultimar los preparativos del cumpleaños de Jimmy, deseaba que todo saliese perfecto. No se sentía bien con los despidos de Brian y John, pero los consideraron necesarios. Deseó que fuese la gamberrada de unos adolescentes.

Deborah acudió a la zona del despacho; llevaba más de tres años trabajando con ellos, impartía las clases de doma vaquera y organizaba las yincanas infantiles. Aportaba su granito de arena los viernes en la Escuela Capaz. Tenía treinta y cinco años, media melena castaña y voz áspera. Siempre escondía debajo de la manga unas chanzas para hacer sonreír a los presentes. Contaba con los dones de la oportunidad y la escucha. Intuyó en el semblante de Elsa que algo no marchaba bien y, del mismo modo, que no era el momento adecuado para hablar de ello. Añadió a la lista de quehaceres una conversación pendiente.

**HÉCTOR**

RANCHO CENTINELA (BRISBANE)

Comprobó el estado de salud de Dulcinea: seguía estable, no mostraba indicios de mejora con el nuevo tratamiento. Sintió miedo y desesperación. Lo había visto antes, en otros equinos, su final se hallaba cerca y no podía hacer nada para evitarlo. Percibió cómo la punta de una flecha le atravesaba las entrañas.

Recordó su propósito: cuando Dulcinea falleciese, volvería a Málaga a pasar un año sabático. Deseaba reencontrarse con su ciudad natal. Iba una vez al año en Semana Santa, salía como hombre de trono de la Virgen de la Salud. Una sonrisa amarga nubló su rostro: le pareció una más de las paradojas de la vida. Allí estaría lejos de las miradas de conmiseración, de los consejos no solicitados y las expectativas de los demás.

Su cuerpo clamaba por la ausencia de su propio ser y demandaba el abrazo de una mujer. Echaba de menos a Lara: las conversaciones entrecortadas mientras se besaban y desnudaban, la ducha compartida, la cama caliente y húmeda después de horas de sexo, acariciar su cuerpo en un suave masaje, los juegos, su risa, el sonido de su voz cuando decía su nombre cruzando el umbral de un orgasmo.

Deseaba volver atrás, a la dulce cotidianidad de aquella vida, a los paseos a caballo, los viajes, una sencilla carrera antes de ir al trabajo, los ensayos previos al estreno del espectáculo. Al tiempo que compartían con Bea: las tardes familiares de cine y palomitas, la cerveza fría o la copa de vino en el porche hablando del transcurso de la jornada, los inventos de ambas para hacer cada día diferente y especial, las celebraciones del martes por ser martes, o del miércoles por ser miércoles. Tomó aire y dejó escapar un suspiro largo e intenso.

Nunca había hablado de Lara con Bea, no era necesario. Escuchaban mutuamente su silencio e intuían que ella se encontraba de algún modo presente y dentro de ellos, esperando resurgir en una risa que fluiría en forma de baile.

La imaginaba recostada en el centro del escenario, con su cuerpo replegado buscando el cobijo del vientre materno. Un foco iluminaría cómo despertaba y se desperezaba lentamente, como un renacimiento. Miraría alrededor buscando compañía, no habría nadie esperando su reencuentro con la vida. Danzaría al mundo, al principio tímidamente, luego con fluidez y osadía para despertarlo del ensueño. Otros focos se irían encendiendo de forma progresiva y otras figuras reproducirían la misma secuencia. Al final, una coreografía: en una fusión de los ritmos

tribales con la danza clásica, las figuras apuntarían al cielo que habían regresado para quedarse el tiempo estimado.

Sus pensamientos le llevaron al sueño del martes con ella.

Había leído tantas veces las anotaciones del diccionario que las había memorizado. En ese instante, le pareció la más adecuada la acepción número nueve: «prevenir las cosas del futuro; anteverlas o inferirlas de lo que sucede en el presente». Fue al pabellón de veterinaria, encendió el ordenador y sacó el billete de ida para Málaga.

## **JOHN, CÉSAR Y ABOGADO**

### **RANCHO CENTINELA**

John tenía treinta y seis años, ojos grandes y marrones y nariz romana con el tabique nasal ligeramente torcido. Para el rancho usaba como indumentaria básica botas, vaqueros holgados y un chaleco del mismo tejido, abierto o semiabierto, ya que le gustaba mostrar su pecho y brazos musculados. Su voz era áspera y seca. El sombrero constituía la prolongación de su cabeza; como muestra de galantería ante una mujer, lo sujetaba en el aire a escasos centímetros del cráneo, o con varios dedos. Completaba su uniforme un cigarro liado detrás de la oreja. Era de personalidad afable, sonriente y con conversación versátil.

Llevaba algo más de tres años en el rancho. Iba un par de horas al gimnasio después del trabajo. Tocaba en un grupo de música country.

Le gustaba Elena, pero ella no parecía una mujer que mantuviese relaciones estables con los hombres, y esto suponía una ventaja con infinidad de inconvenientes; no debía mezclar el trabajo con el placer, esta máxima le había quedado clara cuando en uno de sus últimos trabajos le partieron la nariz. Aunque la versión oficial distaba considerablemente de la realidad: una caída de un columpio de pequeño. Las mentiras formaban parte imprescindible de la vida de un adulto responsable.

John se acercó a Héctor con intención de sonsacarle información de la reunión que habían mantenido a primera hora de la mañana y los motivos por los que su padre le requería en el despacho. Solo obtuvo evasivas. No le quedaba más remedio, tendría que acudir a ciegas.

César decidió no andarse por las ramas. Solicitó la presencia de un abogado.

—Te he hecho venir para tratar un asunto bastante peliagudo. Vamos a despedirte. Sabemos que has estado entrado al rancho por la noche, con ayuda de Brian, para practicar sexo. No es algo que queramos en nuestro rancho.

—Está apuntando a ciegas, no tiene...

—Tengo un vídeo —interrumpió el padre de Héctor.

César había seleccionado previamente una parte de la grabación; giró la pantalla. El rostro de John se agrió.

—Es allanamiento de la propiedad privada. Hemos decidido, por consideración a los años que llevas trabajando en el rancho, no dar parte a la policía. Además, quiero que veas y escuches este vídeo.

César puso la grabación aportada por Bea. John se revolvió en el asiento.

—Hemos redactado tu carta de despido y en el sobre encontrarás el sueldo de los días trabajados de este mes y el suplemento estipulado en el contrato.

El abogado le entregó el documento. Lo leyó meticulosamente tratando de conservar la calma y lo firmó. César le entregó el sobre.

## **JAKE Y BEN**

### **FINCA CHALICE (BRISBANE)**

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana Jake ultimaba los preparativos en el exterior de la finca de la familia para la recepción de Ashley. Habían instalado carpas y despejado el salón para colocar las mesas del *catering*. Ya habían dispuesto los cubiertos. Los centros de mesa acababan de llegar y los estaban ubicando. Avisó a Brooke, su madre, para que atendiese a la dependienta de la floristería.

Dispuso leña para la barbacoa y comprobó las neveras. Estaba exhausto. Cogió una cerveza y se sentó unos minutos para hacer balance de los progresos. Las doce y Elena no había aparecido aún.

Estaría absorta en sus libros.

Ben entró en el salón con paso apresurado, mirando el reloj.

Observó el descanso de su hijo y le pareció inapropiado. No comentó nada. Las cosas no marchaban bien entre ellos, y no quería discutir con él otra vez antes del evento.

## **BROOKE**

FINCA CHALICE (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Brooke era una mujer negra, alta y delgada; tenía el pelo negro y largo, rostro en forma de corazón, pómulos marcados, nariz griega y una boca sugerente. Estudió la carrera de Económicas.

Siempre decía que dirigía la finca desde un cómodo despacho mientras su marido se ensuciaba las manos. Destinaba la mayor parte de su esfuerzo a la planificación de la producción, los estudios de mercado y el *marketing*. Contaba con personal que distribuía las botellas de vino tanto a grandes y medianas empresas como a particulares. Ella y su marido aspiraban a diversificar la producción y acercarse así a un mayor sector de población; para ello lanzarían una remesa de vinos más asequibles, sin perder la calidad y el sello de la empresa.

Convenció a Ashley, cuando trabajaba como modelo, para que protagonizara varios anuncios publicitarios, en los que presentaban tres fragmentos de la vida profesional y personal de una mujer. En el primer fragmento una joven modelo posaba para una revista; cuando llegaba a casa sintonizaba la radio, encendía unas velas y abría una botella de vino tinto. En otra secuencia, disfrutaba de una barbacoa con unos amigos y todos brindaban con vino rosado. En la tercera secuencia, llegaba del trabajo, ordenaba las cosas a su paso, acostaba a sus hijos y se recostaba en el sofá con una copa de vino blanco. Los anuncios tuvieron buena acogida en el público, sobre todo en Australia. Ashley añadió un mensaje al anuncio: ¿solo una mujer?, ¿solo una copa de vino? Posteriormente realizó un anuncio de perfume, y su carrera despegó como la espuma.

Brooke amaba a su marido e hijos por encima de todas las cosas, por eso detestaba la tensión constante entre Jake y Ben. No encontraba el modo de apaciguar los ánimos entre ambos, intentó razonar con ellos por separado, pero no cuajaron sus argumentos.

No quiso involucrar a Ashley; ella tenía mano de santo, pero acababa de instalarse y deseaba proporcionarle un poco de tiempo y espacio para que se habituase a su nueva vida. No obstante, si las cosas seguían el mismo curso, a su pesar, la pondría al corriente y solicitaría su mediación.

Le apasionaban las fiestas y reuniones familiares, añadía en la agenda estos eventos, así las llamaba, con una estrella dorada; y siempre encontraba una excusa para engalanarse y disfrutar con los seres queridos de una buena comida. Las sonrisas compartidas las atesoraba como el bien más preciado del mundo.

## **DEBORAH Y MITCH**

## HOGAR DE DEBORAH (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana Cuando conoció a Mitch, Deborah se sintió atraída por su pose de empollón. Le recordaba a los superhéroes de torso musculado y brazos fuertes escondidos detrás de sus gafas de pasta. Fue a por él. No obstante, aunque tenía un toque especial en la cama, resultaba predecible y nunca terminaba de soltarse con ella. Demasiado cuadrulado. Las palabras prohibidas no jugaron a su favor.

Jamás se hubiese esperado de él aquel mensaje que recibió durante la mañana. Eligió un vestido estampado con un gran escote y zapatos de medio tacón. Optó por un maquillaje suave.

Mitch tocó el timbre de la casa. Ella abrió la puerta. Mitch la sujetó con suavidad de un brazo y la retuvo en la entrada. Le besó con intensidad la boca y el cuello e hizo camino con un dedo en el escote. Le lamió un pecho mientras acariciaba el otro, describiendo un recorrido acompasado. Bajó la cremallera del vestido y lo dejó caer al suelo. Se arrodilló para retirarlo de sus piernas, se colocó una apoyada sobre la espalda y saboreó vientre, muslos y sexo.

Desayunó.

CAPÍTULO 23  
**SAOIRSE, COYOTE Y BEATRIZ**  
INMOBILIARIA SAOIRSE (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Saoirse se hallaba en la segunda planta de la inmobiliaria, en la zona de descanso del personal, ubicada en la parte trasera del edificio. Una pequeña terraza hacía las veces de área de fumadores que solo ella usaba con ese fin. Entre calada y sorbo de café, fisgaba la vida de los gatos callejeros del edificio de enfrente. Una protectora y algunos ciudadanos de a pie les dejaban comida y agua. Ya habían rescatado la mayoría de animales, pero algunos se resistían a ser atrapados en una nueva vida que comenzaba en una jaula con cebo. Se sentía identificada con ellos al cien por cien, pero quería dejar de estarlo.

Advirtió que aquella mañana dentro del solar había una muñeca grande con la apariencia de una mujer. Le pareció divertido que los animales contaran durante un tiempo con un juguete para entretenerse, aunque no les durase demasiado; había observado cómo afilaban las uñas en los troncos de los árboles. La muñeca comenzó a moverse. Se preparó para el estruendo de la explosión y la previsible estampida de los adorables peludos. Vio el brazo de un hombre sujetando la muñeca hinchable. Parpadeó reiteradamente. «¡No puede ser!», se dijo. Los suaves gemidos *in crescendo* no dejaban lugar a dudas. Un movimiento acompasado, del que hacía mucho que no disfrutaba, indicaba un uso bien distinto al que había imaginado. Con el cigarro aún encendido, retrocedió unos pasos hasta dentro de su despacho huyendo de la escena.

Apagó el pitillo en el lavabo, lo envolvió en papel y lo introdujo en la papelera. Se sentó en la silla; la cristalera permanecía abierta.

El orgasmo llegó en forma de un alarido que le recordó al aullido de un coyote. Sonrió ante la escena y su ocurrencia, la sonrisa dio paso a una carcajada parcialmente contenida, y esta se vio frenada en seco cuando analizó la realidad: se había convertido en una mujer insípida. Años atrás habría identificado a la muñeca hinchable y al hombre en cuestión de segundos; y, por supuesto, su reacción habría sido muy diferente. Odió «su nuevo yo», su vida y la desgana con la que afrontaba cada jornada. Su semblante palideció y sollozó encadenando los recuerdos de los últimos días.

Después de la cárcel de los sentidos, ¿qué había? Temía dar el primer paso fuera de ella. Sin embargo, al mismo tiempo sentía que tras el reciclaje del almanaque con Héctor y la conversación de la noche anterior con Bea ya disponía de las herramientas necesarias para caminar hacia delante. Atrás dejaría el banco donde se sentaba para ver pasar su vida como en la pantalla de un televisor.

Decidió protagonizar su propia historia. Repitió parte de la letra de la canción de Bebe: calzar tacones, para hacer sonar sus pasos.

Se había levantado a las claras del día, pero había dormido.

No necesitaba añadirle ningún adjetivo, porque era incapaz de hacerlo por sí misma. El sueño abrazada a Bea le proporcionó cobijo; cuando ella estaba, nada temía. Sabía afrontar los problemas y cómo y cuándo ponerles punto final.

Recordó el suceso de la noche anterior. La única llamada que la batería del móvil le permitía la invirtió en Bea, porque nunca fallaba. La recogió del suelo inconsciente y curó sus heridas a la luz de las velas y de la lámpara de aceite. Luego la recostó sobre su pecho, y hablaron durante horas.

Recordó un fragmento de la conversación:

—¿Mejor? —Bea le ofreció un vaso de agua.

—Sí.

—¿No escuchaste los golpes en la puerta y cómo te llamaba?

—No, Bea. Estaba muy nerviosa, no reconocí tu voz, ni siquiera la escuché. ¿Recibiste algún toque en el móvil?

—Sí, solo uno. Luego intenté contactar contigo, y como no atendías la llamada, me presenté aquí.

Bea se sentó en el sofá al lado de Saoirse. Puso la lámpara de aceite frente a su rostro. Siempre era muy comprensiva con ella; esta vez intentaría algo diferente.

—¿Ella o yo? —preguntó Bea refiriéndose a la lámpara de aceite.

—¿Qué quieres decir?

—Lo sabes perfectamente. Elige.

—No me hagas esto, por favor... No estoy preparada —confesó la directora de la inmobiliaria, bloqueada.

A Saoirse comenzó a temblarle el cuerpo. Bea era la persona más importante de su vida, una amiga incondicional, no recordaba que le hubiese pedido o exigido nada nunca, y a cambio resultaba una carga tediosa para ella. Exceptuando a Héctor, con quien intentaba hacerse la fuerte para no incrementar su tristeza con preocupaciones, nadie más se volcaba con ella. Sus padres estaban inmersos en el dolor de la pérdida de Lara. Los ojos de su madre se habían vaciado de llorar, y su padre trabajaba en jornadas imposibles, el cuerpo acabaría pasándole factura.

Bea apreció el estremecimiento de Saoirse y desistió del intento.

—Está bien, esperaré. ¿Por qué temes a la oscuridad y a la noche? —preguntó Bea—. Quiero una respuesta sincera. Puedes pensarlo antes si quieres.

Saoirse había meditado largo y tendido sobre este asunto; cada noche en vela durante más de cinco años. Narró el triste cuento de su vida pasada y presente.

—La puesta de sol preludia su llegada, los últimos rayos se despiden con la promesa de un mañana incierto. Te recuerdan que sigues viva mediante la sombra proyectada a tus pies.

»Luego, con el gris progresivo, las formas pierden nitidez y emborronan los objetos; yo soy uno de ellos. Mis ojos visualizan cómo se va durmiendo la vida, y en ese instante mi cuerpo pasa al estado de alerta; es entonces cuando un crujido de los muebles, un coche que pasa de largo pero que ha aminorado la marcha al cru-

zar el portón, un apagón, un trasteo en una cerradura... presionan el interruptor que bloquea el pasado dolor y lo reviven como en un cortometraje. En ese momento ya has dejado de ser tú, pero al mismo tiempo eres más tú que nunca. Ya no te duelen los golpes en el cuerpo, pero sí en el corazón, en el orgullo y la autoestima; por no haberle puesto fin antes, por creer sus historias, cuentos sin hadas, sin estrellas en el cielo, ni varitas mágicas.

»La oscuridad llega con el foco de luz artificial encendido; en esa profundidad soy esa mujer de nuevo, quien lloraba después de una paliza sentada contra la puerta del baño. Soy esa mujer que se juraba a sí misma hacer la maleta y huir lejos. «En ninguna parte también necesitan a nadie», me decía entre sollozos.

»Llegan los claros del día, junto con el qué dirán y las mentiras que necesitaré urdir para no aparentar lo que en realidad soy: frágil.

»El foco de luz artificial insiste, junto con las flores y las promesas mil y una veces rotas, en que la pesadilla pasó, fue un encuentro desafortunado que nunca más volverá a pasar, porque te quiero y cambiarán las cosas. Todo volverá a ser como antes, al principio, los largos paseos, charlas, risas, conversaciones... El día más feliz de mi vida fue nuestra boda. ¿Ya no recuerdas nada de eso? Está ahí, agazapado, esperando ser rescatado de nuevo, lo sé.

Somos un equipo, no me dejes solo en el barco. No sé vivir sin ti, sin ti no soy nada. Palabras

y más palabras..., pero me aferraba a ellas, las creía.

—Lo siento —susurró Bea conteniendo las lágrimas en un parpadeo reposado y cargado de pesadumbre.

—¿De verdad quieres que siga contándote todo esto? —preguntó Saoirse. Bea asintió.

—Está bien. Al final descubrí que le había otorgado el poder de reducirme a la nada. —Hizo una pausa. Meditó—. Quiero ser sincera contigo, Bea. Aún sigo sintiéndome así: frágil, dependiente, poca cosa, sin nada que ofrecer al mundo. No estoy hablando de dejar un legado, ni de que cuando muera escriban sobre mí o retransmitan un documental sobre mis aportaciones al mundo.

Hablo del ahora: ¿qué hago por los demás o por mí misma para salir de este agujero? Yo te lo diré: nada.

Bea respiró profundamente. También había experimentado el terror y la vulnerabilidad, no hablar del tema no implicaba que no hubiese ocurrido. En cambio, su intelecto dispuso las herramientas para sellar el pasado en una fortaleza artificial. Agradeció su capacidad de almacenaje, aunque temió por cuándo y cómo resurgiría, porque era consciente de que su pasado la llamaría o ella decidiría que ya era hora de cerrarlo. Ambas cosas suponían un despliegue de los únicos recursos necesarios: sangre fría y temple.

Le dolieron las palabras de Saoirse, porque conocía sus esfuerzos por encajar y agradar a todo el mundo, con su sonrisa tallada y su voz tenue. Reconocía las constantes reestructuraciones en su apretada agenda para estar en todas partes y en ningún sitio, porque los fantasmas del pasado no la dejaban disfrutar de nada ni de nadie. En resumen, toda su existencia giraba en torno a un único afán: sentirse necesaria en la cotidianidad de las personas queridas.

Sopesó las diferentes opciones: el discurso habitual en el que recalca que era querida y las contribuciones que aportaba a las vidas de las demás personas de su entorno no había funcionado, quizás porque le resultaba anodino y de manual.

Rememoró la conversación con Ashley; ella le marcó un objetivo, utilizando un método poco convencional pero efectivo, así que optó por la mejor alternativa posible: imitaría a Ashley.

—Antes de todo, yo no considero que seas frágil, dependiente, ni poca cosa. Tampoco eres nada, ese nombre te queda pequeño. Sin embargo, sí creo que estás en un punto muerto. Sé que odias la vida, y más aún seguir en ella. Este camino que has trazado no te conduce a ningún sitio y acabará destruyéndote. Tú objetivo cada día es subsistir, lo he experimentado en mi propia piel, sé qué se siente. Necesitas una promesa, un cometido o encontrar una razón para continuar hacia delante.

Saoirse la escuchó con atención. Sintió que hablaba su mismo idioma.

—¿Sientes que tu vida es una mierda absoluta? —señaló Bea.

—Sí.

—¿Quieres seguir viviendo?

—No.

—¿Por qué no has terminado con todo y le has puesto punto final?

—¡Uf! —exclamó Saoirse. Sus ojos huyeron de la mirada de Bea.

Bea le acarició el pelo con suavidad, quería que se sintiese querida y protegida.

—No quieres que nos sintamos culpables por no haberlo evitado.

Saoirse asintió.

—Es inevitable, lo haríamos. Te echaríamos de menos y lloraríamos tu ausencia —expuso Bea.

—Tú nunca lloras.

—Hace mucho que me propuse llorar solo de felicidad, y créeme, tu muerte no encaja en el listado de cosas que me harían sentir bien. Buscaremos juntas una razón de vivir para ti.

—De acuerdo.

Bea recordó aquel propósito de la infancia, al que después le añadió una coletilla: «si alguien me hace romper esta regla, lo destruiré».

Ella también había llorado, y no hacía mucho; dudó en confesárselo, surgiría una rueda de preguntas y la conversación se perdería, y no estaba dispuesta a renunciar a la posibilidad de ofrecerle consuelo y, con suerte, un cambio favorable.

Saoirse se encontraba bloqueada, no era capaz de mirar hacia delante, solo hacia atrás. Experimentó la necesidad de correr, de gritar. Se imaginó siendo zarandeada y reprendida por ella misma, en un plano superior; hablaba de forma atropellada, tal vez porque tuviese demasiadas cosas que decir y poco tiempo para hacerlo.

—¿Estarás pensando?! —preguntó Bea, lo cual interrumpió los pensamientos de su amiga.

—Es tarde, mañana tenemos que levantarnos muy temprano, tú para la reunión del rancho, y yo aprovecharé para llegar antes a la oficina, tengo mucho trabajo pendiente. Podemos posponer la conversación para otro día.

Bea seleccionó una parte del discurso de Saoirse.

—Estoy de acuerdo: es tarde y ya hemos pospuesto la conversación durante demasiado tiempo. No podemos seguir aplazándola. Si lo hacemos ganará él, tu exmarido. ¿Es eso lo que quieres? —Saoirse negó aturdida—. Si es cierto que le otorgaste el poder de reducirte, no lo es menos que ahora le concedes el placer de verte estancada. Él ha triunfado sobre ti. ¡Te ha aplastado! Saoirse se aferró al abrazo de Bea y lloró, no había un antes ni un después, solo ese instante de desesperación que ascendía al culmen.

—Hay personas que lo están pasando mal, por diversos motivos, y quieren vivir; algunas no tienen recursos para afrontar el día a día o no saben cómo hacerlo —indicó Bea.

—Lo sé, me entristece pensar en eso. El mundo no está bien repartido.

—A eso quiero llegar... Si tu vida es una mierda, podrías ayudar a otras personas a mejorar la suya. Sería bueno para ti y para ellos. En resumen: sé útil.

—Me gusta la idea, ¿qué me propones?

—Viniendo de mí, nada bueno. —Ambas sonrieron—. Ya te pasaré tu nueva agenda. De entrada, me ayudarás a mí.

Saoirse rio abiertamente.

—¿A ti? Algo nuevo, sin duda. No te creo. Aunque me encantaría, sabes que estoy en deuda contigo por todo lo que haces por mí. No deberías haberle prometido a Lara que te convertirías en mi canguro.

—Claro que sí, es una delicia serlo, fijate bien. Yo diría que estoy en el cielo ahora mismo.

Saoirse se sonrojó.

—¿En qué voy a ayudarte, si puede saberse?

—En realidad, vas a ayudarnos a Héctor y a mí, matarás dos pájaros de un tiro.

La luz volvió. La lámpara de la mesita se encendió.

—¿Ves? Esto es una señal —expuso Bea.

—¿Quieres que la apague?

—No, está bien así. Ahora que sé que me prefieres a mí, ya no estoy celosa. —Bea juntó los labios y arqueó las cejas.

—Eres imposible.

Saoirse se levantó y apagó las velas y la lámpara de la mesita.

Cogió la lámpara de aceite, tomó la mano de su amiga para sujetarla juntas, en un acto simbólico para ambas, y fue aflojando la intensidad de luz.

—¿Estás segura? —preguntó Bea.

—Sí.

La noche atrajo al sueño.

CAPÍTULO 24  
**LARA Y JEFE DE PERSONAL**  
BRISBANE (AUSTRALIA)

Lunes, 20 de enero de 2014 Mañana

—¡Que pase la siguiente! —gritó una voz sobria que salía del despacho.

—¿Se puede? —preguntó Lara; más que una pregunta parecía una afirmación rotunda.

—Sí, claro, claro, entre, entre. —Movi6 una mano en el aire con grandes aspavientos—.

Cierre la puerta.

Lara cerr6 la puerta tras de s3 y esper6 a que el entrevistador la invitara a sentarse. Su silla estaba cerca de la puerta, consider6 que demasiado lejos de la mesa central.

El entrevistador aprovech6 el momento de confusi6n para realizar un examen exhaustivo del cuerpo de la mujer: su boca, su cuello, sus pechos, que flotaban de forma voluptuosa bajo una blusa blanca semitransparente, con los dos 6ltimos botones desabrochados.

—Yo soy el jefe de personal.

El hombre alarg6 la mano sin despegar el brazo del cuerpo, lo que oblig6 a Lara a apoyar un codo en la mesa para estrecharla.

6l aprovech6 para mirar su escote.

Lara fingi6 ruborizarse. Se gir6; esta vez no esperar3a invitaci6n para sentarse. Disfrut6 durante el trayecto intuyendo c6mo miraba su trasero. Aquella minifalda jugar3a a su favor. Cruz6 las piernas varias veces hasta que se sinti6 c6moda.

6l espiaba sus movimientos de soslayo, aunque fing3a estar ocupado releiendo el curr3culo.

—¿Tiene experiencia como contable?

—No.

—¿Como administrativa, quiz3as?

—No.

Lara se mordi6 el labio inferior. El jefe de personal la contempl6 e intensific6 su mirada.

—Al menos, habr3a trabajado como secretaria alguna vez.

Lara neg6 con la cabeza mientras inclinaba su cuerpo de forma sugerente hacia delante.

—¿Qu6 sabe hacer? —interrog6 6l.

—S6 bailar.

—¿Qu6 clase de baile?

—¿Cu3al me propone?

El jefe de personal se revolvi6 en la silla. Carraspe6. Su pantal6n vibr6: estaba excitado.

—Señorita, me temo que nuestra empresa no tiene ning6n puesto que se ajuste a sus cualidades.

Lara se levant6 de la silla y fue hacia el entrevistador desabroch3ndose la blusa; no llevaba sujetador. Se sent6 en la mesa con el pecho descubierto. Se descalz6 y puso el pie sobre el sexo del jefe de personal.

—¿Est3 seguro?

—¡Pare, por favor! —exclam6 con voz entrecortada—. Estoy casado..., voy a ser padre.

—Yo tambi6n, no se preocupe.

—¿De verdad?

Ella se sent6 a horcajadas sobre 6l y llev6 su boca y una mano a su pecho.

—Y su marido, ¿no la deja satisfecha?

—¡Uhm! Claro que s3, es capaz de hacer cualquier cosa por m3. No me ha dicho su nombre, ¿c6mo se llama?

—Héctor.

—Héctor, no aguanto más, ¡fóllame! Héctor empezó a excitarse recordando el sueño erótico del martes con Lara, en el aniversario de las mil cruces. Durante mucho tiempo guardó en una caja las tarjetas con los distintos papeles que representaban en sus pases privados. En este caso:

—Lara: bailarina. Se presenta a un puesto de secretaria. Sin experiencia. Consigue el puesto de forma poco ortodoxa.

—Héctor: jefe de personal. Entrevistador. Sucumbe a los encantos de la bailarina. Por la mañana, Lara entregaba a Héctor el rol que debía desempeñar para ella. Le excitaba imaginar formas distintas de llevarlo a la práctica durante el resto del día. Desde que conoció a Héctor hizo el amor con un sinfín de hombres, todos interpretados con la misma piel: la de su marido.

CAPÍTULO 25  
**HÉCTOR Y SAOIRSE**  
CONVERSACIÓN TELEFÓNICA

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Héctor fue al lavabo: necesitaba recomponerse. Se aclaró el rostro. Aunque ya no marcara las cruces en un almanaque, echaba de menos a Lara. Entonces la vida contaba con su propia banda sonora, que ella bailaba para él fusionando los cinco sentidos.

Sintió un escalofrío. Cerró los ojos. Percibió su olor. Dijo su nombre en voz alta: «Lara». La luz emitió un leve chasquido.

Abrió los ojos; durante un instante el espejo mostró la silueta de su mujer en la puerta. Se giró. Se había desvanecido.

El pantalón vibró; necesitó unos segundos para regresar a la realidad. El móvil reclamaba su atención: era Saoirse. Estaba preocupada por Bea, no contestaba las llamadas. Le instó, en un estado de nerviosismo contagioso, a mirar el perfil de WhatsApp de Bea.

—Ya sabes que nunca pone ninguna fotografía en el móvil —señaló Héctor.

—Ahora sí. ¡Mírala! Héctor admiró la imagen: una rosa perla negra enlazada con una pieza de ajedrez, la reina negra. Creyó vislumbrar de fondo la tumba de Lara. Desechó la idea, pensó que aún andaba envuelto en pensamientos que nublaban la realidad.

—¿Qué significa? —preguntó Saoirse.

—Lo sabes tan bien como yo, ha cumplido su sueño: abrazar a Ashley.

Varias lágrimas gruesas, sin permiso previo, cruzaron sus rostros.

Colgaron el teléfono con la promesa de compartir las noticias.

CAPÍTULO 26  
**HÉCTOR**  
RANCHO CENTINELA, PELUQUERÍA Y CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mediodía

Héctor llamó a Bea, que no contestó. Era la primera vez que se alegraba de que alguien no atendiera al teléfono, aunque estuviese preocupado por el posible encuentro.

Bea había seleccionado un tono distinto en el móvil para un grupo reducido de personas: para Héctor la banda sonora de la película *Gladiator*, *Now we are free*, y para Saoirse, la de *Piratas del*

Caribe; se correspondían con las películas preferidas de cada uno, y habían compartido juntos el visionado. Ella paraba su mundo si recibía una llamada con esas melodías, así que eso significaba varias cosas: el móvil estaba en silencio o se traía entre manos algo imposible de postergar. Héctor aunó ambas opciones bajo un mismo nombre: Ashley.

Estudió con detenimiento la fotografía del perfil; efectivamente la rosa perla negra y la reina negra enlazadas con una cinta roja descansaban sobre la tumba de Lara. Fantaseó con una idea: se había presentado ante él, como una imagen en el espejo, para comunicarle que había estado junto a Bea en ese momento.

Héctor experimentó una amalgama de sentimientos contradictorios que pugnaban por destacar sobre los demás: felicidad, por el lugar seleccionado, porque a Lara le hubiese gustado formar parte del instante más esperado y deseado de Bea; miedo a la incertidumbre, pues desconocía cómo había transcurrido el encuentro; y una pizca de celos hacia Ashley, porque perdía la exclusividad en la paternidad.

Desde que Lara le impuso el castigo de cuidar de él, tras la pelea en el gimnasio, habían pasado más de cuatro años. Al principio se instaló en la casa de invitados, pero tras la muerte de Lara pasaba la mayor parte del tiempo en el edificio principal. Se convirtió en su sombra, compartía y respetaba su dolor y le facilitaba las tareas cotidianas con detalles que en ningún momento pasaron desapercibidos para Héctor: la ropa que descansaba en la silla para la mañana siguiente, la nevera llena, la comida en la mesa, la lista diaria en la que apuntaba las tareas indispensables en el trabajo, las reuniones familiares... En definitiva, se transformó de hija a madre y, sobre todo, a amiga incondicional.

Cuando Héctor revisó en conjunto la importancia de Bea en su vida, los celos se transformaron en un sentimiento creciente de culpabilidad, puesto que, con las necesidades del rancho, no había dedicado el tiempo suficiente a pensar con ella alguna forma exitosa de llevar a cabo la primera entrevista con Ashley. No obstante, le sorprendió cómo había resuelto el dilema, de manera bella y emotiva.

Bea durmió en casa de Saoirse, y él en casa de sus padres con Elena. No era un buen día para su hermana. No obstante, tendría que hallar el momento adecuado para hablar con ella antes de su viaje a España. Estaba influyendo en Jake, no se le había escapado su mirada furtiva ni el cambio en su lenguaje corporal cuando su hija había intervenido en la reunión para aportar datos concluyentes.

Elena la odiaba y menospreciaba, a pesar de no contar con motivos contundentes, tan solo se basaba en una impresión superficial. Siempre aludía a la oscuridad de Bea y a su carácter imprevisible, la incluía dentro de esa clase de personas de las que te puedes esperar cualquier cosa, porque nunca se sabe de qué pie cojean.

No obstante, no lo toleraría más; no aspiraba a que se convirtiese en su mejor amiga, ni tan siquiera a que le cayese bien, pero sí le impondría el respeto a su hija. El suceso del koala y su

comentario «tarada hija de puta» estaban fuera de lugar y medida.

A veces le asaltaban las ganas de presentarle los informes médicos en las narices: como ducha en la materia, comprobaría hasta qué punto había recibido maltrato infantil de su padre, eso sin contar con el psicológico que conllevaba. Acudía sola a urgencias, cuando podía escabullirse después de una paliza con la que cualquier niña de su edad no hubiese sido capaz de dar más de un paso sin tambalearse. Llegaba a la consulta con las heridas abiertas o infectadas. Nadie movió un dedo hasta el incidente en el que su familia perdió la custodia, por fin lo consideraron lo suficientemente grave, y la ingresaron en el hospital varias semanas hasta su recuperación. Después de aquello, la recluyeron en un centro de menores durante dos años. Supuso que Bea respiró aliviada al saber que su familia dejaba de serlo, y se convertiría en un número de expediente, sin nombre.

Cuando Lara comentó el caso y la necesidad de huir de aquella menor de edad, expuso la posibilidad de cruzar los apellidos con Ashley, puesto que ella se había propuesto adoptarla legalmente. Le pareció la mejor idea del mundo, aunque experimentó algunas reservas al no tratarse de su esposa. Nunca pensó que acabaría conviviendo con ellos, y mucho menos que se convertiría en una figura indispensable en su día a día.

Ahora debería conversar con Ashley y no sabía cómo afrontarlo. Ambos eran los padres legales de Bea, pero nunca habían hablado, ni siquiera sobre su hija adoptiva. Lara siempre asumió esa parte. Sin embargo, las cosas habían cambiado, Lara había fallecido, y ella querría hacerle un cuestionario sobre Bea; para ser sincero, él también lo realizaría en su situación. Pero ¿cómo debía comportarse con ella? Eso le inquietaba. Semanas antes de su vuelta a Australia para instalarse de forma permanente en su lugar de nacimiento, su familia, Jake, e incluso Catia, abuela de Ashley, le habían hablado hasta la saciedad de ella y de sus cualidades. Todo apuntaba en una única dirección: querían emparejarlo con ella.

Bea aún no se había pronunciado al respecto, pero no hacía falta, la conocía, y para determinados aspectos dominaba el pensamiento infantil por encima de su capacidad de razonamiento, así que querría que papá y mamá estuviesen juntos.

Las expectativas de los demás siempre habían causado el efecto contrario en él: si continuaban por ese camino, acabaría rehuyéndola. Se animó pensando que quizás a ella no le hubiesen hablado de él.

Héctor desvió su trayectoria y se detuvo en la peluquería. Un cambio de casa requería un cambio de imagen. El peluquero le recomendó para su tipo de rostro cuadrado el estilo spiky, corto en la parte posterior de la cabeza y a los lados, y con el flequillo más largo. Le enseñó varias formas de peinárselo, erguido o despuntado para darle un toque más informal. Optó por esta última.

El reloj marcaba la hora adecuada para echarse la siesta. Hizo una secuencia: baño, sofá, luz tibia, música melodiosa... El teléfono sonaba en el lavabo, lo cogió sin salir de la ducha. No había tiempo para soñar, se impuso la realidad.

CAPÍTULO 27

**BEATRIZ, ASHLEY, AIDAN, HEATHER Y SAM**

## HOGAR DE HEATHER Y SAM

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mediodía

Bea tuvo un mal presagio después de abandonar la casa de Saoirse por la mañana, algo se le escapaba. Aunque dadas las circunstancias: las necesidades del rancho, la incertidumbre en torno al encuentro con Ashley, la preocupación constante por Saoirse y Héctor y la mosca cojonera de Elena, no debería extrañarle. La historia se estaba complicando y ella andaba de un lado a otro.

Sentía que le faltaban horas al día o que no contaba con las suficientes manos para llegar a todas partes. Tendría que priorizar o el cerebro le estallaría, y las puertas selladas de su fortaleza se rebelarían y reclamarían también atención. No podía permitirse mirar hacia atrás. Tampoco sumergirse en recuerdos, porque la sumirían en una profunda oscuridad. Y ahora no era el mejor momento para dejarse atrapar por los fantasmas del pasado. Justo cuando ya había cumplido su sueño: abrazar a Ashley. Necesitaba algo más de tiempo, nada más, para disfrutar de esos instantes irrepetibles con la mujer que solicitó ser su madre.

No hablaron en el cementerio. Ni siquiera sabía cuánto tiempo habían permanecido abrazadas ni cuántas lágrimas se habían secado la una a la otra, en un gesto cómplice y emotivo. Bea agradeció en voz baja a Lara su contribución en el cambio que supuso para ella mudarse a Australia, cómo abrió las puertas de su hogar a una perfecta desconocida y cómo la hizo sentir desde el primer día: parte de la familia.

Tocó su colgante, respiró con profundidad y le pidió un favor más, en silencio: «Hazle saber a Héctor, si puedes y lo consideras conveniente, que has estado conmigo en este momento tan importante de mi vida». Lo agradeció de antemano, como un deseo cumplido desde el más allá.

Iba en el coche siguiendo al de Ashley sumergida en sus pensamientos. Aquella petición a Lara le pareció infantil y estúpida, rayando la contradicción que había regido la vida de Lara dentro del ignosticismo, y más aún en su caso, ya que no profesaba ninguna religión y no creía en seres superiores misericordiosos. Sin embargo, su familia biológica había concentrado todos sus esfuerzos en que disfrutase del infierno en vida. Rodrigo la había curtido a conciencia, endureciendo su cuerpo y su mente, preparándola para el negocio familiar. Solo era un *mandao*: Triana, su madre biológica, movía los hilos a su antojo y conveniencia.

No quería esa herencia. El dinero no lo compraba todo y no justificaba determinadas acciones. Había momentos sin valor y momentos, como el experimentado unos minutos antes, por los que hubiese dado el resto de su vida, pero ni una sola moneda.

Deseaba conocer a Aidan, aunque el miedo se hizo patente. Quizás Ashley no le había hablado de ella. La humedad de su rostro seguía allí; fiel a sí misma y a uno de sus principios, se correspondía con su felicidad. Sonrió como nunca lo había hecho antes, y se deleitó en cómo los pliegues de su rostro conformaban un gesto jamás experimentado en su máxima potencia. La dicha contaba con pocos sonidos y gestos para identificarla.

Ashley aparcó delante de la casa de sus exsuegros, con quienes compartía la custodia, en un acuerdo sin firmas ni documentos; toda una muestra de confianza para un abogado. Recogerían a Aidan del colegio los viernes y se quedaría a dormir con ellos. No obstante, amenazó con incluirse dentro de la invitación, al menos mientras se acostumbraban ambos al cambio, puesto que desde el divorcio habían compartido la misma vivienda. Los echaba de menos.

Sam arregló los papeles de la custodia de Bea, así que su familia política era consciente del

vínculo que las unía. Habían hablado del tema con Aidan, y la reconocía como una hermana que había estado trabajando y estudiando lejos, pero que lo quería mucho y cuidaría de él, y cuando creciese lo suficiente, se protegerían mutuamente.

Sin embargo, no había mantenido una conversación profunda con sus padres, ni con Jake. Sabían que ella y Héctor compartían la paternidad, pero no el grado de implicación de su corazón ni de sus pensamientos. En aquel entonces, el divorcio y la ruptura con toda su vida profesional como modelo le parecieron noticias demasiado trascendentales para añadir algo tan importante a la lista. Imaginó que lo enturbiarían con comentarios sustentados en su pérdida de juicio temporal. Y no era así como deseaba que se abriera camino.

Cuando Jake recibió la noticia de la custodia, ella no ahondó en detalles, y él no hizo ningún comentario al respecto. Con el paso del tiempo, tampoco se prodigó en narrarle las andanzas de Bea. Hablaba de ella en contadas ocasiones, como parte de atrezo de una reunión. La compañera de piso de Héctor, así la denominaba: eso hacía hincapié en la ausencia de vínculo y simpatía que le profesaba.

Ashley aprovechó una cena familiar, después de acostar a Aidan, para sincerarse. Recibieron la noticia con sorpresa. Jake encajó la noticia con la astucia suficiente para que sus progenitores no se percataran de su opinión al respecto. Lo que más les inquietaba era el papel que debían desempeñar: abuelos.

Ben y Brooke conocían a Héctor y a su familia, que gozaban de una buena reputación; emparentar con ellos no les desagradaba. No obstante, como otros padres, pensaron que un matrimonio hubiese sido la mejor forma de unir a las familias.

A Ashley le preocupaba Héctor, no sabía cómo desenvolverse ante él, ni qué esperar, y mucho menos qué expectativas tendría con respecto a ella. Su familia, y en especial Catia, se había explayado en las cualidades y virtudes que poseía: bien parecido, buen partido, os une una hija. Catia añadió entre risas: «Debes tener cuidado:

ya tenéis una hija juntos, y aún no os habéis tocado». Ashley rio durante largo rato ante el comentario, nada propio de una monja, pero su abuela siempre había ido un poco por libre y se había alejado de los convencionalismos. Descubrió que Lara y Héctor habían estado cuidando de ella cuando estuvo convaleciente en el primer infarto, y que Bea la había sustituido en el segundo.

La enóloga percibió el nerviosismo en sus manos. Ensayó varias veces, en voz alta, la presentación de Bea a sus exsuegros e hijo. Respiró profundamente. Bea abrió la puerta del coche y esperó a que saliera con una franca sonrisa. Pensó: «Saldrá perfecto».

Aidan corrió como un torbellino a abrazar a su madre. Ella lo cogió en brazos y lo bañó de besos. Lo dejó en el suelo cerca de su hermana. Él se quedó contemplando a Bea.

—Aidan, ella es Bea —indicó Ashley.

Aidan miró a su madre, a sus abuelos, y finalmente observó la piel de Bea y la suya. No eran iguales. Arrugó la frente.

Bea se colocó en cuclillas para nivelar su altura con la suya.

Él la abrazó.

—Tenía muchas ganas de conocerte —dijo Aidan.

—Yo también... ¿Tú por qué eres tan guapo? —preguntó Bea sin soltarse de su abrazo.

—No sé, nací así. Mi madre es muy guapa.

Bea sonrió.

—¿Vas a enseñarme a jugar al fútbol? Me han llamado paquete en el colegio.

—Claro que sí, con Héctor.

—¿Quién es Héctor?

—Mi padre, me adoptó, como tu madre.

—Entonces... ¿A mí también querrá adoptarme?

Ashley no se esperaba esa pregunta de Aidan. Miró a sus exsuegros y a Bea.

—Cuando te conozca, querrá hacerlo nada más verte

—señaló Bea.

—Gracias. —Ashley articuló la palabra sin pronunciarla en voz alta.

CAPÍTULO 28  
**SAM, HEATHER, ASHLEY, BEATRIZ  
Y HOMBRE CON PASAMONTAÑAS**  
JEREZ DE LA FRONTERA Y PUERTO REAL (CÁDIZ)

Martes, 12 de junio de 2012 Noche

Sam era mulato, alto, corpulento y bastante atractivo, con ojos grandes y redondos y labios gruesos. Trabajó duro para situar su despacho de abogados entre los más prestigiosos de Australia.

Algunos de sus clientes eran personas muy influyentes a nivel nacional e internacional. Creía en el derecho de toda persona a una defensa, pero más aún en el suyo a rechazar ciertos casos antes de abrir la carpeta con los documentos. Detestaba los negocios turbios y el dinero fácil; un bolsillo se llenaba para vaciar otro, y siempre perdían los mismos.

Consideraba la lealtad y el amor un arma de doble filo, a veces mal entendida adrede. Podría aventurarse a afirmar que la mayoría de los casos que acudían al gabinete partían del final del amor: cuando moría a floraban las peleas, los problemas no solucionados, las medias verdades... y cómo no, el divorcio y la disputa por las propiedades y bienes en común. No soportaba a las parejas que incorporaban a los hijos en las negociaciones para obtener mayores beneficios. El resto de casos los agrupaba en torno a la lealtad, con dos bifurcaciones: pérdida o mantenimiento a toda costa de ella; este último incluía connotaciones fuera de la legalidad.

Algunos casos le habían dejado secuelas emocionales. Veía conspiración y tramas de diversa índole en personas de su círculo de amistades, o en miembros de su familia; sufrió sentimientos de persecución, de vacío legal, de agujeros negros. El sentido del bien y el mal quedó truncado para siempre, la línea divisoria era tan fina que se resquebrajaba con facilidad, o se saltaba con frecuencia de uno u otro lado como en un juego de niños. La presunta inocencia dejó de tener cabida con él, todo el mundo era culpable hasta que se demostrase lo contrario. En resumen, perdió la fe en el sistema y en la justicia.

Sam sufrió una crisis de todos aquellos valores que habían sustentado su vida. Amaba a Heather, pero no confiaba en su propio hijo, y miraba con recelo a Ashley. Le llevó mucho tiempo reconocerse que la quería como a una hija, y más aún pronunciarlo en voz alta delante de su esposa. Sin embargo, cuando lo admitió la oscuridad patente en su interior se desvaneció, y brotó de nuevo la necesidad de justicia. Decidió tomarse varios años sabáticos para acompañar a su mujer en su despegue profesional por Europa y, cuando Ashley se retirase, regresar a su trabajo. No

obstante, antes de lo esperado, Ashley dejó su carrera profesional como modelo en unas circunstancias que lo cambiaban todo: el embarazo de Aidan. No deseaban renunciar al sueño de ser abuelos. Para ambos, la familia era un lazo que te atabas al cuello o que remataba un bonito regalo.

Conoció a Heather, su esposa, en la boda de unos amigos.

No tuvieron un gran comienzo, discutieron durante el banquete por política. No volvieron a verse hasta que coincidieron en otra celebración, el bautizo del primer hijo de sus amigos, y

retomaron la discusión acalorada como si no hubiese pasado el tiempo. Sin embargo, esta vez algo había madurado en ambos durante aquel periodo de tiempo: la atracción.

Sam aborrecía a las mujeres sin capas de profundidad, con tan solo una película perecedera de belleza exterior y sin nada que decir u ofrecer al mundo. Esa fue la primera impresión que tuvo de ella. Por su parte, Heather detestaba a los hombres que imponían su criterio a una mujer. Ambos habían contado con suficiente tiempo para pensar en aquella primera conversación inicial.

Debajo de la belleza, Sam descubrió inteligencia, y ella percibió que tomaba en consideración sus opiniones.

En el transcurso de la noche, Heather cambió de tema varias veces, no estaban de acuerdo en nada. No había ningún elemento en común, pero inexplicablemente el fuego se abrió paso desde el centro de su cuerpo. Bebió agua en un intento vano de recobrar la compostura. Necesitaba tomar un poco de aire fresco.

Sam recordó cuando ella se levantó de la mesa, la siguió y se quedó a su lado en un amplio balcón disfrutando del inmenso jardín. En el centro había una piscina ovalada coronada con una fuente con un arco carpanel. El agua emanaba directamente de la piedra en finas cuerdas que le recordaron a un arpa.

—Tú y yo nunca nos llevaremos bien, no estamos de acuerdo en nada, ¿o lo haces solo para fastidiarme? —replicó Heather.

El abogado se puso frente a ella y se perdió en sus ojos.

—Podemos llevarnos todo lo bien que quieras, no es necesario que estemos de acuerdo, solo que respetemos nuestras opiniones.

—Está bien. —Ella alargó la mano para estrechársela—. Seguiremos la conversación en el bautizo del segundo bebé, supongo.

Sam sostuvo su mano y redujo así la distancia entre ambos.

Heather inclinó la cabeza e intensificó la mirada; deseaba besarle. No obstante, a escasos milímetros de distancia, un grupo de personas irrumpieron en el balcón; esto les obligó, a su pesar, a recuperar la posición de inicio: ambos valorando el jardín de forma distendida.

La velada terminó y no hubo posibilidad de otro acercamiento.

Heather se presentó en su despacho a las dos semanas.

—¿Necesitas un abogado? —preguntó Sam.

—No, un hombre.

A partir de aquí Sam censuraba la historia después del primer beso, mientras que Heather se explayaba en los detalles de la primera vez con su marido en el gabinete de abogados, con una señora mayor en la sala de espera.

Ella salió del despacho y dijo en voz alta dirigiéndose a la anciana:

—Es un abogado estupendo, quedará muy satisfecha con sus servicios.

La secretaria se ruborizó. Quizás escuchó algún gemido o sencillamente intuyó a qué se refería. Rio abiertamente. Nunca había sido tan descarada, pero ahora había encontrado un hombre con el que deseaba volver a serlo.

Heather era una mujer negra, alta, delgada y con pechos pequeños y redondeados. Poseía una sonrisa perfecta y ojos vivos y sugerentes. Era extrovertida y con un carácter fuerte. Cuando algo se le metía entre ceja y ceja, lo conseguía. Trabajaba como periodista en varias secciones de una revista femenina: entrevistaba a personajes relevantes del mundo de la moda y era responsable de la columna «Pregunta a Heather», en la que ofrecía respuestas sobre maquillaje, complementos, vestuario para distintas ocasiones, peinados... También representaba y captaba a algunas modelos para la revista.

La primera vez que vio a Ashley y Sasha fue en la playa artificial de Brisbane; paseaban por la orilla, hablando de forma distendida y ajenas a las miradas de deseo que despertaban a su paso. Se acercó a ellas, les preguntó la edad (quince años)

y les entregó una tarjeta para que acudiesen a la revista con alguno de sus progenitores. No obtuvo respuesta. A los seis meses volvió a verlas en Queen Street Mall. Lo intentó de nuevo: habló con la madre de Sasha.

La oportunidad de hacer una carrera a nivel internacional con Ashley llegó en el momento justo; Sam había cerrado el caso Barnumbir y no se hallaba cómodo dirigiendo el despacho, así que necesitaba tomarse algún tiempo de descanso. Además, su hijo Tom estaba estudiando en una universidad europea.

Heather y Sam decidieron adoptar a Tom después de probar diferentes tratamientos de fertilidad y sufrir varios abortos. El primer día que lo tomaron en brazos fue uno de los más felices de sus vidas, lo quisieron tanto o más que si hubiese salido de sus entrañas.

Creció como un niño normal y se comportó como tal hasta que a los nueve años descubrió que había sido adoptado. Hablaron del tema con él en infinidad de ocasiones, pero no terminaba de encajar la noticia. Experimentó un cambio drástico en el carácter y se manifestaron diversos problemas en el colegio: dificultades de atención y trasgresión de las normas, agresividad, impulsividad, actitud desafiante hacia el profesorado y otros compañeros del aula.

El orientador del centro les recomendó que observaran su comportamiento en casa y les entregó varias tarjetas de psicoterapeutas. Tras su inicial negación de la realidad, captaron que disfrutaba infligiendo daño a los animales: atrapaba las moscas con vasos de cristal y registraba de forma meticulosa su asfixia; apedreaba los nidos hasta que conseguía tirarlos al suelo, y luego aplastaba los huevos; atrapaba pequeños animales y los metía en latas que ataba con una cuerda a la bicicleta y los torturaba mientras realizaba, en apariencia, un inocente paseo.

Aprendió a salir airoso de sus comportamientos urdiendo tramas de mentiras para evitar los castigos, o culpando a otros niños de coaccionarlo para llevarlos a cabo.

Sus padres determinaron finalmente llevarle a un especialista cuando presenciaron un accidente de tráfico. Una mujer tendida en la carretera moría ante sus ojos. Elsa le pidió que no mirase por la ventanilla, pero él la bajó y continuó comiéndose un paquete de patatas fritas como si se tratase de una película.

El tratamiento farmacológico y las sesiones de psicoterapia produjeron mejoras: mostraba menos impulsividad y agresividad y más atención; pero no experimentó cambios favorables en las habilidades comunicativas y sociales. Seguía siendo un niño introvertido, con pocos amigos y con dificultades para relacionarse con otras personas, ni siquiera mostraba afecto hacia sus padres.

Ambos hablaron largo y tendido sobre la conveniencia de hablarle a Ashley de los problemas de conducta de Tom. Decidieron darle una oportunidad y se aferraron al sueño de cualquier padre y madre: su hijo había madurado con la edad. Se dijeron, a modo de conclusión, que aquel comportamiento se había producido durante la infancia y la adolescencia, eran cosas de críos y de un muchacho rebelde que intentaba encontrar su identidad. Ahora, Tom mostraba una educación exquisita, era amable, sostenía la puerta para que las personas mayores pasasen... y lo más importante, se desvivía en atenciones con ella, y se palpaba su constante intento de agradecerla. Sin duda, extraía lo mejor de él.

Ninguno de los dos podía determinar el instante en el que Ashley pasó de ser cliente a alguien de su propia familia, ni cuándo advirtieron que los sentimientos que profesaban hacia ella eran más fuertes que hacia su propio hijo. Admiraban la belleza que irradiaba y contagiaba a todo lo que tocaba. Experimentaron cómo cuando posaba los ojos en Aidan no había nadie ni nada más importante en el mundo, este se paraba ante ella y giraba burlando al tiempo, y producía instantes de gran intensidad.

El hecho de que Heather fuese la representante de Ashley facilitaba el control del estado de Tom. Insistía en la continuación del tratamiento y, en la medida de lo posible, lo comprobaba.

Durante el breve tiempo que duró el matrimonio, tuvo cortos periodos de crisis en los que dejaba de tomarlo, y entonces afloraban los problemas de atención, insomnio, celos, el sentimiento de no encajar en ningún sitio, la sensación de malestar y ahogo constante; y resurgían el desinterés en relacionarse, la necesidad de acaparar a Ashley, las llamadas periódicas para comprobar dónde y con quién se encontraba, comentarios desafortunados sobre el tipo de trabajo que realizaba... El día que Ashley comunicó la noticia del embarazo, según los cálculos de Sam, él llevaba al menos tres semanas sin administrarse la dosis recomendada. Lo entrevió en un gesto tan sencillo como recoger la propina de la mesa de una cafetería mientras se dirigían a la salida de esta.

Tras el incidente en Cádiz, los padres de Tom experimentaron un profundo sentimiento de culpabilidad, que reconocieron a Ashley: quizás podrían haberlo evitado si ella hubiese conocido el secreto de su marido. Además, habría estado en posición de decidir si quería aventurarse en una relación que acarrearía una problemática bien definida y requería una atención especializada constante. Los remordimientos, junto con la confesión, llegaron demasiado tarde. No obstante, le ofrecieron incondicionalidad y Sam apresuró los trámites del divorcio y la orden de alejamiento.

Posteriormente obtuvieron la custodia para Ashley.

Repararon en que Ashley llegó bastante apesadumbrada tras la excursión a la bodega de Jerez, ellos habían estado presentes cuando Alma se acercó y un grupo de adolescentes de una residencia escolar le pidieron a Ashley varias fotografías y *selfies*. Observaron a una chica, Bea, que se mantenía al margen del grupo y sostenía la cámara de fotos. Se negó en rotundo a posar. Alma aprovechó la oportunidad y habló en privado con Ashley, bajo la atenta mirada de Sam y Heather.

Después de aquella conversación, Ashley quedó visiblemente afectada. Pasó varias horas acariciándose la barriga y meditando qué hacer para mejorar las cosas. Se analizó: una mujer sentada en un bonito balcón, viendo cómo atrapaban a una adolescente en una vida que no deseaba vivir.

Sam adivinó sus pensamientos. Mostró imágenes de Tom de pequeño, mientras crecía con normalidad como cualquier niño de su edad. Manifestó su opinión: había personas que crecían con el mal dentro, y el entorno, la familia, amistades o un sutil detonante sacaban a la luz quienes realmente eran. Concluyó: la oportunidad que deseas ofrecer tal vez te estalle entre las manos.

Él había pasado la tarde realizando llamadas para recopilar información relevante sobre la familia biológica de Bea y su trayectoria en la residencia, con un periodo de dos años en un centro de menores.

—Los padres de Bea son narcotraficantes, la policía sospecha que mueven grandes cantidades de droga, entre otras cosas.

Ambos han salido airosos de acusaciones de diversa índole: narcotráfico, asesinato, trata... Sin duda están bien respaldados. Él la maltrataba físicamente, he visto el informe médico, es una vergüenza.

—¿Por qué estuvo en el centro de menores? —preguntó Ashley.

—¡Uf! Agresión con arma blanca a su padre. Le clavó un cuchillo en la pierna.

—¿Crees que él intentó...? —Ashley no consiguió terminar la pregunta, las lágrimas inundaron su rostro.

—Es posible.

—Al padre, ¿lo acusaron de algo?

—No.

—¡Uf! —resopló—. ¡Qué injusta es la vida a veces! ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Sé lo que quieres hacer. He hablado con Heather, te apoyaremos, pero esta vez no cometeremos el mismo fallo: ocultarte información.

Ashley se levantó de la silla y besó la frente de Sam.

—Gracias. Sois un cielo. Necesito salir a correr un rato.

—Acarició su vientre—. Ya mismo no podré hacerlo.

Sam miró el reloj.

—Es un poco tarde —recalcó el abogado.

—No te preocupes, tendré cuidado.

Ashley cogió el coche. Puso en el navegador la dirección de la residencia Las Canteras, en Puerto Real; desde Jerez de la Frontera suponía media hora en coche. Aparcó en los alrededores, no quería que la viesen merodeando por allí: algunos de los alumnos o monitores podrían reconocerla, y no sabía qué explicación ofrecer si le preguntaban qué estaba haciendo por la zona.

Abrazó su barriga con una mano y dejó que sus pasos la llevaran. Pensaba en Bea, en el azar y las oportunidades o la ausencia de ellas, dependiendo de la familia y el entorno donde se había nacido. Se sintió afortunada y culpable por abandonar a su marido tras la primera paliza. No negoció una forma de solventar el problema. No lo temía, pero no quería vivir el resto de su vida con incertidumbre, con la idea de formularse las mismas preguntas: ¿hará daño al bebé? ¿Habrá tomado la medicación? ¿Volverá a pegarme? No deseaba que su hijo, Aidan, creciese en una casa con miedo, sin estabilidad emocional. «En una casa como la de Bea», pensó.

Giró la esquina sumida en reflexiones. Vio a lo lejos cómo Bea retenía a un hombre con pasamontañas con los pantalones bajados. Cuando comenzó a correr para respaldarla, ella la miró y le guiñó un ojo; Ashley se paró a mitad de camino conmocionada por aquel gesto. Bea emprendió la huida. Observó cómo un turismo se aproximaba al lugar.

Ashley se dirigió a la residencia donde se alojaba Bea y esperó en la sombra hasta que llegó. Respiró aliviada cuando la vio cruzar el umbral de la puerta: estaba a salvo. Sintió náuseas al recordar las imágenes e hilar una composición evidente de los hechos: el hombre la atacó con intención de abusar de ella y Bea se defendió. El agresor pasó a ser la víctima. En el camino hacia el coche necesitó apoyarse en la pared de un edificio para no desfallecer.

Evitó la zona donde se había producido minutos antes el ataque.

Echó el cierre de seguridad y encendió el motor. No se encontraba en condiciones para conducir; sin embargo, comprendió la conveniencia de estar preparada para abandonar el lugar si la situación se complicaba. Las manos le temblaban. Abrazó su vientre mientras realizaba un movimiento acompasado oscilante, como una mecida.

El miedo experimentado no le permitió encontrar lágrimas para bañar aquel instante, quedaron anudadas entre la boca del estómago y la garganta. Quiso gritar, pero tampoco pudo. No tenía tiempo, necesitaba salir de allí.

En el hotel fue directamente a la ducha desprendiéndose de la ropa con premura. La suciedad que calaba cada poro de su piel se resistía al agua y al jabón. Apoyó las manos en la pared en un ilusorio intento de aferrarse a algo sólido. Lloró con amargura.

Ashley sabía que Bea estaba lejos de ser un ángel. Era una auténtica macarra, pero se rebelaba contra la vida que le correspondía vivir por nacimiento y aprendizaje a toda costa, incluso empleando métodos poco convencionales. Tomó una decisión: adoptarla.

Narró a sus exsuegros el suceso que había presenciado con una sonrisa en los labios. Sam y

Heather notaron cómo Ashley se enorgullecía de Bea. Ambos quedaron contagiados de la idea.

Ashley llamó a Kora, la presidenta de la Asociación Media Vuelta. Disfrutaba de varias semanas de vacaciones, así que en su lugar le atendió Lara. Hablaron largo y tendido sobre las diferentes opciones, y Lara consultó a Héctor la posibilidad de que él fuese el padre adoptivo de Bea. Él aceptó.

Prepararon los documentos por la noche. A media mañana, ya estaba en curso la solicitud de custodia de Bea.

### **ALMA Y ENTRENADOR DE BEATRIZ**

#### **PUERTO REAL (CÁDIZ)**

Martes, 18 de junio de 2012 Mañana Un día antes del cumpleaños de Bea, el monitor del gimnasio pidió una cita con Alma en la residencia escolar y le entregó un sobre con el dinero de la limpieza del gimnasio.

—Mañana cumple dieciocho años; se marchará, lo sabes tan bien como yo. Ese dinero es suyo, lo ha ganado con la limpieza del gimnasio. Le vendrá bien. ¿Podrás convencerla para que lo acepte?

—Lo haré.

—Gracias. —Le apretó el hombro en un gesto cariñoso de despedida.

### **TOM**

#### **NUEVA YORK**

Viernes, 10 de febrero de 2017 Mañana

Tom tenía treinta y dos años. Era un hombre negro, alto, corpulento y atractivo. Trabajaba como fotógrafo artístico en una revista de paisajismo y aportaba parte de su propia colección a galerías de arte. Había aprendido a regular su conducta y a reprimir la ira y las ganas de destrucción. La primera vez que vio a Ashley le pareció un ángel; nunca la amó, pero deseaba saberse amado por ella y convertirse en el centro de su atención. Todo marchaba dentro del plan establecido de vida normalizada, hasta que supo la noticia del embarazo. El bebé le arrebató el mundo perfecto que había construido con su mujer. No deseaba compartirla, y mucho menos pasar a un segundo plano. Toda la ira contenida estalló cuando ella prefirió a un niño que aún no había nacido antes que a él.

CAPÍTULO 29  
**HÉCTOR, JAKE, CATIA, ASHLEY Y BEATRIZ**  
RANCHO, CONVENTO SANTA CATALINA Y FINCA CHALICE (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Tarde

Héctor atendió la llamada de Saoirse. Le preguntó por Bea, estaba preocupada, no había conseguido localizarla. Revisó la bandeja de entrada: tampoco halló respuesta. Tranquilizó a Saoirse, le dijo que cogería prestada la moto de Bea y daría una vuelta por los sitios que frecuentaba.

Héctor terminaba de vestirse cuando recibió otra llamada de Jake. Había una lista de problemas e imprevistos para la recepción de su hermana y no encontraba el modo de localizarla. Se encontraba saturado. Llamó a sus exsuegros y dejó el encargo de que se pusieran en contacto con él.

—¿Cuáles son los imprevistos? —preguntó Héctor.

—¡Uf! Esto es un desastre total. Una de las carpas no tiene estabilidad, no ha quedado bien fija y se ha rajado la tela; hay una fuga de agua en el lavadero de la cocina, y han llamado los del *catering* para comunicar que no traerán postres. Uno de los camareros se puso nervioso cuando supo para quién era el pedido y derribó la torre donde estaban las bandejas. Al parecer es un gran fan de Ashley —expuso Jake como un torbellino.

—Vamos por partes. No te preocupes por los postres, tu abuela Catia y sus amigas llevan varios días preparando dulces para la recepción. Las recogeré, llegaré con una patrulla de monjas a salvar esa parte de la fiesta. ¿De acuerdo? —Héctor esbozó una sonrisa amplia.

—Sí. ¿Y el resto de cosas? No localizo a los hombres que montaron las carpas, y tampoco hay fontaneros disponibles.

—Echaré la caja de herramientas, arreglaré el grifo. Desmontaremos la carpa defectuosa. Si se ponen en contacto contigo les comunicas que vayan a desalojarla. Estaré allí en poco menos de una hora.

—¿De verdad? —Jake respiró aliviado—. Son más de las cinco y la gente comenzará a llegar a las ocho. ¿Dará tiempo?

—Sí, sobraré tiempo para tomarnos una cerveza. Ve desmontando la carpa mientras llego.

—De acuerdo. —Exhaló el aire, desinflándose como un globo.

Héctor llamó a Catia. Expuso con brevedad el plan de emergencia. Cuando llegó al convento las monjas lo esperaban fuera preparadas. Pidió a Catia que condujera el coche mientras él realizaba

algunas llamadas. Llamó a Bea reiteradamente. Observó la foto del WhatsApp. Tuvo miedo a las expectativas de los demás, sobre todo de Bea, sobre el primer encuentro con Ashley. ¿De qué hablarían? Desechó esos pensamientos y telefoneó a su madre; la yegua de Lara, Dulcinea, seguía estable. Se disculpó por no poder asistir al cumpleaños de Jimmy.

Joe le envió un mensaje de audio para comunicarle que pasaría por el rancho en cuanto ultimase algunos matices del proyecto.

Lo llamaría para acordar una hora.

Envío un mensaje a Saoirse y comunicó los imprevistos y la necesidad de cambiar de planes. Ella la buscaría por las zonas habituales.

Entraron dentro de la finca Chalice y aparcaron cerca de la puerta principal para descargar los platos. Jake había llevado a cabo buena parte del trabajo, terminaron de desmontar la carpa justo cuando varios hombres de la empresa comparecían. La cargaron en el coche y se la llevaron.

Héctor comprobó el grifo de la cocina. Pidió a Jake que abriera la llave de paso. El agua se

perdía por la rosca del grifo, al abrirlo le salpicó en la camisa y los pantalones. Héctor cerró el agua en las escuadras, desmontó el grifo con una llave inglesa, cogió de la caja de herramientas una goma circular, la colocó y volvió a montar el grifo. Funcionaba correctamente.

—¿Ya? —contestó incrédulo Jake, mientras lo abría y cerraba varias veces.

Héctor arqueó una ceja.

—¿Acaso lo dudabas? Esto es trabajo de un superhombre con poderes especiales: un móvil, una caja de herramientas y una patrulla de monjas aliadas —bromeó Héctor.

Las monjas ultimaban la presentación de los platos en las mesas de postre, la carpa había sido retirada y el grifo arreglado.

Jake especuló: «¿Dónde está mi padre? Nunca se halla presente cuando trabajo. En cuanto abra una cerveza aparecerá de la nada».

Miró el móvil por si Ashley había contestado las llamadas y mensajes, nada. En su lugar encontró un audio de Elena:

No puedo acercarme ahora. Ya te contaré esta tarde. Con tanto ajeteo no le había dado tiempo a consultar el móvil. Envió un *OK* a la hermana de Héctor.

—Gracias. Deberías cambiarte de ropa; te prestaré algo, tienes la camisa empapada y los pantalones mojados. —Jake señaló su entrepierna—. Puede que mi hermana se digne a llegar de un momento a otro y no quiero que te vea así. No causas buena impresión.

Héctor se desabrochó la camisa y la estiró en el respaldo de una silla para que se secara. Jake buscó unos pantalones y una camiseta negra de pico con un bolsillo. Él estaba más fornido que Jake; protestó: no le gustaba llevar ropa ajustada marcando músculo.

—¿En serio quieres que me ponga esto? ¿Es que a tu hermana le gusta esa clase de hombres?

—Muchos hombres matarían por tener la oportunidad de conocerla. ¡Y no, no le gusta esa clase de hombres! —refunfuñó Jake.

Jake sopesó la camiseta elegida, le pareció una buena opción mientras buscaba en los cajones, hasta que recordó que a Ashley no le agradaban los hombres pretenciosos. Le dio a Héctor una cerve-

za sin alcohol de su marca preferida, con doble malta, así ganaría algo de tiempo. Subió a su habitación y le trajo una camisa negra.

—Esto es más de tu estilo. ¿Vendrás a la recepción esta noche? —preguntó Jake.

—No me van las fiestas. Además, estoy preocupado por Dulcinea, iré al rancho para comprobar cómo va evolucionando.

Es posible que me quede a dormir allí esta noche.

—Lo comprendo. ¿Al menos esperarás un poco por si llega mi hermana y te la presento formalmente?

Héctor se levantó de la silla, se había quitado las botas y los calcetines e iba al lavabo a cambiarse de pantalones. Jake fue al grano.

—Tarde o temprano tendrás que conocerla, es mi hermana, la mejor amiga de Elena y, por si fuera poco, tenéis una hija adoptiva en común. Es una mujer preciosa, con una conversación exquisita, harías buena pareja con ella.

—Lo sé, pero no es necesario que sea hoy, ¿verdad?

El teléfono de Héctor vibró en los pantalones; era Elsa. Le dio la noticia: la yegua de Lara, Dulcinea, había muerto. Héctor reprimió una lágrima. Dejó la ropa de Jake en la mesa y se apresuró a ponerse las botas de nuevo.

Héctor tuvo una sensación de *déjà vu*, las imágenes se sucedieron a un ritmo vertiginoso sin orden ni concierto: la reunión del rancho; el fallecimiento de Dulcinea; el sueño de despedida; la

fotografía del perfil de Bea y la culpabilidad por estar ausente; las monjas con las bandejas esperándole en las puertas de convento; el cuarto de Bea repleto de fotografías de Ashley en la pared (muchas de ellas se las proporcionaba Lara); la adopción compartida... ¿Qué podría decirle a una exmodelo enóloga en la primera conversación? No sabía gran cosa de vinos y no le gustaban especialmente los modelos y el mundo en el que se hallaban inmersas.

Ya no era modelo, eso da igual, ¡céntrate Héctor! No sabes nada de vinos... El hermano de Ashley no se dio por vencido.

—¿Qué te ha entrado de repente? ¿Estás huyendo de mi hermana? ¿Es que no echas de menos el sabor de una mujer?

—¡Para! ¡De verdad!

—¿Por qué? ¡Eres un cobarde! —Jake subió el tono de voz.

El veterinario se hallaba al límite, sus pensamientos estallaron.

—¿De qué quieres que hable con una exmodelo alcohólica?!

—Se pasó la mano por el torso desnudo, se mordió el labio y cogió la correa del pantalón con las dos manos—. «¡Vamos, nena, a pegarnos un revolcón en la camioneta!». ¿Crees que le gustaría a tu hermana algo así?

—¿Ves, Bea? Primera lección de cómo ligar con una dama: originalidad. ¡Es novedoso, sin duda! Nunca me lo han propuesto así —manifestó Ashley apareciendo de la nada.

Estaban tan absortos en la conversación que no se percataron de que llegaba con Bea. Ella se sintió incómoda a pesar de su salida del paso.

—¡Mierda! —Jake se llevó una mano a la frente. Se sentía responsable de aquel comienzo tan fuera de lugar. Observó a Bea: le sorprendió que se mantuviese en segundo plano. Decidió imitarla y guardarse sus comentarios, aunque su interior estuviera en ebullición. Si en lugar de ser Héctor hubiese sido otro hombre, se habría encontrado con su puño en la cara como respuesta.

—¡Madre del Señor! —exclamó Héctor mirando a Jake con crudeza; luego posó sus ojos en Ashley—. Lo siento, de verdad.

No era mi intención ofenderte.

Si en ese momento hubiera podido formular un deseo habría pedido que lo tragase la tierra. Se detestó por ser tan grosero y vulgar, no le pegaba hablar así, y menos en presencia de una mujer, para más inri de Ashley. Bea lo mataría, lo leyó en su rostro.

—¡Vaya! No te preocupes, he llegado en mal momento

—contestó, sintiéndose fuera de lugar.

Ashley hizo un gesto de vaivén con el cuello y escudriñó a Héctor, recorriendo su cuerpo de arriba abajo. Posó la vista en la zona de los pantalones mojados y la apartó de aquella zona hasta posarla en el suelo unos instantes, antes de fijarla de nuevo en la profundidad de sus ojos.

Desde la muerte de Lara no se había sentido objeto de una mirada de tal intensidad. Tuvo miedo de perder la estabilidad emocional; sin embargo, sintió que estaba atrapado en los ojos verdes de Ashley. Tuvo un *flash* del sueño de Lara: ella era la silueta. No se le pasó por alto que había usado los dos significados de la palabra «ve» al iniciar cada una de las dos primeras frases con uno de ellos. Dio un paso atrás, como en el sueño, tratando de huir de la escena y de aferrarse a lo conocido.

Ante la falta de iniciativa de él para enmendar las cosas de forma algo más satisfactoria, Ashley se disculpó de forma vaga: necesitaba unos minutos para recomponerse del impacto de la primera conversación con Héctor.

—Tengo cosas que hacer, os dejo aquí para que continuéis la charla.

Se acercó a Bea y la besó en la mejilla.

—Dame unos minutos —susurró a Bea en el oído—. Quiero presentarte a mis padres antes de que te vayas, les he hablado de ti.

—Te espero aquí. Si me necesitas, me avisas y subo —murmuró Bea.

Ashley comenzó a subir las escaleras sin esperar réplica, entró en su habitación y cerró la puerta.

Bea hizo un gesto a Héctor, precisaban aclarar las cosas.

Aprovechó para consultar el móvil, responder los mensajes de Saoirse y ver el de Elsa: Dulcinea había fallecido, le acababa de dar la noticia a Héctor. Eso aclaraba su actitud y el lenguaje tan fuera de lo habitual. Sintió cómo la culpabilidad ganaba terreno en su interior. Viviendo su sueño, había olvidado por unos instantes que las vidas de las personas más queridas continuaban su curso; tenían problemas, y ella había añadido una preocupación más a la lista.

Observó a Jake con rostro seco y mirada cortante, nunca terminaría de encajar con él. Supuso que el papel de tío adoptivo quedaba lejos de sus pretensiones. En el lado más alejado del salón las monjas se esmeraban en la tarea de presentación de los pasteles, fingiendo no percatarse de la conversación.

De repente repicaron en su mente los dos verbos con los que Ashley comenzó las dos primeras frases con Héctor: «ves» y «vaya». ¿Qué probabilidad había de que utilizase los dos significados de «ve», la palabra que usó Lara para mostrarle una silueta en la puerta y en el mensaje que le entregó a Saoirse? Un escalofrío recorrió su cuerpo y le erizó la piel.

Catía se acercó a Bea y la condujo al jardín para hablar en privado. Conversaron sobre los acontecimientos del día. La monja contuvo las lágrimas hasta la noticia de la muerte de la yegua de Lara. Se abrazó a Bea con fuerza. Esperó el tiempo suficiente para recomponerse, besó a la joven en la frente y regresó al trabajo; necesitaba mantener las manos ocupadas y hacer lo que mejor se le daba: gruñir y protestar por cada cosa que hicieran las demás.

Héctor se puso la camisa antes de llamar a la puerta. Le quedaba un poco ajustada, pero adivinó que no tanto como la camiseta. Tomó aliento.

—Ashley.

Abrió. Ella se quedó absorta en la intensidad del color de sus ojos, si bien intentó no dejarlo traslucir.

—Lo siento —se disculpó el veterinario.

—Si ya lo has dicho. Me ha quedado claro.

Ashley se puso a la defensiva. Algunos hombres contaban con una imagen prefijada y distorsionada de las modelos, las veían guapas pero tontas. Estaba enfadada y no deseaba perder el tiempo dando o escuchando explicaciones insípidas.

—¿Desde dónde has escuchado exactamente?

—¿Acaso importa?

—Sí.

—A partir de «exmodelo alcohólica» —replicó Ashley.

—¡Vaya! Entonces está fuera de lugar... Bueno, a mí estas cosas se me dan fatal, cuando intento arreglar algo siempre acabo estropeándolo más —confesó Héctor llevándose una mano a la sien; notaba cómo le palpitaba.

Ella esperó impasible a que Héctor armase un discurso. Miró el reloj, comenzaba a perder la paciencia.

—¿Y bien?

—Sé que no eres una alcohólica... —Héctor no empezaba muy bien.

Ashley estaba dispuesta a no ponérselo nada fácil. Deseaba que se sintiese incómodo, al

menos la mitad de lo que lo estaba ella; sin embargo, exteriormente se mantenía fría como un témpano.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo lo sabes?

—Es cierto, no lo sé. —Héctor estaba aturdido—. Bueno..., puede que seas alcohólica o puede que no. ¡¿Mejor?!

—¿Mejor? ¡No, creo que no! ¿Así sueles disculparte con las mujeres? ¿Relatando las cosas que pueden y que no pueden ser?

—No se me dan bien las mujeres —declaró Héctor.

Ashley mantuvo la mirada pétrea.

—¡No te preocupes! ¿Quieres confesarle a una exmodelo alcohólica que eres gay?

—¡Uy! En este momento preferiría serlo, no sabes cuánto... ¡No sé salir de aquí!

Ella se mordió la sonrisa en los labios al ver el grado de angustia de Héctor.

—Puedes salir corriendo si quieres. —La enóloga señaló la puerta moviendo un dedo de un lado a otro en el aire.

—No, no quiero. A ver..., lo intentaré hacer mejor. Dame unos segundos.

A Ashley comenzaba a divertirse la situación. Levantó la mano para mostrar conformidad. Pasados unos segundos miró el reloj.

—¿Quieres que te puntúe cada intento?

—¡No! Ashley notó cómo se ruborizó tras el comentario. Recordó las conexiones que les unían: hermano de Elena, hija adoptiva en común, Catia lo adoraba y era el mejor amigo de Jake. Siempre había formado parte de su vida, aunque nunca hubiese hablado con él. Estaba un poco oxidado, y eso le pareció interesante. Cambió de táctica: adoptó una postura sensual con objeto de desarmarle.

—¡Cielo! No me hagas esto, por favor.

Se quedó fuera de órbita, ningún hombre la había llamado así. Héctor captó el cambio de actitud corporal en la chica.

—Explícate, ¿a qué te refieres? —demandó ella.

Ashley puso su brazo izquierdo sobre el vientre y el codo derecho sobre la mano izquierda. Utilizó una de sus miradas devastadoras para la cámara, tantas veces ensayada y fotografiada.

—A eso que estás haciendo ahora —Héctor señaló su cuerpo con el dedo.

—¿Por qué no, si puede saberse? —preguntó Ashley.

Héctor visualizó la silueta del sueño de Lara y recordó las palabras de Bea: «Es nuestra silueta».

El día había sido demasiado largo e intenso; creía que la muerte de Dulcinea había sido la guinda del pastel, pero no, aún le esperaba algo más, una conversación sin salida con Ashley. Se preguntó: «¿Qué necesitas ahora mismo, Héctor? Un abrazo».

No se imaginaba a Ashley así, con tanto carácter y determinación, moldeando su voz y su tono corporal de la frialdad a la sensualidad en cuestión de segundos. Si Lara hubiese actuado así con él, no habría tardado en hallarse enredado entre sus piernas.

Nunca había visto una mujer tan hermosa, le costaba contenerse.

Héctor buscó cordura y se dijo: «No es tu mujer; de serlo, se hubiese fundido contigo en un abrazo».

Ashley recibió una llamada y se disculpó con Héctor.

—Solo serán unos segundos —indicó Ashley juntando el pulgar y el índice a la altura del hombro.

## BEATRIZ Y ASHLEY

## FINCA CHALICE (BRISBANE)

Bea andaba de un lado a otro de la estancia mirando el reloj.

La conversación duraba demasiado. Conocía a Héctor; estaba segura, estaría bloqueado. Llamó a Ashley.

—¿Cómo va? —preguntó Bea.

—¿Cómo crees? —respondió Ashley con otra pregunta.

—Horriblemente mal. Está un poco estresado, hay mucho ajeteo en el rancho, todo el mundo excepto yo le ha estado agobiando con que hacéis buena pareja. Estaba preocupado por mí porque no daba señales de vida. Aun así, ha venido a arreglarte el grifo de la cocina, a desmontar la carpa defectuosa con Jake y ha traído a tu abuela con los postres. Y... —Bea dudó en seguir.

—Continúa.

—Cuando entrábamos por la puerta, su madre le acababa de llamar para informarle de que la yegua de Lara ha muerto. Así que estará que se sube por las paredes. Tenlo en cuenta, por favor.

—De acuerdo. ¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Darle un abrazo.

—¿Hablas en serio?

—Sí.

—¿Así, sin más...? —contestó sorprendida Ashley ante la petición.

—Sí; es inofensivo, no muerde —bromeó Bea.

## ASHLEY Y HÉCTOR

### FINCA CHALICE (BRISBANE)

Ashley colgó el teléfono. Dudó unos instantes.

—Era nuestra hija —apuntó Ashley, haciendo un gesto de condescendencia—. Me ha hecho un resumen de tu día.

Héctor puso morritos.

—¿Vas a perdonarme, entonces?

—Sí. Además, haré algo que ella me ha pedido; no hagas que me arrepienta.

Ashley se acercó a Héctor y lo abrazó. Él respiró aliviado.

—¿Tienes los pantalones mojados?

—Sí, ya estaban así antes de que llegaras, de verdad.

—¿El grifo de la cocina?

—¡Uhm!

—No hagas esos ruidos o te suelto ahora mismo.

—De acuerdo, intentaré controlarme.

Héctor acomodó a Ashley en su pecho y la atrajo hacia él.

Saboreó su olor. Percibió el amago de ella de soltarlo.

—Un ratito más, hace mucho que no abrazo a una mujer que cuente.

Ashley echó la cabeza hacia atrás para buscar sus ojos; intensidad azul, no podría mirarlo durante demasiado tiempo sin acercar sus labios a los suyos.

—No vuelvas a estropearlo, ¿qué quieres decir ahora? —Lo miró contrariada buscando la verdad.

—Desde que murió Lara solo he abrazado a mi madre, mi hermana, mi cuñada, Bea y tu abuela Catia. —Héctor arrugó la nariz como un niño pequeño, no quería que lo privase de aquel instante.

—¿Mi abuela Catia? ¿Estás de broma? Ella no deja que ningún hombre la toque.

—A mí, sí —replicó Héctor.

Ashley acarició el pelo de Héctor y se adentró en su pecho.

CAPÍTULO 30  
**ASHLEY, BROOKE, BEN Y BEATRIZ**  
FINCA CHALICE (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Tarde

Ashley bajaba las escaleras desde la planta superior con sus padres; había llegado el momento decisivo de presentarles a Bea.

La conocían de vista, pero nunca habían hablado con ella: entre sus cualidades se hallaba el hermetismo. Notó un subidón de adrenalina tras cada peldaño, no sabía hasta qué punto podría haberles influenciado Jake.

Bea aún sentía el cálido abrazo que había compartido con Ashley. No había nada más, solo ese instante.

—Bea, ellos son Brooke y Ben —indicó Ashley.

—Encantada —dijo Bea alargando la mano para estrecharla, primero al padre, por proximidad, y luego a la madre.

Brooke sujetó la mano de Bea, dudó unos instantes, tiró hacia su cuerpo mientras avanzaba hacia ella, la abrazó y la besó en las mejillas.

Ashley respiró aliviada, el corazón le palpitaba con fuerza.

Notó cómo Bea enrojecía, le daba vergüenza aquella situación, pero se mantenía serena. Ashley dio un sutil codazo a Ben en la costilla e hizo un gesto de invitación.

—A mí solo me das la mano y a ella un abrazo, ¿por qué?

—protestó Ben buscando la aprobación de Ashley. La obtuvo.

Bea sopesó las diferentes opciones para contestar al padre de Ashley y salir del paso sin ofenderlo, sin añadir información innecesaria en una primera entrevista. Barajó varias alternativas: «No dejo que los hombres me toquen, exceptuando a Héctor»; «Nada de hombres. Si te acercas, te reviento»; «No es necesario tanto amor».

Las dos últimas eran las que más utilizaba, pero, a su pesar, no tenían cabida en aquel momento. Optó por otra más comedida.

—Lo siento, no está bien que una señorita abrace a un hombre sin estar comprometidos... —manifestó la diseñadora fingiendo recato.

Brooke tomó la mano de Bea y la condujo hasta su marido.

—Cariño, soy tu abuelo, no cuento como hombre —declaró Ben. Le dio un abrazo breve y suave.

Ashley comprendió tras las palabras de su padre qué quiso decir Héctor; sonrió complacida. Bea fue relajando su semblante y la actitud corporal. No había tiempo para extender la conversación, invitaron a su nieta a la recepción y subieron a arreglarse para el evento.

—¿Vendrás esta noche? —preguntó Ashley intuyendo la respuesta.

—No sabes hasta qué punto me gustaría, pero Héctor me necesita ahora mismo. Es un día duro para él. No puedo dejarlo solo en este momento —explicó Bea.

—Lo comprendo, no te preocupes.

Ashley se acercó para darle un abrazo de despedida.

**HÉCTOR, ELSA, CÉSAR, BEATRIZ**  
**Y SEÑOR SANDOVAL**

RANCHO CENTINELA (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Tarde Héctor condujo respetando en la medida de lo posible el límite de velocidad. Miraba con frecuencia el cuentakilómetros, no quería sobrepasarlo y

provocar un accidente. Había experimentado las consecuencias de la imprudencia. Su mente divagaba entre Lara y Ashley. Sintió culpabilidad y reprimió un grito de desesperación. El mundo seguía girando y no contaba con él.

Llegó al rancho Centinela. Elsa lo recibió en la puerta y respondió a la pregunta que no deseaba formular en voz alta:

—Tu padre y yo estábamos con ella mientras fallecía.

Héctor respiró aliviado. No digería la idea de la soledad en el último tramo de la vida.

—¡Uf! Gracias, madre. Quiero ir a verla. Me siento culpable por no haber estado yo también —admitió Héctor.

—Hijo, no habrías podido hacer nada.

—Lo sé.

Héctor lloró aferrado al abrazo de su madre.

Fue al establo de Dulcinea; la puerta exterior estaba abierta.

Contuvo la respiración cuando vio la yegua inerte en el suelo.

Aparcó la ranchera por la parte de atrás. Quería permanecer allí hasta que se llevasen el cuerpo. En el funeral de Lara aprendió que el tiempo en esa clase de situaciones se posaba con lentitud.

Su madre aguardó con él sentada en el asiento trasero del coche. Él se colocó delante de ella para que lo abrazase desde detrás. Elsa le acarició los hombros y el pelo mientras le sujetaba por la cintura.

Lágrimas silenciosas cruzaban sus rostros. No había palabras, solo un silencio atronador, interrumpido únicamente por relinchos y sonidos de cascos. Héctor imaginó que los compañeros de alojamiento de la yegua se despedían.

Bea llegó y saludó a César por la ventanilla sin detenerse: quería estar con Héctor. A medio camino cambió de opinión, dio marcha atrás y bajó del coche para ocupar el lugar de César.

Consideró que su padre biológico tenía más derecho a vivir aquel momento que ella.

—Gracias, pero antes que un padre está una hija, y tú lo eres para Héctor —declaró César—. Esperaré aquí al señor Sandoval, en cuanto arreglemos los documentos de Dulcinea me reuniré con vosotros.

Bea agradeció el gesto y fue al encuentro. Abrazó a Héctor con intensidad y afecto mientras su madre seguía atada a su cintura sentada en la ranchera. Nunca había experimentado un abrazo como aquel, en el que se fusionaban tantos sentimientos de diversa índole y procedencia acumulados en un solo día: dolor, alegría, pérdida, recuerdos... César se mantuvo en el puesto de control esperando a que acudiera el señor Sandoval, un hombre de edad incierta en torno a los cincuenta y cinco años, menudo, con el rostro alargado y enjuto, con bigote blanquecino. A César le sugirió la figura de don Quijote. Traía una grúa para subir el caballo al transporte.

Sandoval inspeccionó el animal y corroboró que había sido muerte natural.

## **HÉCTOR**

### **RANCHO CENTINELA (BRISBANE)**

Héctor había aprendido de primera mano cuáles eran las fases del duelo. Las personas que no habían padecido tal trance consideraban que la noticia del fallecimiento de la muerte de un ser querido constituía la peor parte, el más duro trago; incluso él pensaba así antes de haberlo experimentado. Recordó el entierro; el punto álgido de dolor fue cuando vio cómo guardaban las cenizas de Lara y el bebé en el nicho. Abría un abismo, un portal de oscuridad o luz desconocidas. Subrayaba la verdad latente: ya no estaba con ellos, al menos no en carne y hueso.

Escuchó algún comentario lanzado al aire por una voz sin nombre: «Ya ha pasado lo peor».

Sin embargo, para él esa afirmación no podía hallarse más lejos de la realidad. Una persona querida conformaba un cúmulo de cualidades, experiencias compartidas y sentimientos que solo podrían revivirse, a partir de ese momento, a través de los recuerdos, de qué hicieron y de qué hubiese hecho o dicho ella si hubiera estado presente. En su caso, Lara invadía, con su risa y sus ganas de comerse el mundo y a él, todas las facetas de la vida.

Tras su fallecimiento, a medida que pasaba el tiempo se materializaba más y más su ausencia. Soñaba despierto un mundo irreal vivido atrás en el tiempo. Se sucedieron multitud de batallas perdidas. La primera de ellas pugnaba por someter la realidad de su muerte: para contrarrestar su efecto devastador, Héctor creó un universo paralelo donde Lara continuaba con ellos; él despertaría de un mal sueño y ella seguiría sujeta a su mano. Así pasaron los primeros días sin asumir la pérdida, fiel a los recuerdos que se le antojaban reales.

Cerca del día en que se cumplía el primer mes de su muerte, la verdad latente afloró e impuso su ley sin piedad: llorar por el fallecimiento de un ser querido. Le murmuró: «¿Acaso no ves que ya no está aquí, entre los vivos? Se ha ido y nunca volverás a verla».

Ese día y otros muchos que le sucedieron, el dolor se adueñó de su cordura y raciocinio. Huyó de las palabras de consuelo porque sencillamente no funcionaban; tan solo el abrazo silencioso de Bea lo reconfortaba.

A medida que pasaba el tiempo la guerra interior se fue mitigando. Se acostumbró al dolor. Lara se hallaba presente cada día; no obstante, el tiempo invertido en los recuerdos ya no abarcaba toda la jornada, y estos comenzaban a espaciarse cada vez más.

El instinto de supervivencia y superación del ser humano quería abrirse camino; estaba decidido, lo haría, aunque Héctor se resistiera y rescatara los inolvidables, como llamaba a los momentos de felicidad o desdicha extremas que tanto les gustaba recordar a los humanos. Una noche le susurró en la almohada: «Torres más altas han caído».

El último eslabón que le ataba a Brisbane era Dulcinea.

Ahora podía cumplir el deseo de pasar un año sabático en España. Había hecho una lista detallada de los lugares más emblemáticos, deseaba perderse y encontrarse en sus orígenes. La imagen de Ashley cruzó su mente, pero la desechó. No era el momento para construir castillos en el aire. Sintió culpabilidad por irse en un instante tan crucial para Bea, pero razonó: ella precisaba espacio y tiempo para conocer a Ashley y disfrutar de su sueño sin intromisiones.

## **BEATRIZ**

### **TRAYECTO EN COCHE DESDE EL RANCHO CENTINELA A LA VIVIENDA DE HÉCTOR (BRISBANE)**

Bea condujo detrás del coche del señor Sandoval, Héctor iba de copiloto. El silencio saturaba su testa de pensamientos y cuestiones que le parecieron superfluas en aquella situación, como por ejemplo el deseo de ver a Ashley descender la escalinata del piso superior arreglada para la recepción, o volver a abrazar a Aidan.

Ordenó la mente. Archivó en carpetas la información innecesaria y la pospuso.

Sacaría un par de billetes para España, a pesar de que se resistía a irse y dejar a Ashley y Aidan. Uno de los momentos más duros de su vida fue desprenderse de su abrazo después de contemplar sus ojos, la forma de mirarla, la inocencia que dedujo que ella nunca tuvo porque se la arrebataron a fuerza de golpes e indiferencia. La canción 33 de la Mala Rodríguez resumía bastante bien su infancia: «criada en una caja debajo de una puerta».

Acompañaría a Héctor, y cuando él recobrarse la compostura y confiase en la serenidad de su corazón, aprovecharía la coyuntura para cerrar su pasado. Su familia ya había desatado durante demasiado tiempo su poder de destrucción. Él reclamaba su presencia, iría a su encuentro.

Recordó el número de teléfono del hombre de nueve dedos y medio. Lo repasaba cada día con objeto de no olvidarlo. Visualizó la carpeta con el rastro que él y su familia biológica iban dejando a su paso.

CAPÍTULO 31  
**ELENA, JOHN, BRIAN, JULIA Y REED**  
HOGAR DE CÉSAR Y ELSA, PELUQUERÍA Y RESTAURANTE NO NI NA (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Tarde

Elena había cambiado el turno y estaba de descanso. Le apasionaban las fiestas, no solo por el transcurso de la velada, sino también por los preparativos: engalanarse, disfrutar de una conversación animada con las amistades, conocer gente nueva, reírle al viento... y, por consiguiente, mirar las penas tras el prisma que aportaba una buena copa de vino.

Tomó una ducha rápida y recordó que aún no había recibido la tarjeta nueva del banco tras haber caducado la anterior. Revisó en la cartera el efectivo disponible: insuficiente para la peluquería y el café con los compañeros del hospital. Consultaría el buzón de nuevo, y odiaba hacerlo, ya que solo encontraba un cúmulo de facturas y publicidad. Dos veces en un mismo día le parecieron excesivas, pero no le quedaba más remedio.

Volvió con el correo: una carta del banco y otra con el remitente número 4. Abrió la primera y respiró aliviada: contenía la nueva tarjeta y las instrucciones de activación. Dentro de la segunda había una pieza de puzle con una forma poco habitual, le recordó a la punta de una flecha o al dibujo infantil de un rayo.

Guardó la correspondencia de desecho en un cajón, le gustaba hacer limpieza con tranquilidad y romperla en pequeños trozos, sobre todo por precaución.

Salió de la peluquería con la sensación de andar flotando entre nubes de algodón; le complació sentir la atención de los hombres. Unos pasos más adelante, se encontró con John y Brian.

Escuchó:

—Tiene un buen revolcón.

Advirtió cómo miraban su trasero al avanzar por la calle.

No hizo comentario al respecto, a pesar de que en la punta de la lengua había armado un cúmulo de reproches, recriminaciones e improperios subidos de tono que amenazaban con atragantarla si callaba. Dicho de otro modo, tras el subidón inicial de adrenalina por sentirse deseada, experimentó repulsa por las formas.

Julia y Reed la esperaban en el restaurante-cafetería No Ni Na; habían pedido dos cafés y un trozo de pastel para compartir.

Sintió cómo el tiempo pasaba por delante de ella. Solía llegar tarde a las citas, la mayoría de veces por culpa de una apretada agenda que dejaba poco espacio al respiro y al descanso; en consecuencia, llegaba con la cena o el café empezado. Un nudo se le atragantó en la boca del estómago: ¿acaso era únicamente un ornamento para su familia y círculo de amigos? Al menos para su hermano sí, aún no le había contado nada sobre el sueño de Lara y la nota de Saoirse. Sintió resentimiento; lo masticó, pero no lo digirió.

Julia tenía treinta años y trabajaba como forense en el hospital. Tenía media melena lisa de color caoba, ojos redondos y expresivos con un pequeño lunar debajo del izquierdo, nariz griega y boca sonrosada. Era deslenguada y risueña. La vida para ella era una broma, tras cada caída había que sacudirse el polvo y sonreír; aunque, a su pesar, no siempre encontraba la fortaleza para actuar según ese principio. No había perdonado la infidelidad de su pareja, Alida, y rehusó cualquier súplica de hacer borrón y cuenta nueva. Había muchos peces en el río para seguir echando el anzuelo a una mujer en quien desconfiaba.

Reed tenía treinta y cuatro años y era un auxiliar de enfermería pelirrojo, de rostro triangular con abundantes pecas y nariz afilada. Pretendía endurecer sus rasgos de eterno adolescente con el

look hípster; no obstante, a su propio juicio su barba no era aún lo suficientemente espesa. No le gustaban los estereotipos ni las clasificaciones, sobre todo en el sexo, ya que en su opinión las personas nacían bisexuales y la sociedad se encargaba de cortar las alas a los individuos, en este y otros muchos aspectos. Dicho de otra manera: por encima de la gente corriente, había personas moviendo los hilos para redirigir al mundo a su antojo y conveniencia. No quería formar parte de ese sistema, y aunque con su actitud de no respetar el orden establecido, los convencionalismos y rebeldías se granjease enemigos, no abandonaría sus convicciones sin explotar todos los cartuchos disponibles.

El amor había llamado a su puerta dos veces, con Regina y Steve. Se sucedieron a un ritmo vertiginoso: apenas dos semanas después de la ruptura con ella, empezó con él. No fue una gran idea, pues trasladó los problemas con una persona a otra distinta y así empañó la posibilidad de que la relación cuajase, o al menos, transcurriese de forma normalizada. Regina no tiró la toalla y continuó buscando otra oportunidad tras su infidelidad. Reed perdonó, pero miró hacia otro lado.

Los tres formaban un grupo variopinto con una misma vivencia en común. Funcionaba como una terapia; tan bien podían decir pestes de sus ex como hablar de sus nuevas conquistas. En definitiva, compartían una visión del amor según la cual la deslealtad se encontraba impresa en todas las relaciones humanas, y tarde o temprano se abría una fisura fácil de penetrar para terceras personas.

La historia de Julia se estiraba como el chicle. Alida trabajaba como administrativa en la recepción del hospital, por mucho que quisiese apartarla de su vida de forma permanente se cruzaba con ella en las horas de entrada o salida, o por los pasillos. Durante la semana, contó, se había encerrado varias veces en el baño, como respuesta a la impotencia experimentada al verla. Indicó la posibilidad de solicitar una vacante en otro hospital: una retirada a tiempo podía ser una victoria.

Reed divagó entre la compra de un coche nuevo y la búsqueda de otra casa que interpusiera una barrera, al menos en cuanto a distancia, entre Regina y él. Siempre evitaba hablar de Steve; la culpabilidad brillaba en sus ojos, transformó la relación en un carrusel de incertidumbre, de rupturas y comienzos, sin pies ni cabeza. En consecuencia, el punto final fue una decisión impuesta, que respetaba y admiraba, no solo por la paciencia mostrada, además por la forma de llevarla a cabo.

Tras un repaso pormenorizado de las últimas vivencias de Reed y Julia, llegó el turno de Elena. Por una vez no tenía nada que contar, al menos, que desease compartir.

Julia y Reed acababan de salir del turno de mañana del hospital.

—¿Wendy es paciente de Trebor? —preguntó de forma retórica Reed a la doctora Ariza.

Trebor era uno de los profesores de Elena y consultaba con ella algunos casos del hospital. Para Reed aquel tipo era un hombre engreído, con cara de pocos amigos y mirada retorcida. La gente lo evitaba para no verse envuelta en sus ataques de mal humor; en cambio, con ella se mostraba cercano, lo cual era mucho decir viniendo de un hombre con escasas cualidades sociales. Quizás se debía a que su interés iba más allá del plano profesional. Estaba casado, pero hoy en día un anillo no solo no supone una barrera para muchos mortales, sino que se convierte en una meta con una dosis extra de morbo. No sería Reed quien la alentase a trabajar con él, y mucho menos Julia, que lo detestaba.

—Sí. La ingresaron porque sufrió un infarto, y ha tenido varios amagos mientras permanecía encamada —informó Elena.

Elena se percató del cruce de miradas, pero se hizo la distraída. No deseaba enredarse en una conversación tortuosa.

—En el turno de esta mañana las auxiliares hemos estado comentando que no recibe visitas y apenas come —expuso Reed.

—Es una señora mayor y no se encuentra bien. Aunque no necesita ayuda para ingerir los alimentos, basta con supervisarla para que coma —indicó Elena—. Está anotado en su ficha.

—Lo sé. Hicimos un turno; hoy me ha tocado a mí, apenas ha probado bocado. No quiere comer. He intentado darle conversación, que me contase alguna anécdota, pero respondía con monosílabos o frases cortas —dijo Reed.

—¿No sabéis nada de ella? —preguntó Julia.

—No. Aparte de que se llama Wendy, nada más. Yo, por suponer, imagino que será viuda, su marido habrá muerto hace poco, ni tiene hijos ni ganas de vivir —especuló Reed.

—Puede, ¿quién sabe? Tal vez nunca se ha casado ni ha tenido hijos. Tiene toda la pinta de ser una mujer beata, de las que pasan el día entre rezos y haciendo obras de caridad —se figuró Elena.

—Yo no la conozco. Quizás está desencantada de la vida, su marido tiene complejo de Peter Pan, se ha buscado otra mujer más joven, y los hijos se han desentendido —supuso Julia.

—Intentaré hablar con ella —señaló Elena—. No soporto la soledad del hospital. Muchos enfermos mueren así, es muy deprimente. No me gustaría verme en su pellejo.

La doctora Ariza tenía el pomo de la puerta en la mano para acudir a la recepción de Ashley cuando recibió una llamada de su madre. Dudó en contestar. No le apetecía seguir con la conversación sobre Bea, le arruinaría el momento previo a una fiesta con unos amigos y la pondría de mal humor durante buena parte de la velada.

—La yegua de Lara ha muerto, deberías ir a ver a tu hermano —expuso Elsa.

No dijo nada más, ni esperó respuesta. Colgó el teléfono después de dar la noticia. Elena percibió vacío en su interior, el corazón se le quedó hueco por unos instantes. Acto seguido recapacitó: solo era un animal. Subió al coche y lo llamó. No contestó.

Insistió varias veces, y lo pospuso para el transcurso de la noche, o para la mañana siguiente.

Al parar el coche dentro de la finca Chalice revisó los mensajes por si había alguno de su hermano. Abrió el de Bea: «Te reto».

Tuvo un impulso dominado por el enfado. Le contestó: Explícate. 21:30√ Esperó unos minutos, pero no recibió respuesta. Eso la sacó de quicio. Seguramente estaría haciendo de las suyas, pegada a Héctor como una perra. Respiró aliviada: esta vez, sonaba convincente.

CAPÍTULO 32  
**HÉCTOR, BEATRIZ, ZOE Y SAOIRSE**  
CASA DE HÉCTOR, VIVIENDA DE SAOIRSE Y FINCA CHALICE (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Noche

Héctor abrió la puerta de casa. Esperó sentado en el sofá a Bea, que estaba aparcando el coche en el garaje. No sabía cómo exponer uno de los pensamientos que había estado digiriendo durante el trayecto. Ella debía acudir a la recepción de Ashley. A Héctor no le había pasado inadvertida su forma de posponer siempre sus deseos para satisfacer las necesidades e intereses de Saoirse y de él; sin ir más lejos, esa misma noche era un claro ejemplo de su teoría: si Dulcinea no hubiese fallecido, Bea habría acudido a la recepción de Ashley.

Era consciente de que su vida había mejorado desde que había llegado a Australia, pero demasiado pronto las obligaciones y la necesidad de aparcar el pasado la habían apartado de la posibilidad de vivir el amor o de experimentar con su sexualidad. No era virgen, y mucho menos un ángel, le gustaban los juegos. Sin embargo, su corazón anhelaba la estabilidad y alguien a quien recibir con los brazos abiertos cada día. Por otro lado, se había quedado colgada de la chica del avión: Bru. Cada vez que tocaba el colgante demandaba fuerza y determinación para afrontar alguna situación, y de algún modo siempre la hallaba. No sabía hasta qué punto aquello era sano, no le permitía avanzar.

Bea se sentó de lado en el sofá. Se acarició el cabello. El pantalón de Héctor vibró, el nombre de Zoe parpadeaba en la pantalla.

Zoe trabajaba como maestra, y desde el fallecimiento de Lara ocupaba los puestos que ella había desempeñado. Lo que al principio fue una solución temporal se transformó en algo definitivo. Presidenta de la Asociación Media Vuelta, impartía algunas de las clases en la academia y dirigía las coreografías en los espectáculos. En ocasiones había solicitado la ayuda de Héctor, cuando los imprevistos no le habían dejado otra salida, por diversos motivos: tenía experiencia, desde que Lara y ella comenzaron la carrera de danza habían practicado con él los pasos de mayor dificultad, sobre todo los que requerían levantarlas; las bailarinas confiaban en él, era fuerte, con buen pulso, y no se aprovechaba de la tesitura que conllevaban determinadas posturas. Tras los reparos iniciales, él siempre acababa entrando por el aro, tanto en la puesta en escena como en el vestuario.

A Lara le proporcionaba seguridad practicar con Héctor. Le parecía una experiencia excitante que compartir con su novio, y posteriormente con su marido. Más de una vez, el baile cobraba connotaciones sexuales y se transformaba en el prelude perfecto antes de hacer el amor.

—Héctor, siento lo de la yegua, me acabo de enterar de la noticia —indicó Zoe.

—Lo sé, gracias. ¿Qué tal van los preparativos de la boda?

—preguntó Héctor.

Bea aprovechó la llamada para darse una ducha rápida.

—Bien, dentro de lo que cabe. Mi novio va a volverme loca, es demasiado perfeccionista —resopló la maestra.

—No deberías quejarte, sabes tan bien como yo que muchos se desentienden de esas cosas.

—No me jodas, ¿vas a defenderlo tú también?

—Sí, por supuesto.

Zoe sopesó cómo reconducir la conversación; le palpitaba en la sien una idea y no era capaz de sacársela.

—Estoy en la recepción de Ashley...

—Lo siento. Hablamos otro día.

—No, ahora... No sé por dónde empezar —declaró Zoe.

—Conozco el tono de tu voz, tienes uno de tus inventos en proyección, no voy a hacer de hombre palo otra vez: torso desnudo, pantalones ajustados, un montón de bailarinas guapísimas repasando mi cuerpo...

—La verdad es que suena bastante bien. No sé por qué te quejas —cortó Zoe. Ambos rieron—. No es eso exactamente. Sabes que Lara era mi mejor amiga. Despíde a la yegua como ella lo hubiese hecho. —Un nudo se le atravesó en la garganta, quizás no había mostrado el tacto suficiente.

Héctor recibió un mazazo de verdad, no lo esperaba. Pensó: «Esto me lo hubiese dicho Bea, si ella no obtuviese algo a cambio: ir a la recepción de Ashley».

—Eres una lianta. ¿Qué llevas puesto?

—¿Desde cuándo te has convertido en uno de esos hombres...? —bromeó Zoe mordiéndose el labio.

—Corta el rollo, ya sabes por qué te lo pregunto.

—El vestido blanco que me regaló Lara... —Zoe apesó una lágrima que comenzaba a deslizarse por su rostro—. El que me puse en nuestra última actuación juntas.

—Perfecto. Muy apropiado. Tenías esto preparado de antemano, ¿verdad?

—¡Claro que no!

—No suena convincente. Quiero pedirte un favor. Sé que a Bea le gustaría ver a Ashley bajando las escaleras desde la planta superior, ¿puedes arreglártelas para que sea una sorpresa para ambas?

—¿Con quién te crees que estás hablando? Por supuesto.

Héctor llamó a Saoirse y trazaron un plan con una máxima: hacer que la noche fuese inolvidable para Bea. En cierto modo, se lo debían. Para ello, esbozaron varias líneas de actuación.

Bea dejó el bote de crema para los hematomas en una mesa, se recogió el cabello en un moño, se quitó la camiseta y le ofreció la espalda. Héctor extendió la crema describiendo con las manos las contusiones de su última caída, al subir el muro que siempre se le resistía en sus entrenamientos. Le hizo un suave masaje en el cuello y en la espalda y bajó hasta la cintura. Notó la tensión en la musculatura.

El veterinario le entregó la camiseta a su hija. Ella se la puso.

Le pidió que lo acompañase a la habitación y sacó dos cajas del armario.

—Uno es para ti, y el otro para Saoirse.

Ella abrió una al azar: un mono negro con la espalda descubierta.

—No puedo ponerme esto —manifestó Bea.

—Lo sé. Ese es para Saoirse.

Bea destapó la otra caja: otro mono negro con escote pronunciado en V, con mangas transparentes en el mismo tono y cerradas en un puño ancho, y ajustado en la cintura. El pantalón amplio daba la sensación de vestido.

—Gracias. Me encanta. Pero... ¿por qué me das esto ahora?

—Quiero que te lo pongas para la recepción de...

—No voy a ir. No voy a dejarte solo —interrumpió la diseñadora. Guardó la ropa de forma apresurada.

—Por supuesto que no; yo he elegido tu ropa, ahora te toca a ti elegir la mía. —Héctor le guiñó un ojo, abrió el armario y pasó la mano por los trajes.

Bea se abalanzó sobre Héctor y lo abrazó. Besó repetidamente su rostro. Luego revisó cada uno de los trajes con detenimiento y seleccionó uno negro, con camisa y chaleco bordado en el mismo color.

—¡Dúchate! —ordenó Bea—. Retócate el afeitado, te queda muy bien la barba de dos días.

—De acuerdo.

Bea estaba nerviosa y disfrutaba con ello; solo con Héctor y Saoirse extraía sus emociones sin filtros.

—No sé... ¡Aféitate mejor! O así... —Ella tocó su rostro—.

Pinchas un poco. ¡Aféitate! Nunca se sabe, puede que te den otro abrazo.

—¿Tú crees? —cuestionó Héctor arrugando la nariz y pasando los dedos por la cara.

Mientras se arreglaba, Héctor puso una de las canciones preferidas de Lara, *Dreams*, del grupo The Cranberries.

Pasaron a recoger a Saoirse. Bea entró a la habitación y se giró cuando comenzó a cambiarse.

—Pensaba que te gustaban las mujeres —dijo Saoirse intuyendo la respuesta.

—¡Uhm! Y así es, por eso me giro.

—Ya he terminado, puedes mirar. ¿Quieres retocarme el peinado o el pelo? —cuestionó Saoirse.

—No. Está todo muy bien.

—¿Todo todo? —recalcó con malicia.

—¡Déjame ver! —Bea giró a alrededor de ella. Le desabrochó el sujetador y se lo extrajo. Miró el escote—. Tienes unas tetas impresionantes, no necesitas llevar sujetador.

—¡Devuélvemelo!

—Nanay, no hay sujetador. El mono lleva la espalda descubierta y queda horrible. —Bea se colocó la mano izquierda en la cintura, sujetando el sostén, y movió de un lado a otro el índice de la otra en el aire. Revisó de nuevo su maquillaje.

Saoirse respiró profundamente.

—Te retocaré un poco los ojos, ¿de acuerdo? Tetas al aire y mirada felina, una combinación estupenda. Aunque tú te quedarías en gatita de dos semanas. ¡Miau! —exclamó arañando el aire reiteradamente.

—¡Para! Ya me estás contando, con todo lujo de detalles, lo de la foto del WhatsApp mientras me maquillas.

## ZOE Y ASHLEY

FINCA CHALICE Zoe no encontró resistencia por parte de Ashley para subir a retocarse un poco a la habitación. La exmodelo hizo un breve resumen del encuentro con Bea en el cementerio, en la tumba de Lara, y de la primera conversación con Héctor.

—¡Cielo santo! O sea, que habéis tenido un flechazo. —Zoe abrió los ojos como platos. No cabía en su asombro.

—¡No exageres! Solo fue un abrazo de nada.

—A ver, un abrazo de nada, no, no me vengas con esas. Tom era asexual, o sea, que eres casi virgen, y él solo ha estado con Lara.

—Bueno, eso no lo sabes con seguridad.

—Sí, cielo, aquí todo el mundo lo sabe con seguridad, es un estrecho, tanto o más que tú.

Ashley dejó el rímel en la mesita y contempló a su amiga. Le estaba diciendo la verdad; sin embargo, la primera impresión que tuvo de Héctor fue distinta, no ayudó nada verlo sin camiseta ni la frase con la que comenzó la primera vez que se vieron. Le pareció un donjuán de los que había estado huyendo toda la vida.

—Pregunta —dijo Zoe.

—¿Qué quieres que te pregunte?

—Yo en tu lugar tendría millones de preguntas que hacer.

—Con respecto a él, prefiero ir descubriendo las cosas por mí misma, es más emocionante. Si tengo alguna duda sobre algo, te lo preguntaré. ¿Qué me dices de Bea?

—¡Uy! En lo que se refiere a ella, ten cuidado a quién escuchas, hay gente que la adora, y otros la odian.

—Ya veo, ¿y tú qué opinas de ella?

—Yo la adoro. Debajo de la fachada es buena persona, se preocupa por los que quiere. Cuando Lara murió ella se hizo cargo de la situación, habló conmigo para que continuase con la labor que ella desempeñaba, y se ocupó a tiempo completo del bienestar de Héctor y Saoirse.

—¿Ella y Saoirse...?

—¡No! No creas todos los comentarios que escuchas sobre ella, la mayoría no son ciertos.

—¿A quién te refieres?

—Ya he hablado demasiado.

—¿Te refieres a Jake y Elena?

Zoe no contestó, e hizo lo que mejor se le daba: cambiar de tercio.

—¿Lloraste mucho cuando te abrazó? Me habría encantado estar allí.

Ashley adivinó la jugada y pospuso la respuesta.

—Te conozco y sé que me estás cambiando de conversación, y para ser sincera, yo en tu lugar también lo haría. Te propongo algo: yo empiezo a divagar en voz alta y tú me cortas si lo crees oportuno.

Ashley leyó la confirmación en los ojos de Zoe, ya habían hecho ese pequeño juego en otras ocasiones.

—Creo que son ellos por varios motivos. Por un lado, Jake nunca ha mostrado interés en Bea, lo cual no tiene mucha lógica conociendo la adopción compartida con Héctor, es decir, de su hermana y su mejor amigo. Por otro lado, Elena hizo un comentario que en su momento me pasó inadvertido, pero ahora tendría sentido: me dijo que quizás Bea se paró cuando nos cruzamos corriendo porque le gusté; o sea, tampoco reconoce el vínculo existente entre ambas y... —Ashley dudó en continuar, pero Zoe no la había parado aún, eso quería decir que no se estaba equivocando en sus conjeturas. Decidió seguir—. Si no me equivoco, se aprovechará de ese filón para desacreditar nuestro lazo. Es una buena opción para empañar sus intenciones. Esa y una herencia, que, en su caso, es fácil descartar, ya que su familia biológica apuesto a que mueve mucho más dinero que yo con el negocio. ¿Aún no me has parado?

—Y no pienso hacerlo. —Zoe hizo un gesto de confirmación.

Ashley intuyó que había algo más. Se propuso observar los detalles por ella misma, se armaría de paciencia y de prudencia para discernir la información maquillada a gusto del consumidor y la real. Lo aparcó todo por el momento, quería disfrutar contestando a la pregunta de Zoe, intuía su reacción después del transcurso de la conversación y de los datos fehacientes, vistos con sus propios ojos, de que disponía de Bea.

—Con respecto a la pregunta de antes, sí, ambas lo hicimos.

—Ashley remarcó el final de la oración y la saboreó.

—¿Ambas? ¿Bea también? Tendría que verlo en persona, nunca la he visto llorar. No le pega nada a tu hija, es una macarra, o dicho de otro modo para que no te ofendas y suene mejor, una hembra alfa; lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé. Llorar de felicidad no cuenta. —La enóloga sonrió cuando usó las mismas

palabras que habían utilizado Héctor y su padre esa tarde—. Es el estado pleno de alegría, eres tan feliz que duele no poder retener ese instante para siempre.

—A modo de conclusión con respecto a Bea, solo tienes que saber una cosa de ella: si te quiere como a Héctor y Saoirse, y todo apunta a que sí, nunca te fallará, hará cualquier cosa por ti.

Ambas compartieron un abrazo hasta que el móvil de Zoe, con la canción *Tonight again*, del eurovisivo Guy Sebastian, sonó.

Era la señal acordada.

CAPÍTULO 33  
**BEATRIZ, HÉCTOR, SAOIRSE, ASHLEY Y ZOE**  
FINCA CHALICE (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Noche

La recepción estaba muy concurrida, había un ambiente distendido, aunque nadie bailase en el centro de la sala. Aún no habían encendido la iluminación ni subido la música. Brooke había seleccionado de hilo musical, para esa parte de la velada, a Y'akoto, sonaba *Diamonds* cuando los tres entraron a la sala. Héctor buscó al novio de Zoe, le hizo un gesto de confirmación, y este sacó el móvil para dar el aviso.

Saoirse y Héctor sujetaron la cintura de Bea. Zoe y Ashley comenzaron a descender las escaleras desde la planta superior. La exmodelo llevaba el pelo recogido y un vestido tipo sirena. La parte superior, hasta debajo del pecho, era de encaje negro con los hombros descubiertos. La parte inferior, azul, con un volante ligeramente desplazado hacia la izquierda y recogido con una flor de cristal. Los pendientes y tacones de aguja también eran del mismo material.

Bea reprimió las lágrimas cuanto pudo bajo la atenta mirada de Saoirse, quien no daba crédito.

—¿O sea, que es cierto lo que me dijiste, solo lloras de alegría? —preguntó Saoirse.

—Sí —aseveró Héctor por Bea. Él besó la frente de su hija.

Ashley bajó cada peldaño con seguridad y elegancia. A medio camino vio a Bea, Héctor y Saoirse. Ambos contemplaban el rostro de su hija hechizados, saboreando con ella cada una de sus lágrimas de felicidad. La hermana de Lara estaba muy cambiada, se había convertido en una mujer muy hermosa y elegante. Se percató del inmenso parecido con la mujer de Héctor. A partir de la mitad del tramo, enlazó los ojos con los de Bea y fue deslizándose en cada peldaño percibiendo los *flashes*, pero esta vez no posaba para ellos. Ashley observó cómo las lágrimas describían un rápido recorrido en el rostro de la diseñadora. Imaginó que tal vez fuese la primera vez que lloraba en público. Se detuvo a escasos metros y extendió los brazos como hacía con Aidan cuando él corría hacia ella como un torbellino. Bea comprendió el mensaje, se acercó y la abrazó. La exmodelo sostuvo el rostro de su hija y deshizo cada una de sus lágrimas con los pulgares; luego besó su mejilla y la abrazó.

Ashley no pudo contener durante más tiempo sus emociones.

**JAKE, CATIA Y ELENA**

FINCA CHALICE (BRISBANE)

Jake repasó varias veces a los presentes. Dady estaba allí, aunque daba lo mismo, se dijo: «No me atreveré a acercarme a ella». A su parecer, cada hombre tenía al menos una mujer que lo reconducía a la etapa de la adolescencia y las inseguridades; un objeto de deseo imposible de alcanzar más allá de los sueños.

Como esperaba, la entrada de Ben en la estancia se produjo cuando abrió un par de cervezas, una sin alcohol para Catia y otra para él, y se sentaba a conversar distendidamente. Después de todo, era su abuela y le encantaba hablar con ella, aunque mantuviese el tono áspero y distante. Hacía tiempo que ya lo había asumido, formaba parte de su carácter, y pocas personas, entre ellas Bea y Héctor, le sacaban unas sonrisas. Por la parte que correspondía a él, le resultaba comprensible, adorable y siempre dispuesto a ayudar; no obstante, la parte referente a ella le descolocaba: una macarra descarada. Resultaba un enigma difícil de explicar.

Admiró con Catia cómo su hermana bajaba por segunda vez las escaleras, y como si ella hubiera adivinado los pensamientos en los que se hallaba sumergido, le dijo:

—Mira a Bea.

Jake experimentó unos instantes de empatía hacia ella, rodeada de Saoirse y Héctor. Observó a Ashley descender las escaleras, su hermana era impresionante; sin embargo, no pudo resistir la tentación de mirarla de nuevo. Nunca la había visto llorar ni mostrar sus sentimientos en público; de hecho, hubiese asegurado sobre el libro sagrado, sin miedo a equivocarse, que carecía de ellos. Sus pensamientos se nublaron cuando Elena se acercó y le susurró al oído:

—Espero que la zorra esta no quiera follarse a tu hermana.

—¿Qué? —Jake reprimió un grito lleno de ira. Se sintió estúpido por otorgarle el beneficio de la duda.

## CAPÍTULO 34

### CARLA Y JANE FINCA CHALICE (BRISBANE)

Viernes, 10 de febrero de 2017 Noche

Carla había aceptado acercarse a la fiesta de Ashley. En un principio rehusó los argumentos, y casi los ruegos de las mujeres del grupo de defensa personal de los viernes; algunas de ellas también acudían a la academia de Lara. Sin embargo, no pudo liberar su conciencia del audio de Zoe:

Si eres demasiado orgullosa para disculparte como es debido por el malentendido con el suceso del bocadillo de Aidan, al menos deberías presentarte a su recepción, en cierto modo se lo debes. Para serte sincera, yo en su lugar no te habría invitado. La aspereza de Zoe le traspasó el alma. Detestaba pedir perdón y reconocer sus errores, sobre todo consigo misma. El listón de perfección en sus acciones, tal vez demasiado alto, no solía contar con brechas. Los fallos le recordaban a su pasado, cuando encajó los golpes de su pareja por vergüenza, cobardía y falta de oportunidades y apoyo en una decisión tan crucial; y sobre todas esas razones, un amor mal entendido por ambas partes. Ahora aquella historia pasada se reproducía en sus pensamientos como si la cadena aún estuviese atada al cuello con firmeza, ahogando los quejidos. El suelo seguía recogiendo sus despojos y su cama su llanto. Las lágrimas bañaban su almohada cada luna, y despertaba a un mañana similar al anterior, con regusto a sal en la mejilla y en la comisura de los labios. Así, perpetuaba aquella crónica, un diario taciturno.

Después de todo lo que había sufrido, excusarse con Ashley carecía de sentido; en definitiva, no merecía su respeto. Se hallaba distante del legado de su abuela Catia, la fundadora de la Asociación Media Vuelta, y ajena a los pesares experimentados por las mujeres que habían padecido violencia de género. Habría sido fácil para ella acudir a alguna gala benéfica o colaborar de algún modo con su imagen a aquella causa, como la llamaban la mayoría de personas que no habían padecido ese dolor, humillación y autodesprecio.

El primer golpe daba apertura al pozo ciego. Cada nueva marca en la piel y cada mella en la autoestima añadía unos centímetros más de profundidad al agujero. Con la tierra extraída, en un principio, construyó un muro de contención para que él no le hiciese daño. Se reiteró a modo de cantinela: «Todo el mundo merece una segunda oportunidad, una sola vez puede perdonarse.

Él no es esa clase de hombres».

Él redobló las atenciones para ganar la confianza perdida, y fue forjando de forma paulatina el manual perfecto:

—No volverá a ocurrir, buscaré ayuda para controlar mi carácter. Me conoces bien, yo antes no era así. Estoy estresado en el trabajo, y lo pago contigo. Sé que no está bien. —Veía cómo lloraba como un niño. Creía cuanto prometía mientras besaba los mismos golpes que minutos antes había asestado sin piedad—. ¡Perdóname, por favor! Decidió por prudencia no airear los trapos sucios de la relación, callar. Esperar hasta comprobar si se equivocaba o no al ofrecerle aquella oportunidad. Y en esa elección radicó el mayor error de su vida; porque lo colocó a él dentro del muro, fuera de las miradas de sospecha del mundo exterior, cada vez más grande, inaccesible y lejano; le otorgó el poder de menguar su carácter y autoestima, de reducir su cuerpo a polvo y ceniza a palos. El agujero, convertido ahora en zanja, conformaba una tumba de tierra, se enterró en vida y levantó una tapia inexpugnable entre el antes, ubicado detrás de ella, y el después, situado frente a sus pies paralizados. La arena se hundía y la llamaba dentro, reclamaba un cuerpo marchito y casi hueco, que el desconsuelo y el miedo recorrían palmo a palmo, enturbiando la

realidad. En síntesis, negó la existencia al después, no había nada fuera para ella, ni nada que pudiese ofrecer.

Se impuso el hombre oscuro de la mano levantada a la primera de cambio; alguien que la hacía sentir como una niña pequeña que acababa de hacer una trastada y merecía la regañina, el desprecio, los golpes. Esa mujer que no hacía nada bien a sus ojos, incapaz de valerse por sí misma, sin porvenir fuera de aquella cárcel reluciente de cuatro paredes, se aferró a lo conocido, a un sueño anterior que preludiaba un mundo color de rosa, donde todo era perfecto: envuelta en atenciones y caricias, besos y dulces palabras que la embriagaban de amor. No tenía sentido para ella.

¿Cómo pudo cambiar tanto? ¿Realmente era culpa suya por no ofrecerle lo que esperaba? ¡Por Dios, qué esperaba! Lo intentó y reintentó, inventó y reinventó cada día de mil modos, para atender a sus requerimientos, algunos detestables, y nunca bastaba.

Siempre había algo más que no había completado a la perfección.

Catía y Kora la visitaron en el hospital tras una paliza y le ofrecieron la promesa de un mañana. Alguien anónimo velaría por ella, hasta que completase sus estudios de magisterio. Le habían buscado un trabajo de media jornada en una ferretería como dependienta, y la Asociación Media Vuelta le proporcionaría una vivienda durante el proceso. Una habitación con tele, baño propio y escritorio; podría utilizar las zonas comunes de cocina, lavandería y sala de estar. Permaneció allí seis años, cuatro meses y cinco días viviendo una vida prestada. Cuando terminó los estudios y empezó a trabajar como maestra, habló con Lara, la nueva presidenta en aquella época, para pagar un alquiler y poder continuar en aquel alojamiento durante algunos meses más, hasta que, finalmente, se mudó a un pequeño apartamento.

Durante el periodo de tiempo vivido en el recinto de la asociación había compartido zonas comunes con varias mujeres, entre ellas Bea. La primera vez que se cruzaron, su mirada la sobrecogió; no era como las otras mujeres de allí, no había ni un ápice de miedo o vergüenza; en su lugar, se hallaba enquistada la ira contenida en su máxima potencia. Sin embargo, comprobó que su actitud invitaba a la cordialidad, aunque no fuese muy habladora.

Bea invirtió buena parte del primer mes en la terraza leyendo las normas de tráfico y haciendo test hasta que se compró la moto; luego pasó las horas muertas devorando un libro tras otro.

Ojeó uno de aquellos libros depositados en una silla de la entrada de su habitación, *Criadas y señoras*, de Kathryn Stockett. Había subrayado en lápiz naranja algunas oraciones y garabateado algunas anotaciones en español en los márgenes. Por las noches, hacía de vigía en la puerta de la habitación. En alguna ocasión paró a uno de aquellos hombres que deseaban arrastrar a sus mujeres como posesión. A ella también le brindó aquella ayuda. Sentía que no se lo había agradecido lo suficiente.

Carla aceptó acudir a la recepción como un mal menor, para no incrementar aún más el enfado de Zoe. Se amparó en la posibilidad de agradecer de nuevo a Catía su iniciativa y sus colaboraciones constantes. Acordó con Jane asistir juntas después de la cena, su amiga haría de chófer. No le gustaba conducir de noche y no poseía buena orientación, solía utilizar el navegador del coche para casi cualquier trayecto. Decidieron presentarse cuando la fiesta ya hubiese empezado, para pasar más desapercibidas; podrían saludar a las personas conocidas, aparentar felicidad durante un par de horas y luego marcharse por donde habían venido. Ambas lo consideraron la mejor opción, deseaban volver al mundo real e ir tapiando los fantasmas del pasado; no obstante, no estaban aún preparadas para simular durante demasiado tiempo una felicidad que no sentían.

Una de las chicas del grupo de baile se acercó y le expuso el plan para despedir a Dulcinea.

La academia de Lara incluía clases gratuitas para mujeres de la Asociación Media Vuelta. Por tanto, más que una deuda para Jane y Carla era todo un honor que hubieran contado con ellas.

Jane reclamó su atención, Ashley bajaba por las escaleras. No pudo evitar admirar su belleza y elegancia; segundos después se reprochó sus propios pensamientos.

## **KORA**

### **FINCA CHALICE (BRISBANE)**

Viernes, 10 de febrero de 2017 Noche

Kora había repasado hasta la saciedad el incidente del gimnasio, el enfrentamiento entre Bea y Héctor que planificó; había acarreado repercusiones: consecuencias en la integridad física de él, Lara reclamó su dimisión y las mujeres de la Asociación Media Vuelta comenzaron a mirarla con reticencias. Un solo caso aislado había destrozado y solapado su reputación y su buen hacer; una gran labor por la que no cobró ni una moneda. Después de tantos años, seguía considerando que llevaba razón, los hechos habían demostrado tanto en aquel episodio como en otros puntuales desde entonces la forma de actuar de aquella chica; con frecuencia se sumergía, e incluso provocaba altercados, encontronazos y peleas.

Estaba convencida, no era trigo limpio, y por si fuera poco ni tan siquiera recurría a una máscara para tapar sus acciones. A diferencia de lo que cabría esperar, no solo no recriminaban sus actos, sino que los alentaban con su pasividad, lo que prolongaba ese estilo de vida enfermizo.

Se decía: «Tarde o temprano dará con sus huesos en la cárcel o acabará bajo una lápida de frío mármol después de un altercado, en uno de esos bares andrajosos de moteros que frecuenta».

No le extrañaba que ella fuese la abeja reina y hubiese ascendido al trono a la antigua usanza: con sexo e intimidación. Sea como fuere, el tiempo le daría la razón. Esperaría sentada para saborear ese momento.

Rememoró la visita de Lara, tuvo el tino de llegar en el momento justo y desbaratar todos sus argumentos, encauzados en vela, la noche anterior, entre cacerolas y sartenes.

—Quizás tendría que haberte escuchado —confesó Kora admirando la fotografía de Ashley—. No imaginaba que Bea combatiría con tanta ira contra Héctor. Si no la hubiésemos sujetado, no sé... ¡Esa mujer está loca! Lara irrumpió como un torbellino en el despacho de Kora, la puerta estaba abierta. Estimó el grado de participación de cada una en aquella absurda y peligrosa parodia. Tuvo dudas sobre el papel de Carla.

—¿«Esa mujer está loca»? —rugió Lara—. ¿A quién te refieres? ¿A Bea? ¡No me jodas! Has sido tú quien la ha acorralado contra las cuerdas, a sabiendas de su historia personal; ¿se te ha olvidado por qué está aquí?

Carla hizo el amago de marcharse. Lara se interpuso, colocándose en la puerta para interceptarle la salida.

—No, tú tampoco te vas. ¿Por qué no paraste esto? —increpó la bailarina a Carla. No obtuvo respuesta. Ella refugió la vista en el suelo, avergonzada.

La maestra nunca había visto a Lara arremeter con ira contra nadie. Su estado de ánimo y su conciencia no estaban preparados para algo así. ¡Debía tanto! A Kora, Catia y a un sobre anónimo, una oportunidad; y a Bea, el coraje para llevarla a cabo. El dilema interior la superaba, no le permitía pensar con claridad. La lealtad, ¿qué camino debía tomar en aquel caso? Bea ofreció salvaguardia cuando su voluntad se hallaba mermada, y sabía a ciencia cierta que su expareja nunca más se acercaría a ella; se dijo: «Sí, es cierto, sus métodos no son convencionales, pero no se puede negar su efectividad en determinados casos de extrema necesidad». Nunca olvidaría cómo expulsó a su exmarido del recinto de la Asociación Media Vuelta cuando fue a por ella. Él la sujetó del brazo con la determinación suficiente para provocarle hematomas. Bea no tuvo

miramientos, lo sacó a puntapiés.

A pesar de sus esfuerzos y argumentaciones, Kora no la escuchó. Le dijo que lo sopesaría, pero su tono de voz preludiaba la tormenta. ¿Cómo explicar a Lara su dilema interior? Al mismo tiempo sentía que no podía vender a Kora.

—Ella no tiene nada que ver en esto. Deja que se vaya —señaló la presidenta. Lara se apartó de la puerta para que ella abandonara el despacho.

—Quiero tu dimisión —atajó Lara.

Kora se deslizó la mano por el rostro con suavidad, buscando la calma interior. Lara estaba de pie frente a ella, que permaneció sentada escrutando su pose. Aquel asiento le pertenecía.

—Tú no puedes exigirme nada. —Kora miró de soslayo al cuadro de Ashley. Con el paso del tiempo, comprendió que ahí había radicado su mayor error: le puso en bandeja el ataque directo.

La bailarina observó la imagen de la modelo y luego a Kora.

Sopesó su forma de afrontar la conversación.

—¡Verás! —Señaló al cuadro de Ashley. —Independientemente de que Héctor sea mi marido y el padre adoptivo de Bea, esa señora de ahí es su madre legal. Ella la trajo aquí. Por tanto, es la bisnieta de Catia, la fundadora de la Asociación Media Vuelta, y has ido a por un miembro de nuestra familia. —Cambió su tono de voz, modulando con dulzura fingida—. Tan solo es una niña, acaba de cumplir dieciocho años. ¿Cómo crees que verán esta parafernalia que has montado en contra suya?

Lara tomó la foto de Ashley y Kora posando juntas para la cámara.

—Ya sabes cuánto adora Catia a mi marido, va con Elsa a arreglarle los desperfectos del convento y a ayudarle con las galas benéficas. ¿Cómo se tomará esto?

Kora tragó saliva. Lara puso unos documentos sobre el escritorio.

—Quiero que firmes tu dimisión, o te echaré a los perros.

¡Elige! —sentenció.

Lara abandonó el despacho de Kora con sus documentos firmados debajo del brazo. Nadie tocaba a Héctor, y a partir del instante en el que contempló los ojos de Bea en el aeropuerto, la misma mirada que la de Saoirse, tampoco a ella. Hubiese deseado ser como su hermana en la época del instituto. Pero no lo era, ni tan siquiera ella actuaba ahora así; comprendió que cada persona afrontaba la vida y los problemas de una forma determinada, y que incluso la misma persona, después de unas vivencias, pasaba a hacer las cosas de modo distinto. Notó cómo se le erizó la piel recordando algunos fragmentos de la historia de su hermana Saoirse.

Kora abandonó sus pensamientos para admirar extasiada cómo Ashley bajaba de nuevo las escaleras. Siguió la trayectoria de los ojos de la enóloga, miraba hacia el grupo formado por Héctor, Bea y Saoirse. Sintió náuseas cuando se acercó a la diseñadora del mismo modo que una madre hacía con sus hijos pequeños. Pensó: «¿Cómo no ves qué clase de persona tienes en frente?». Convino prudencia y callar, una vez más, sus impresiones. No era el momento adecuado, no deseaba estropear la fiesta.

**BEATRIZ, ASHLEY, BEN,  
ABOGADOS DEL BUFETE A. SMITH Y HÉCTOR  
FINCA CHALICE (BRISBANE)**

Viernes, 10 de febrero de 2017 Noche

Los suegros de Ashley ya habían abandonado la recepción con Aidan; consideraron que un niño de cuatro años debía respetar las horas de sueño. Bea sintió un golpe de decepción cuando hizo un escrutinio rápido y no oyó su risa contagiosa recorriendo la estancia.

Ashley y sus padres se acercaron al grupo de recién llegados para saludarlos. Tras unos minutos de conversación, Ben solicitó a su hija para seguir con las presentaciones en la fiesta. Se aproximaron a una familia de color.

—Buenas noches, ella es mi hija Ashley. Ellos son los abogados del bufete A. Smith: Anthony, Amy, Arthur, Arnold y Ariel.

—Ben había comenzado por los progenitores y había ido avanzando entre sus hijos e hija. Toda la familia trabajaba en la misma empresa.

—Encantada. Me han hablado muy bien de vuestro bufete

—mintió. Era la primera vez que escuchaba hablar de ellos.

La conversación se tornó larga y tediosa. Percibió una pequeña rivalidad fraternal por destacar dentro de la empresa, supuso que sería algo normal. Arnold fue ganando confianza y colocó la mano en la cintura de Ashley; ella se echó hacia atrás, con un gesto en apariencia descuidado. Él no se dio por aludido y reiteró varias veces la jugada. Ben estaba ensimismado hablando con Anthony, sin percatarse de la incomodidad creciente de su hija.

Héctor, que seguía la escena a unos escasos metros, solicitó la conformidad en los ojos de Bea y Saoirse. Fue al encuentro de Ashley.

—Buenas noches, señores. Siento robarles a la anfitriona, pero necesitamos consultarle algunas cosas sobre el transcurso de la velada.

—Los siento mucho, de verdad, ya saben cómo son estas cosas —se disculpó Ashley de forma condescendiente.

Héctor tomó la mano de Ashley mientras ella fingía no querer marcharse.

—Gracias. Después de todo, puede que seas un encanto

—dijo Ashley examinando los ojos de Héctor confundida: esta vez le parecieron verdes.

Durante el breve recorrido por la sala, ajustaron las manos con timidez, apreciando el tacto y la calidez del otro. Una mirada de complicidad se evaporó en la estancia embriagando sus sentidos.

## **ELENA, BEATRIZ, SAOIRSE Y HÉCTOR**

### **FINCA CHALICE (BRISBANE)**

Viernes, 10 de febrero de 2017 Noche Elena se refugió en el baño unos minutos para recuperar fuerzas después del comentario que hizo a Jake sobre Bea. Observó el cambio en el semblante de Catia, la había escuchado. Vio como cerraba el puño, un gesto instintivo que hacía en las escasas ocasiones en las que se autoimponía controlar su lengua. No debió hacerlo, la puso entre la espada y la pared; ella había manifestado en incontables ocasiones que se sentía en deuda con ella por las atenciones médicas que ofrecía al convento Santa Catalina de forma gratuita, y al mismo tiempo profesaba un intenso vínculo con Bea y Héctor. Ellos cuidaban de ella cuando enfermaba, la llenaban de mimos y, por insólito que pudiese parecer, la hacían reír.

La energía para afrontar la noche, después de comportarse como una auténtica arpía con la diseñadora, malmetiendo a sus espaldas, se hallaba mermada. Nunca la había visto tan hermosa, por tan diversos motivos. En primer lugar, el mono resaltaba su cuerpo esculpido con horas y más horas de gimnasio. En segunda instancia, había acentuado su bello rostro, y en especial sus ojos de estrella, con un maquillaje exquisito. Y como colofón final, irradiaba felicidad por todos los poros de su piel e iluminaba la sala con una sonrisa blanca y perfecta. Deseó con ansia encontrarse en el instante en el que Ashley descendía las escaleras con Zoe, acariciar su hombro, su espalda o sujetarla de la mano; y sin embargo, se hallaba en el polo opuesto de la sala, creando un filón para desacreditar su vínculo con Ashley. En resumen, pensó: «Por fin la persona que amo cumple su sueño, y yo no solo no me encuentro a su lado para compartir ese momento, sino que

además lo empañó con críticas».

Verla llorar le ablandó el corazón, detestó su carácter y personalidad, incapaz de encontrar un punto medio entre el amor y el desprecio fingido.

Sea como fuere, deseaba estar cerca de ella. Sopesó cómo aproximarse sin dejar de ser ella misma, al menos sin perder la forma habitual de comportarse con Bea en público. Se reconoció: «No quiero eso, deseo compartir este momento tan especial, mostrar también mi dicha por verla tan feliz. Sin tapujos». No obstante, si lo hacía se desmoronaría todo el tramado que había construido para guarecer sus sentimientos y emociones. No era una buena opción.

Bea y Saoirse atisbaban absortas la escena entre Héctor y Ashley. Elena se unió a ellas.

—Hacen buena pareja —declaró Elena.

—Sí —afirmó Bea mirando al frente—. Te he visto hablando con John; no es de fiar, ten cuidado.

A Elena ese comienzo le pareció poco afortunado: ella iba en son de paz, y la asaltaba con consejos no requeridos, como si fuera una niña pequeña. A esas alturas, todo el mundo conocía la reputación de aquel hombre, o por lo menos ella sí, hasta no hacía mucho trabajaba en el rancho de su familia. Además, vislumbró en sus ojos una pregunta no manifiesta: ¿no te enrollarás con un tipo así? Se acababa de arrepentir de haberse acercado, quizás era mejor marcharse por donde había venido. Esperó unos segundos: si lo hacía después de aquella recomendación, sería como una derrota. No estaba dispuesta a asumir eso.

—¿Desde cuándo acepto tus consejos? —interpeló la doctora Ariza.

—Saoirse está de testigo, te lo he advertido...

—¿Quieres decir que identificas a las personas que son como tú? —apostilló Elena.

—Hoy no me apetece tus juegos de diálectica. Has ganado —atajó Bea.

Señaló con la mano la amplitud de la sala y sus gentes y se dijo: «¿Por qué tiene que nublar uno de los mejores momentos de mi vida? ¿Nunca tiene bastante?».

—¿Ese era el reto que me proponías? Me decepcionas —manifestó Elena.

Saoirse cogió la mano de Bea: si no contaba con la capacidad para contestar, al menos se posicionaría en este caso. La diseñadora era su mejor amiga, incondicional, como una hermana para ella; pero Elena había llegado antes a su vida, recordó algunos de los momentos de mayor crudeza: las palizas de su exmarido. La asistía en silencio, secando sus lágrimas y olvidando por completo que ella también estaba llorando. Fue esa imagen, y no otra, la que le llevó a tomar la iniciativa de romper definitivamente con él: comprobar que su dolor afectaba a las personas de su entorno, que no estaba sola. Había personas que temían por su vida, por su integridad física, pero callaban. Era imposible olvidar eso.

Elena advirtió el gesto de Saoirse. Sintió de nuevo la misma sensación experimentada con el comentario que dijo a Jake delante de Catia. Quizás estaba yendo demasiado lejos; ahora estaba colocando a su amiga entre la espada y la pared, pero ya era tarde, no podía dar marcha atrás.

—No.

—¿Qué tal una apuesta?

—Habla, te escucho —contestó Bea, sin prestar demasiada atención. Contemplaba a Héctor y Ashley cruzando la sala cogidos de la mano.

Elena entrecerró los ojos, odiándose así misma por el tono y el contenido de su propio discurso en un día tan señalado para Bea.

Aunque tal vez sería la mejor solución. Si no podía acercarse sin arremeter contra ella, librarse de su presencia sería la mejor forma para que ambas consiguiesen un trato ventajoso. Estaba convencida de que la aguantaba porque era la hermana de Héctor y nada más.

—Si gano yo, no quiero verte más. Si yo entro en una habitación, tú te vas, sin más. ¿Y si ganas tú, qué quieres?

—Veinticuatro horas con Bea —indicó la diseñadora mirándola directamente a los ojos para comprobar su reacción. Había decidido incluir su propio nombre en la oración para darle más énfasis.

—¡No voy a follar contigo! —Elena endureció la voz; sin embargo, por dentro saboreó la posibilidad como en un sueño.

—¿Perdona? Es repugnante lo que acabas de decirme. No voy a tolerar más tus ofensas, no con Ashley aquí. Te diré dos cosas

—Bea tocó el colgante y apretó la mano de Saoirse para infundirse coraje—: primero, por mucho que te joda, eres legalmente mi tía.

—No me fastidies, yo no soy nada tuyo. Y siempre es mejor aclarar los matices. ¿Cuál es la segunda cosa? —interpeló la doctora.

—Segundo, con veinticuatro horas no tengo ni para empezar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Elena descolocada.

Bea movió una mano en el aire sacudiéndose la idea que brillaba tras los ojos de Elena.

—Céntrate, ve al grano.

—No te he visto bailar nunca; sabes cómo se hace, ¿verdad?

La diseñadora observó a la doctora perpleja. Pidió a Saoirse que hiciera los preparativos para el baile. Ella manifestó algunas reticencias ante la perspectiva de dejarla sola con Elena.

—Por fin estamos solas —indicó Bea examinando el rostro y el cuerpo de Elena.

—Sí —susurró refugiando sus ojos en el suelo. Le excitaba que se deleitara en cada uno de los detalles de su maquillaje y atuendo. Oyó cómo cada una de las piedras del muro que había levantado para no dejarla pasar se resquebrajaban en mil pedazos y caían con gran estruendo.

—No deberías haberle dicho eso a Jake delante de Catia, tiene un oído muy fino —murmuró Bea—. ¿O es que querías que lo escuchara?

—No. No ha sido una buena idea —confesó Elena.

—¿Suena a disculpa? —La diseñadora abrió los ojos de par en par. Matizó—: Es una pena; como siempre, no hay testigos.

Nadie me creerá si voy con el cuento.

Bea rio abiertamente ganando la réplica de Elena. Esta se giró para huir de las miradas de la sala.

—Hoy es un día importante para mí. Me conoces, ¿sabes qué necesito?

—Sí —musitó la doctora.

—¿Me lo dirás?, aunque no lo sientas. Una especie de pequeña tregua.

Elena asintió. Bea escrutó su rostro, quería apreciar cada minúsculo cambio en su semblante. Había tres cosas que necesitaba oír; ¿hasta qué punto era un libro abierto para ella?

—Siento lo de Dulcinea.

Bea reprimió una lágrima. Entrecerró los ojos.

—Gracias. —Bea hizo el amago de marcharse. La doctora le cogió el brazo con suavidad.

—Aún no he terminado. Tienes a Kora en vilo, se ha puesto a temblar cuando has pasado cerca de ella.

—¿En serio? —Sonrió encantada—. ¿Algo más?

—Sí. Me alegro de que hayas cumplido tu sueño de ver a Ashley. —Elena deslizó su dedo por el hombro de la diseñadora.

Bea le guiñó un ojo.

—Gracias —articuló de forma sensual. La doctora siguió el movimiento de sus labios, saboreándolos en la distancia—. Me has dado todo cuanto necesito.

Bea hizo un gesto a Héctor. Él se quitó la chaqueta, el chaleco y la corbata. Bajaron las luces y activaron el sistema de iluminación de la pista, subieron la música y pusieron la canción *Sapés comme jamais*, de Maître Gims. Saoirse se deslizó con Bea hasta la pista, Héctor les esperaba allí. Zoe quiso contar una historia con la coreografía: una pareja de chicas bailaba en el centro de la pista de forma sensual, rivalizaban por un hombre, en este caso Héctor.

Para ello no dudaban en tocarle el trasero, y él en despegar las manos de este, al ritmo de la música. En el punto álgido llegaba una mujer, una bailarina de danza clásica, con su coro. La fase en la que entraba Zoe incluía algunos pasos en los que él la levantaba.

En el cierre, después de una figura de gran dificultad en la que Zoe permanecía suspendida sobre su cabeza. La luz se apagó completamente unos segundos, y volvió para que contemplaran cómo ella acercaba los labios a los de Héctor y él, a escasos centímetros, colocaba el dedo índice en medio.

Cuando terminó el baile, aún en la pista y con Zoe apretada a la cintura, buscó contacto visual con el novio de ella y vocalizó mientras le guiñaba un ojo:

—Eres muy afortunado.

—Lo sé —contestó imitando las formas.

## **HÉCTOR Y BEATRIZ**

### **FINCA CHALICE**

En la confusión de la confluencia de la pista de baile, Héctor agarró a Bea de la mano.

—Bea, tenemos que marcharnos.

—De acuerdo, dame un minuto, voy a despedirme de Ashley .

—No hay tiempo. Mira donde yo miro.

—¿Quién coño ha invitado a ese pedazo de mierda aquí?

Ninguno de los dos daba crédito: era el exmarido de Saoirse.

—De acuerdo, te pondré como excusa —propuso Bea—, finge un poco.

—No necesito fingir —confesó Héctor.

CAPÍTULO 35  
**BEATRIZ**  
RESTAURANTE NO NI NA (BRISBANE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Mañana

Bea revisó la grabación de la cámara en el móvil. Había obtenido lo que quería. Guardó las imágenes en un archivo y se las envió a César; luego la recogió y la guardó en el bolso. Pasados unos minutos recibió la respuesta de su abuelo; agradeció su ayuda y le informó de que Robert había presentado su dimisión por la mañana.

Paró en un restaurante-cafetería. Fue a su asiento habitual, desde cuya ventana contaba con una panorámica del local y divisaba la zona de aparcamientos. Fisgó cómo aparcaba el coche.

Miró el reloj: las siete de la mañana. Por esta vez, puntual como un reloj suizo. Sonrió.

CAPÍTULO 36  
**HÉCTOR**  
AVIÓN (BRISCARE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Madrugada

El cielo cubierto de nubes retenía las gotas de lluvia como un vaso colmado; no tardarían en reclamar su vuelta al ciclo del agua para bañar el paisaje con una precipitación intensa. Héctor admiraba cómo se alejaban de la manta de algodón grisácea desde la ventanilla del avión. Formando parte del cielo, sin llegar a ser uno de sus habitantes, pero llevando una parte de este entre las manos, se apreciaba la magnitud del mundo. Las ciudades parecían pequeños hormigueros en constante movimiento. Una parte descansaba, mientras otra trabajaba. Experimentó la necesidad de que alguien, desde algún rincón no visible, permaneciera alerta ante las posibles amenazas exteriores. Visualizó el pie de un gigante aplastando las ciudades a su paso, sin percatarse de los pequeños insectos que perecían con cada una de sus zancadas.

Aquella decisión fue meditada durante el breve trayecto a casa después de la recepción y la consulta por internet de la disponibilidad de los billetes de avión y helicóptero. No esperó a madurarlo con la almohada por dos motivos. En primer lugar, no deseaba cambiar de opinión ni posponerlo más. En segunda instancia, estaba convencido de que Bea se anticiparía a sus pasos y lo persuadiría para acompañarlo en aquel bendito golpe de locura. No era justo para ella, necesitaba vivir su sueño sin su sombra empañando aquellos instantes.

Mientras Bea y Saoirse dormían fue a la tumba de Lara, abrió la puerta de cristal y extrajo la urna con sus cenizas. Le dijo: «Ha llegado el momento de hacer las cosas a tu modo. Gracias por esperar a que estuviese preparado». Captó una ráfaga de viento que le erizó la piel.

Lara y él habían hablado sobre la muerte, y acerca de qué hacer cada uno con el cuerpo del otro. Ella quería donar sus órganos, incinerar sus restos y esparcirlos en un entorno natural. Héctor la convenció de lo contrario: él necesitaba un lugar para visitarla, al menos durante los primeros años de su ausencia. Ella aceptó. El egoísmo le sobrecogió: quizás no descansaba en paz; aunque ella no creyese en ello, él sí lo hacía, y el mensaje «ve» significaba que ya había llegado el momento. Había esperado suficiente, más de dos años. La acepción número cinco de esta palabra en el diccionario indicaba: «visitar a alguien o estar con él para tratar de algún asunto». Rememoró el sueño en el que ella se desvanecía en sus brazos como la ceniza. Tal vez la silueta de la puerta era Lara. No deseaba entrar en la nueva casa, sino un camino distinto, libre, sin las ataduras de cuatro paredes y de una mente con un solo pensamiento: acompañarla, seguir sus pasos en vida y en el más allá.

CAPÍTULO 37  
**ELENA Y BEATRIZ**  
RESTAURANTE NO NI NA, TRAYECTO HACIA EL HOSPITAL (BRISBANE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Mañana

Elena consultó el buzón antes de salir de casa; estaba desamparado, sin el alimento de un sobre que rellenase su estómago.

Suspiró decepcionada, esperaba al remitente número 5. Quizás era demasiado temprano y el cartero aún no había pasado por allí.

Aparcó delante de la cafetería de los sábados. Se revisó el maquillaje en el espejo retrovisor antes de entrar. Allí, en la mesa de siempre, se hallaría Bea. Cruzarían un breve saludo. Ella elegiría una mesa en el otro extremo del local, desde la cual no pudiese oír sus pensamientos. A medio camino entre el coche y la puerta de acceso, regresó por su libro. Tras el muro de emociones, le gustaba estudiar entre bocado y sorbo de café bajo su atenta mirada. Delante del muro, denotaba indiferencia.

Repasaba con ella los temas estudiados en silencio. Imaginaba sus reprimendas si no había avanzado lo suficiente durante la semana o sus elogios por el buen trabajo. Le consultó la conveniencia de aceptar el trabajo sobre el manual para la universidad.

No distinguía la respuesta, ni siquiera la intuía, nada de nada... Miró al letrero del restaurante: No Ni Na. Llevaba días comenzando oraciones con esas sílabas. Percibió un colapso en su muro, un péndulo con la silueta de Bea lo derribaba y lo hacía añicos.

Rememoró algunas de esas frases: «No voy a contestar, ni quiero hacerlo, nada de lo que hagas o digas me acercará a ti». «No asumía la verdad. Ni quería desearla y aventurarse a un mundo desconocido que la llamaba. Nada más que aquel primer diario, junto con cada uno de los que le regalaba en los cumpleaños de Héctor, la ataba a ella y custodiaba sus secretos». «No era asunto suyo, ni su mujer, nada les unía»... Recordó esa triple negación en Andalucía, *no ni na*, que significaba cien por cien que sí.

Le gritaron en cada hombro los ángeles del cielo y del infierno. Quizás ambos estuviesen sobre el mismo hombro y por eso no distinguía quién le hablaba ni desde qué posición llegaban los reclamos: «¡Vete! ¡Ahora mismo! No estás preparada para verla.

Se dará cuenta y estarás perdida. Elena lo sabe, no te engañes, y por eso te aguanta y te espera detrás de un café cada sábado.

¡No inventes, ella no sabe nada! ¡Es una macarra, no distingue un coño de otro, le da igual! ¡Serás una más y se reirá de tí! Te abandonará. Cárcel y muerte, ese es su final. Siempre ha estado para tí. Lo sabes. Te ha acompañado siempre en la sombra. Ascienes al infierno porque ese es tu cielo. ¡Vete! ¡Quédate! ¡Abre los ojos! ¿Estás bien?».

—¿Estás bien? —reiteró Bea.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Elena recostada sobre su pecho.

—Te has desmayado. Voy a llevarte al hospital —aclaró.

Bea la llevó hasta el asiento del copiloto. La chica del bar le abrió la puerta.

—No es necesario —titubeó conmovida Elena, disfrutando de su abrazo durante un breve intervalo de tiempo, hasta que sus ojos volvieron a cerrarse tímidamente. Era un sueño del que no deseaba despertar.

Bea condujo lo más deprisa que pudo. Le tocaba el rostro y la animaba:

—¡Vamos, Elena! ¡No te duermas! Dime esas cosas que tanto me gustan: tarada, hija de puta, macarra... Si te mueres, te robaré el coche y lo mancillaré, lo usaré para follar con putas, un montón de putas... No querrás eso, ¿verdad? Tu lind...

—¡No! ¡Ni se te ocurra! ¡Nada de putas! En este coche solo follo yo.

Elena abrió los ojos de par en par y la contempló del mismo modo que en su primera foto.

—Bien. Esta es la Elena que me gusta. Ahora dímelo: eres una tarada hija de puta. Necesito saber que eres tú de nuevo, en tu apogeo —solicitó la diseñadora.

—No. Detesto pedir disculpas. ¿Habrás puesto el cronómetro? Esto cuenta dentro de las veinticuatro horas con Bea.

Bea suspiró aliviada. Era ella de nuevo. Le entregó un refresco con cafeína y azúcar. Lo apuró en pequeños sorbos. Todo apuntaba a una bajada de azúcar o de tensión.

—Claro que sí, *quilla* —acarició su mano con ternura.

—¡No hagas eso! Si vuelves a hacerlo, añadiré diez minutos más a la cuenta —susurró Elena con dulzura.

Bea sonrió. Sujetó su mano hasta que llegó al hospital, recogióla y soltándola en los cambios de marcha, hasta que finalmente decidió posarla sobre la palanca, con la suya encima.

CAPÍTULO 38  
**ASHLEY, AIDAN, HEATHER Y SAM**  
HOGAR DE HEATHER Y SAM (BRISBANE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Mañana

Después de la recepción, Ashley fue a pasar la noche a casa de sus suegros. No soportaba la idea de estar alejada de Aidan una noche entera. Heather había dispuesto una habitación de matrimonio para ella, cerca de la de su hijo. Se acercó a darle el beso de las buenas noches y los arropó a él y a la mochila del colegio con la que dormía abrazado.

No quiso importunar a Zoe durante la velada de la noche anterior, pero no le gustaba el cariz que estaba tomando la situación. Ella soportaba de cuando en cuando comentarios desafortunados sobre el color de su piel, pero no deseaba que Aidan creciese con ellos ni con ningún otro de corte despectivo.

No deseaba distinciones ni que le señalaran con un círculo rojo como ladrón de bocadillos.

Notó cómo Sam la rondaba, sin decidirse a acercarse a ella.

Algo guardaba, lo conocía bien. Quizás no le gustaba que estuviese allí, prefería intimidad con su esposa y disfrutar, sin su sombra, de la compañía de su nieto. Le había contagiado la incomodidad y no sabía a qué atenerse; si dejar a Aidan con ellos el resto de la mañana o proponerles alguna salida en familia.

Salió al porche con su hijo e hicieron algunos pases con la pelota. Tampoco era plato de buen gusto que le llamaran paquete.

Decidió aprender a jugar al fútbol con él. Comprobó cómo corría detrás de la pelota cuando se le escapaba y trataba de agarrarla con las manos. Algunas veces se caía, se sacudía el polvo y volvía al juego como si nada. Siempre la hacía sonreír y evadirse del bullicio constante de su mente.

Sam y Heather se acercaron a ella.

—Necesito hablar contigo. Heather le echará un vistazo.

—Sam señaló a su nieto—. Acompáñame al despacho, por favor.

Ashley le siguió. El tono de su voz reflejaba que había un asunto serio que tratar. Reparó en que Sam intentaba armar un discurso.

—¿Y bien? ¿Vas a contarme qué pasa? Me has traído a tu despacho, solo haces eso cuando tiene que ver con algún asunto legal.

—Son varias cosas. En realidad, no sé por dónde empezar

—confesó Sam.

—Empieza por lo más fácil.

—De acuerdo. Hemos preparado una habitación para ti y otra para Aidan. Esta es vuestra casa. Sé que Heather y yo no

somos tus verdaderos padres, pero lo sentimos así, sabes de sobra que te queremos como a una hija. Nos gustaría que siguierais viviendo con nosotros. Podemos habilitar una de las habitaciones para Bea, si deseas que ella viva también aquí, o que venga a pasar algunas noches... Ashley captó el nerviosismo de su suegro al hablar y le cogió la mano entre las suyas.

—No sabes cuánto agradezco tus palabras. Os echo de menos, y me gustaría vivir aquí, pero no sé cómo comunicarles la noticia a mis padres. No creo que les agrade la idea. Déjame pensarlo unos días, ¿de acuerdo?

Sam asintió. Ella respiró aliviada: su presencia seguía siendo grata, ellos le brindaban su hogar.

El abogado expuso una de sus preocupaciones.

—El viernes, cuando recogimos a Aidan, me pareció que algunas familias murmuraban sobre él. Lo miraban; una señora con la nariz afilada lo señaló con el dedo. ¿Qué es lo que está pasando en el colegio?

Ashley resumió el suceso del bocadillo del primer día. Sam añadió el comentario que escuchó a su nieto: «Me han llamado paquete».

—Hablaré con Zoe. No sé qué hacer con el bulo del bocadillo. Con respecto a lo del fútbol, Bea dijo que ella y Héctor le enseñarían, mientras tanto yo haré lo que pueda. Está muy emocionado con la idea. Aunque me preocupa que desee que Héctor sea su padre. No sé de qué forma atajar eso.

Sam se pasó la mano por el rostro; Ashley había conducido la conversación hacia el terreno pantanoso que le robaba el sueño. Sintió cómo su cerebro trasteaba abriendo y cerrando cajones, extrayendo documentos de forma azarosa, y a su pesar, justo cuando había decidido ponerlos sobre la mesa y aclarar los diferentes matices presentes en ellos, sus manos temblorosas los precipitaban al suelo. Entonces un grito interior ahogado que se afanaba en salir de sus labios le increpaba por las licencias, fuera del marco legal, que no debió tomarse. Ya era tarde para dar marcha atrás; el reloj y el transcurso de los acontecimientos señalaban un único camino: la verdad.

—Con respecto a ese tema, tengo que decirte algo que no te va a gustar...

—No te preocupes, le diré que no es posible...

—No solo es posible, legalmente lo es —contradijo el abogado.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ashley asombrada. El corazón comenzó a palparle de forma descontrolada.

—Cuando arreglé los papeles de Aidan, solicité que pusieran de segundo apellido Ariza.

—¿Qué? ¿Te has vuelto loco? —le increpó llevándose una mano a la sien, como si con el gesto pudiese hacer salir aquella idea absurda de su sesera.

Ashley se levantó del asiento y cogió el bolso para ver el documento nacional de identidad de su hijo. Dio la espalda a Sam y lo observó con detenimiento: solo venía el primer apellido. Lo sostuvo contra su pecho, ansiando aferrarse a la cordura durante unos segundos.

Sam le mostró una carpeta con los documentos. La firma de Héctor figuraba en ellos.

El cerebro de Ashley se quedó bloqueado unos minutos, los engranajes que ponían en marcha cada una de las funciones necesarias para responder a los estímulos del mundo exterior se desconectaron. Los oídos amplificaron cada una de las palabras en un eco ensordecedor. Nunca había escuchado nada tan alto y claro, y al mismo tiempo, que le desgarrase tanto las entrañas, a excepción de la respuesta de Tom cuando supo que iba a ser padre.

Pasados unos minutos, oyó un chasquido, con el que volvían a conectarse de forma abrupta cada una de las pequeñas piezas de su cabeza. Percibió cómo las lágrimas se habían abierto camino en su rostro; admiró cómo su hijo jugaba por la ventana y las apartó con desprecio. Se giró y miró con dureza a su exsuegro. Necesitaba aclarar algunos aspectos para estar preparada para lo que se avecinaba.

—¿Es la firma de Héctor? —preguntó la enóloga.

—No.

—Quieres decir... —Estaba aturdida—. Has dicho que Héctor es el padre legal de Aidan; ¿falsificaste su firma?

—Sí.

—¿Él lo sabe?

—No. No sabe nada.

CAPÍTULO 39  
**BEATRIZ, TREBOR, ELSA, CÉSAR Y ELENA**  
HOSPITAL, CASA DE HÉCTOR, BAR DE MOTEROS (BRISBANE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Mañana

El móvil de Bea vibró: en la pantalla aparecía el nombre de Mitch. Media sonrisa iluminó su rostro. Le pediría explicaciones de por qué se había permitido la licencia de anotar su número y grabar el suyo en el móvil. Se dijo: «Tal vez no sea tan insípido como me había imaginado». Pospuso la llamada, a pesar de la insistencia, y se concentró en la información que el médico daba a la familia de Elena.

—Buenos días, soy Trebor. —Respondieron al saludo—. Yo he atendido a Elena. Ha sufrido una bajada de azúcar y de tensión.

Saldrá enseguida. Podrán llevársela a casa.

—Gracias —señaló Elsa aliviada.

Trebor hizo el amago de marcharse. Bea avistó un sucedáneo de culpabilidad en su rostro.

—Soy uno de sus profesores, vuestra hija es brillante —se dirigió a los padres de Elena—. Trabaja duro para ser la mejor, de hecho estoy convencido de que lo será. Pero me temo que quizás la presionamos demasiado: el trabajo en el hospital, los estudios, el programa de radio, y ahora le he propuesto que realicemos juntos, durante el semestre que viene, un manual para la universidad.

Quizás sea demasiado... Bea estudió el lenguaje corporal del doctor: no se correspondía con el final del discurso.

Elena salió, pero se mantuvo fuera de la escena escuchando la conversación; le extasió cómo las estrellas de mil puntas de colores de los ojos de Bea se adentraban en la profundidad de su mirada. Deseaba saber su opinión sobre la pregunta que llevaba haciéndose durante días: ¿qué pensaba Bea sobre el trabajo del libro? ¿Debía aceptarlo o no?

Recordó las observaciones de Elsa cuando le comunicó la noticia: «No deberías aceptarlo, tienes demasiado trabajo. No debes abarcar tanto, el día solo tiene veinticuatro horas. No responderás bien a nada si estás saturada». Analizó las advertencias de su madre: implicaban una triple negativa que significaba cien por cien que no. La mayoría de personas con quienes lo consultó contestaron de forma similar. Su padre calló, y por tanto otorgó. Supuso que pensaba igual, pero no quería manifestarse. No dijo nada a Héctor, estaba molesta por las reservas de su hermano, aún no le había comentado lo del sueño de Lara. Saoirse, la prudencia personificada, nunca ofrecía consejos, solo escuchaba con paciencia. Y en el trabajo nadie se pronunció al respecto, ni siquiera Julia ni Reed.

—No se preocupe, aceptará el trabajo del libro —aseguró la diseñadora.

—¿Ha comentado algo al respecto contigo? —preguntó Trebor a Bea.

—No, ella es muy reservada. Pero lleva varios días en compañía de un manual sobre cuidados básicos de enfermería. Esa asignatura no se encuentra dentro de su plan de estudios, ¿me equivoco?

—No.

—Aceptará el trabajo, y ya sabe que el resultado será...

—Impecable —él terminó la oración de Bea.

—Si quiere acelerar la decisión, debería decirle por qué quiere que lo haga ella y no otra persona de la lista.

Trebor sonrió cuando Elena se incorporó a la conversación.

No se había percatado de su presencia.

—Ya lo he hecho —dijo el médico.

—Nunca está de más recibir elogios —indicó Bea.

Trebor tenía cincuenta y siete años, rostro alargado y ojos marrones, que se difuminaban desde la pupila al exterior, llegando a tonalidades verdosas. Su frente era amplia, llevaba el pelo corto en la zona de la sien, y un pequeño tupé hacia el lado. Su barba bien cuidada daba continuidad a su cabello. Trabajaba en el mismo hospital que Elena, era el jefe de recursos humanos, cirujano cardiovascular y profesor de la universidad. Su fama de perfeccionista le perseguía, según las malas lenguas, aunque precisamente eso hacía que las puertas se abriesen y permanecieran siempre encajadas a su paso. Se veía reflejado en Elena, eso era más que suficiente para haberla escogido. Aunque se reconoció que hubiese preferido proponérselo a un hombre; era una mujer muy hermosa, y él estaba casado, no le gustaban las habladorías en el trabajo.

Trebor ordenó las ideas. No estaba acostumbrado a prodigarse en elogios; además, se sentía incómodo haciéndolos. La gente acataba sin rechistar sus órdenes y sus deseos, anticipándose a sus expectativas. Elena no encajaba en ese círculo, apenas le dirigía la palabra, no dudaba en llevarle la contraria si la ocasión lo requería y, por si fuera poco, le hablaba como si fuese un médico más.

Las reticencias iniciales se transformaron en entusiasmo en cuanto comprobó su expediente, su trayectoria profesional y el trabajo en el hospital. Denotaba seguridad y todo lo que tocaban sus manos prosperaba.

—Está bien. Elena, no hay más personas en la lista, solo tú, si no aceptas lo haré yo solo. Sé que tu trabajo sería impecable, aportarías un enfoque distinto con respecto a los manuales hasta ahora publicados. No quiero uno más del montón, deseo algo diferente, crear una antes y un después. Un libro que tanto un médico, enfermero o auxiliar de enfermería como personas sin estudios sobre medicina comprendan y quieran tener entre sus manos. Cercano, con testimonios de familiares y pacientes de diversa índole. Me gustaría seguir la línea de tu programa de radio.

—No es mi programa de radio, yo solo colaboro en él —añadió Elena.

—¡No me interrumpas! —indicó levantando la palma de la mano en el aire.

—De acuerdo. —Elena sonrió.

—Tienes una gran audiencia. Eres cercana al público. La gente te admira, comprarán el libro. —Trebor terminó su argumentación con una amplia sonrisa.

Elena aceptó el trabajo. Bea aprovechó la tesitura y se despidió de los padres de Héctor, entre los elogios y las felicitaciones.

Bea dudó entre devolverle la llamada a Mitch o revisar las grabaciones del móvil; escogió la última opción, necesitaba centrarse. Él seguramente la llamaría para contarle los pormenores de la cita, o para consultarle qué hacer en el siguiente encuentro. No disponía de tiempo para continuar con el consultorio sentimental y las labores de asesoramiento sexual.

Llamó reiteradamente a Héctor. No contestaba ni devolvía las llamadas. Pasó por el rancho y por casa. No había rastro de él. Algo no cuadraba. ¿Dónde estaba? Comprobó de nuevo la tumba de Lara: no había recibido ninguna visita, al menos desde que ella había instalado allí la cámara por la mañana. Amplió la imagen. La urna de Lara no estaba allí. Encendió el ordenador y comprobó las últimas consultas de Héctor en internet. Lo apagó maldiciéndose a sí misma. Se le había adelantado. Tuvo una intuición. Abrió el cajón. Vio el billete para España. Tampoco había contado con ella para ese viaje. Era la primera vez que se enfadaba con él, no asimilaba que la apartase de ese modo, como si no importasen las noches en que veló el silencio de su almohada, repasando cada uno para sí las vivencias con Lara, presa en el vacío de una casa sin risa.

Recibió un mensaje de Héctor: Ya sabrás dónde estoy.

Necesitaba venir solo. No te enfades conmigo.

Aprovecha el tiempo con Ashley y Aidan. :12 Contestó el mensaje de forma neutra, haciendo de tripas corazón. No quería enturbiar aquel momento tan importante para él. Sin embargo, estaba decepcionada, había imaginado infinidad de veces cómo hacerlo y el lugar más apropiado para que Lara descansase en paz. Se contentó: al menos habían pensado en el mismo sitio. Sonrió, pero se odió por hacerlo; por primera vez, Héctor no se lo merecía.

La mañana del sábado acababa de empezar, y ella tenía mucho trabajo en casa. Comenzó por su cuarto, ordenando y limpiando el mundo exterior encontraba la serenidad interior.

Seleccionó de hilo musical a la Mala Rodríguez.

La dueña del bar de moteros interrumpió sus quehaceres domésticos para comunicarle que el exmarido de Saoirse ya había abandonado la ciudad. Siempre acudía una vez al año, en el cumpleaños de su madre; pasaba unos días, la visitaba en la residencia y luego se marchaba. Respiró aliviada. Quedó en pasarse más tarde para charlar un rato con ella. Envío un mensaje a su amiga para tranquilizarla.

## **MITCH Y BEATRIZ**

BAR DE MOTEROS (BRISBANE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Tarde

Después de telefonar a Bea de forma insistente sin obtener respuesta, Mitch tomó la iniciativa y rastreó todos los lugares que, sabía a ciencia cierta, frecuentaba. Llevaba casi tres horas dando vueltas sin sentido por la ciudad y los alrededores. Nada. Ni rastro.

No la encontraba; como si se la hubiese tragado la tierra. Supuso las razones por las que no contestaba las llamadas. Se había permitido varios lujos: había apuntado su número de teléfono, había grabado el suyo en su móvil y, por si fuera poco, había volcado las grabaciones de la cámara de Bea en su portátil.

El último punto aún no se lo había puesto en conocimiento, pero todo el mundo conocía su reputación: cuando algo no se hacía de forma conveniente arremetía con ira, no había sido una buena idea. No obstante, como contrapartida a su enfado inicial disponía de información más que suficiente para apaciguar su estado de ánimo.

Pasó por un bar de moteros, su moto estaba fuera. Sentado en el coche, miró hacia la puerta. Sopesó diferentes opciones para conseguir que Bea saliese o que le dejaran pasar. Probó a entrar por las buenas, de pasada, haciéndose el despistado. No tuvo suerte. Volvió al coche. Abrió el maletero y vio la guitarra que tenía allí olvidada y el ramo de flores que le había comprado. Sonrió; solo había una forma de hacerla salir: provocarla.

Hizo una foto del maletero y se la envió al WhatsApp con un mensaje de texto: Estoy aquí. Tengo que hablar contigo, es importante. Si no sales te cantaré una canción de amor con mi guitarra.

Prometo esforzarme y cantar lo peor que pueda. Diré infinidad de veces tu nombre: Bea, combinándolo con palabras como cariño, mi vida y cielito lindo. 16:01  $\sqrt{\sqrt{\quad}}$  Conforme enviaba el mensaje se llevó una mano a la cabeza; las palabras «cariño», «mi vida» y «cielito lindo» no le iban a gustar, a decir verdad el mensaje entero apeataba. Nada. Ninguna respuesta. No salía. Supuso que daría por hecho que no se atrevería. Dedicó más de media hora a infundirse ánimos. Se dijo: «Crees que no soy capaz, ¿verdad? Muy bien, muy bien, no me has dejado otro remedio. Ahora verás». Sacó la guitarra y se puso delante de los grandes ventanales a improvisar sobre la marcha la canción de Bea.

La diseñadora salió, su rostro reflejaba fastidio.

—Cariño, ¿qué haces aquí? Mi vida, cielito lindo —silabeó mientras lo cogía de forma

contundente del brazo y tiraba de él.

Buscó un sitio para hablar a solas. Percibió la mirada atenta de los porteros clavada en la nuca tras cada paso. Cuchichearon entre ellos. Escuchó algunas risas. Externamente parecía una pelea de enamorados.

Bea le arrebató la guitarra y la guardó en el maletero. Luego lo condujo a trompicones hasta la puerta del conductor para que se marchase. Mitch estaba bloqueado, no sabía cómo afrontar la conversación.

—Dame un par de minutos, solo eso, por favor.

—¿Y bien? —interpeló Bea—. Te escucho.

—Déjame que encienda el ordenador. Quiero enseñarte algo. ¿Podemos ir a algún sitio para estar en privado?

—¡No me jodas! ¿Tú estás malito de la cabeza o eres un perverso? Conozco a Deborah, no quiero verlo.

—Yo no soy nada de eso. —Mitch arrugó el entrecejo—.

Hablo de tu cámara, ¿has visto la grabación de ayer?

—Sí. ¿Cómo coño sabes tú eso? ¡Guarda el portátil y vete!

—atajó. Bea dio por concluida la reunión.

—Luego te pediré disculpas por eso.

El informático colocó el portátil en el capó del coche. Se apreciaba con nitidez una conversación entre Brian y Robert. El primero acusaba al segundo de haber usado también el rancho como lugar para sus encuentros sexuales y exigía su dimisión.

Amenazó con ponerlo en conocimiento de César y de su esposa si no lo hacía.

A Mitch le desconcertaron las distintas tonalidades de los ojos de la diseñadora. Su rostro reflejaba su grado de indignación.

—¿Cómo sabías que él también estaba implicado?

—No es asunto tuyo.

Bea siguió su instinto. Solo había dos posibilidades cuando descubrieron que parte del personal del rancho, incluido uno de los vigilantes del turno de noche, tenía encuentros sexuales allí: el jefe de seguridad era un inepto, o los consentía por diversos motivos; sin duda el más simple era que él también lo usaba con esos menesteres. Además, conocía a las chicas por sus nombres y estaba casado.

—No es justo.

—Lo que no es justo es que pinches mi cámara. ¿Quieres cavar tu propia tumba? —remarcó ella.

—Es curioso que digas eso...

—¡Vete! Mitch recogió el ordenador haciéndose el ofendido y comenzó a andar de forma parsimoniosa y dramática, pausando su discurso y apurando al máximo el trayecto; se giraba y añadía algo más a su retahíla con cuentagotas tras cada paso:

—Pues nada, este empollón se va. Suerte. Tú solita. Sin ayuda. Sin nadie con quien meterte. Sin asesoramiento informático.

Sin saber qué estaba pasando en las cámaras del cementerio esta madrugada. Te dejo. Aquí solita... Sin nadie con quien meterte.

—Eso ya lo has dicho antes. —Bea tragó la sonrisa como pudo.

Mitch guardó el portátil en el maletero y le entregó el ramo de flores a Bea.

—Son para ti.

Bea lo observaba con detenimiento, quería asegurarse de que Mitch se marchaba. Él entró al

coche y encendió el motor tomándose su tiempo. Lo apagó y bajó.

—¿Es que no piensas pedirme que me quede? —preguntó poniendo morritos—. Está bien, ¿me perdonas por haber grabado mi teléfono en el móvil, anotar tu número y añadir la cámara a mi portátil? Lo último no ha sido buena idea, podrías ser una de esas a las que les gusta grabarse mientras...

—¡Dilo! ¡Folla como una perra! —Rugió Bea. Él tuvo un traspie que a ella le hizo soltar una carcajada. Arqueó las cejas—: Apuesto a que ibas a decir «mientras hace el amor».

—Sí.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—Tengo una buena razón: creí que sería para el sistema de seguridad del rancho, así que la incluí en mi registro. César me encargó que realizase una copia de seguridad. Sé que me dijiste que trabajabas por tu cuenta, pero era una tentación demasiado grande. Quería saber si estabas en lo cierto. ¿Vas a perdonarme? Te prometo que si me compras una para uso privado no haré nada parecido. —Mitch simuló un juramento sobre la Biblia con las manos.

—Está bien. Enséñame el resto.

El informático esbozó una sonrisa cordial y volvió a encender el ordenador.

—¿Qué tal el menú de ayer?

—Bien.

—¿Bien?

Ella le dio una colleja en la nuca, que le recordó a la que Lara le dio a Héctor el primer día que entró en su casa, después del enfrentamiento del gimnasio.

—¡Au!

—No se le puede comer el coño a una tía que te gusta y luego decir «bien» —expuso Bea.

—¿Entonces qué digo?

—Rico, sabroso, jugoso, succulento... Puedes escribirlo en tu libretita si quieres. —Ella movió un dedo en el aire de un lado a otro.

—Por supuesto que lo haré —contestó a regañadientes. Lo anotó.

Mitch le enseñó las cámaras de seguridad del cementerio.

De madrugada, después de la recepción, Héctor había ido a recoger las cenizas de Lara, mientras ella y Saoirse dormían ajenas a sus movimientos.

—¿Dónde colocamos la cámara ahora? —preguntó Mitch.

—Donde tú quieras, te la regalo. —Se la entregó—. Déjame tu cuadernito.

Bea anotó una lista de la compra y algunas indicaciones para el siguiente encuentro con Deborah. Mitch la miró descolocado.

—¿Estás segura?

—¿Perdona? Cuando lo tengas, sigues los pasos de la libretita y te la follas como si no hubiese un mañana.

Mitch releyó las anotaciones. Hizo el amago de realizar algunas preguntas.

—Nada de preguntas. —Bea levantó la mano y la deslizó en el aire con un gesto seco. A Mitch le pilló desprevenido y dio un traspie hacia atrás asustado. Ella sonrió—. Te lo diré para que lo entiendas y no haya equívocos. Esta es la última vez que te ayudo.

Tú y yo no somos amigos. Si necesitas que alguien te elabore un menú, vas a un loquero o a un terapeuta sexual.

—¿Siempre eres tan desagradable?

—Sí, practico mucho. Por cierto, no me gustan las flores, llévatelas, me dan alergia.

—¿En serio? —preguntó desalentado.

—No, son preciosas. A todas las mujeres nos gustan las flores, pero nunca las regales como disculpa, pierden el poder.

—¿A qué te refieres?

—Cariño —remarcó Bea. Siempre había detestado esa palabra. Le provocaba náuseas, era demasiado cursi—. Eso está dentro del temario de follador avanzado, y tú aún estás en pañales.

CAPÍTULO 40  
**ELENA, ELSA Y JAKE**  
HOGAR DE CÉSAR Y ELSA (BRISBANE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Tarde

Elsa llevó la correspondencia a Elena. Una excusa como otra cualquiera para volver a visitarla. Le preocupaba su hija, había estado rondándola desde la salida del hospital. Necesitaba un poco de descanso después del mareo que había sufrido; sin embargo, no consiguió apartarla de los libros. En cuanto llegó a casa, tomó una ducha y regresó a la mesa de estudio. Apenas probó bocado durante el almuerzo, y después volvió a encerrarse con los apuntes.

—Me siento orgullosa de ti —expresó Elsa—. No debí aconsejarte que rechazaras el trabajo del manual. Sé que lo harás como dijo tu profesor —la veterinaria hizo una pausa para saborear las palabras—: impecable.

—Gracias —contestó Elena complacida.

—¿Crees que soy demasiado dura contigo?

—Sí —afirmó Elena. La culpabilidad brillaba en los ojos de su madre.

—Lo siento, intentaré ser más comprensiva...

—No necesito que seas comprensiva conmigo, necesito una madre como tú, que me empuje a superarme cada día. Sé que lo haces para que me esfuerce y dé lo mejor de mí misma.

—¿Estás segura? —Elsa retuvo los primeros indicios de lágrimas con un pañuelo. Elena la abrazó.

—Sí.

Esperó unos minutos antes de abrir el sobre, su madre era de esa clase de personas que nunca terminaban de marcharse. A los pocos minutos resurgió tras la puerta con un café y un plato de galletas con pepitas de chocolate.

—¿Le diste las gracias a Bea? —interpeló Elsa.

—No.

—Deberías hacerlo. Ha sido muy atenta contigo, te llevó al hospital, nos avisó y habló con el médico. —Miró al móvil de su hija.

—¿Quieres que le envíe un mensaje ahora?

—Sí. Algo así como «gracias por todo» bastaría. —La contempló de forma condescendiente.

Escribió el mensaje. Lo leyó en voz alta, pero mintió cuando aseguró a su madre que lo había enviado. Elsa salió de la habitación con una sonrisa amplia.

Fue a por la carta: encontró dos en lugar de una. Abrió la del remitente número 5 y observó un trozo de cielo y la entrada del mar en la tierra. La línea de azul y la gama de celeste se difuminaba en

el horizonte. Imaginó uno de esos lugares donde avistaban ovnis o se hallaban ooparts. En el otro sobre, el número 6, apreció mar o cielo y un trozo de pastel rosa con nata en medio de un bosque frondoso. Ya sabía a qué lugar correspondía. Cogió el resto de piezas de puzle, necesitaba confirmar sus sospechas. Formaban el lateral de la esquina izquierda, las piezas tres, cuatro y cinco; la derecha, la dos y la seis; el trozo de rosa chicle quedaba suelto. Oyó los pasos de Elsa por el pasillo y las guardó de forma precipitada debajo de los apuntes.

—Acaba de llamar tu hermano. Ha ido a esparcir las cenizas de Lara. Llegará el lunes de madrugada si no hay retraso en los vuelos.

—¿No lo ha acompañado Bea?

—No, quería ir solo.

—¿Dónde las ha llevado?

—Al lago Hillier, ¿sabes cuál es?

—Sí, el lago de color rosa de la isla Middle. Fue el último viaje que hizo con Lara.

—Me ha enviado algunas fotos. Es un bonito lugar para descansar. —Enseñó a su hija las imágenes.

Un escalofrío recorrió su cuerpo: era el mismo paisaje de su correo. No imaginaba a Héctor detrás de la correspondencia, incluso le pareció más probable que Lara la enviase desde el más allá.

Se dijo: «Elena, céntrate, ella no creía en nada de eso. Detestaba ese tipo de cosas. Además, no te las habría enviado a ti, hubiese elegido a Zoe, su propia hermana o a Bea». Recordó el sueño de Héctor y la nota de Saoirse. No encontraba la manera de encajar todos los fragmentos de la historia. Tuvo la necesidad de hablar con su amiga; la llamó reiteradamente, pero no contestaba. Pasados quince minutos recibió varios mensajes de ella. Agradecía el regalo. Le indicó que había quedado para enseñar a jugar al fútbol a Aidan, cuando acabase la llamada.

Sonrió ante la imagen. Ashley no imaginaba qué se le venía encima. Saoirse se transformaba con una pelota entre las piernas.

Rio; sonaba vulgar, aunque no lo hubiese verbalizado en voz alta.

El fútbol restauraba el carácter que en otra época había vestido, y durante esa fracción de tiempo pasaba de dulce doncella a modo competición en cuestión de segundos. Echaba de menos a Saoirse, a esa mujer que fue; su fortaleza se había trocado en resistencia, y su carácter indómito en condescendencia. Imaginó por qué adoraba a Bea, se veía reflejada en ella, en otra época, cuando los golpes de su exmarido no le habían arrebatado aún su verdadera esencia y sus ganas de comerse el mundo. Entonces pisaba fuerte, se oía el sonido de sus tacones con una cadencia rítmica; ahora posaba cada paso como si la tierra, o ella misma, pudiesen resquebrajarse. Echaba de menos a quien fue, aunque aceptaba y respetaba quien era en ese momento, ante todo la quería, y se contentaba con saber que no había muerto en una de aquellas palizas. Vivió sus golpes con ella de la única forma admisible: curándolos y observando en silencio, entre lágrimas, cómo cicatrizaban sus heridas. Se tocó el rostro, estaba húmedo. Necesitó varios minutos para recomponerse y aterrizar de nuevo al presente inmediato.

Visualizó la imagen de Aidan jugando al fútbol; al menos Héctor no estaría, porque la combinación de ambos era un auténtico infierno; no tenían fin, podían pasar las horas muertas jugando sin acordarse del reloj, el agua, la comida... Se lo tomaban demasiado en serio, ¿eso es lo que queréis hacerle a un niño pequeño? Llamaría a Jake y avisaría a sus padres, tocaba tarde de fútbol familiar. No iba a dejar que su sobrino... Paró en seco su pensamiento: había hilado en su monólogo interior el deseo de que Aidan fuese su sobrino. En la recepción de Ashley, mientras iban cogidos de la mano cruzando la sala, apreció atracción; fue un gesto íntimo, el resto de personas habían desaparecido para ellos.

Para Elena la cama se completaba después de un cortejo. Valoraba aquellos gestos tanto o más que un orgasmo intenso. Supuso que así era, en parte, porque no había deseado como debiera el cuerpo de la persona que la besaba, la tocaba o la penetraba. Pensó en Bea y replegó su pensamiento. Retomó la verdad de su hermano: tenía miedo. Miedo al pasado. Miedo al presente. Miedo a equivocarse de nombre al besar a otra mujer. ¿Qué estás haciendo, Héctor, cerrar tu pasado o huir de Ashley? Suspiró decepcionada: ambas cosas. Pronto, si no lo había hecho ya, compraría el billete para España. Se marcharía para no enfrentarse a la posible conexión con otra mujer. En eso, ella era toda una experta.

Su cabeza desestructurada y desarmada deseó que Bea estuviese allí. Revivir el suave tacto de

sus dedos acariciándole el rostro y la mano durante el trayecto hacia el hospital. Hubiese preferido que en lugar del hospital la hubiera llevado a casa, y desde ese día y para siempre, haber disfrutado del abrigo de su pecho, oliendo su fragancia y desatando su piel anudada entre muros de contención.

Deseó estar dentro de su deseo, formar parte de ella y convertirse en un solo ser; tantas veces como el cansancio y el sueño les hubiese permitido completar.

Jake entró en la habitación, había ido a visitarla. La idea de jugar al fútbol le desagradó, detestaba ese deporte; pero no le quedaba otra, su amiga era muy testaruda y no la haría entrar en razón. Arrastró a su madre, con el pastel de manzana aún tibio, y pidió a César que elaborase un bonito centro de mesa con plantas del vivero.

**SAOIRSE, BEATRIZ, AIDAN, ASHLEY, BEN,  
BROOKE, ELSA, CÉSAR, ELENA Y JAKE**

DE LA VIVIENDA DE SAOIRSE A LA FINCA CHALICE (BRISBANE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Tarde Saoirse había dormido en casa de Héctor con Bea. Una solución improvisada, después de ver a su exmarido en la recepción de Ashley. No le gustaba salir de su entorno conocido, pero en un caso así prefería compañía y alejarse de las cuatro paredes habituales. No cuajó la excusa de la indisposición repentina de Héctor; mientras salía por la puerta, lo vio. Prefirieron cerrar la puerta al pasado, sin provocar enfrentamientos.

La diseñadora le envió un mensaje para confirmarle que él ya había dejado la ciudad. Después del divorcio, tras varias tentativas iniciales de acercamiento, desistió en el empeño de reiniciar la relación. La orden de alejamiento y, en última instancia, las medidas disuasorias de Bea terminaron aquella partida a su favor.

Estaba sentada en el porche de su nueva casa, apurando un pitillo. Habían quedado con Aidan para jugar al fútbol. Adoraba ese deporte. Le enseñaría a jugar, nadie llamaba paquete a un miembro de la familia. Le haría trabajar duro, aunque solo tuviese cuatro años, y acabaría siendo el mejor del colegio.

Después de varios minutos conduciendo, dándole vueltas al asunto, Bea decidió hablar con ella.

—Verás, Saoirse, te recuerdo que solo tiene cuatro años.

Para ser sincera, si estuviera Héctor aquí, ni siquiera te lo hubiese propuesto. Voy a darte carta blanca, no hagas que me arrepienta.

—Está bien, lo he captado. Puestos a echar cosas en cara, aún estoy esperando mi nueva agenda —replicó la dueña de la inmobiliaria haciendo un suave vaivén con el cuello.

Entregó un papel doblado a Saoirse. Ella lo leyó.

—Estas cosas ya han pasado. Algunas son de hace varios años; bueno, estas últimas son de esta semana. —La dueña de la inmobiliaria sonrió.

—¡Uy! ¡Qué tonta! Me he equivocado de papel. —Le dio otro.

—A ver. Enseñar a Aidan a jugar al fútbol, si no me convierto en una loca del deporte. Viernes, colaborar con las monjas en la Escuela Capaz. Solo hay dos cosas.

—Dale la vuelta al papel.

—Madre mía, la lista es enorme, no me va a dar tiempo a hacerlas todas. Gracias. —Saoirse leyó con detenimiento la lista, acariciando con delicadeza cada una de las propuestas de su amiga.

—Abre la guantera.

Dentro había un regalo. Bea le había diseñado una agenda personalizada. Comenzaba con una cita de Honoré de Balzac: «Aunque nada cambie, si yo cambio, todo cambia». En segundo lugar, recogió dedicatorias de sus seres queridos. Posteriormente aparecía el calendario, en el que

incluyó una marca de agua de sus ojos. Acto seguido se abrió el semanario con fechas clave prefijadas: cumpleaños, aniversarios, entrega de documentación...; además reseñaba las ayudas que había prestado durante esa semana, con el nombre del beneficiario. En la parte inferior del semanario incorporó varios renglones en blanco. Después de cada uno de los meses, a modo de separación entre uno y otro, insertó fotografías y anécdotas que había compartido con sus seres queridos. Concluyó añadiendo el significado de su propio nombre: Saoirse.

Pasó varios minutos estudiando el obsequio. Algunas de las anécdotas y comentarios provocaron que su mirada se vitrificara de forma creciente hasta que el cristal licuado brilló en el rostro.

Nunca había alcanzado la felicidad de ese modo; comprendió el significado que su amiga le otorgaba al llanto. Una sonrisa fue abriéndose paso entre las lágrimas. Talló ese instante en la memoria, más tarde lo reseñaría como la primera vez que la hicieron llorar de alegría. Echó en falta un apartado para escribir las aportaciones de otras personas a su vida. Revisó la agenda, podría usar los renglones vacíos que había añadido debajo del apartado de ayudas prestadas.

—Lleva su tiempo hacerte una agenda a medida, ¿sabes?

—señaló la diseñadora con retintín, retomando el hilo de la conversación.

—Me encanta. Ha merecido la pena la espera. ¿No has puesto portada? —preguntó Saoirse extrañada.

—Eso te toca a ti. Abre la guantera de nuevo, coge la bolsa.

Extrajo papel cortado en el mismo tamaño que la agenda, lápices de dibujo y un recibo de tres meses pagados para comenzar clases de pintura dos veces a la semana.

—Es regalo de Héctor, Elena y mío. Él habló con Elena —matizó Bea.

—Muchas gracias.

Envío un mensaje a cada uno para darles las gracias. Además, a Elena le dijo que luego la llamaría, después de enseñar a Aidan a jugar al fútbol.

Ashley les recibió en la puerta con su hijo, que corrió como un torbellino para saludar a su hermana. Miró a Saoirse; no era Héctor. Se presentó.

—Yo soy Aidan, ¿y tú?

—Saoirse.

—¿*Sarsi*?

—No, Saoirse.

—*Sarsi* —repitió Aidan, tratando de imitar los sonidos.

—No te preocupes, puedes llamarme *Sarsi* si me das un abrazo como el de Bea.

El niño miró a su madre, solicitando así el permiso; lo obtuvo.

—Vale. —La abrazó.— ¿Qué traes en la caja?

Ashley agradeció el gesto. Saoirse sacó una pelota de goma y varios conos para señalar las porterías y el campo. Luego extrajo

del maletero un bizcocho de chocolate casero. Comenzaron realizando algunos pases con Aidan; comprobaron cómo intentaba controlar la pelota con ayuda de la mano. Bea señaló el campo con Ashley, mientras Saoirse indicaba al niño cómo colocar el pie para recibir la pelota, disparar, pasar... Notó que prestaba mucho interés: aprendería rápido.

Paró la pelota, se agachó a la altura de Aidan para hablar con él y entrecerró los ojos. Puso voz grave:

—Vamos a dejar clara una cosa: ¿tú sabes que los niños pequeñitos no juegan al fútbol?

—Yo no veo aquí a ningún niño pequeñito. —Aidan imitó el gesto corporal y el tono de voz. Miró hacia todas partes para corroborar sus palabras.

—Estupendo. Eso me ha parecido. —Ambos sonrieron.

Saoirse le hizo cosquillas en la barriga.

Ashley y Bea espiaban desde una distancia prudencial la conversación entre Saoirse y Aidan. El niño había congeniado a la perfección con Saoirse, le hacía reír, y notó que había mejorado un poco en el dominio del balón. Se sumaron a ellos.

—Bien, ya está listo el campo. Comenzarás con un discurso, ¿no? —preguntó Bea con socarronería.

—Por supuesto, ¿qué te has creído? Sentaos en el escalón.

Ben y Brooke se asomaron a saludar a los recién llegados e hicieron el amago de marcharse.

—¿Dónde creen que van? Ustedes también juegan; al escalón. —Señaló con la mano dónde debían sentarse.

—Pero... Yo iba a preparar una limonada para después —se excusó Brooke.

—No hay peros. ¡Siéntense! —ordenó Saoirse con una sonrisa incipiente.

—¿Es siempre así? —preguntó Ben a Bea.

—No, en realidad suele ser dulce y bastante tímida con las personas desconocidas.

—¿Entonces? —cuestionó Brooke estupefacta.

—Se toma muy en serio los deportes en general, y el fútbol le apasiona. Aunque no lo crean, está siendo bastante comedida.

Jugaba en un equipo, siempre ganaban. Era la capitana, no os digo más.

Saoirse escuchó a Bea. Le guiñó un ojo. Empezó el discurso.

—El fútbol es un deporte, un gran deporte de equipo. Vamos a divertirnos todo lo que podamos, respetando las reglas y a... Aidan levantó la mano. La capitana le cedió la palabra.

—¿Cuáles son las reglas del fútbol? —preguntó arrugando el entrecejo.

—¿No sabes cuáles son las reglas del fútbol? —Puso los ojos en blanco y parpadeó varias veces llevándose la mano al pecho.

Aidan rio de forma progresiva hasta llegar a una carcajada sonora, que contagió a todos los presentes—. Por favor, ¿qué enseñan hoy en día en la guardería?

—Muchas cosas, pero de fútbol nada —contestó mirando fijamente a Saoirse, a su madre y a Bea, terminando el recorrido de nuevo en la capitana—. Eres muy divertida.

—Lo sé, no puedo evitarlo. —Esperó a que todos recobraran la compostura para continuar—. De acuerdo, comencemos.

Intenta ponerte serio, Aidan. —Saoirse apretó los labios para no volver a sonreír, pero el niño volvió a reírse, se levantó y la abrazó.

Lo cogió en brazos.

Jake, Elena y sus padres estaban acercándose al grupo.

Saoirse había dado por imposible hacer un discurso; pero apreció que el ambiente se había relajado. Aidan estaba ansioso por empezar a jugar, miró perplejo a la capitana y le apuntó en el oído: —Tenemos que hacer los equipos.

—Es cierto. Aidan, Bea y yo contra todos los demás.

—No estoy de acuerdo —interrumpió Elena incorporándose a la conversación. César, Elsa y Jake saludaron de manera informal—. Los equipos no están compensados.

—¿Eso quiere decir que vosotros también jugáis? —preguntó la capitana.

—Sí —confirmó Elena. Dio un beso en la mejilla a Aidan y luego miró a Saoirse de forma desafiante.

—Muy bien. Entonces tú juegas en el mismo equipo que Aidan y yo, no quiero que nos despatadas en las espinillas.

—¡Jum! —exclamó Elena con indignación fingida.  
—¿Dulce y tímida? —susurró Ben mirando a Bea.  
—Sí, así es. Pero hay que esconderle la pelota —bromeó la diseñadora.  
—Os he escuchado. Haré que mordáis el polvo en el campo  
—amenazó Saoirse.

Hicieron los dos equipos: Bea, Ashley, Jake, Ben y Elsa contra los otros cinco. Bea y Saoirse chocaron sus hombros en señal de reto, con sorna. Aidan miró a Bea, ella se puso a su altura y repitió el gesto con él; acto seguido se tiró de espaldas al suelo y simuló una lesión en el hombro. Guiñó un ojo a Ashley.

Se revolcó en el suelo quejándose. Su hermano fue a pedirle disculpas y a ver cómo se encontraba. Ella lo atrapó y le hizo cosquillas en la barriga.

Elena resopló para sí cuando Saoirse expuso que ella marcaría a Bea y le apuntó que le correspondía presionar a Ashley.

Elsa decidió marcar de cerca a su marido, y provocaron más de una risa. Le ponía nervioso. Ashley, Ben, Brooke y Jake se esforzaron en la medida de sus posibilidades. Con cada gol hicieron cambio de portero. Bea protestó cuando llegó el turno de Aidan, porque le paraba todos los goles. Ella y Saoirse rivalizaban con presteza por la pelota, pero eran benevolentes con el resto, la pasaban en cuanto tenían la posesión o se la dejaban arrebatarse. Saoirse hizo varios pases de gol a Aidan, quien apuntó tres tantos. El partido finalizó con un resultado de 5-3 a favor del equipo de Aidan. Ashley se despidió de los invitados y subió a duchar a su hijo.

Elena percibió cómo Bea disfrutaba como una niña pequeña con el juego. La vio sacar un cronómetro del bolsillo. En un principio creyó que era para controlar el tiempo del partido, pero cuando se despidieron observó que lo detenía. Las veinticuatro horas con Bea corrían, a favor o en contra de ella, no reconocía qué prevalecía, si las ganas de parar el tiempo o de huir de la tentación, cada vez más cercana.

## **ELENA Y BEATRIZ**

DEL HOGAR DE ELSA Y CÉSAR A LA RADIO, GIMNASIO Y ALREDEDORES  
(BRISBANE)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Noche

Elena llegó a casa, se duchó y se vistió para acudir al programa de radio. Le sorprendió ver a Bea en la puerta, esperaba para hacer de chófer. Llevaba el cronómetro en la mano. Se lo entregó: la cuenta marcaba tres horas y veinticinco minutos. Lo tomó entre sus manos y lo encendió. Saludó de forma cortés pero neutra y se subió al coche. Rehusó que le abriese la puerta. Paró el cronómetro cuando entró en la radio, a las cuatro horas y diez minutos. No hablaron. Ni le dio las gracias por llevarla al hospital. Nada, ni tan siquiera un cruce de palabras sobre el tiempo. Bea se concentró en la carretera y ella en bloquear sus pensamientos y apetencias.

Guardó la mano en el regazo.

El programa duraba dos horas. Bea aprovechó para acudir al gimnasio; a esa hora había un grupo que practicaba *parkour* y free running por los alrededores. Hicieron uno de los recorridos habituales, tras salir en cascada. Uno de los tramos se le resistía y tuvo una caída bastante aparatosa. Fue al gimnasio a ducharse y cambiarse de ropa.

Bea recogió a Elena y la llevó a casa. La doctora puso la radio de su coche, tenía en modo repetición la canción de LP *Lost on you*. La diseñadora sonrió ante una parte de la letra; sintió en su rostro y en sus manos cómo se deleitaba al escuchar ese fragmento. Dejó la mano sobre la palanca de cambios. Elena puso la suya encima.

Elena se resistía a quebrar la melodía, convertida en su aliada. Beatriz contempló la mano de

la doctora sobre la suya, intuyó sus intenciones de retirarla y le susurró: —Solo lo haces para que añada diez minutos más a la cuenta, ¿verdad?

—Sí —musitó agradeciendo aquella mentira y, dándola por buena, deslizó sus dedos por aquel fragmento de la piel de Bea que le pertenecería mientras durase el trayecto a casa.

Se alimentaron del hilo musical durante el resto del camino.

El cronómetro marcaba cuatro horas y cincuenta minutos.

## CAPÍTULO 41

### BEATRIZ

#### CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Domingo, 12 de febrero de 2017 Madrugada

Bea estaba de pie inspeccionando cada una de las puertas selladas de la esfera. Algunas se difuminaban y desaparecían, y otras nacían en forma de pequeño rectángulo de unos pocos centímetros, e iban creciendo a un ritmo vertiginoso, solapándose con las ya existentes. Giró sobre sí misma para observar cómo el mismo ciclo se repetía en los 360°. Las paredes se sumaron al movimiento, aumentando de forma progresiva la velocidad. Sintió vértigo y paró. La fortaleza la imitó.

Llamó al fuego; las llamas brotaron en el centro de la estancia, reclamando alimento para consumirlo y hacerlo cenizas.

Seleccionó una de las llaves atadas al cuello con un pesado cordón como un yugo. Probó con una cerradura al azar, sin resultado.

La esfera giró como una ruleta y mostró un número definido de intentos. Escogió otro de los habitáculos. Tampoco se abrió. Fue repitiendo la misma secuencia durante horas. Estaba decidida, había llegado el momento de limpiar el pasado, averiguar qué había detrás de aquellas puertas. La luz del fuego se extinguiría pronto, así que se dio prisa. Usó una vez más la misma llave, y oyó el clic que abría el pasado y le ofrecía un presente, una subcarpeta con un título ilegible. La tomó y la abrazó. Dolía, le quemaba el pecho.

Solo contaba con dos opciones: depositarla en su lugar de origen o arder en el infierno por lo que estaba dispuesta a hacer. La subcarpeta se abrió y mostró el grueso de los documentos que albergaba; folios y más folios, cada uno con el rostro de una mujer. De forma precipitada salieron de una en una hacia la hoguera y ardieron en ella. Oyó los gritos de sufrimiento mientras alguien disfrutaba de sus muertes, percibió los gemidos de placer entrelazados con los quejidos de dolor y espanto; el llanto de las víctimas y de los seres queridos, mezclado en una pasta viscosa con una carcajada. La actividad cesó. Comprobó que había más mujeres esperando turno para ser devoradas recreando el infierno en vida. Un folio vibró tímidamente en la subcarpeta, salió de ella y quedó suspendido a un palmo de sus narices. El papel se transfiguró en una pantalla de televisor con puntos de diferentes tonos de gris. Sintonzó la cadena: una mujer en pie, con los brazos atados, esperaba su turno. No pudo ver su rostro, pero supo quién era. Su propio grito la despertó.

## CAPÍTULO 42

### MITCH

#### DESPACHO DE LA TIENDA DE INFORMÁTICA (BRISBANE)

Domingo, 12 de febrero de 2017 Mañana

Mitch estuvo de compras la tarde anterior; ya tenía todo lo que Bea indicó para el siguiente encuentro. Revisó las notas. Se hizo un *selfie*, pero no lo envió. No contaba con valor suficiente para hacerlo sin ella. La echó de menos: con ella, fuera de toda lógica, era él mismo, y le hacía sentir especial, a pesar de tratarlo como a un bicho raro. Sus ojos despiertos, en punta de estrella de colores infinitos, lo envolvían en cada uno de los repasos que realizaba a su cuerpo; su disconformidad se le antojaba ternura y complicidad. En ellos podría naufragar y olvidarse hasta de su nombre.

#### **BRIAN, JOHN Y ROBERT**

#### CASA DE JOHN (BRISBANE)

Domingo, 12 de febrero de 2017 Mañana

Brian tenía cuarenta y dos años y era divorciado y sin hijos, al menos reconocidos, como señalaba cuando la noche ya estaba avanzada y el alcohol y otras sustancias habían mermado su cordura, le recorrían las venas y desataban su lengua. Llevaba la cabeza afeitada para disimular las entradas, y tenía ojos redondos y orejas pequeñas y un poco despegadas. Tras la ruptura con su esposa regresó a casa con su madre; su padre la había abandonado y vivía con otra mujer quince años más joven. Un paso que admiraba y deseaba imitar. La vida era demasiado corta para fingir amor y doblegarse ante las ataduras de una sola mujer para toda la vida.

Los placeres de la carne contaban con un tiempo tope para disfrutarlos al máximo. Su fantasía más deliciosa era morir con su polla en la boca de una mujer, en un último orgasmo de despedida. De puertas para dentro, escuchaba a su madre y siempre le seguía la corriente. Aquella casa proporcionaba comodidades a las que no quería renunciar.

Brian y John recorrieron algunos bares durante la noche del sábado, hasta llegar al sitio habitual. Acordaron precio y servicio con una chica de pago: una felación para cada uno y doble penetración. Ambos se excitaban más compartiendo mujer.

Brian tenía sed de venganza. Sabía quién estaba detrás de sus despidos y no deseaba pasarlo por alto. Bebieron cerveza mientras encadenaban un porro tras otro. Se sentaron delante de la pantalla con un videojuego de acción. Entre partida y partida, con la sangre en ebullición, decidieron concentrar su ira en Bea: una puta sin precio.

Robert llamó a la puerta. Permaneció de pie.

—No son ni las siete de la mañana y ya estáis borrachos y fumados. Apuesto a que acabáis de terminar la fiesta.

Brian hizo un intento de réplica que Robert cortó:

—Sois unos ineptos. Hemos perdido el trabajo por vuestra culpa. Os recalqué que dejarais el rancho limpio, sin rastro. Y dejasteis las latas, los condones, las pilas... Os faltó colocar una nota de agradecimiento con vuestra foto follando y vuestra firma.

—Estábamos un poco pasados de rosca y nos olvidamos de recoger. Lo pospusimos para la mañana siguiente a primera hora, pero se nos adelantaron —expuso John sin mirarle a los ojos.

—¿Varias veces? ¡¿Sabiendo que estaban con la mosca detrás de la oreja?! Debería mataros con mis propias manos —imprecó levantando la voz—. ¿Cuándo vais a dejar de meteros tanta mierda? Otra vez nos ha salpicado en las narices.

—No es tan grave. No han presentado cargos —atajó Brian sin inmutarse.

—Las noticias vuelan, no será fácil encontrar otro trabajo.

—¿Qué vamos a hacer con la puta esa? Deberíamos darle un meneíto... —indicó Brian dando una calada larga al porro.

—¡No! Ni por asomo. Tienen vídeos. Hay un abogado de por medio, y mucha gente nos señalaría con el dedo. ¡Guarda tu polla dentro de los pantalones o yo mismo te la cortaré!

—¡No me hables así! —Intentó levantarse del sofá.

Robert lo agarró desde detrás por los hombros, sujetó su pelo con firmeza y apretó la garganta con la otra mano hundiendo los dedos en ella. El rostro de Brian enrojeció; intentó zafarse sin éxito. El verdugo le habló al oído en un susurro áspero y amenazante:

—Mejor te quedas quietecito. Si he dimitido es por el vídeo, no por tu amenaza de contárselo a César o a mi esposa. Eres un pedazo de mierda, nadie te echaría de menos. No lo olvides.

No intentes joderme o te mataré.

—Está bien, lo he entendido. Suéltame.

### ASHLEY Y SAM

#### FINCA CHALICE (BRISBANE)

Domingo, 12 de febrero de 2017 Mañana Ashley no pudo conciliar el sueño, sus pensamientos flotaban y rebotaban unos contra otros. Encendió el hilo musical; la pista uno atesoraba el secreto que solo otra mujer gris reconocía: el miedo a perderse de nuevo en el camino y que nadie, ni tan siquiera ella misma, le ofreciera una bocanada de aire fresco.

Tom le pegó una vez; pero sus comentarios hirientes, bajo la máscara del cariño e insertados entre frases hechas, siempre aguardaban detrás de la esquina. Recordó algunos de ellos: «Te lo digo por tu bien»; «Eres una mujer inteligente, ¿cómo es posible que no te hayas dado cuenta tú solita?». Sus monólogos comenzaban o terminaban con ese engranaje perfecto para sentenciar cualquier situación trivial del día a día. Dedicó buena parte de la noche a analizarlos: les sobraban o faltaban algunas palabras para que hubiesen sido formulados por una persona que la hubiera querido de verdad. Aun así, intentó encontrar otras conexiones con él.

No obstante, cada vez resultaba más difícil. Las típicas disputas entre parejas, por decirlo de algún modo, contaban con episodios cada vez más crudos; a veces sus ojos se inyectaban de odio, y se perdía durante periodos cada vez más largos. El primer golpe se lo asestó segundos después de tomar la decisión más importante de su vida: ¿Aidan o él? Aquel encontronazo con la auténtica esencia de Tom ratificó su elección. Pensó que el amor todo lo podía, incluso conducirla a besar agradecida las manos de la persona que estaba hundiendo a cañonazos su barco.

El insomnio había desatado dolor; entre lágrimas rehízo la maleta, siempre lista para emprender la huida.

Echó de menos la complicidad de sus exsuegros. Cuando regresó a Australia, con la clara intención de establecerse de forma permanente, no quiso atormentar a su familia con detalles sobre cómo había vivido el tiempo transcurrido desde el divorcio. Supuso que no lo comprenderían, y tampoco quería sumarlos a su estado de alerta constante. Ahora, con la maleta entre las manos, tuvo que reconocerse que una cosa eran las intenciones y otra bien distinta lo que haría si las pretensiones chocasen con la realidad. No expondría a su hijo al peligro de su padre. Imaginó cómo hubiese reaccionado otro marido al conocer la noticia: habría acariciado y besado la barriga, contento por la vida que se estaba gestando dentro; él, en cambio, le dio una patada.

Necesitaba consultarle a Zoe cómo enfocar los comentarios del colegio; quizás lo mejor fuera dejarlo correr hasta que las aguas se asentasen, pero ¿y si no lo hacían? No deseaba que marcasen a su hijo, un niño de cuatro años, por algo que no había hecho.

Tampoco vislumbraba el modo de exponerle a Héctor la realidad sobre la paternidad de Aidan. Legalmente era su padre, su hijo quería que lo fuese, y ella lo deseaba a él. Aquel asunto

causaría el efecto opuesto al pretendido por Sam, porque enturbiaba la posibilidad de conocerse sin la losa de los documentos y las expectativas de los demás. Intentó ponerse en el lugar de un hombre: saldría corriendo o interpondría una demanda contra Sam.

Héctor había emprendido el viaje para cerrar el pasado llevando las cenizas de Lara al lago de color rosa. Aún conservaba el anillo de casado, y en su dedo meñique llevaba otro, supuso que era el de ella. Recordó su confesión: «Hace mucho que no abrazo a una mujer que cuente». En un principio, aquello la animó, hasta que el miedo fue ganando terreno a un ritmo vertiginoso. Ella había conocido a Lara, una mujer que podía resumirse en varias cualidades: hermosa, con carácter, buena persona y con gran potencia sexual. Tuvo muchas experiencias antes que Héctor y decidió quedarse con él. ¿Por qué? Hiló infinidad de motivos y luego los redujo a dos: buena cama y buen cuerpo. Una ola de pánico se desbocó dentro: ella solo tuvo un momento íntimo con Tom, y era una experiencia que preferiría olvidar. Tal vez ellos practicaban un sexo poco convencional, y no deseaba entrar en ese mundo, donde el dolor y el placer iban cogidos de la mano. Pondría tierra de por medio: un deseo podía mitigarse con relativa facilidad, en cambio el amor no. Solo tenían en común una persona querida, Bea, y otra impuesta por Sam, Aidan. Dos hijos antes de cruzar las primeras palabras; una hermosa locura de la vida.

No sabía cómo reaccionar ante su exsuegro. Él había cruzado el límite de la legalidad y la había arrastrado con él a un mundo de incertidumbres. Cuando se sinceró con ella estaba tan enfadada que ni siquiera se detuvo a escuchar o solicitar sus explicaciones.

Detuvo la conversación y pidió tiempo para asimilar la noticia.

Se duchó. Aidan había salido con los abuelos maternos a dar un paseo y a jugar al parque. Ashley aprovechó para leer el informe de su padre, al que apenas había echado un par de vistazos en algunos ratos sueltos. No le gustaron los diseños de las etiquetas para las nuevas botellas de vino, los vio poco originales. Los nombres de la nueva remesa estaban por determinar. Y necesitaban prepararse para la vendimia, que ese año comenzaría en la última semana de febrero. Ya contaban con personal extra dispuesto a trabajar de noche para evitar el calor y, por consiguiente, que se estropease el producto. Sus ojos brillaron cuando recordó que el padre de Alice formaría parte de la plantilla aquel año; eso les ayudaría durante un tiempo a superar la mala racha económica.

La atormentaba el almuerzo familiar. Ben era hijo único, en cambio sus abuelos maternos habían tenido cinco hijas y tres hijos; Brooke era la menor de todos ellos. Tenía veintidós primos y muchos tenían descendencia. Había quedado en presentarles a Aidan al resto de familiares que no habían podido asistir a la recepción. Decidió que trataría la adopción de Bea sin mencionar que la compartía con Héctor; obviaría el asunto sobre la paternidad de Aidan hasta que clarificase el tema. No quería que se enterase por terceras personas: el mundo era un pañuelo lleno de mocos, y ese tipo de noticias, con la aureola de secreto, corrían como la espuma.

Temía a la prima Lulú, y al rechazo manifiesto que profesaba hacia el tío Charlie y su amigo Billy. No le había preguntado a Bea sobre sus apetencias en la cama ni había surgido ninguna conversación al respecto, pero Zoe y Elena daban por hecho que le gustaban las mujeres, o al menos eso le pareció. Llegado el momento, encontraría el modo de controlar la lengua de su prima; algún día se la mordería y el veneno la mataría.

Ashley observó desde la ventana cómo Sam se acercaba. Resopló angustiada, no deseaba más charlas tortuosas ni más temas que tratar con la almohada. Se hallaba al límite, y no deseaba perder los papeles ni arremeter su mal humor contra nadie.

El rostro de Sam reflejaba pesar. Ella le ofreció una taza de café y un trozo de bizcocho de chocolate de Saoirse. Fue directo al grano, solo tenía una cosa que añadir al respecto:

—Lo siento.

—Te pedí que pusieses mis apellidos —recordó Ashley.

—No es tu hermano, es tu hijo. Un niño necesita un padre...

—Tú lo acabas de decir, es mi hijo; por tanto, yo tenía y tengo derecho a hacer las cosas a mi modo —interrumpió la enóloga.

—Ashley, me pareció la mejor opción...

—¡Te equivocaste! —cortó ella de forma tajante.

Sam tomó aire, las manos le sudaban y notaba cómo el corazón latía a un ritmo frenético. Se llevó las manos a los bolsillos para secarlas con disimulo. Las extrajo y se sintió como si estuviese desnudo ante ella. Heather, Ashley y Aidan eran las personas a quienes más quería y las más importantes para él; debía encontrar el modo de arreglar la situación entre ellos y, por ende, una solución que satisficiera a ambas partes.

—Déjame exponer mis argumentaciones, por favor.

Ashley hizo de tripas corazón.

—De acuerdo, te escucho.

—Tuve miedo. Lo he visto otras veces, en el despacho: uno de los progenitores reclama la paternidad de su hijo con la única intención de conseguir un acuerdo mejor, o para hacer daño a su expareja. No quería eso para ti. Abrí la carpeta con los documentos de la adopción compartida de Bea y me pareció lo más sensato.

Es un buen hombre.

—Puede demandarte —dictaminó ella.

—Asumiré las consecuencias. Te exculparé.

—Héctor no va a creerse que yo no sabía nada, yo no lo haría en su lugar. Además, no es tan fácil. ¿Y si quiere hacer de padre legal? ¿Podría solicitar la custodia de Aidan y quitarme a mi hijo? —La confirmación de Sam llegó en forma de lágrimas.

Ashley se levantó y se asomó por la ventana; verificó que Aidan jugaba fuera. No se permitió llorar delante de él, pero sintió cómo la angustia se estaba desperezando en su interior y pronto la embargaría por completo—. Necesito estar sola.

—De acuerdo. Me iré. Hablaré con él.

—¡No! Mantente al margen. Ya has hecho bastante —concluyó Ashley con aspereza.

CAPÍTULO 43  
**BEATRIZ**  
CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Domingo, 12 de febrero de 2017 Mañana

Bea cogió un libro y se sentó en el porche con un café con leche. Sumergirse en la lectura le evitaría rumiar su sueño y tratar de realizar averiguaciones sobre las puertas selladas de su fortaleza.

Una habitación en forma de esfera, sin principio ni final, blanca, limpia y ordenada, con carpetas que clasificaban su mierda pasada y presente. Nombró sus pensamientos pospuestos: hombre de los nueve dedos y medio, familia biológica, Héctor. Abrió el libro:

La chica del tren, de Paula Hawkins, y con él la válvula de escape que representaba un mundo ficticio, donde los sufrimientos de los personajes impresos no podían dolerle porque no eran reales.

**ELENA, BEATRIZ, SAOIRSE Y ELSA**

HOGAR DE CÉSAR Y ELSA Y CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Domingo, 12 de febrero de 2017 Mañana

Elena había pasado la noche en blanco. El sueño no quiso atraparla y decidió pasar las horas muertas delante del puzle del koala y gastar los pensamientos en Bea. Hizo dos paradas para tocarse en medio de la noche, guardándose de no romper el silencio y el descanso de sus padres con gemidos de placer. La primera vez fue suficiente con imaginar sus besos. En la segunda, puso otro final al mareo que padeció delante del letrero del restaurante No Ni Na: Bea la llevaba a la cama. Elena admiraba las tonalidades de sus ojos y las curvas de su cuerpo bellamente esculpido bajo la fina capa de piel artificial de un vestido negro. La desnudaba entre caricias íntimas y contemplaba su rostro mientras degustaba sus pechos y le ofrecía el culmen de placer entre sus dedos.

Comprobó el cronómetro: cuatro horas y cincuenta minutos en su cuenta. Si deseaba acabar con la tortura, tendría que acelerar el tiempo y no vivirlo con cuentagotas, así lo único que conseguía era crearse expectativas románticas y sexuales en cada uno de los encuentros, y tarde o temprano perdería de nuevo el control.

Siguiendo un orden ascendente, aunque no cronológico, sobre la ausencia de dominio de sus sentimientos, podía señalar varios fragmentos. Para empezar, la mañana del sábado permitió que acariciara su mano durante el recorrido hacia el hospital; y reconocía que el tono de voz era una invitación, no se correspondía con el discurso. Perdió la crudeza y a cambio obtuvo unas anotaciones para su diario: «Esa es la Elena que me gusta». Las saboreó releendo una y otra vez ese fragmento.

En segundo lugar, durante la noche de ese mismo día, en el trayecto que la devolvía a una cama sin compañía, utilizó una canción para provocar un acercamiento; lo obtuvo: su mano permaneció sobre la de ella hasta que llegó a casa de sus padres. Notó cómo las puntas de sus dedos ardían con el cálido contacto de su piel. Observó con detenimiento sus manos finas y delicadas y su hermoso rostro. Bea se percató de que la estaba estudiando, y una sonrisa asomó por la comisura de sus labios.

En tercera instancia, y paradójicamente al comienzo de la semana, cuando aún no había empezado las veinticuatro horas con Bea, en la recepción de Ashley le pidió una tregua y ella se la concedió. Intuía cuál había sido su reacción mientras hablaban, se giró de espaldas al resto de personas de la fiesta para que no viesen su rostro, su sonrisa, la necesidad de tenerla cerca en ese

instante tan crucial en su vida. Bajó la guardia por completo, la tocó en dos ocasiones.

Para finalizar, ese día al llegar a casa hizo un resumen exhaustivo de la noche, para no olvidar ningún detalle, y concluyó con sus palabras: «Me has dado todo cuanto necesito». Sin embargo, había sido tan poco y tan breve... Su coche la llevó frente a la casa de su hermano aquella misma noche, para preguntarle por qué habían salido tan repentinamente de la fiesta, una excusa que le devolviese la oportunidad de abrazarla, tantas veces malgastada; pero no tuvo fuerzas para entrar, apagó las luces y el motor y esperó a que leyese su pensamiento. Vio su silueta en la ventana, Bea le dio al interruptor. Cuando salió de la casa y se estaba acercando hacia su vehículo se fue. Evocó cómo su figura empequeñecía en el espejo retrovisor hasta que se fundió con el horizonte. Sus lágrimas otra vez estaban allí para recordarle su cobardía.

Se duchó e hizo una mochila con algo de ropa limpia y un pijama. Permanecería en casa de Héctor hasta que los dígitos del cronómetro la liberasen de su tormento. Miró dentro del buzón.

No había carta. Gruñó decepcionada.

Aparcó frente al portón y saludó a Bea desde la puerta; estaba en la entrada leyendo, como era habitual en ella, una novela negra. Reconstruyó su pensamiento y endureció las facciones: no debía dejar traslucir sus sentimientos ni dar rienda suelta al deseo.

Extrajo un manual de medicina del coche y se sentó a su lado.

Puso el cronómetro.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó la diseñadora.

—No —contestó Elena.

Compartieron algo más de tres horas de silencio y algunas miradas cruzadas. Elena vio cómo paraba el reloj; volvió a encenderlo.

—Voy a ducharme, yo sola —matizó Bea.

—De acuerdo. —La doctora le dio a la pausa.

Abrió un botellín de agua y se sentó en la mesa de la cocina.

Estaba reluciente. Desde que Bea empezó a vivir con Lara y su hermano la casa había experimentado una mejoría considerable en cuanto al orden y la limpieza. En la nueva además se añadía que la ausencia parcial de muebles y decoración proporcionaba a la estancia la apariencia de un piso piloto. De repente comprendió uno de los motivos por los que Elsa la adoraba: compartían la obsesión por la pulcritud y las cosas bien hechas. Bea salió de la ducha y abrió el portón. Elena encendió de nuevo el cronómetro.

—¿Me estás echando? —preguntó Elena.

—No, Saoirse está llegando. He quedado con ella para comer. Puedes acompañarnos, donde comen dos comen tres.

—De acuerdo.

Saoirse entró al recinto. Bea la ayudó a sacar las cosas del maletero: el maletín del portátil, unas películas y una mochila con ropa. Ambas prepararon la comida. Elena se instaló en la mesa de la cocina con un libro y algunos apuntes.

Después del almuerzo, Elena recogió la mesa y colocó los platos en el lavavajillas. Observó cómo los utensilios y cacerolas utilizados ya estaban limpios y en su lugar. La diseñadora barrió debajo de la mesa, pasó la fregona y recolocó la decoración del piso piloto. Saoirse entró al baño a ponerse ropa informal. Se acomodaron en el sofá para disfrutar de una tarde de cine y palomitas. Saoirse y Bea se sentaron en un sofá y la doctora se tumbó en otro; se durmió a los pocos minutos: la noche sin pegar ojo pasaba factura.

—¿Te ha llamado Héctor? —se interesó Saoirse.

—No. Me ha dejado varios mensajes y me ha enviado algunas fotografías del lugar que ha

seleccionado para Lara.

—¿Sigues enfadada con él? —preguntó Saoirse mirando hacia atrás. Tenía su espalda sobre el pecho de Bea.

—Cuando llegue le cortaré los huevos y lonchearé su enorme polla.

—O sea, que sí estás enfadada.

—¡Uf! No quiero hablar de eso ahora. —Señaló a Elena, tumbada en el sofá.

—Está dormida —dijo Saoirse vocalizando sin emitir sonidos. Su amiga negó con la cabeza.

—¿Cómo llevas tu nueva agenda?

—Bien. Me encanta. Os lo agradezco mucho a los tres.

¿Cuándo repetimos una tarde de fútbol con Aidan?

—No sé. Hoy Ashley iba a visitar a su familia con él.

—¿Por qué no has ido con ellos?

—Es mejor que ella les hable de mí antes de presentarme por las buenas.

El teléfono sonó. Elsa proporcionó a Bea un mazazo de realidad que no esperaba. Elena se incorporó en el sofá. Escuchaba la voz entrecortada de su madre tras el teléfono.

—En las noticias han hablado de un accidente en el lago Hillier: un helicóptero ha tenido problemas durante el despegue.

Todos los integrantes están siendo atendidos por el servicio de urgencias. No han aportado ningún dato más. Lo he estado llamando y no me coge el teléfono. ¿Qué podemos hacer?

—Ya me hago cargo yo, no te preocupes —se comprometió Bea.

Bea sacó el móvil y llamó a Héctor; no contestó. Consultó en internet el teléfono que habían dispuesto para dar información a los familiares. La línea estaba saturada, saltaba el contestador automático. Finalmente atendieron su llamada. No aportaron ningún dato más a la información con la que ya contaban.

## ASHLEY Y BILLY

HOGAR TAYLOR (BRISBANE)

Domingo, 12 de febrero de 2012 Tarde Ashley sujetaba una taza de té entre las manos; rodeada de su familia se sentía segura. Siempre había alguien con quien contar y otro que extraía unas risas, incluso debajo de las capas de profundidad de su semblante. No obstante, no expuso sus preocupaciones y evitó cualquier conversación que las desencadenase.

Las explicaciones acababan siendo precisamente eso, un requiebro de palabras para exculparse de algo no realizado de forma conveniente. Siguiendo esa línea, aprovechó cuando la mayoría de sus parientes se hallaba presente en el salón principal para dar la noticia de la adopción de Bea. No añadió detalles innecesarios, y en ningún momento nombró a Héctor. Respondió a las preguntas de Lulú sobre su edad y el color de su piel, y apreció el gesto de incomodidad que contagió a algunos de los presentes. En una familia con tantos miembros eran de esperar las respuestas dispares; sin embargo, la mayoría lo aceptó con agrado y solicitó conocerla en persona.

Aidan se presentaba solo. Descubrieron que cuando lo bañaban a besos le provocaban una risa contagiosa, así que pasó buena parte de la tarde de mano en mano recibiendo mimitos. Con cada nuevo abrazo buscaba la aprobación de su madre. Era un gesto aprendido; Ashley le repetía hasta la saciedad: «No puedes confiar en todo el mundo, hay gente mala y pueden hacerte daño».

Algunos primos de edades aproximadas a la de Aidan llegaron y comenzaron a jugar al fútbol, absortos, durante horas. Hacía mucho calor, así que Ashley les ofreció en varias ocasiones agua, limonada recién hecha y refrescos.

Billy se acercó a Ashley, intuía que algo no marchaba bien.

Su sobrina política favorita, al igual que de muchas otras personas de la sala, siempre andaba de un lado para otro afanada en miles de tareas, creando momentos inolvidables para alimentar la memoria. Ese día se hallaba más parada de lo habitual.

—Gracias por pasar a recogerme y traerme tú. Charlie no quería que viniese, pero yo deseaba conocer a Aidan y estar con vosotros. Sois una familia estupenda. —Apretó los labios resignado antes de exponer su preocupación—. Él tiene que marcharse pronto, trabaja esta noche.

—Has venido conmigo, yo te llevo a casa. Guardaremos las formas.

—Gracias. Dime, ¿qué te preocupa?

—Nada. Yo siempre estoy bien. —Ashley arqueó una ceja.

—No te creo, ya nos conocemos. Te ayudaré —dijo de forma condescendiente—. Da igual la edad de Bea y el color de su piel, Lulú encontraría cualquier otra cosa para provocarte malestar. Ella es así con todo el mundo, y en especial contigo.

—Lo sé.

—¿Bea es la hija de Héctor? —susurró Billy.

—Sí, ¿cómo sabes eso? —preguntó Ashley asombrada.

—Yo sé muchas cosas: trabajo en peluquerías.

—Eres proveedor —matizó la enóloga.

—¿Ves?! En muchas peluquerías y tiendas de belleza. Ese hombre es muy conocido aquí, las mujeres y... lo adoran.

—Ya veo. —Ashley sonrió ante el espacio en blanco del discurso—. ¿Y tú qué opinas?

—Es alto, guapo, sin malicia, trabajador, fiel y leal. —Remarcó los dos últimos aspectos.

—¿Tú también quieres que él y yo...?

—Yo no he dicho eso. De hecho, me lo quedaría para mí.

—Se lo diré a tu hombre, a mi tío Charlie —susurró. Ella le saludó en la distancia.

—Eres una mujer horrible, no sé por qué me he acercado a hablar contigo.

—Porque soy tu sobrina preferida.

—¡Jum! —Arrugó la nariz—. No sé de dónde has sacado eso.

—Salta a la vista. —Ella le guiñó un ojo.

Ashley le dio un giro a la conversación: conocía bien las preocupaciones de Billy.

—¿Habéis hablado sobre el tema de comunicar a la familia

lo vuestro?

—Sí. Llevamos toda la vida juntos, y sé que la familia lo comenta, pero tu tío no quiere dar ese paso.

—¿Y tú?

—No es algo que me importe, me da igual —expuso Billy en tono neutro mientras atisbaba a Charlie.

—¡Mientes fatal!

—Lo sé; quizás Bea nos ayude —hiló con otro de los temas que imaginaba que podían preocupar a su sobrina política; por su reacción, comprobó que sus sospechas habían sido infundadas.

—Entonces es cierto que ella es... —La enóloga dejó la frase a medias: Lulú se acercaba hacia ellos.

—Lo es. ¿Te importa? —preguntó Billy.

—Sabes que no.

Guardaron unos minutos de silencio, disfrutando del trasiego familiar, hasta que Lulú se alejó de ellos a una distancia prudencial.

—Gracias por lo que has hecho antes —declaró el proveedor sumergiéndose en los ojos verdes de Ashley.

—No sé a qué te refieres —mintió ella con una sonrisa amplia.

—Has puesto a tu hijo en mis brazos y me has presentado como tío Billy.

—¿Quién va a creerte? No había testigos. —Ambos sonrieron.

CAPÍTULO 44  
**BEATRIZ, SAOIRSE, ELENA Y HÉCTOR**  
CASA DE HÉCTOR Y ALREDEDORES (BRISBANE)

Domingo, 12 de febrero de 2017 Tarde

La información en torno al accidente del lago Hillier estaba herméticamente sellada. Los telediarios no aportaron datos sobre el número y los nombres de los integrantes del helicóptero ni sobre el estado de las víctimas. Bea se impuso prudencia; esperaría hasta el amanecer: si no añadían nada nuevo o no contactaba con Héctor, sacaría los billetes de avión para ir al lugar de los hechos.

No pudo resistirse a establecer paralelismos entre este suceso y la muerte de Lara. Ella murió en un accidente de tráfico que invadió durante semanas los noticieros y los periódicos. Tal vez este posible final en la vida de Héctor fuese el broche de oro que cerraba su historia de amor: con las cenizas de ella entre las manos, se fundirían en un último abrazo de fuego. Incluso en ese caso, habría preferido acompañarlo a una tumba de hierro y chapa que quedarse al margen, destrozada por su muerte.

Bea llamó a Elsa para transmitirle que no había conseguido ningún dato nuevo. Saoirse la llevó a la habitación y colocó ropa deportiva sobre la cama. Esperó fuera hasta que se vistió. La condujo hasta la sala del gimnasio instalado en casa. Le puso los guantes de boxeo e hizo el amago de ponerse otros para practicar juntas.

—No, te haría daño —replicó Bea.

—Está bien, golpea el saco. —Lo señaló—. ¿Quieres que me quede contigo o espero fuera?

—Prefiero estar sola.

—Si hay novedades te avisaré; consultaré internet y llamaré al número de atención a las familias cada veinte minutos. —Dejó el móvil de Bea cerca de ella. Saoirse puso de hilo musical al grupo The Cranberries, el preferido de Lara, Héctor y de ellas. Supuso que desearía tener una especie de conexión con ellos. Seleccionó una de las canciones preferidas de Bea: *Hollywood*. Dio por hecho que necesitaba golpear el saco a diferentes ritmos y con diferentes grados de contundencia. Cerró la puerta tras de sí.

Pasó más de una hora golpeando el saco con decepción e ira, pero sobre todo miedo. Salió envuelta en sudor. Miró a Saoirse, que esperaba fuera sentada en el suelo, con el móvil en el regazo y Elena al lado. Corroboró que no había noticias.

—Voy a salir a correr —indicó Bea con la mirada perdida.

—De acuerdo —contestó Saoirse—. ¿Quieres que te acompañe?

—No. Llevaré el móvil, ¿de acuerdo?

—Sí.

Desde la muerte de Lara no solo corría para huir del pasado, visualizándolo detrás, más lejos con cada zancada. Además se distanciaba de los sentimientos presentes que no deseaba albergar.

Todo el mundo perdía a seres queridos a lo largo de la vida, pero no soportaba la idea de no volver a ver a Héctor. Él aunaba en una sola persona vínculos de diversa índole: padre, hijo, hermano, amigo.

Era el único hombre al que dejaba que la tocara, y a quien abrazaba y besaba sin contenciones. Formaba parte de ella, no era necesario penetrar a una mujer para estar dentro de su cabeza o su corazón. Si bien era cierto que estudió para estar a la altura de las expectativas de Ashley y saberse merecedora de la oportunidad brindada, no era menos verdad que él la había acompañado durante el camino proporcionando mucho más que techo y comida: le ofreció un hogar donde no solo la escuchaban, sino respetaban su silencio, y lo más importante, donde se

sabía querida. Nunca vio a Lara como a una madre, para ella era una hermana mayor con quien congeniaba.

El cuidaba de ellas y se dejaba cuidar. Héctor dejaba un billete de avión sobre el escritorio o debajo de la almohada para que lo llevaran a viajar por el mundo; o un vestido nuevo, dentro de una caja, sobre la cama, y ellas buscaban el lugar perfecto para lucirlo sujetas de su brazo. Los tres inventaban y reinventaban la vida para atesorar vivencias imperecederas. Esa noche, con cada zancada se aproximaba más y más a ellos. Dolían, le quemaban como brasas.

Recordó la primera charla sobre sexo que tuvo con Héctor a los pocos meses de instalarse en la casa de invitados. Ninguno de los dos hablaba sobre ese tema con nadie más.

—Creo que deberíamos hablar de sexo; ¿prefieres hablar con Lara o conmigo? —profirió Héctor.

—Contigo. ¿Qué quieres saber?

—¿En serio? ¿Puedo preguntarte todo lo que quiera?

—Sí. Otra cosa es que yo te conteste.

—De acuerdo. ¿Tú quieres preguntarme algo?

—Puede. —Bea hizo una mueca con la boca.

Hablaron durante horas; cuando terminaron la conversación, decidieron guardar los secretos.

Bea llevaba más de una hora y media corriendo cuando recibió una llamada. Observó el nombre que parpadeaba en la pantalla y tuvo miedo de descolgar.

—Estoy bien. No iba en el helicóptero —aclaró Héctor.

Bea suspiró aliviada. Su padre reconoció su respiración entrecortada y su estado de ánimo. Esperó alguna respuesta durante unos segundos.

—¿Estás enfada conmigo?

—¿Has llamado a Elsa? Estaba muy preocupada por ti

—manifestó Bea.

—No. Ahora la llamaré, quería hablar contigo primero. ¿Vas a cortarme la colita cuando me recojas?

—Se llama polla, y no, porque no iré a recogerte.

Bea llamó a Saoirse mientras regresaba con su carrera a casa; ella la esperó en la puerta de entrada. En cuanto la vio llegar, corrió para fundirse en un abrazo.

—Deberías esperar a que me duche —replicó Bea cortando la iniciativa de su amiga.

—Luego te daré otro.

Bea vio a Elena, que continuaba allí. Deseó que se hubiese ido. Se acercó a ella y le arrebató el cronómetro que tenía aferrado en la mano. Indicaba trece horas y dieciocho minutos. Entró en la casa y lo arrojó sin miramientos a la basura. La doctora la siguió.

—¡Se acabó el reto, la apuesta o lo que sea! Tú ganas. Llevas razón, estabais mejor sin mí. Si tú entras en una habitación, yo saldré. No te preocupes.

Elena recordó que el día de la ruptura con Kevin había usado prácticamente esa expresión: «Estabais mejor sin mí». Ahora, al igual que entonces, le pesaron como una losa.

—No me he quedado aquí por eso —señaló al contenedor—; quería saber cómo estabas.

Bea revisó la pose y el rostro de Elena: contenía las emociones. Apreció un ligero temblor en su voz cuando le habló. Después de todo, era su hermano y lo adoraba.

Cansada de su actitud hacia ella, propuso un último reto; sin embargo, el silencio y los dígitos del reloj se habían convertido en una tortura. Las cosas nunca cambiarían entre ellas, estaban predestinadas a llevarse mal, no era necesario alargar la agonía.

—Se acabó —ultimó la diseñadora.

Subió a ducharse a la habitación de Héctor. Cerró la puerta con el pestillo. Abrió el armario y olió algunas de sus camisas.

Tomó una, se sentó en la cama y la abrazó. Suspiró aliviada: seguiría contando con su anfitrión.

Saoirse y Elena se hallaban en la planta inferior de la vivienda. La doctora intuyó los pensamientos de Saoirse y decidió ponérselo fácil. Además, necesitaba que le gritase, que la zarandeara, cualquier cosa antes que el silencio y la mirada con la que la recorría por su presencia allí. Su amiga callaba para no atormentarla con lo que se merecía escuchar, después de tantos años de desprecio como respuesta a la sonrisa permanente con la que Bea se dirigía a ella intentando apaciguar su estado de ánimo y reducir la distancia entre ambas.

—Dime lo que piensas, Saoirse.

—No es el mejor momento para hacerlo —resolvió.

—Lo es. ¡Hazlo! —rogó la doctora.

Saoirse luchó con el torrente de recuerdos de su interior: los menosprecios, las palabras cargadas de malicia, la actitud de Elena hacia Bea. Buscó una forma para expresar todo aquello produciendo el menor daño posible. Con los demás, incluida ella, era buena persona; tal vez un poco ensimismada en sus libros, en alcanzar logros profesionales, pero, en definitiva, siempre había estado cuando Héctor o ella la habían necesitado. ¿Por qué se comportaba así con Bea? No lo entendía.

—Creo que te has quedado para acompañarme y para no dejarme sola hasta que llegase Bea. Pero tu presencia la enturbia, ella desea que te vayas.

—Sigue —musitó Elena con los ojos inundados de lágrimas.

—Siempre has sido muy dura con ella. No es un buen momento para iniciar un acercamiento. No cree en la bondad de tus acciones; y para ser te sincera, yo tampoco. Lo mejor que te he escuchado decir de ella... —Cortó su discurso, no quería sumar más remordimientos que luego la corroyeran por dentro; habían

sido unas horas muy duras para ella también. Recordó que Héctor era su hermano y lo adoraba.

—Aunque no te lo creas, la conozco; cuando digo que es oscura... —Elena adivinó el resto de la oración de su amiga.

—Dejemos la conversación —cortó en seco Saoirse.

—Permíteme continuar, por favor.

Saoirse hizo un gesto con la mano para que prosiguiera.

—Su pasado la llama, algún día irá a cerrarlo, lo sabes tan bien como yo; acabará presa o muerta, puede que ambas cosas. No quiero... —Las lágrimas brotaron de nuevo, no podía continuar.

Acabaría exponiendo los sentimientos que albergaba hacia ella y no estaba preparada para pronunciarlos en voz alta.

—Llorar su pérdida. —Saoirse terminó la frase. Elena asintió cerrando los ojos ante la visión que se abría ante ellos y que le atormentaba cada hora del día—. Es mejor que te vayas.

Elena negó con la cabeza, afectada, rechazando sus propios sentimientos: ternura, amor y deseo.

—No voy a marcharme. Me quedaré. Me instalaré en el sofá, no creo que baje. No le digas que sigo aquí, por favor. Prometo guardar las formas.

—¿Te lo ha pedido Elsa?

—Sí —mintió Elena, volviendo a cerrar los ojos. Mentir se le daba tan bien.

CAPÍTULO 45  
**ELENA Y BEATRIZ**  
CASA DE HÉCTOR (BRISBANE)

Lunes, 13 de febrero de 2017 Madrugada

Elena recuperó el cronómetro de la papelera cuando Saoirse subió para dormir con Bea. Aferrada a él, sentía la presencia de Bea más cercana. Esta vez, el tiempo corría en contra de ella.

Deseó ser quien compartiese su cama y la acariciase con dulzura hasta inducirle el sueño, secar sus lágrimas tan solo cristalizadas en la retina y enseñarle a llorar por dolor, por miedo, por el daño que causaba perder a una persona querida o ver cómo sufría; y que ella, de modo idéntico, le enseñase el significado de las lágrimas producidas por la felicidad.

Una vez más, observaba transcurrir la vida de su hermano como mera espectadora. Sintió desolación: Elsa y César, amparados la una en el otro; Bea y Saoirse, de modo similar. Ella contaba con un sofá, un cronómetro para degustar las horas y un cojín que rechazaba su sueño. Lloró con la amargura por su soledad.

Bea esperó hasta que Saoirse se durmió para bajar. No podía dormir, necesitaba mantener las manos ocupadas para aplacar la mente. Decidió limpiar la cocina. Abrió la papelera, no estaba el cronómetro. El sofá emitió un leve quejido; vio a Elena observándola. Ella se levantó y, sin mediar palabra, se sumó a la tarea de limpieza. Bea encendió el cronómetro. Elena lo apagó. Repitieron el mismo bucle varias veces.

—No me he quedado aquí por eso.

—¿Te lo ha pedido Elsa? —La diseñadora formuló la misma pregunta que Saoirse.

—Sabes que no. Me pidió que me marchase, varias veces.

No se fia de mí. —Le cruzó un pensamiento que la ruborizó e hizo que bajase la guardia: «Ella no imagina que me toco pensando en ti». Sonrió y encontró la comisura de los labios de Bea respondiendo a su gesto. Deseó besarlos.

Terminaron la limpieza: limpio sobre limpio, demasiado pronto según Bea. Buscó en la amplitud de la sala algún otro rincón para afanarse con la tarea. No encontró nada. Sus ojos expresaron decepción.

Elena replegó y desató su deseo interior en un círculo sin salida. Dudó, y finalmente optó por hablar con ella y disfrutar del tiempo compartido. Propuso un juego. Tomaron un taco de papel para notas y dos bolígrafos. Se sentaron en la mesa de la cocina.

A Bea le gustaban los juegos, y más si le permitían mantenerse ocupada. Expusieron las normas: realizarían una pregunta por turnos, y ambas escribirían la respuesta en uno de los cuadrados en blanco; luego verificarían el grado de conocimiento que cada una poseía de la otra. Empezó Elena.

—¿A qué me gustaría dedicarme?

Ambas anotaron las respuestas. Leyeron ambos papeles: «cirujana cardiovascular».

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Elena—. Nunca se lo he dicho a nadie.

—Siempre buscas otro objetivo mientras alcanzas el que te has marcado.

—¿Y si consiguiese ese?

—Esa es otra pregunta; te la contestaré, pero antes apúntala.

—Bea esperó unos segundos—. Además de trabajar en el hospital, supongo que profesora en la universidad.

Comprobó el resultado.

—¿Cómo se llaman mis padres? —formuló Bea.

Esperó a que Elena girase el papel y leyó: «Héctor y Ashley».

—Has escrito eso porque no sabes cuáles son los nombres de mi familia biológica. No creo que cuente.

—He escrito eso —parafraseó Elena moviendo la cabeza con disconformidad fingida— porque legalmente lo son. Pero sé que los biológicos se llaman Rodrigo y Triana.

—¿Cómo sabes eso?

—Contaría como pregunta; ¿te lo digo?

—En ese caso, no. Gastaré mi pregunta en algo más sustancioso. ¿Qué prefiero, follar o hacer el amor?

Elena se revolvió en el asiento. Enrojeció.

—¿Te hago otro tipo de pregunta más infantil, del tipo: color, comida, película... o algo así? —interpeló Bea.

—Cada una pregunta lo que quiera.

Anotaron las respuestas. Elena levantó primero el papel, había escrito: «?».

Bea sonrió cuando vio el cambio en su semblante y la interrogación. La miró con intensidad tratando de vislumbrar la respuesta verdadera. Apreció incomodidad.

—¿De verdad no lo sabes? No te creo. Aventúrate.

—Hacer el amor —murmuró sumergiéndose en los ojos de la persona que tenía en frente.

—Ah, ¿sí? ¡¿Una macarra oscura y deslenguada como yo?! Bea se resistió a entregarle el papel; no se lo puso fácil, lo pasó de una mano a otra hasta que la doctora acabó sentada en sus rodillas, trasteando por él. La diseñadora la contempló de arriba debajo de manera seductora. Se percató del temblor de Elena y sus ojos huidizos de miedo y deseo. Colocó la mano con el papel doblado en la mesa, con la otra la sujetaba con suavidad de la cintura. La doctora se atrevió a iniciar una suave caricia desde los dedos hasta la palma de la mano; extrajo el secreto que ansiaba conocer. Abrió el papel doblado, tomándose su tiempo. Había escrito: hacer el amor.

Bea sonrió al ver el rostro de satisfacción de ella. Acomodó el cuerpo de Elena con el suyo.

—¿Cómo lo intuías? —susurró, recolocándole un mechón de pelo que tapaba parcialmente sus ojos azules, limpios y desarmados.

—Eso ya sería otra pregunta —bisbiseó Elena con voz sensual. Deseó acariciarle el rostro, pero no tuvo valor para hacerlo.

—Correré con los gastos. —Deslizó el dedo corazón por los labios de ella—. ¡Dime! La doctora barajó multitud de posibilidades, entre las que brillaba un simple deseo. Después de tanto tiempo esperando, conteniendo las emociones, no le bastaría con follar con ella, le haría el amor una y otra vez, cada día, hasta saciarse.

—Intuición femenina.

—No es una buena respuesta.

—Está bien. Eres dulce con las personas que quieres: Héctor, Saoirse, mis padres, Catia, Ashley y... —El temor a la negativa frenó a la doctora.

—¡Dilo!

—Conmigo.

—¡Um!

—Eso puede significar tanto que sí como que no, lo sabes, ¿verdad?

—¡Um! El culmen del deseo de Elena se aproximaba; el miedo la traicionó o quizás le devolvió la cordura, y miró al reloj: se aproximaba la hora de recoger a Héctor en el aeropuerto. Regresó a su asiento.

—Está bien, sí. Tu turno. Solo una más. —Bea consultó la hora.

—¿Cuál es mi peor pesadilla?

Bea pensó durante largo rato, escrutando sus gestos, haciendo un balance de la trayectoria de Elena. Reconoció su aureola de perfección laboral en todo lo que tocaban sus manos, en su apariencia; lo extendió a las demás parcelas: el amor, la amistad... Cogió uno de los papeles del montón, anotó la respuesta y lo sujetó contra el pecho con las dos manos.

—El tuyo primero —dijo la diseñadora.

La doctora volteó el papel. Leyó: «ascender al infierno».

Bea dejó el suyo sobre la mesa y lo sujetó con un dedo. Elena rozó la extremidad de nuevo, y sintió cómo el fuego recorría todo su cuerpo y se concentraba entre sus piernas. La respuesta le dolería, fuese la que fuese, porque había desnudado su corazón ante ella; era imposible que escribiera lo mismo o algo similar. Se había expuesto demasiado. Percibió cómo la cordura luchaba por replegar sus sentimientos y reestructurar su cerebro. Giró el trozo de folio sobre la mesa; había dibujado la silueta de una montaña, y encima había anotado: «conquistar el infierno».

—¿Cómo has podido imaginar eso?

—Cielo, esa es otra pregunta, pero te la contestaré. Estoy dentro de tu cabeza. —Sonrió. Intensificó la mirada, que acabó en un guiño. Se levantó de la mesa, dando por concluida la conversación.

CAPÍTULO 46  
**RECUERDOS DE HÉCTOR, LARA,  
ELENA, SAOIRSE Y ASHLEY**  
TRAYECTO HACIA EL LAGO HILLIER (AUSTRALIA)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Madrugada

Durante el trayecto en avión hacia el lago Hillier, Héctor viajó dentro de una espesa nube de recuerdos con Lara como protagonista de todos ellos. Repasó los momentos más significativos de su historia: las charlas sentados en el banco de los secretos esperando el comienzo de las clases, el juego de las cinco palabras al día, el primer beso, los viajes, las conversaciones, la boda... En un principio se agolparon saturando su cabeza, en imágenes sueltas sin ton ni son; después los fue rescatando de uno en uno y deshilando cada detalle que los formaba.

Rememoró algunas de las charlas previas al inicio de la relación, sentados en un banco frente a la puerta del instituto. Tras su muerte, algunos fines de semana o por las noches iba allí cuando el trasiego de estudiantes no podía enturbiarle. Aquellas conversaciones y las personas que habían intervenido en la puesta en escena las habían repetido hasta la saciedad en más de una ocasión, con algunas censuras.

—¿Estás seguro de esa decisión? —preguntó Lara estudiando a Héctor.

—Sí. No quiero ser uno más. Para mí no es suficiente con compartir tu cama a ratos. No soporto la idea de que detrás de mí venga otro hombre u otra mujer a continuar con las caricias y besos que yo no te he dado.

—En resumen, no quieres compartirme. Típico pensamiento masculino.

—Tampoco quiero que tú me compartas —matizó Héctor.

—Suen a matrimonio. No me gusta. No puedo ofrecerte lo que me pides.

—Yo tampoco.

—De acuerdo, respetaré tu decisión, dejaremos de ser amigos. No quiero hacerte daño —convino ella.

—Gracias.

Lara aguardó en silencio en el banco, sentada al lado de él, viendo el trasiego de chicas y chicos del instituto. Se resistía a levantarse y dejar atrás a la única persona que había rechazado su experiencia, atributos y encantos por un motivo sin sentido para ella, pero cargado de lógica para Héctor. Nunca había conocido a nadie que la llevase a plantearse algo así, aunque sí le habían propuesto en varias ocasiones repetir la experiencia o continuar con algo más serio. En ninguno de los casos accedió. Huía de los

vínculos y lazos emocionales, quería sentirse deseada y respetada, pero no amada. Héctor priorizaba el amor, en detrimento del deseo y el sexo. Su decisión de cerrar esa puerta era lo mejor para ambos. Detestaba la idea de acabar encerrada en una jaula de monotonía. Rechazaba la idea de verse, con el transcurrir de los años, con un marido que sujetara su mano en público, aparentando una vida marital plena y satisfactoria, y que se la soltara en cuanto entrase por la puerta de la vivienda.

Sentada en el banco, Lara vio cómo Héctor se alejaba. Refunfuñando para sí, mitad exigencia y mitad ruego, le dijo: «¡Mírame!». Apretó la mandíbula y los puños en el regazo. «¡Vuelve aquí! Héctor... Al menos, gírate para mirarme». Él, intuyendo su reclamo o quizás atendiendo a los propios, se giró en el instante justo en que la fortuna le concedía frenar una lágrima que despuntaba en el rostro de ella y ganar una sonrisa que ambos saborearon en la distancia.

A los pocos minutos, Elena se sentó al lado de Lara. Habló sin contemplaciones.

—Mi hermano es un hombre y tú una niña. No estás a su altura. Guarda las distancias que te

ha pedido o te arrepentirás.

—¿Me estás amenazando? —interpeló Lara asombrada por las formas.

—No, es una advertencia.

—¿Alguna cosa más?

—Sí. Cambias de plato constantemente, pero apuesto a que siempre comes lo mismo; ¿no te cansas?

—¿Qué quieres decir?

—Averígualo tú solita. —Elena se levantó y dio por concluida la conversación.

Ese día Saoirse esperó a Elena a la salida en la puerta del instituto con unas amigas. Imaginó un ajuste de cuentas. Ella probablemente actuaría de forma similar ante la chica nueva que se había pasado de rosca. Contra todo pronóstico, se separó del grupo, escrutó su pose y luego clavó la vista en el mismo banco donde había conversado con Lara. Ambas se sentaron a una distancia prudencial.

—¿Te parece bien lo que le has dicho a mi hermana? —cuestionó Saoirse.

—Sí.

—A mí también, ya era hora de que alguien le dijera algo así.

—Gracias. —Elena se levantó para marcharse.

—No tan deprisa. Acabarán juntos.

Elena se giró y permaneció de pie delante de Saoirse, confirmando el grado de veracidad en sus ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Conozco a mi hermana.

—Yo también conozco a mi hermano —casi parafraseó Elena.

—No soy tu enemiga, no es necesario que te pongas a la defensiva conmigo. He venido a proponerte algo.

—Te escucho.

—Vamos a ponérselo difícil.

Saoirse consiguió captar la atención de Elena, que volvió a sentarse en el banco, esta vez más cerca de ella.

—Explícate.

—Tú critica a mi hermana con él, y yo me encargaré de ella, sé cómo tratarla.

—¿Con qué intención? —preguntó Elena.

—Separarlos o unirlos para siempre.

—No quiero que Lara lo utilice como a un pañuelo de papel.

—En cambio, yo quiero que acabe enamorada de la persona adecuada —ultimó Saoirse.

Sellaron un pacto lleno de matices y de letra pequeña.

Lara meditó cada una de las conversaciones mantenidas en el banco de los secretos, tanto las de Héctor y Elena como las suyas. Desde que disfrutó de la pérdida de su virginidad con catorce años, había ido de plato en plato, y aunque no había comido siempre lo mismo, el menú resultaba predecible y bastante similar.

No estaba puesto en la mesa siempre que lo deseaba, y tampoco llegaba acompañado de cortejo, preámbulos ni premisas. No tenía quejas a su espalda, más bien todo lo contrario. Tampoco echaba de menos otra forma de hacer las cosas, porque nunca había probado otro modo.

Contra todo pronóstico, cada noche el sueño la vencía imaginando una vida junto a Héctor, cogidos de la mano, deleitándose en sus jugosos labios, perdiéndose en su mirada gris camaleónica, conversando desnudos en la cama entre caricias y besos... Se resistía a continuar

con sus conquistas o a dejarse agasajar mientras pensase en él. No tenía sentido para ella hacerlo con alguien pensando en otra persona. Se detestó a sí misma, estaba siendo fiel a un hombre a quien nunca había besado ni tocado. Había entrado en su vida para derrumbarle todas las máximas en las que creía.

Durante casi tres meses, se mantuvo alejada de Héctor. La castidad le pesaba y le quemaba entre las piernas, pero más aún las noches en vela, enamorándose de él y amándole entre fantasías. Durante ese tiempo una hilera de chicas se acercaron a coquetear con él con diferentes tipos de tácticas, algunas depuradas, otras que le provocaron una sonrisa torcida. Héctor las barría de forma educada.

Un día Ashley se cruzó con él y posó sus ojos verdes sobre Héctor. Él ni siquiera la vio. Pero ella se volvió, de forma distraída, buscando contacto visual. Lara respiró aliviada cuando advirtió que él se hallaba absorto buscando algo o a alguien, y ni siquiera se había percatado de la presencia de aquella chica impresionante.

«¿Qué buscas, Héctor? Mírame a mí», se dijo Lara.

Fue entonces cuando experimentó la conexión definitiva con él. Unieron sus miradas en la distancia. Lo presintió: mientras siguiese enamorado de ella, no habría nadie más.

Al abrigo de su almohada rememoró la escena hasta la saciedad. El destino había hecho que la viese a ella antes, pero si dejaba las cosas estar, sería cuestión de tiempo: en lo referente al corazón, las horas nunca jugaban a favor, sino que distanciaban y conducían al olvido. Tarde o temprano alzaría la vista y encontraría otros ojos en los que naufragar, y sabía bien cuáles serían.

Héctor se hallaba sentado en el banco de los secretos, ensimismado en un libro. Lara se sentó a su lado y empezó a divagar en voz alta.

—Me acosté con ese de ahí —lo señaló de forma sutil—, y con aquellos dos también.

—¿A la vez? —Héctor la observó con los ojos desorbitados.

—No, de uno en uno. No soy tan zorra. —Sonrió y le contagió la sonrisa a Héctor—. Y con la chica que está saliendo por la puerta, la de los pechos generosos. La lista es grande, podría llevarnos un buen rato.

La chica se acercó a ellos.

—Lara, ¿te apetece venir luego a casa a preparar el examen?

—preguntó Rebeca.

—No, no me dejarías estudiar —manifestó Lara insinuando apenas una sonrisa.

Rebeca se marchó decepcionada.

—¿A dónde quieres llegar?

—No lo sé, ayúdame un poco —solicitó Lara.

—Está bien. ¿Qué me dices de aquel de allí?

—No, le van las cosas raras en la cama.

—¿Qué clase de cosas?

—Mejor no quieras saberlo. —Lara puso una mueca de desagrado—. El de la gorra me lo propuso, pero no acepté, él salía con una chica. Tengo algunas reglas.

—¿El de la camisa de rayas?

—Con ese sí, pero su colita es muy pequeña. No sé si cuenta. —Él rio ante el comentario, y contagió a Lara. Ella estimó de forma descarada la entrepierna de Héctor—. Tú, en cambio, no parece tener ese problema.

—Me meto un calcetín doblado en los pantalones.

—¡Mientes! —exclamó ella deslizando la palabra.

—Solo hay una manera de saberlo.

Lara se revolvió en el asiento: para ella, aquello era una invitación a salvar las distancias, pero el trasiego de estudiantes la frenó. Héctor adivinó sus intenciones.

—De todos modos, soy virgen, no te dejaría satisfecha —señaló él haciendo un gesto seco con el cuello.

—¡Uhm! ¿De verdad?

—Sí.

—Eso hace que te desee aún más.

—Eso me imaginaba. —Sonrió satisfecho—. Lara, ya conoces mi respuesta. Si me pruebas, es para siempre.

Héctor se levantó del asiento, la conversación estaba estancada en un bucle sin salida, así que determinó cerrarla. Lara recordó los motivos que la habían llevado a sentarse en el banco de los secretos. Experimentó miedo y excitación a partes iguales.

—He hecho y dicho muchas cosas, pero nunca esto, créeme. Llevo casi tres meses de castidad. Estás dentro de mi cabeza

—ella cerró los ojos y los abrió de forma progresiva en un suave parpadeo—, en mi corazón. Te deseo, quiero que me arranques las bragas.

—Ogg.

—Es mejor que no hagas esos ruidos, me excitan.

—Lo tendré en cuenta —confesó él.

—No sé cómo decir esto. ¿Quieres ser mi pareja?

—Sí —contestó acercándose más a un sonido gutural que a una afirmación.

Lara agarró con firmeza su mano y buscó un lugar íntimo para besarla. Héctor adivinó sus intenciones y la paró, colocando el dedo índice entre sus labios cuando estaban a punto de rozarse.

—¿Qué haces? Has dicho que querías ser mi novio —manifestó ella descuadrada.

—¿Y? Nunca he besado a nadie. No quiero un beso robado.

Deseo que sea especial.

Lara recorrió su cuerpo con una mirada de fuego.

—No sé si merece la pena tanto esfuerzo.

Héctor sujetó con suavidad la mano de Lara y la llevó a su entrepierna.

—Para volver a tocarla, o desabrocharme los botones, tendrás que esmerarte.

—Explícate.

Él retiró la mano de ella del pantalón. Lara intentó regresar al sitio del que la habían desprendido. Él negó con la cabeza.

—Quiero que me cortejes.

—Eso es cosa de hombres, ¿no crees?

—Es un pensamiento muy masculino, no lo tendré en cuenta —replicó Héctor utilizando la misma expresión que Lara había usado en una conversación previa.

—De acuerdo; ¿durante cuánto tiempo? —preguntó Lara.

—Dependerá de ti.

—¿A qué tipo de cosas te refieres?

—Sorpréndeme.

—¡¿Vas a darme mucho trabajo?! —interpeló Lara.

—Puede.

—¿Quieres confiar en mí, antes de entregarte?

—Sí.

—Está bien, pero te advierto una cosa: desde el día que lo hagamos por primera vez, la que empezaré a darte trabajo seré yo. ¡Prepárate!

CAPÍTULO 47  
**HÉCTOR**  
LAGO HILLIER (AUSTRALIA)

Sábado, 11 de febrero de 2017 Tarde

Sobrevolando el lago Hillier en helicóptero se apreciaba en su total magnitud el color que le otorgaba su sobrenombre. Imaginó una diana con tres círculos concéntricos: el azul intenso del mar, el verde frondoso de la vegetación y el rosa chicle del lago.

Eligió aquel entorno por diversos motivos. En primer lugar, fue el último viaje que realizó con Lara. En segunda instancia, por su belleza y originalidad, Lara manifestó en voz alta: «Es un lugar hermoso para descansar». Y por último, durante el tiempo compartido con ella vio la vida de color rosa. Ella tenía la capacidad de minimizar los problemas y buscar multitud de opciones para contrarrestarlos y salir airosa, con una sonrisa en el semblante como bandera. Todo resultaba más fácil, ameno e irrepetible con su abrazo y consejos.

Introdujo los anillos de boda dentro de la urna con las cenizas de Lara y del bebé y la depositó en la falda de un árbol. Así lo hubiese querido ella. Sintió escalofríos y pesar: la realidad se materializaba, a partir de ese momento no contaría con una urna con sus restos ni con el símbolo del matrimonio. Le embargó el mismo sentimiento que cuando los padres de ella fueron a su casa a desalojarla de sus objetos personales; pero esta vez era él quien enterraba su pasado y lo dejaba atrás.

Se resistió a llevarse alguna botella de agua del lago. Resultaba curioso el tono rosa tenue en comparación con la intensidad del color que se apreciaba desde la altura. Desistió también de probarla, aunque era potable. Los recuerdos le acompañarían de por vida, no podía borrarlos de un plumazo, pero no se alimentaría de ellos.

Las gafas de sol ocultaban de forma parcial el dolor, o eso quería creer. Una vez más, como había deseado cada día desde su muerte, deseó guardar su cuerpo junto al de ellos dentro de la urna, debajo de las raíces de una vida pura.

CAPÍTULO 48  
**HÉCTOR**  
DESDE EL LAGO HILLIER AL AEROPUERTO DE BRISBANE

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana

En el avión, el viaje de vuelta a casa le pesó. Le atormentaron viejos pensamientos. ¿Por qué Lara? Ella era dos en una, llevaba otra vida en el vientre. ¿Por qué no murió él en su lugar? Echó de menos al niño no nacido, perdido en la tumba materna. Deseó tantas veces haber podido trasladar los besos y caricias de la barriga de Lara mientras estaba gestándolo a su cabecita y acunarlo entre sus brazos, que ya había perdido la cuenta. Repasó infinidad de imágenes no vividas, creadas en su universo paralelo; entre todas ellas prevalecía la de ella amamantando al bebé, le pareció una fotografía cargada de ternura que hubiese inmortalizado en la retina. Sin embargo, nada de aquello pudo ser, y en su lugar la cruda realidad aplastó sus proyectos de futuro con la persona amada en las vísperas de la llegada del nuevo ser.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando rememoró, de nuevo, las conversaciones en el banco de los secretos; le dijo: «No quiero ser uno más». Y desgraciadamente así fue. Hubiese preferido perdonar una infidelidad o perderla en vida que llorar su muerte.

Gastar el tiempo en posibilidades creadas para suavizar la pérdida, en horas y más horas practicando deporte o trabajando durante jornadas imposibles nunca bastó. A su parecer, las personas habían sido creadas, condicionadas, según Lara, para vivir en pareja; entre dos, todo sabía mejor y el tiempo corría como una gacela.

Faltaba poco menos de una hora para aterrizar en el aeropuerto de Brisbane y aún no había ordenado las ideas de su presente inmediato. Bea estaba enfadada con él, esta vez en serio; la había apartado de uno de los momentos más significativos y dolorosos de su vida, apoyado en una razón convincente: no quería desprenderla del abrazo de Ashley ni de Aidan justo cuando acababa de conocerla y todo había empezado de una forma tan hermosa y emotiva, con la reina negra enlazada con una rosa perla negra sobre la tumba de Lara. Mientras tomaba la decisión precipitada no se paró a pensar en las consecuencias negativas de sus acciones, la había desplazado y relegado a un segundo plano, como si Lara no hubiese tenido relevancia para ella. Se aferró a una excusa vaga; la intensidad del viernes, con la suma de cada uno de los acontecimientos, había nublado su capacidad de razonamiento, y en consecuencia había prescindido de su pensamiento habitual, una proyección global mediante la que sopesaba cada una de las

capas antes de actuar. Una forma como otra cualquiera de prevenir malentendidos y situaciones desagradables. No obstante, con la muerte de Lara reconocía que, además, había abandonado la búsqueda de la bondad en los ojos de las personas a su alrededor y se había disipado la apetencia de compartir una conversación distendida con miembros de la familia o amistades. En conclusión, perdió la alegría y las ganas de vivir.

Tendría que encontrar el modo de arreglar las cosas con Bea, y desde luego no ayudaría comunicarle la noticia del billete para España, dado que tampoco había contado con ella como acompañante. Dio por hecho que debía apurar las horas al lado de Ashley y Aidan, era el momento oportuno para quedarse, no para ir tras de él, como canguro, por si algo no marchaba bien.

Por si fuera poco, albergaba miedo: Málaga y Cádiz estaban demasiado cerca; el pasado de Bea la reclamaría, o ella decidiría que ya había llegado el momento de cerrarlo. Algunas veces le asaltaban las dudas: ¿y si se unía al negocio turbio de su familia? No creía en las herencias genéticas de esa índole, pero sí en la predisposición, en el aprendizaje. Y a ella la enseñaron a

golpes; las cicatrices de su espalda y sus muñecas componían las huellas de su pasado impresas en la piel, pero ¿cuáles serían las que tendría talladas en la memoria? ¿Cuáles habrían sido sus vivencias? De todo eso, poco sabía. Solo del encuentro con el hombre encapuchado que la atacó y su respuesta, y la agresión a su propio padre biológico, Rodrigo, con arma blanca. ¿Qué le habría hecho o intentado hacer para que contraatacase de ese modo? Había tantos huecos desconocidos en torno al caso, auténticos agujeros negros, plena oscuridad.

Recordó a su hermana y la actitud hacia ella: desprecios, vacíos, la evitaba a toda costa. ¿Lo haría por miedo a la incertidumbre?, ¿a la posibilidad de que le hiciese daño de algún modo? Antes de marcharse a España, hablaría con ella sobre su actitud, aunque en ese instante no se creía con derecho a dar instrucciones de cómo tratar a Bea, cuando precisamente él, con su escapada en solitario al lago de color rosa, había causado una mella en su relación. Apreció en los errores atribuidos a Elena también los suyos.

Le había hecho el vacío no comunicándole la noticia, evitando además que se anticipara a sus intenciones, había despreciado su compañía y menospreciado la importancia de Lara en su vida.

Y ahora tendría que asumir la incertidumbre de su respuesta. El miedo le sobrecogió: ¿y si decidía marcharse de casa?

## ASHLEY

### FINCA CHALICE (BRISBANE)

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana Ashley tenía la cabeza cargada, como una nube previa a una gran tormenta, llena de pequeñas gotas que la saturaban. Necesitaba ir solucionando cada una de las parcelas ladronas del sueño nocturno, o acabarían desatando un ciclón de emociones sin contención. Nunca había contado con anterioridad tantas puertas entreabiertas, ventanas hechas añicos esparcidos por doquier, ni la capa de polvo sucio que envolvía toda la estancia. Barrería los trozos rotos y limpiaría los elementos discordantes en su vida, como el suceso del bocadillo y los comentarios del colegio; y decidiría si cerrar o pasar dentro de cada una de las posibilidades que se abrían ante ella como un abanico; en este caso, todos sus problemas giraban en torno a Héctor: ¿amor o paternidad? Eligió maternidad. En su perfecta ecuación, no entraba la posibilidad de compartir la custodia de Aidan, y mucho menos perderlo. En resumen, era madre antes que mujer. Cortaría por lo sano, expondría los hechos sin tapujos, y lo que esperaba de él al respecto: nada.

La conversación con Sam no tenía desperdicio. Empezó con buen pie, exponiendo el deseo compartido con su esposa de que viviese con ellos y su preocupación por los problemas de su nieto en el colegio; supuso que un buen abogado recurría a esa clase de tácticas, crear un clima propicio para soltar la bomba: Héctor era el padre legal de Aidan. Se sintió manipulada y defraudada por el cariz de la conversación. Las ganas de vivir con ellos se habían ensuciado con un polvo gris que envolvía sus verdaderos motivos: culpabilidad y disponibilidad para ver a Aidan las veinticuatro horas sin la necesidad de recurrir a un horario impuesto. Sam la había puesto entre la espada y la pared. Necesitaba encontrar el modo de afrontar aquella situación.

Contempló la maleta siempre hecha, su primer y principal recurso para afrontar la problemática de Tom. Estaba cansada de recorrer el mundo huyendo de él, por miedo a que hiciese daño a Aidan o se lo arrebatase. Ahora estaba en casa, respaldada por su familia, y había adquirido la fuerza suficiente para enfrentarse a cada uno de sus problemas cara a cara; con o sin ayuda, pondría todas sus armas en funcionamiento.

Elena la llamó para comunicarle que Héctor había ido a llevar las cenizas de Lara al lago Hillier y la posibilidad de que hubiese sufrido un accidente. Elena se hallaba desolada, la situación la superaba. La incertidumbre dolía más que la certeza en determinados casos. Sintió su

dolor y preocupación como propios; no obstante, decidió no acompañarla. No quería albergar aquellos sentimientos hacia él, y tampoco descubrirlos ante terceras personas. Respiró aliviada cuando supo que Héctor se hallaba sano y salvo. Colgó el teléfono y lloró.

### **HÉCTOR, CÉSAR, ELSA, ELENA Y BEATRIZ**

AEROPUERTO DE BRISBANE Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana Héctor llegó al aeropuerto, donde le esperaban Elsa, César y Elena. Recibió un abrazo intenso de cada uno de ellos. El miedo había hecho mella en su familia. Nunca imaginó que algo así pudiese suceder. Con su falta de explicaciones y su decisión precipitada había causado un inmenso dolor. Buscó la presencia de Bea: no estaba allí. Tuvo una punzada en el corazón, las lágrimas trataban de seducir sus ojos, pero se contuvo.

Cruzó la puerta de salida y la vio, sentada en su moto. Se quedó bloqueado mirándola, sus pies no respondían. Bea se colocó el casco y se fue sin saludarlo.

Las lágrimas vencieron a Héctor.

## CAPÍTULO 49

### BEATRIZ, HOMBRE DE LA MIRADA AZUL, ZOE Y ASHLEY COLEGIO Y CAFETERÍA DE MOTEROS (BRISBANE)

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana

Bea recibió varias llamadas, mensajes de audio y de texto de Héctor. No deseaba hablar con él, estaba enfadada. Decidió esperar hasta apaciguar su estado de ánimo. No sabía cómo tomarse su escapada en solitario al lago. No había contado con ella ni con ningún miembro de la familia de Lara. Los había desplazado, restando importancia al vínculo que ella tenía con las demás personas. En conclusión, había sido una decisión precipitada y desafortunada.

Sopesó los motivos que le habían llevado a actuar de ese modo: la intensidad del viernes y el sueño de despedida junto con la nota de Saoirse. Tal vez cerrase el pasado para centrarse en su aquí y ahora; o por el contrario, si sumaba el billete para España, quizás la única pretensión era marcharse lo antes posible para no enfrentarse a las expectativas de las demás personas y a los propios deseos en torno a Ashley. Sea como fuere, las razones hiladas en su cabeza no habían elegido ni el momento oportuno ni la forma adecuada de hacer las cosas.

Sumida en sus pensamientos, recibió una llamada de Zoe, que le expuso la problemática de Aidan en el colegio. Le pidió colaboración para atajar el problema, le dejaba una relativa carta blanca para contrarrestarlo. Después de todo, se hallaba en un centro escolar y sería comedida. Refunfuñó decepcionada para sí.

A Ashley le sorprendió verla en el colegio a la hora de entrada del alumnado. Zoe mantuvo las distancias y la compostura para no levantar la liebre delante del resto de familias. Advirtió una sutil mirada entre ella y Bea, o eso le pareció.

Aidan se acercó a abrazar a Bea, corriendo y con la mirada llena de luz y dulzura. Admiraba a su hermana, y estaba cumpliendo su palabra de enseñarle a jugar al fútbol. Su amiga Saoirse lo hacía muy bien, y por si fuera poco, era divertida. Anhelaba la hora del recreo para demostrar sus progresos en tan solo un fin de semana, algunos niños se quedarían con la boca abierta. Con suerte dejarían de llamarle paquete.

Bea saludó a Ashley con un abrazo.

Bea abordó al hombre de la mirada azul en la zona de aparcamiento.

—El mundo es un pañuelo. Esto podemos hacerlo como quieras, por las buenas o por las malas. ¿Cómo prefieres?

—¡Eres como un grano en el culo! Estás en todas partes.

¿Qué quieres ahora?

—¿Qué me dices del chico nuevo?

—¿El ladronzuelo?

—Es mi hermano —recalcó la diseñadora con aspereza.

—¡No me jodas, Bea, es negro!

—Verás, me debes unos cuantos favores, empiezo: la decoración del bar No Ni Na para tu sobrina, tu ojito derecho —matizó la diseñadora—, incluidas las lámparas, diseño del cartel, logo... Puedo estar así durante horas.

—¿No te pagué por los trabajos? —preguntó su antiguo jefe de la copistería conociendo la respuesta.

—Déjame pensar... —Bea miró hacia arriba simulando rescatar las imágenes de la memoria—. No. Eso quiere decir que me debes favores, cientos de favores. Y ya intuyes qué quiero, ¿verdad?

—¡Uf!— engurruñó la nariz emitiendo el sonido—. ¿Luego estaremos en paz?

—Claro que no. Tu sobrina me ha pedido el diseño de las cartas del restaurante. ¿Quieres que se lo haga yo?

—Me dijo que ya las tenías hechas.

—Sí, pero no entregadas. ¿Cuánto piensas pagarme esta vez?

—Enséñamelas.

Bea mostró una foto de la galería del móvil con el diseño.

—Impresionante —confesó él—. Te pagaré con un trabajo de limpieza. Me llevará mi tiempo.

—Para hoy, cuando Ashley recoja a Aidan, quiero que estén hablando bien de su hijo, ¿de acuerdo?

—Está bien.

—Si es así, luego te mando la dirección para que recojas el trabajo y se lo entregues tú personalmente.

Él sonrió y apretó la mano de Bea en señal de acuerdo.

Envío un WhatsApp a Zoe: Hecho. 9:43 √√ Gracias. Llama a Ashley.

:57 Salió de la zona de aparcamientos, aparcó la moto en la cafetería de moteros y llamó por teléfono a Ashley. Respondió a su interrogatorio hasta que consiguió resolver todas sus dudas. Quedaron por la tarde para continuar con las clases de fútbol de Aidan. Invitó a Saoirse.

Se sentó en una mesa cerca de los ventanales. Recordó la incursión de Mitch y su horrible canción. Sonrió.

## **HÉCTOR Y SAOIRSE**

### **INMOBILIARIA SAOIRSE (BRISBANE)**

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana Héctor intentó conectar con Bea de nuevo, pero no obtuvo resultado. Dio un largo paseo tratando de encontrarla en sus sitios habituales. No la halló. Aparcó frente a la Inmobiliaria Saoirse y esperó dentro del coche, necesitaba armar un discurso convincente. Había estado sopesando las consecuencias de su escapada al lago, y con toda probabilidad, lejos de sus pretensiones iniciales, había conseguido desplazar a su cuñada y relegarla a un segundo plano en algo que la concernía. Salió del coche y fue a la parte de atrás, estaba en la terraza apurando un cigarrillo, oteando a los gatos como en una película. Ella miró hacia abajo y le dedicó una mirada tenue. Suficiente para corroborar sus sospechas: estaba molesta con él. Aun así, le instó a subir.

La familia de Saoirse llegó desde Irlanda cuando sus hijas eran aún pequeñas y no levantaban medio palmo del suelo. Su padre y madre cambiaron de trabajo, director de un banco y jefa de recursos humanos de un centro comercial respectivamente, por el negocio de la inmobiliaria en el nuevo continente. La madre decidió poner de nombre al negocio Inmobiliaria Saoirse, por el significado de la palabra: libertad. Eso resumía qué pretendían alcanzar en el giro dado a sus vidas. Lara nunca mostró interés por la empresa familiar, soñaba con danzar por el mundo; en cambio, su hermana siempre tuvo predisposición a seguir los pasos de sus padres.

Hizo algunas reformas tras tomar las riendas de la empresa familiar. Optó por el blanco roto en toda la instalación, en la pintura de las paredes y el mobiliario; los cuadros eran paisajes en blanco y negro con las viviendas en color, para resaltar así el producto ofrecido en la empresa. Abrió una planta superior con su despacho, que comunicaba directamente con la terraza por la ventana, contaba con un pequeño baño y se hallaba cerca de la sala de juntas y archivos. Detrás de su mesa se encontraba el cuadro en el que Lara representaba a la mujer viento, con su firma y la fecha en que lo había acabado. Fue su última incursión en el mundo del arte. La planta inferior era diáfana, con una zona de espera, una gran mesa central para la administrativa y varias mesas de

trabajo.

A Saoirse le gustaba enseñar las casas a los clientes, contemplar el rostro de las personas cuando entraban en el hogar de sus sueños.

Bea le diseñó los cuadros y le ayudaba con el mantenimiento de la página web.

Saoirse vigilaba a una gata tricolor, en blanco, crema y negro, con sus cuatro crías: negra, negra con manchas blancas, naranja y otra similar a ella. Héctor la sacó de su ensimismamiento y la devolvió a la realidad pospuesta. No le gustaban los enfrentamientos, y menos con él. Sin embargo, necesitaba exponer sus sentimientos y los de sus padres al respecto.

—Siento haberlo hecho así. En ese momento me pareció una buena idea —se excusó Héctor—. Sé que no ha estado bien, debería haber contado contigo y tu familia, comunicarnos mis pretensiones, por si alguno de vosotros decidía acompañarme. Pero sé que ese era el lugar elegido por Lara para descansar.

—Lo sé. No ha sido una decisión justa. A Bea y a mí nos hubiese gustado estar presentes, y supongo que a mis padres también. Era un momento esperado, y muy importante para todos nosotros. —Saoirse observó con dureza a Héctor y apretó los labios para contener las emociones.

Héctor refugió su mirada en el suelo, avergonzado, cuando escuchó el nombre de su hija. Le atormentaba no poder darle explicaciones, escuchar sus réplicas. Abrazarla.

—Lo sé. ¿Crees que debería hablar con tus padres?

—No es necesario. Ya hablaré yo con ellos y transmitiré tus disculpas sinceras. Es mejor que dejes pasar algunos días antes de presentarte ante ellos.

—De acuerdo. ¿Quieres que me vaya?

—No. Quiero un abrazo. Pasé mucho miedo cuando creí...

—Saoirse no pudo continuar, las lágrimas sellaron sus labios. Héctor la abrazó—. No vuelvas a hacer nunca nada por el estilo.

Héctor se sinceró con Saoirse.

—Tengo billete para España.

—¿Para cuándo?

—Mañana.

—¿Bea te acompañará? —preguntó la dueña de la inmobiliaria.

—No le he dicho nada, pero creo que lo sabe. Está enfadada conmigo, no coge el teléfono ni contesta mis mensajes.

Saoirse hiló sus pensamientos. Recordó el rostro de sufrimiento de su mejor amiga, el temblor de su cuerpo, las horas haciendo deporte para mantener las manos ocupadas y aplacar la mente, la limpieza de la cocina... En definitiva, la noche en vela por el miedo experimentado. Héctor no había sido justo con ellos, desplazándolos de ese modo, pero, no contento con eso, compraba un billete para España sin contar con ella. ¿Por qué? Le embargaba el miedo a exponerla tan cerca de su pasado y de su familia. No podía ser tan crédulo como para no prever que seguiría sus pasos en cuanto se marchase. Sacaría un billete para Jerez de la Frontera. Sola.

Sin el amparo de ningún ser querido, por si las cosas se torcían.

Determinó exponer sus conclusiones a Héctor con un filtro hecho a medida, puesto que su rostro y sus acciones de los últimos días reflejaban el grado de saturación experimentado a raíz del sueño de Lara, la nota, la muerte de Dulcinea, el encuentro con Ashley.

Huía. Se dijo: «No te engañes, Héctor, no estás cerrando el pasado para conciliar tu presente, estás escapando. Tienes pavor a volver a experimentar amor y no ser correspondido, o a que la vida te lo arrebatase de nuevo».

Héctor observaba a Saoirse. Pensaba. No era buena idea interrumpir el silencio de una

persona mientras buscaba cómo reconducir una conversación de la forma idónea. Precisaba una visión externa, otro modo de ver las cosas, porque él había perdido el tacto y el buen hacer. Retomó su idea de ver las cosas en proyección, intentó vislumbrar cada una de las capas y puntos de vista que conformaban aquella historia. No era capaz. Estaba bloqueado. El temor lo recubría todo. Imaginó, como había hecho otras veces, una figura tridimensional sobre una mesa redonda. Alrededor de ella, diez personas sentadas en círculo afirmaban, sin lugar a dudas, la forma del objeto.

Todos con una interpretación distinta de este, y cada uno de ellos llevaba razón. Su pensamiento habitual en proyección abarcaba una vista de la planta de la figura, objetiva y real, con la suma de cada una de las proyecciones de los demás. No obstante, en ese momento percibía ese mismo objeto desde la oscuridad, en la ceguera nocturna. No veía nada, solo un contorno borroso, sin forma.

Saoirse observó la profundidad de los ojos de Héctor, su mirada limpia y camaleónica hoy se le antojaba celeste claro, sin malicia.

Decidió ir directa al grano, no había tiempo para andarse por las ramas.

—No puedes irte a España sin Bea.

—¿Qué? No es una buena idea, tú sabes tan bien como yo...

—Quiere cerrar su pasado —cortó Saoirse—. ¿Y prefieres que se vaya sola a Jerez? Lo hará en cuanto te vayas. No volveremos a verla. Si se marcha contigo, contamos con una oportunidad para ganar tiempo, mantenerla entretenida, hasta que se nos ocurra algo.

—¿Estás segura?

—Claro que sí. Tú estás fatal, necesitas un canguro. No te dejará solo mientras te vea así.

Héctor se sintió incómodo con el comentario de Saoirse, pero llevaba razón.

—De acuerdo, cambiaré mi billete por dos. ¿Y tú? —preguntó preocupado el veterinario.

—¿Te refieres a quién cuidará de mí? —Héctor asintió—.

Llevo más de cinco años en defensa personal en la Asociación Media Vuelta y tres en taekwondo. Sé defenderme sola.

—Lo sé. Bea y yo entrenamos contigo.

Saoirse dio la espalda a Héctor y contempló el trasiego de vida gatuna.

—He vuelto a conducir de noche, como antes de... Héctor comprendió cuáles eran las palabras que faltaban: «los golpes de mi exmarido». Recordó cuánto le gustaba conducir «antes de», sobre todo de noche, hasta que ese episodio, repetido en bucle, comenzó. Fue entonces cuando pasó a evitar la oscuridad y cualquier actividad que en ella pudiese desenvolverse, como conducir; y parcelas de su vida donde había puesto sus cinco sentidos con anterioridad al cien por cien, o conectoras de su máximo talento o potencial, como la pintura, quedaron relegadas en el cajón de los objetos perdidos.

—¿De verdad?

—Sí —confirmó Saoirse.

—¿Con quién?

—Sola.

Héctor sintió su dicha como suya, significaba un paso de gigante; quizás con él ya había llegado a la meta o estaba próxima.

—Aidan —continuó la capitana—, él me ayudó, inunda con su risa una parcela donde Bea y tú no podéis llegar, y me dio fuerzas para hacerlo. No quiero que te ofendas, quizás no sea justo, después de todo lo que habéis hecho Bea, Elena y tú por mí.

Saoirse se giró y miró a Héctor, sus ojos se habían convertido en un mar de lágrimas. Ella lo abrazó de nuevo. Sus ojos rechazaron, esta vez, acompañar su llanto, estaban cansados de llorar por el mismo motivo; en su lugar, una sonrisa tenue se abrió paso.

—Tienes que conocerlo antes de marcharte, ¿de acuerdo?

—solicitó Saoirse.

—Sí —afirmó Héctor con rotundidad.

### **BEATRIZ, ELENA Y ALIDA**

#### **ALREDEDORES DEL GIMNASIO Y HOSPITAL (BRISBANE)**

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana Bea se resistía a la idea de volver a casa y ver a Héctor, a pesar de que su mayor deseo era estrecharlo entre sus brazos. Su enfado experimentaba oleadas como el mar, ora altas, intensas y arrasadoras, ora tenues. La calma no había llegado aún. Le costaba nivelar su estado de ánimo. Extraía la bondad de sus acciones, pero luego recordaba los sentimientos encontrados en su interior, el miedo absoluto vivido durante aquellas horas y, cómo no, la realidad escondida tras sus acciones: no la creyó merecedora de compartir ese momento con él.

Fue al gimnasio a cambiarse de ropa, necesitaba hacer ejercicio al aire libre. Intentó localizar a algunos de los miembros del grupo con quienes hacía *parkour* y *free running*, pero no encontró a nadie. Decidió probar suerte con la pared que siempre se le resistía. Realizó varios intentos sin conseguir subirla de forma natural, sin movimientos abruptos. Dejó para más tarde aquella parte del recorrido. Continuó con uno de los itinerarios habituales. Cruzando uno de los muros cayó de espaldas aparatosamente sobre unos cristales. La camiseta pronto se llenó de sangre; extrajo el vidrio de su piel lo mejor que pudo, pero con toda seguridad quedarían fragmentos dentro o necesitaría puntos. Maldijo al azar, no le gustaba mostrar las cicatrices de la espalda.

Condujo en su moto hasta el hospital. Se hallaba un poco mareada; en una de las máquinas expendedoras sacó dos refrescos con azúcar y cafeína mientras esperaba su turno.

Apreció que la chica del puesto de administración, Alida, nombre que se reseñaba en su placa identificativa, se explayaba en amabilidad y atenciones con ella. Intentó con su conversación pasar del plano profesional al personal, haciendo caso omiso al desinterés de Bea. El teléfono reclamó su atención y la diseñadora respiró aliviada.

Preparó su mente. Era la primera vez que acudía a urgencias con heridas en la espalda en Australia; esperaba que no se desataran comentarios al respecto en el hospital, puesto que acabarían trascendiendo fuera de aquel recinto. Ese tipo de cosas se expandían como el fuego en un bosque seco. Apuró el primer refresco y entró en consulta con el otro sin abrir en la mano.

—Buenos días —saludó la doctora Ariza. Su entusiasmo inicial se cercenó en cuanto vio a Bea como la última paciente del día.

Cogió el cronómetro del cajón y lo encendió con media sonrisa. Marcaba trece horas y dieciocho minutos.

Bea necesitó varios segundos para reaccionar. Las casualidades aquella mañana le estaban llevando por el caminito de la amargura. Se armó de coraje y le habló en tono neutro:

—No es nada personal, pero ¿podría atenderme otro médico?

Elena endureció las facciones, aquel comentario resultaba ofensivo. Observó los rasguños de los brazos y la cara.

—No. Por desgracia te he tocado yo esta mañana —replicó la doctora Ariza. Dejó escapar un suspiro largo y sonoro—. ¿Qué te ha pasado?

—Estaba haciendo amigos, ya ves, lo bien que se me da

—contestó Bea con sorna.

—De acuerdo. No es necesario que me lo cuentes. Tendrás que quitarte la camiseta para que vea las heridas. —Movi6 una mano en el aire se~alando su atuendo.

Bea resopl6 ante la idea. No le apetecia escuchar los comentarios de Elena. La simpatia mostrada durante la noche anterior, en vela, en la casa de H6ctor, seria una excepci6n, y pronto volveria a ser la de siempre. No deseaba aportarle, de primera mano, material sustancioso para fabricar todo tipo de comentarios. Al menos, confiaba en ella como doctora. Hizo de tripas coraz6n, para no dejar traslucir lo inc6moda que se sentia.

Se desprendi6 de la ropa.

Elena se situ6 frente a ella y admir6 parcialmente su cuerpo.

Hombros fuertes, brazos finos y musculados, vientre plano y con el contorno de las abdominales marcado. Los pechos guardados bajo un sujetador deportivo que dejaba entrever su firmeza y redondez. Se aproxim6 con lentitud hacia la espalda para comprobar la magnitud de los da~os y observ6 las heridas causadas por cortes de vidrio y cada una de sus viejas marcas.

Bea gir6 la vista hacia atrás para observar su reacci6n, esperaba una sonrisa torcida y maliciosa; sin embargo, encontr6 a Elena bloqueada. Nunca la habia visto así, su cuerpo temblaba y las lágrimas inundaban su rostro con desesperaci6n. Su mano sujetaba con fuerza unas pinzas, supuso que para extraer los restos de cristales. No habia mucho que hacer ante eso. Se baj6 de la camilla, tom6 con suavidad las pinzas y las deposit6 sobre la mesa.

La abraz6 con fuerza. La doctora se aferr6 con desconsuelo.

No imaginaba a Elena llorando por ella, por el sufrimiento y el dolor físico que experiment6 en el pasado. Quizás los nervios de la noche anterior por la incertidumbre en torno a H6ctor le jugaban una mala pasada. En algunos momentos el silencio era la única y mejor respuesta; en otros, en cambio, enmudecer incrementaba la pesadumbre de las personas. Baraj6 ambas opciones, con cada uno de sus pros y contras. La cabeza empez6 a darle vueltas, demasiadas posibilidades que tener en cuenta y no sabia cuál escoger; ¿cuál seria el verdadero motivo del llanto de Elena? Opt6 por callar y esperar la reacci6n de ella.

Elena recobr6 la compostura y reserv6 las emociones en una caja fuerte.

—¿Qui6n te ha hecho esto? —Elena pas6 la mano con suavidad por algunas de las viejas marcas.

—Me he caído sobre unos cristales haciendo ejercicio.

—No me refiero a las de hoy; las heridas antiguas, ¿qui6n te las hizo?

—¡Uf! —Bea respir6 hondo. Movi6 la cabeza con suavidad de un lado a otro, negándose a contestar la pregunta.

Guardaba su espalda a buen recaudo de las personas, precisamente por no caer en explicaciones tortuosas. Imaginaba una cadena de preguntas, un interrogatorio lleno de miradas lastimeras, huidizas, comentarios más o menos afortunados o de manual sobre cómo debia sentirse, qué hizo para merecerlas, por qué las permiti6, cómo debia afrontar aquellas agresiones... Aunque también, y esa era la opción más detestable, que pensaran que le gustaba el sexo con dolor extremo, con desgarros de piel y sangre.

Elena entrevi6 la incomodidad en el semblante de Bea, habia hecho una pregunta dentro del terreno pantanoso de su familia.

En su cabeza tenia una clara respuesta a la pregunta; acto seguido, se sintió mal por verbalizarla en voz alta. Ella, en su caso, sellaria el pasado, lo olvidaria para siempre y se mantendria alejada de él. Hubiese anclado aquella cruda realidad, se habria dado media vuelta y

emprendido una carrera titánica de huida hacia lo desconocido, cualquier cosa mejor que permanecer allí, bajo el yugo y la tiranía. Le sobrecogió el miedo a padecer una familia como la suya, pero más aún el de convertirse en uno de ellos.

—Siento la pregunta. No tendría que haberla hecho —confesó la doctora Ariza. Apartó con dulzura el flequillo de los ojos de Bea y acarició su mejilla. La diseñadora percibió cómo le temblaba la mano mientras contemplaba el recorrido por su rostro; antes de que la mano se desprendiera de su piel puso la suya encima, apurando unos segundos más aquel momento.

—Eso quiere decir que intuyes la respuesta, ¿me equivoco? —preguntó Bea, escrutando el rostro de la doctora. Sujetó su mano y la besó; luego la condujo hacia su espalda de nuevo mientras se adentraba en la profundidad de sus ojos.

—No.

Bea decidió nivelar las cosas. Elena había respetado su forma de ser la noche anterior, y su intimidad, rectificando ante la pregunta.

—El servicio médico ha mejorado bastante en este hospital. —Elena, aún sujeta a su abrazo, buscó sus ojos de estrella—.

¿Abrazas a todos tus pacientes?

—Eres muy tonta —le susurró al oído.

Bea intuyó el amago de soltarse y la apretó contra su pecho más fuerte.

—Sígueme la corriente, no me gusta verte así. ¿De acuerdo?

—Elena asintió—. ¿Te repito la pregunta?

—No, no es necesario. —La doctora Ariza sonrió, ganándose la réplica—. Es una nueva medida del hospital, para clientes especiales; incluye favores sexuales de diversa índole.

—¿De verdad? —La diseñadora acarició su hombro con el pulgar.

—Sí —murmuró a escasos centímetros de sus labios.

CAPÍTULO 50  
**HÉCTOR Y ASHLEY**  
INMOBILIARIA DE SAOIRSE, AGENCIA DE VIAJES Y SUPERMERCADO (BRISBANE)

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana

A Héctor le rondaba la culpabilidad como la espuma abundante de una caña de cerveza posada en la superficie: en la justa medida resultaba refrescante, pero el exceso estropeaba el sabor, y en su caso, tantos acontecimientos en menos de una semana le sobrepasaban. Permanecer aletargado durante tanto tiempo, para despertar a una realidad con una secuencia interminable de novedades, con mensajes ocultos tras un sueño y una nota, con amores deseados, aunque quizás inciertos, le atormentaba. No era capaz de extraer el significado del sueño con Lara, y lo que en un principio le pareció una construcción a medida, un producto de la necesidad de levantar el ancla para seguir andando con pies de plomo, sin rumbo ni compañía, se tornó real. La nota entregada por su cuñada Saoirse supuso un mazazo. Ambos elementos evidenciaban el deseo de ella de comunicarle un mensaje. Detestó su capacidad de síntesis y echó en falta una carta donde expusiera sus verdaderas intenciones, sin tapujos, y fuera de las innumerables interpretaciones. ¿Quién podía asegurarle que elegía la acertada? Era fácil y cómodo dejarse llevar por el momento y escoger la incorrecta; sencillamente, aquella que mejor se ajustase a sus necesidades.

Dejó atrás la inmobiliaria de Saoirse. Vislumbró por el espejo retrovisor del coche cómo se perdía entre las calles que lo devolvían a casa, a un entorno conocido, donde la escasez de objetos decorativos y mobiliario hacían patente la insensatez de acaparar posesiones por el mero hecho de poseerlas, cuando otras parcelas de su vida se hallaban mermadas. Imaginó ser uno de esos cuerpos exánimes, en concreto una lámpara de una mesita de lectura, sin bombilla y lejos del enchufe de tres agujeros que la alimentaba. Bella o destartada, según los gustos del ojo avizor, pero sin utilidad.

Recordó las interpretaciones que hizo de la silueta del sueño de Lara. En primer lugar, creyó ser él, reclamando entrar de nuevo en su vida. En segunda instancia, Ashley, basándose en una supuesta conexión inicial y en el comienzo de las dos primeras oraciones con las que se dirigió a él, por utilizar las palabras «ves», del verbo ver, y «vaya», del verbo ir, los dos significados posibles de «ve» en español. Además, sumó el comentario de Bea: «Es nuestra silueta». Por último, pensó en Lara, la persona que tenía en frente, en su presente soñado, y quien permanecía en la puerta detrás de una luz de intensidad cegadora; a su parecer, este aspecto indicaba que Lara deseaba transmitirle que ella ya era pasado y no deseaba entrar en su nueva casa.

Esta última versión le empujó a tomar la decisión de llevar las cenizas al lago Hillier antes de su viaje a España. Por más vueltas que le daba, continuaba pensando que había sido una de las mejores decisiones de su vida, aunque no acertase en la forma de llevarla a cabo, ya que había acarreado repercusiones en sus seres queridos. Bea estaba enfadada con él, no cogía el teléfono ni contestaba sus mensajes; Saoirse, en nombre de su familia y en el suyo, manifestó el deseo de haber estado presente; Elena y sus padres no hicieron ningún comentario al respecto, aunque apreció la mirada de su hermana en el aeropuerto, las lágrimas contenidas, y el abrazo férreo de su madre, como si la parca le hubiese dado otra oportunidad para disfrutar de su hijo. Sintió cómo el egoísmo campaba a sus anchas en la boca del estómago e iba ganando terreno.

La mesa de la cocina le invitó a reiniciar el bucle de la semana anterior. Frente al ordenador, un café y la libreta de notas, abrió el diccionario de lengua española en la palabra «ve». De modo idéntico a sus intentos previos por esclarecer el mensaje, escogió las mismas acepciones, pero esta vez las ordenó de forma cronológica y recapituló en profundidad el significado que les

otorgaba en función de sus propias vivencias desde el sueño, o en torno a él.

Con respecto al verbo ver:

9. Prevenir las cosas del futuro; anteverlas o inferirlas de lo que

sucede en el presente. Lara estaba embarazada cuando entregó la nota a su hermana. A los pocos meses de gestación, percibió una creciente preocupación por la muerte. Expuso el miedo a morir mientras el bebé fuera demasiado pequeño y no contase con las atenciones de una madre, incluso de hacerlo antes de su nacimiento. Sus ojos se inundaban de lágrimas, mientras una mano se aferraba a la de su marido y la otra a su barriga.

Una ola de culpabilidad le azotó: no debió marcharse aquella mañana al rancho, quizás ahora las cosas serían distintas, los tres estarían juntos de uno u otro modo, entre cuatro paredes llamadas hogar, o sepultados en la tierra bajo una lápida. No obstante, era consciente de que él podría haber ido conduciendo aquella tumba de hojalata y, al igual que el taxista, tener o provocar un accidente de tráfico con los nervios y, solo él, vivir para contarlo. Su conciencia no habría podido sobrellevar aquella opción de ninguna de las maneras.

—Guiada por sus temores —concluyó Héctor en voz alta—, Lara escribió aquella nota.

5. *Visitar a alguien o estar con él para tratar de algún asunto.* Lara eligió el día del aniversario de las mil cruces para protagonizar un sueño erótico a modo de despedida. Su última palabra fue «ve». Además, el viernes, mientras Bea y Ashley se hallaban en el cementerio, él permaneció refugiado en el lavabo para recomponerse. Había estado reviviendo con todo lujo de detalles la experiencia del sueño y notó cómo el fuego crecía entre sus piernas.

Aclaró su rostro con abundante agua. Sintió escalofríos. Cerró los ojos. Percibió su olor. Dijo su nombre en voz alta: «Lara». La luz

emitió un leve chasquido. Abrió los ojos; el espejo, durante un instante, mostró la silueta de su mujer en la puerta. Cuando se giró para corroborar su presencia se había desvanecido. Creyó que un golpe de locura, sustentado en los pensamientos que rumiaba, había hecho posible aquella aparición fugaz; sin embargo, coincidía con la hora del encuentro. Ella había estado presente y se lo había hecho saber. Se reconoció: «La fe y la mente son armas poderosas, tal vez juegan contigo, o tú les permites ser el objeto de sus juegos.

Un pequeño hombre de a pie no tiene ese tipo de vivencias».

Percibir por los ojos los objetos mediante la acción de la luz.

En el sueño, el exceso de luz solar tras la silueta le impidió apreciarla con nitidez; eso implicaba que podía ser cualquier persona, incluso el cobrador del frac. Una sonrisa amarga cruzó su rostro.

En cuanto al verbo «ir»:

10. Denota que una acción empieza a verificarse. Había dos opciones posibles. La más plausible giraba en torno a Lara: era ella. Resultaba imposible obviar que el sueño se había producido en el aniversario de las mil cruces, y que en él expresaba un deseo para ambos: proseguir con sus vidas, ya fuese en el mundo de los vivos o en el más allá. Rechazaba entrar en una nueva casa. Pero entonces, ¿por qué le diría «ve»? Le indicaba que fuese hacia ella. ¿Atrás? ¿Al pasado? Carecía de sentido.

Resumió la información para montar el argumento de la segunda posibilidad. Por un lado, Bea y Ashley se cruzaron por primera vez el martes, tan solo unas horas después del sueño. Por otro lado, en la primera conversación mantenida con la exmodelo, ella usó los dos verbos que conformaban la palabra en español. Por último, Lara adoraba a Ashley, siempre se había sentido atraída por ella, y siempre se refería a ella como a un ángel.

Acabó analizando las anotaciones sobre el verbo «ir»:

Avanzar hacia un determinado camino o persona. Desde el sueño, percibió cómo la necesidad de su familia y amistades, a excepción de Bea, de emparejarlo se nutría e iba encaminada hacia Ashley. Sintió una atracción inicial similar a la que experimentó con Lara cuando la conoció, pero esta vez el miedo lo paralizaba. No podía permitirse el lujo de equivocarse, enturbiaría el vínculo con una hija en común y las amistades con Jake y Elena.

Debía examinar el asunto en perspectiva, a una mujer como ella le sobrarían los pretendientes a la vuelta de la esquina. ¿Por qué iba a fijarse en él, un ranchero rudo y deslenguado? Rememoró la apertura con Ashley cargante e inapropiada. A años luz del comienzo con Lara, excitante y romántico. ¿Cómo lo recordaría? ¿Como el insultante chico de los pantalones mojados, que la llamaba exmodelo alcohólica? Todo un despropósito. Si se hubiese planteado ofenderla, que no era el caso, no podría haber elegido un comienzo mejor. En cambio, ella escuchó a Bea, siguió sus consejos y lo abrazó, con lo que demostró la pasta de la que estaba hecha, una mujer capaz de perdonar y adaptarse a las situaciones, con capacidad para anteponer los sentimientos y deseos de sus seres queridos a los suyos. Siguió el consejo de su hija a rajatabla: «Abrazalo», cuando lo que de verdad se merecía era un puntapié en la espinilla o en otra parte más céntrica de su cuerpo.

Se recomendó continuar con el plan trazado antes de su llegada a Brisbane: pasar un año sabático en España cuando Dulcinea falleciera. Apagó el ordenador y fue a cambiar el billete de avión por dos, en asientos contiguos. No debería haber dejado a Bea fuera de la ecuación. Una vez efectuada la operación llamó a su hija, con su nueva adquisición en la mano, para comunicarle el viaje, pero no obtuvo resultado. Se resistió a la tentativa de hacerles una foto y enviársela. Pensó: «Quizás sea mejor que no me haya cogido el teléfono, así podré pedirle disculpas y darle la noticia en persona». La fortaleza interior adquirida no duró demasiado, un nudo le atravesó la boca del estómago cuando resurgieron las preguntas que le daba pavor formular: ¿y si no conseguía contactar con Bea, o decidía no acompañarlo a España?

Hizo una parada en el centro comercial para realizar las últimas compras para el viaje, y para seleccionar algunas botellas de vino para la cena en casa de sus padres. A ellos no les sorprendió la noticia, pero sí el poco tiempo con el que comunicaba su partida.

En uno de los pasillos se cruzó con Ashley; intercambiaron un breve saludo condescendiente y prosiguió con sus compras sin mirar atrás. No obstante, le pareció tener sus ojos clavados en la nuca durante el interminable trayecto hasta abandonar la sección. Fue a la zona de cajas con paso apresurado, huyendo de la tentación.

## **ASHLEY Y HÉCTOR**

### **SUPERMERCADO, ZONA DE APARCAMIENTOS Y CAFETERÍA (BRISBANE)**

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana Ashley recibió la llamada de Bea, y ella, una cadena de preguntas en torno a Aidan y a los motivos que la habían llevado aquella mañana a presentarse en el colegio de su hermano. Tras la conversación respiró aliviada, a pesar de no convencerle cómo Zoe había solventado aquella historia. Echó en falta que le hubiera comunicado sus intenciones antes de ejecutarlas, como muestra de confianza. Aunque intuyó por qué actuó así: se conocían bien, y no habría aceptado implicar a Bea directamente.

Permaneció en el radio del colegio algo más de una hora, ensimismada en viejos pensamientos, hasta que determinó ir al centro comercial. El periodo no tardaría en recordarle que aún era fértil, aunque no disfrutase de ese privilegio. Una de las conversaciones con su abuela Catia la condujo a divagar: «Una sola vez, y dos hijos de edades dispares. No es una mala proporción. Si a eso le sumo que los dos son legalmente del mismo hombre, con el que hace unos días ni tan siquiera había compartido un leve roce..., da como resultado una historia sin pies ni cabeza». Ashley imaginó

cómo hacía aquella operación con una calculadora. Sonrió ante la ocurrencia.

Deseaba a Héctor como nunca antes había deseado a ningún otro hombre. Quería experimentar cariño, amor y deseo, en la misma proporción, a través de sus ojos, labios y piel; pero el miedo a perder a Aidan pesaba más. Se recordó que era madre antes que mujer. Decidió cerrar aquella puerta.

Necesitó parpadear reiteradamente cuando lo vio cruzar el pasillo donde ella realizaba sus compras. Intercambiaron un breve saludo y contempló cómo se marchaba sin mirar atrás.

La cabeza le daba vueltas: su principal preocupación y deseo había pasado de largo, sin pararse, al menos, a intercambiar una liviana conversación sobre el tiempo atmosférico, o una leve disculpa por desaparecer de la recepción del viernes sin despedirse. Experimentó cómo su interior pugnaba por acercarse o dar carpetazo a aquel hombre. Optó por aproximarse. Necesitaba aclarar las cosas en torno a Aidan. Lo buscó con ahínco por los pasillos circundantes, intentando no parecer desesperada.

Aguardaba el turno en la zona de cajas. Puso su carro detrás de forma despreocupada. Miraba al frente ajena a ella. Carraspeó.

No sirvió de gran cosa.

—Héctor.

Él se giró. El corazón se le paró unos segundos, o eso creyó sentir.

—¿Qué haces aquí? —preguntó asombrado. Sus esfuerzos por darle esquinazo no habían dado resultado. Su grado de saturación no permitía añadir ningún elemento discordante más, se encontraba al límite.

—Pagar mis compras, como todo el mundo —contestó arqueando las cejas y haciendo un suave vaivén con la cabeza.

—Sí, claro.

Héctor fue colocando los artículos en la cinta de la caja. Eso le daría tiempo para buscar alguna conversación.

—Fue una recepción perfecta. Siento que nos fuéramos sin despedirnos de ti y de tu familia, tuvimos que marcharnos de forma precipitada. —Héctor dudó, no quería sacar a relucir el nombre de su cuñada, ni enmascarar los sentimientos que batallaron en su interior después del baile con Zoe tras una mentira piadosa—. ¿Bea te ha comentado algo al respecto?

—Sí. No tiene importancia.

Héctor pagó su cuenta al contado y ayudó a Ashley a colocar sus artículos. Recordó que Saoirse le pidió que conociera a Aidan antes del viaje a España.

Ashley pagó con tarjeta de crédito.

—Te acompaño al coche —propuso Héctor.

—De acuerdo.

Colocaron la compra en el maletero de Ashley. Ella visualizó la sonrisa de su hijo, sus manos inquietas dispuestas a encontrar una forma de juego detrás de las cosas cotidianas, la mochila del colegio como compañera de sueños... Sonrió. El valor para afrontar aquella situación fue creciendo en su interior hasta llegar a su punto álgido.

—¿Podemos tomarnos un café? Me gustaría comentarte algo sobre mi hijo. Intentaré ser breve.

—Claro; antes... —Héctor señaló la compra. La exmodelo asintió.

El veterinario no sabía cómo exponer su deseo. Empezó a divagar hilando un pensamiento tras otro, sin vislumbrar la forma adecuada de conducir la conversación hacia Aidan. Se alegró cuando Ashley inició el tema, así sería más fácil.

Seleccionaron un restaurante poco transitado. Se sentaron en una mesa cerca de una ventana.

Ambos pidieron un café con leche.

—No sé por dónde empezar —confesó la enóloga. Inhaló aire para alimentar sus pulmones. Dejó las manos bajo la mesa de madera para que no se advirtiera su temblor. Construyó una pose neutra y se infundió ánimos—. Cuando Aidan y Bea se conocieron, él expresó su deseo de que tú fueses su padre. ¿Te ha hablado Bea sobre esto?

—Sí, no te preocupes. Son cosas de niños, pronto se le pasará. Tan solo lo diría porque quiere que le enseñemos a jugar al fútbol.

—No, no es solo por eso; cuando algo se le mete entre ceja y ceja, no se le olvida, es muy perseverante. De hecho, me pregunta por ti todos los días, a todas horas.

Ashley cerró los párpados unos segundos y los abrió en una suave cadencia. No estaba dirigiendo la conversación de forma conveniente, estaba muy nerviosa. Si proseguía por esos derroteros, acabaría estallándole entre las manos. No ayudó visualizar cómo una pareja de policías llamaba a la puerta de su vivienda con una orden dictada por un juez.

—Perfecto, me gustaría conocerlo. Podemos aprovechar para hablar con él. Aunque, la verdad, no me importaría hacer algunas funciones de padre, ya sabes: jugar al fútbol, recogerle en el colegio de vez en cuando, ir al cine, enseñarle a montar a caballo... —manifestó él—. ¿Sabe montar?

—No, no sabe —contestó Ashley contagiada por su entusiasmo, olvidando por unos segundos sus pretensiones—. Yo no quiero eso. No es algo a lo que tengamos que darle alas.

—Está bien, me ha quedado claro. No quieres que haga de padre con él durante unos días.

—No.

—¿Qué hacemos entonces?

—No lo sé, Héctor. Esto es más complicado de lo que parece.

Ashley abrió su maletín y extrajo una carpeta con documentos. Retiró el café de su acompañante y la puso sobre la mesa, a su alcance. Colocó la mano encima.

—Aunque no te lo creas, hasta el sábado yo no sabía nada.

Mi exsuegro se tomó la licencia de arreglar los papeles a mis espaldas, sin consultarme.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Héctor.

Ashley retiró la mano de la carpeta. Héctor la abrió y leyó con detenimiento. No daba crédito a lo que tenía entre sus manos.

—¿Soy el padre legal de Aidan?! —Miró alrededor; había subido un poco el tono de voz, aunque percibió que nadie había apreciado su comentario. Una familia con un par de niños sentados en una mesa en el centro continuó con las labores de darles el desayuno, y una pareja de edad avanzada siguió sumergida en su conversación.

—Sí. —Ashley lo miró con aspereza.

—Lo siento —se disculpó por haber subido el tono de voz—. Yo no he firmado esos documentos; de haberlo hecho, me acordaría, créeme —recalcó arqueando las cejas.

—Lo sé.

—Entonces... ¿Quieres decir que Sam, tu abogado y exsuegro, falsificó mi rúbrica?

—Sí.

—Aun así, ¿no quieres...?

—No, no quiero —cortó en seco Ashley.

Héctor pasó la mano por su rostro con firmeza. Demasiados cambios en muy poco tiempo: no terminaba de encajar uno, cuando llegaba otro que arremetía con más fuerza. Secuencias de imágenes vividas con Bea se sucedieron, solapándose unas con otras, pugnando por sobresalir sobre las demás. Sintió una punzada en el corazón: deseaba atesorar esa clase de recuerdos

también con Aidan.

Ashley inspeccionó la faz de Héctor; apreció preocupación.

Esperó unos minutos para que asimilara los documentos, antes de exponerle sus pretensiones.

—He consultado los trámites que seguir con un abogado de confianza, arreglaremos este asunto, solo tendrás que acudir a firmar cuando nos cite en su despacho.

Héctor sacudió una mano en el aire, como si con ello pudiese borrar la solicitud de Ashley. Ella contempló sus manos: no llevaba el anillo de casado, ni el que intuía que era de Lara en el dedo meñique. Imaginó que los habría depositado dentro de la urna con las cenizas de su mujer e hijo. Un dolor agudo en el corazón hizo patente que no estaba contando con ese órgano de su cuerpo en aquella decisión.

—A ver... Yo no quiero firmar esos documentos, quiero conocer a Aidan, podrías darnos una oportunidad.

—¡No!

—¿Por qué?

—Es evidente: no eres su verdadero padre.

—Legalmente sí. —Héctor puso su dedo sobre su firma falsificada en el documento.

—Biológicamente no.

—Muy bien. ¿Y Bea?

—Bea es nuestra hija.

—Tampoco es biológica, ¿sabes? También me acordaría de algo así —recalcó Héctor.

—Ese caso es diferente.

—¿Por qué? ¿Te parecería bien que te pidiese que renunciaras a ella?

—No, no quiero renunciar a ella. ¡No es lo mismo, no tiene nada que ver! ¿No lo comprendes?

—¡No, no lo hago! Necesito tiempo para procesar todo esto.

—Héctor abrió las manos de par en par sobre la carpeta. Sacó un billete para pagar los cafés. Lo depositó en la mesa. Dio por concluida la conversación.

Ashley recogió la carpeta de los documentos y lo siguió.

—Héctor. —Él se giró y esperó hasta que llegó a su altura—. No podemos dejar esto así.

—¿Así?

La enóloga retuvo las lágrimas, aunque su rostro desencajado dejaba entrever sus emociones.

—Tenemos que encontrar una solución.

—¡Uf! —Emitió el sonido con un resoplido—. Dame tiempo.

—¿Tiempo? Bea me dijo que te marchas a España mañana, durante un año. ¿Vamos a posponerlo hasta entonces?

—No. Esto cambia las cosas.

—No, no cambia nada. No estamos casados, ni somos novios ni nada. Yo no soy Lara. —La voz le temblaba. Se arrepintió de haberla mentado, pero ya era tarde para echar marcha atrás—. Además, apenas nos conocemos.

—Ashley, no puedo seguir hablando contigo...

—¿Tienes prisa?

—No, tengo miedo.

Héctor pospuso una vez más la conversación. Apretó el paso hasta el coche. Precisaba estar solo. El corazón le palpitaba con fuerza, oía sus propios latidos. Experimentó la necesidad de salir corriendo, lejos, a ninguna parte. Deseó ser aplastado por el pie de un gigante como si fuese un insignificante insecto. Sintió ahogo.

Trasteó en la cerradura del coche, las llaves se le cayeron un par de veces al suelo. Hizo un

balance de los acontecimientos más recientes; todo el mundo estaba enfadado o molesto con él, y ahora, Ashley deseaba apartarlo de su vida y la de Aidan de un plumazo, con una firma que lo distanciara y proporcionara una barrera de seguridad entre ambos.

—Soy bueno para ser el padre de Bea, una hija que sacaste de la calle, pero no para ser el de Aidan. ¿Qué clase de hombre crees que soy? —se dijo a modo de conclusión.

El cerebro de Héctor crujió. Los engranajes luchaban por recomponer, unir, construir y destruir todas las piezas al mismo tiempo. Demasiadas acciones dispares, cada una enfocada en uno o varios de los frentes abiertos. Se llevó las manos al rostro, y al hacerlo observó restos de agua salina y su temblor, todo emborronado por las lágrimas. Sintió un leve mareo. Trató de controlar la respiración mientras cogía el móvil para llamar a Bea; se le cayó debajo del asiento del copiloto ausente. Recordó la realidad, no le contestaría. Comprendió que ya era tarde, se había derrumbado.

Se dejó ir.

Ashley fue a su coche. Necesitó varios minutos para asimilar la conversación con Héctor. No había salido como esperaba, no supo cómo plantearle la situación sin ofenderle. Quizás un tiempo prudencial jugase a su favor, asentaría las cosas y le daría la oportunidad de encontrar una solución o ver el tema desde otra perspectiva. Además, en el peor de los casos, mientras estuviese en España

no emprendería acciones legales contra Sam y ella. Podría mitigar los sentimientos hacia él y, con suerte, olvidarle por completo.

Miró por el espejo retrovisor: el coche de Héctor seguía en el garaje, ni tan siquiera había encendido el motor, las luces permanecían apagadas. Rememoró sus últimas palabras: «Tengo miedo».

¿Miedo a qué? ¿A ella? ¿A su nueva paternidad? ¿A los cambios? Experimentó una oleada de empatía hacia él. Acababa de llevar las cenizas de Lara al lago Hillier, él solo, sin contar con terceras personas para que lo acompañasen, en un último gesto de despedida.

Sabía que su actuación no había sido bien recibida por su familia.

Bea estaba enfadada con él, le constaba. No obstante, se reconoció que ella hubiese actuado del mismo modo. Habría deseado ese último instante de intimidad con su pareja e hijo.

—No fue una buena idea nombrarla —volvió a reprenderse—, ni compararme con ella.

Esperó algunos minutos en la zona de aparcamiento siguiendo una intuición. Héctor continuaba dentro del coche. Determinó acercarse. Estaba llorando. Tocó en la ventanilla con suavidad con los nudillos, pero no apreció ningún movimiento corporal en él. Intentó abrir la puerta del conductor, pero el cierre de seguridad estaba puesto. Probó con el resto de puertas sin obtener resultado. Cogió el móvil y llamó a Bea.

## BEATRIZ Y ELENA

### HOSPITAL (BRISBANE)

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana El abrazo de Bea y Elena se vio interrumpido por el móvil, con la melodía seleccionada para su madre.

—¡Uhm! —resopló Bea, recorriendo con suavidad la espalda de Elena—. Tengo que coger el teléfono, es Ashley, ¿de acuerdo?

—Sí —contestó resignada, apretando aún más su cuerpo contra el de la diseñadora.

Bea besó la mejilla de Elena. Cogió la bolsa de deporte, y justo antes de rozar el pomo de la puerta, se giró para descubrir cómo la doctora miraba su trasero. Sonrió.

—Es para ti.

Elena siguió la mirada de Bea hasta donde la tenía posada.

—¿Te refieres al refresco?

—Sí.

—¡Tsk! —chasqueó la doctora decepcionada.

Elena lo cogió, se acercó a ella y se lo puso en la mano, imitando a la chica de la protectora; sin embargo, ella sí halló complicidad. Respiró satisfecha.

—Bébetelo tú. Has perdido bastante sangre, no quiero que te marees —indicó con dulzura. Besó su mejilla.

—De acuerdo, pero entonces no deberías besarme —dijo contemplando sus labios. Pasó el pulgar con suavidad por el beso de su rostro.

—Eres muy tonta, ¿lo sabías?

Bea saboreó cada uno de los pasos de la doctora y su contorno debajo de la bata blanca, hasta que tomó asiento de nuevo. Le guiñó un ojo y se marchó.

Elena apagó el cronómetro, marcaba catorce horas y veintiún minutos.

### ELENA Y WENDY

#### HOSPITAL (BRISBANE)

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana La doctora tuvo una intuición y recogió con presteza la consulta. Sacó un zumo de la máquina expendedora y fue, como cualquier otro familiar, a visitar a una de las pacientes. Por el pasillo, cada uno de sus pasos flotaba entre nubes de algodón; sabía bien qué significaba aquello, la fase de enamoramiento pronto acabaría haciendo estragos: mirada perdida, un pensamiento fijo, chocarse por las paredes, romper media vajilla... No debía engañarse, la mayoría de indicios llevaba tiempo experimentándolos. Sonrió, pensaba en el amor como si fuese una enfermedad. Entró en una habitación.

—¡Menuda macarra estás hecha! —exclamó Wendy.

Wendy estaba sentada en el poyete de la ventana, ojeando el trasiego de personas del exterior. La doctora Ariza se acercó para saber sobre quién lanzaba aquel comentario. Sonrió al corroborar su intuición; Bea jugaría a su favor.

—¿Se refiere a la chica de la camiseta manchada de sangre?

—matizó Elena.

—Sí, claro. ¿Has visto que pintas?

—Un horror —señaló Elena tratando de mantener el tipo.

—Tiene pinta de delincuente. ¡A saber de quién será la sangre!

—¿Cree que habrá estado en la cárcel? —cuestionó Elena.

—Por supuesto. ¡No hay más que verla! La doctora Ariza miró el cuadrante de Wendy. No había ingerido alimentos. Ella la observó con detenimiento con una sonrisa burlona, esperando las típicas palabras amables para convencerla.

—¿Sabe? Esa macarra de ahí fuera es mi amiga; o empieza a comer, o le pediré personalmente que venga a darle la comida.

—¿Qué? —Wendy palideció.

—Me ha oído perfectamente. Le he traído un sándwich de atún casero y un zumo de la máquina. —Se los entregó. La paciente la miró perpleja—. Esperaré aquí hasta que acabe.

—¡Es un farol! Elena le mostró una foto del móvil. Fue pasando el dedo por cada uno de los integrantes, mientras decía sus nombres en voz alta.

—Jake, esta soy yo, ¡qué bien salgo aquí! —matizó saboreando el momento—. Héctor, Bea y Saoirse. —Recalcó el nombre de Bea.

—Es usted una doctora horrible, no puede ir por ahí amenazando a los pacientes. ¡Quiero la hoja de reclamaciones y hablar con el director del hospital inmediatamente!

—Me parece bien. —Elena sujetó el llamador con una mano, y en la otra le mostró el móvil con el número de teléfono de Bea y la función de llamada.

—De acuerdo, de acuerdo... Lo haré.

Elena sacó un libro y se sentó a estudiar. Wendy se comió el sándwich y se tomó el zumo, bajo la mirada de refilón de la doctora. Elena respiró satisfecha. Decidió permanecer media hora más con ella.

### **BEATRIZ, ASHLEY Y HÉCTOR**

#### **DEL HOSPITAL AL SUPERMERCADO (BRISBANE)**

Lunes, 13 de febrero de 2017 Mañana Bea salió del hospital y devolvió la llamada a Ashley. Su discurso atropellado le hizo apartarse de la realidad acontecida minutos antes. Su madre le hizo un resumen de la conversación mantenida con Héctor sin omitir ningún detalle, y de cómo se encontraba dentro del coche con las puertas bloqueadas. Bea le pidió que se quedase con él hasta que ella llegara.

En el aparcamiento, saludó de forma neutra a Ashley y rehusó su amago de acercarse con un sutil gesto de la cabeza.

—No ha estado bien lo que le has dicho —declaró Bea.

—Lo sé, lo siento mucho, de verdad —se disculpó con sinceridad Ashley.

—Ya me hago cargo yo de la situación. Es mejor que te marches, tal vez diga cosas que no desees oír.

—No importa, prefiero quedarme.

Ashley percibió una oleada creciente de culpabilidad. El miedo le había hecho incluir a Héctor en el mismo saco que a su exmarido; y en su discurso, sin pretenderlo, menospreciaba a Bea, y el lazo que hasta entonces imaginaba inquebrantable se había roto. Estaba enfadada con ella, lo apreció en el tono de su voz y en la mirada endurecida.

Bea comprobó las puertas, estaban cerradas. Escogió dos hebillas del pelo. Miró a Ashley.

—No soy una niña buena —susurró—, deberías replantearte la adopción, aún estás a tiempo.

A Ashley le resbaló una lágrima gruesa por el rostro. Guardó silencio ante el comentario, no era el momento adecuado para prodigarse en explicaciones.

Bea desabrochó el cinturón de seguridad, echó el asiento hacia atrás y se sentó sobre sus rodillas. Lo abrazó. El cuerpo de su padre temblaba, se aferró al suyo con fuerza. Los brazos de Héctor, poco a poco, recobraron la vida y estrechó a Bea hacia él. Ella le acarició el pelo, le besó la frente, agarró su rostro con las dos manos y fue secándole las lágrimas con los pulgares.

—Siento haberte dejado al margen, pero, sobre todo, haberte hecho daño —confesó Héctor.

—Lo sé. Me ha quedado claro con todos los mensajes que me has enviado.

—¿Vas a perdonarme?

—Sí.

Héctor rastreó sus ojos: decía la verdad. Volvió a apretarla contra su pecho; ahora él besó su frente y una de sus muñecas.

Alargó la mano hacia la guantera del coche, sacó los billetes de avión y se los entregó.

Bea negó resignada.

—Ya sé que te marchas a España mañana.

—Estuve hablando con Saoirse, me abrió los ojos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la diseñadora.

El veterinario deslizó los billetes entre los dedos de Bea para que apreciara que eran dos.

—¿Para quién es el otro? —Bea puso morritos como una niña pequeña.

—Pa ti.

—¿De verdad?

—Sí.

La diseñadora volvió a besar el rostro de Héctor reiteradamente.

—¿Estás segura de que quieres acompañarme? No quiero apartarte de Ashley en este momento. No creo que sea justo

—confesó Héctor.

—No te preocupes. Me equivoqué, no es nuestra silueta.

CAPÍTULO 51  
**ELENA, ELSA, CÉSAR, BEATRIZ Y HÉCTOR**  
HOGAR DE CÉSAR Y ELSA (BRISBANE)

Lunes, 13 de febrero de 2017 Tarde

Elena estaba satisfecha con su actuación con Wendy en el hospital. No podía negar que había sido una estrategia bastante arriesgada, pero efectiva. Aunque era pronto para lanzar las campanas al vuelo; antes tendría que comprobar con sus propios ojos que seguía comiendo, y prepararse por si decidía tomar represalias contra ella. Las buenas intenciones, con una amenaza de por medio, no las aceptaría el jefe de personal, y mucho menos un juez.

Necesitaba paciencia, una virtud poco arraigada en ella.

En casa, la pieza de puzle número 7 le esperaba junto con un cuestionario exhaustivo de su madre, en el que incluyó una pregunta sobre las cartas.

—¿Qué quieren decir los números que aparecen en el remitente?

Elena trató de parecer ensimismada mientras sacaba un botellín de agua de la nevera, una forma como otra cualquiera de ganar tiempo para armar una respuesta convincente.

—Son de mi profesor, cada número corresponde a uno de los apartados del libro. Mañana debo entregarle un esbozo del contenido referente a esa parte del índice. Así que, sin más dilación, me pondré manos a la obra. —No esperó la posible réplica de Elsa.

La doctora besó la frente de su madre y se encerró en su cuarto. Abrió el sobre. La pieza mostraba la continuidad en el conjunto de arboledas y en el trozo de pastel rosa. Dejó volar la imaginación mientras jugaba con el fragmento entre los dedos; concluyó que aquel trozo, por sí mismo, se asemejaba a un gorro de un pequeño gnomo; en el pico, echó en falta un lazo verde o granate, y un cascabel a modo de ribete.

Vistiéndose para la cena, recordó a la última paciente del día: Bea. A su bloqueo inicial, tras comprobar las viejas cicatrices de la espalda, ella le respondió con un intenso abrazo hasta que recobró la compostura. Echó puntos en dos de sus heridas. Después no recordaba qué excusa pusieron esa vez para fundirse la una en los brazos de la otra, ni quién tomó la iniciativa; pero sí cómo el móvil rompió aquel momento que se le hubiese antojado eterno.

Oyó el sonido de la puerta de entrada y los saludos de bienvenida de su familia. Revisó, una vez más, peinado, vestimenta y maquillaje. El espejo le recriminó que se había arreglado demasiado. Elió un vestido negro entallado, con un amplio escote hasta el cinturón; tacones, unos pendientes de hadas diseñados por Bea, que le había regalado en su último cumpleaños y que aún no había estrenado, y una pulsera artesanal formada por cordones de distintas tonalidades de cuero. Bajó las escaleras, buscando una excusa plausible para ir tan arreglada. Su madre la contempló extasiada.

—¡Estás guapísima, Elena! —dijo Elsa orgullosa de su hija—. ¿Has quedado después?

—Sí. Es el cumpleaños de Julia —mintió buscando los ojos cómplices de Bea de forma sutil, sin hallar su presencia en la estancia.

La diseñadora llegó con las botellas de vino del maletero del coche de Héctor. En cuanto él puso el pie en el suelo, César lo acaparó, solicitando su ayuda en la barbacoa. No deseaba admitirlo, pero aún le temblaban las piernas después de conocer la noticia del accidente en el lago de color rosa y la posibilidad de que su hijo estuviese en el helicóptero.

Elsa pidió la colaboración de Elena para llevar la vajilla al exterior. Los farolillos, la mesa amplia exquisitamente decorada frente a la piscina y un suave hilo musical invitaban a saborear los platos con detenimiento y a una charla distendida en la sobremesa. La madre de Héctor cuidó cada uno de los elementos para que la cena fuese inolvidable.

Bea esperó a que Elena entrase, vio su figura y acto seguido refugió su mirada en el suelo para no naufragar en su escote. La doctora sonrió satisfecha consigo misma, y aprovechó, mientras su familia se hallaba concentrada en otros asuntos, para repasar el atuendo de la diseñadora: vestido corto negro, terminado en punta en el centro, y una chaqueta de piel negra entallada. Hacía una temperatura agradable, así que eso significaba que había venido en la moto. Llegaba con el frío metido en el cuerpo, y la conservaría puesta varios minutos hasta que entrara en calor. El supuesto, y falso, cumpleaños de Julia era la excusa perfecta para dar por concluida la cena y pasar así la noche juntas; sin embargo, Bea, de estar interesada, debería hallar otra disculpa. La realidad chocó contra sus apetencias; pensó: «Héctor se marcha mañana, no lo dejaré solo esta noche».

Una vez más, como receta para el mismo día, necesitaba paciencia, esa gran virtud de la que carecía. Regresó a la realidad.

Prosiguió con el repaso del maquillaje de la diseñadora, suave, a excepción de los ojos, en los que una raya negra y sombras azules matizaban su mirada de estrella indómita y la hacía resaltar en el bello conjunto del rostro. Buscó los zapatos de Bea en la puerta, unas botas negras con tacón cuadrado; ella había adquirido la costumbre de los aborígenes australianos y en casa caminaba descalza. Rememoró las botas de motera altas, diseñadas por ella, que usaba en invierno con las minifaldas. Anheló hacerle el amor con tan solo ese atuendo. Percibió una punzada de excitación. Fue al baño a recobrar la compostura. Al regresar, vio a Bea sacando las copas de vino de una de las estanterías superiores del mueble de la cocina. Se perdió en su trasero imaginando una pequeña ráfaga de viento. Lo estaba haciendo adrede: nunca tardaba tanto en esos menesteres. De nuevo percibió cómo el fuego se abría paso entre sus piernas y la derretía.

Bea giró la cabeza y pilló a Elena desprevenida. Retuvo su mirada y la guió al objeto de su deseo. Le guiñó un ojo y, en la misma posición, subió parcialmente su vestido. Ambas sabían ya qué significaba aquel gesto. Sonrieron. Recobraron la prudencia cuando oyeron los pasos de alguien aproximándose.

—Necesito contarte algo —articuló Bea, sin pronunciar los sonidos.

—Después de la cena —contestó la doctora Ariza imitando las formas.

César y Héctor entraron en la estancia para llevarse las copas de vino.

—Es importante —insistió.

—Después —reiteró con sensualidad.

Elsa entró en la estancia y tomó a su nieta del brazo para conducirla hasta la mesa. La cena se componía de varios tipos de ensaladas y de carne a la brasa. Elena seleccionó en el hilo musical la canción *Papeles mojados*, de Chambao, para comenzar la velada.

Lara había organizado varios grupos de baile para una gala benéfica, y el de Elena realizó una adaptación de esa pieza musical.

Bea estuvo allí, como en la mayoría de los mejores recuerdos que durante tanto tiempo había fingido no atesorar.

En la cena mantuvieron una conversación fluida, con una gran diversidad temática. El viaje a España no tardaría en salir a relucir, y temía la reacción de Elena. No le había dado tiempo a tratar con la doctora el cambio de planes: ella también se marchaba a España.

—Hijo, ¿has tenido tiempo para modificar el alojamiento por otro con dos habitaciones?

¿Dos habitaciones? ¡Dos habitaciones! Las palabras repicaron en la cabeza de la doctora en un mudo eco que, paradójicamente, gritaba más y más fuerte en su interior. Elena se revolvió en el asiento. Endureció la mirada; Bea supo a quién iba dirigida.

—No, aún no, cuando Bea y yo llegemos nos apañaremos.

Nuestra intención es quedarnos en Málaga dos semanas, luego decidiremos sobre la marcha el siguiente destino.

Elena notó cómo crujía su corazón y empezaba a resquebrajarse. Le dolía el pecho. Sintió ahogo y la necesidad de gritar y zarandear a Bea con todas sus fuerzas. Eso no era «algo que contar», si es que se refería a eso; más bien se trataba de la noticia estrella de la noche. Justo cuando había liberado sus apetencias, deseos y, en ese momento odiaba admitírselo, su verdadero amor contenido, le venía con aquel cambio de tercio.

—¿Cádiz, quizás? —interpeló Elena, mirando a Bea.

Héctor contempló a su hermana con dureza: la misma historia de siempre, con las uñas afiladas para saltar a la primera de cambio sobre el lomo de su hija, con la única intención de clavárselas. Ella sabía a la perfección qué implicaba emocionalmente para Bea retornar a su lugar de origen y, por su parte, intuía sus pretensiones si lo hacía.

—Puede —contestó Bea.

—No, no vamos a ir. En este viaje, no —apuntó Héctor. No obtuvo réplica de Bea, aunque de poco le servía; había apreciado el brillo de su mirada: llegado el momento, no conseguiría retenerla.

—César y yo estamos muy contentos de que os vayáis los dos juntos. Es un viaje muy largo —matizó Elsa.

Elena dio por concluida la velada. La cena acababa de empezar, pero no estaba dispuesta a permanecer ni un minuto más allí, sentada en la mesa. Consultó el móvil y recurrió a su excusa: el cumpleaños de Julia. Abrazó con fuerza a su hermano: ya no lo volvería a ver hasta después del viaje, no había logrado cambiar el turno del hospital y no podría ir al aeropuerto. Lo que en un primer momento fue un golpe duro se había convertido en una bendición. Obvió a Bea. Notó la mirada de desaprobación de su madre y de Héctor; aun así, no reculó.

Bea observó a los presentes y optó por continuar con la cena, guardando las formas. Ninguna excusa sería plausible para salir corriendo detrás de Elena. Además, existía la posibilidad de que fuese la última noche con su familia adoptiva; no contaba con regresar: se perdería en algún agujero, quizás excavado por ella misma, o en una cárcel donde le darían muerte. Tendría suerte si conseguía sobrevivir las dos primeras semanas en prisión.

A su parecer, la acción en su vida se había parado tras la muerte de Lara, salvando algunos momentos de gran intensidad; y desde el martes, cuando Héctor despertó después de aquel sueño, el ritmo había cambiado, los acontecimientos se sucedían unos tras otros a una velocidad de vértigo, sin orden ni concierto.

Pasados unos minutos de prudencia, consultó el móvil: no había ningún mensaje de Elena, pero sí varias llamadas perdidas de Ashley y un WhatsApp: Bea, lo siento mucho.

Me gustaría hablar contigo antes del viaje a España.20:05 Bea no le contestó, no estaba preparada para hacerlo.

### **ASHLEY, AIDAN Y JAKE**

FINCA CHALICE Lunes, 13 de febrero de 2017 Noche La conversación con Héctor acabó siendo un auténtico desastre. Lamentó su forma de conducirla, apretándole las tuercas hasta llevarlo contra las cuerdas. Le conmovió cómo Bea solventó la desesperación de su padre, secó las lágrimas de su rostro y recibió la noticia del viaje. Soportó en silencio las palabras de Bea: «Deberías replantearte la adopción». Experimentó en sus propias carnes cómo el lenguaje podía convertirse en un arma de doble filo. Percibió cómo el puñal clavado en el corazón de Héctor, al negarle la posibilidad de disfrutar de la paternidad de Aidan, le desgarraba las manos mientras ejecutaba su no tan bien estudiado plan, y cómo traspasaba su piel hasta alojarse en las entrañas

cuando Bea le correspondió con la misma moneda.

Bea no había respondido a sus mensajes ni a sus llamadas. El amor entre ellas era tal vez una cuerda demasiado fina, no contaba con suficientes vivencias para alimentarlo y permitir que saliera a flote tras un hecho así. Estimó que el dolor de Héctor sería similar al suyo, y que Bea dispondría de todo un año para reconsiderar el vínculo que las unía: ahora, tan solo unos fríos documentos sin alma.

Consultó la agenda de Aidan: Zoe había solicitado una tutoría para el día siguiente; supuso que desearía respetar el cauce habitual de incorporación de un alumno nuevo al centro, o le informaría sobre el alcance del suceso del bocadillo y las medidas tomadas al respecto. Se resistió a llamarla para consultarle el verdadero motivo, temió que hubiese algo más fuera de su conocimiento.

Preparó la ropa de Aidan para el día siguiente y bajó al salón.

Allí, Jake y Aidan estaban hablando. Permaneció en un segundo plano, a escondidas, escuchando la conversación.

Aidan se colocó sobre las rodillas de su tío.

—Tío Jake, por fin estamos solos. Hablemos de hombre a hombre.

—Claro —contestó Jake sonriendo—. ¿Qué tal te ha ido hoy en el cole?

—No estamos aquí para hablar de mí, sino de ti —parafraseó las palabras con las que Zoe comenzaba la asamblea. Jake arqueó las cejas asombrado.

—Ah, ¿no?

—No, pero ya que me preguntas, muy bien. Hoy tocaba rueda de aplausos en la asamblea. — Aidan juntó los labios y movió la cabeza suavemente de arriba abajo, esperando la pregunta de su tío. Jake se hizo de rogar un poco antes de formular la pregunta, le hacía gracia esa pose.

—¿Por qué te han aplaudido a ti?

—Porque ya juego mejor al fútbol, metí un gol en el recreo.

—¿De verdad?

—Sí.

Jake felicitó a su sobrino y lo abrazó. Levantó uno de sus brazos, con grandes aspavientos, como símbolo de victoria. Ambos rieron. Una vez recobrada la compostura, Aidan recuperó el hilo de la conversación, pero en esta ocasión fue directo al grano.

—La señorita Zoe dice que mañana es el día del amor.

—De los enamorados —corrigió Jake.

—Me gusta más cómo suena día del amor.

—Está bien, día del amor entonces.

—Tío Jake, ¿tú tienes novia?

—No.

—Perfecto. —Aidan juntó los labios en una sonrisa satisfecha—. *Sarsi* es muy guapa.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Jake miró perplejo a Aidan; ella estaba fuera de su alcance.

—Es muy guapa —insistió Aidan—, y muy divertida. Seguro que recibe mañana un montón de ramos de flores.

—Es posible.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? Tendrás que enviarle uno tú también, con una tarjeta con tu nombre, así sabrá que es tuyo.

—¿Estás seguro? —Su sobrino afirmó—. Me lo pensaré, ¿de acuerdo?

Aidan se levantó y le puso el móvil en la mano.

—¡No hay tiempo! —negó contrariado. Aidan comenzó a realizar el sonido de las manecillas del reloj—: Tic, tac, tic, tac. ¿A qué esperas?

Seleccionaron juntos un bonito ramo de flores y la tarjeta.

—¡Estoy orgullo de ti! —manifestó Aidan, parafraseando las palabras que su madre le repetía cada día. Abrazó a su tío.

Ashley esperó unos minutos antes de aproximarse a ellos.

Apreció lágrimas en su rostro y una sonrisa tenue en la comisura de los labios. Su hijo lo había vuelto a conseguir: hacerla feliz entre las tinieblas.

### **BEATRIZ Y ELENA**

HOGAR DE CÉSAR Y ELSA Y RESTAURANTE NO NI NA (BRISBANE)

Lunes, 13 de febrero de 2017 Noche Bea se esforzó en seguir la conversación durante la cena.

Apuró el último sorbo de café y se sirvió otro. La noche anterior sin dormir, presa del miedo experimentado por su padre, y la excitación mantenida desde la conversación con Elena en el hospital habían alimentado las horas del día; pero a esa altura de la noche, a su pesar, comenzaban a pasarle factura.

Recurrió a una verdad a medias: se marchaba para despedirse de sus amistades. En el sillón de la moto encontró los pendientes que Elena había llevado durante la velada y el cronómetro. Siguió una intuición y fue al restaurante No Ni Na.

Elena estaba sentada en su mesa habitual, con la compañía de un café y uno de sus libros, que no recibía la atención habitual de su dueña: pasaba las hojas sin tan siquiera posar la vista en los renglones. Recompuso su pensamiento tantas veces como estrellas no visibles poblaban el cielo; ambos imperceptibles al ojo humano.

—No vas a obsequiarla con tu enfado. Ni le vas a proporcionar una pataleta en la que dejes traslucir tus sentimientos. Nada, no vas a ofrecerle nada —se instó como cantinela. Se despreció cuando corroboró que lo había vuelto a hacer: había encadenado las sílabas que daban nombre al bar donde se hallaba, mientras su mente viajaba lejos de allí.

Bea se sentó en la misma mesa que Elena; llevaba el cronómetro y los pendientes en la mano. Los depositó con suavidad en el tablero. Esta vez no lo encendió. Le azotó un pensamiento: el tiempo entre ellas se había parado, los dígitos conformaban una prueba palpable de una hermosa certeza perdida. Una cadena de acontecimientos se había desatado y señalaba un único camino.

Las dos opciones posibles: quedarse o partir; fuera de todo pronóstico, se hallaban impresas en la misma cara de la moneda. Por un lado, era evidente la crisis emocional de Héctor; no lo dejaría solo, en ese o en cualquier otro viaje. Él, su luz en la oscuridad, no merecía menos. Por otra parte, el hombre de los nueve dedos y medio no la esperaría eternamente, sabía dónde encontrarla.

Aventuró que, para él, ella estaba disfrutando de unas holgadas vacaciones; y no esperaría mucho más. Concluyó: «Voy, o él vendrá a buscarme y, aprovechando el trayecto, arrasará con mi familia adoptiva y mis seres queridos. El amor en proceso de construcción con Elena, sin el cierre de mi pasado no es factible».

—Lo siento —se disculpó la diseñadora—. No ha sido la mejor forma de enterarte del viaje. Me ha resultado imposible...

—Una forma como otra cualquiera —cortó con frialdad la doctora, manteniendo la mirada sumergida en el libro.

Elena rehusó cada uno de los intentos de Bea de presentarle una disculpa.

La diseñadora esperó unos minutos; si no la dejaba explicarse, al menos necesitaba que la

increpase por irse en ese instante en que todo parecía fluir de forma natural. Algo que sustentase los sentimientos de su interior.

—¿No piensas decirme nada más? —interpeló Bea asombrada.

—Claro, pásatelo bien. Es eso lo que se suele decir en estos casos, ¿no?

—Sí, supongo. ¿Y nada más?

—No. Es cuanto mereces. Me gustaría seguir estudiando, ¿te importaría cambiarte de mesa?

—Elena señaló varias mesas vacías del local.

—Tú decides.

Bea se levantó, pagó la cuenta en la barra y salió.

Elena apretó los labios, aquellas palabras habían desatado su ira. Esperó unos segundos y trató de recuperar la calma interior.

Fue tras ella.

—¿«Tú decides»? ¿Tú de qué coño vas? ¿Qué es lo que he decidido yo?

—Decides no seguir con... —Bea hizo un gesto de vaivén entre el cuerpo de ella y el suyo.

—¡No me jodas! Yo no he decidido nada. Eres tú quien se marcha un año a España, al otro lado del mundo. No es que te vayas dos calles más abajo, precisamente. ¡Dime! ¿Esto formaba parte del plan de las veinticuatro horas con Bea?

—No. Yo nunca pensé...

—¡¿Ves?! —interrumpió—. Ahí te doy toda la razón. Tú nunca piensas las repercusiones de tus actos. De todos modos, esto no habría salido bien, está condenado al fracaso.

La doctora Ariza hizo alarde de su carácter, sus emociones primarias, ira, miedo y amor, se habían concentrado en el mismo punto: Bea. Dos de ellas devastaron a la más apasionada.

Bea notaba sus párpados pesados y la cabeza turbia. La actitud fría como el témpano de Elena, junto con la falta de horas de sueño, no le permitía pensar con claridad. De nuevo trató de armar la explicación de los hechos.

—Elena, déjame explicarme, me ha sido imposible comunicarte la noticia antes, de verdad. Héctor...

—¡No metas a mi hermano en esto! —La doctora interrumpió su discurso. Habló con aspereza—. ¡Ni te atrevas! Nada, no te importo nada, no lo pongas a él como excusa. Si albergases un mínimo de sentimientos en tu corazón, habrías encontrado el modo de comunicarme la noticia sin que me estallase en la cara.

¿O es eso lo que querías? ¿Ver cómo se me quedaba la jeta delante de mi familia? —Recalcó «mi familia»—. ¡Abre los ojos! Héctor no es tu padre, sois prácticamente de la misma edad, nadie en su sano juicio lo vería así. ¡Es de locos! ¿No lo ves?

Bea contempló a Elena en silencio, con pose neutra, como si el torrente de la verdad de la doctora no recayera sobre ella.

Ahora, por lo menos, contaba con algo a lo que atenerse: los sentimientos compartidos habían sido reales. Imaginó cómo todos los globos con forma de corazón de una tienda de regalos estallaban

al unísono en mil pedazos con un estruendo. Comprendió que cualquier esfuerzo por ofrecerle una explicación sería en vano, así que asumió el papel que le correspondía: escuchar.

—Esto acaba aquí —continuó la doctora—. ¿Qué estoy diciendo? Para que algo acabe, antes debe haber empezado; y aquí no hay nada, no ha pasado nada.

Elena guardó unos minutos de silencio; en ellos, se imaginó cruzando un estrecho pasillo, cerrando las puertas a su paso.

—Sé sincera, al menos, contigo misma —continuó a modo de conclusión, casi en un susurro

—: ambas sabemos que no volverás.

Elena sopesó las opciones: muerte o prisión. Si regresaba, sería porque Héctor traería sus cenizas dentro de una urna. Una lágrima se deslizó abriendo un surco en su rostro. Bea hizo el amago de acercarse para abrazarla, pero ella la paró en seco con un gesto con la mano.

—¡Ni se te ocurra! ¡No te acerques! —zanjó.

Bea regresó a casa. Observó la maleta. Se acordó de una de las canciones de la Mala Rodríguez: *Quién manda*; parte de la letra resumía el desenlace de la conversación con Elena y su propio dilema interior:

Si me atrevo a cruzar esa línea, no creo que vuelva.

CAPÍTULO 52  
**SAOIRSE**  
VIVIENDA DE SAOIRSE (BRISBANE)

Martes, 14 de febrero de 2017 Mañana

Saoirse soñó cómo una habitación blanca en penumbra, sin muebles, con solo dos sillones en el centro, cobijaba a dos siluetas del fuerte temporal del exterior. Uno frente a la otra, se contemplaban, en un silencio opaco.

La silueta cansada durmió, ante la falta de iniciativa y movimiento, varios días, semanas, meses, años..., quién sabe. Despertó y empezó a desperezarse mientras iniciaba el cortejo, amparada en la clandestinidad de la noche. Su pose rígida se vertió desde dentro, y su cuerpo líquido penetró por la boca de su análoga. Abrigó su sexo desnudo entre sus piernas, con una cadencia rítmica y progresiva. El silencio dio paso a sonidos cálidos que reverberaban en las paredes sin piel. Dos siluetas fundidas en una. El deseo no terminó, comenzó ahí.

Era el primer sueño en años que no terminaba en un quejido de dolor, mientras se incorporaba súbitamente en el sofá, con sudor frío, manos temblorosas y lágrimas en los ojos. El bombardeo de los centros comerciales y de los medios de comunicación en torno al día de los enamorados había hecho mella en ella.

**SAM Y HEATHER**

HOGAR DE HEATHER Y SAM (BRISBANE)

Martes, 14 de febrero de 2017 Mañana Sam depositó la bandeja del desayuno sobre la mesita de noche; en un pequeño jarrón de cristal colocó una rosa roja. Despertó a su mujer con un suave masaje en los pies. Desde la primera conversación con Ashley, había demandado sus atenciones y cariño, necesitaba sentirse querido y deseado para contrarrestar el miedo y la culpabilidad interior. Lamió el dedo gordo y lo introdujo en su boca. Heather emitió un suave gemido de placer.

—Buenos días —indicó con voz entrecortada.

—Sí. —El abogado retiró las sábanas con suavidad y adivinó la silueta de su esposa debajo del camisón de seda negro y escotado—. Muy buenos. —Degustó a su mujer con la mirada.

Retiró la bandeja del regazo de Heather. Continuó con el masaje; ahora se concentró en el cuello.

—Hoy no es sábado —apuntó Heather. Una suave gemido se le escapó mientras terminaba la oración.

—Pero es el día de los enamorados, y yo sigo enamorado de ti como el primer día.

—Eres un viejo tunante. Llevas varios días muy raro. ¿Hay algo que no me cuentas?

Sam la besó. Sacó su regalo, un colgante en forma de lazo con una piedra turquesa engarzada en el centro. Se lo puso.

—Es precioso. Yo también te he comprado algo.

El abogado abrió la caja, dentro había unos gemelos de plata de ley, con el diseño del timón de un barco.

—Me encanta. —Depositó su regalo en la mesita de noche mientras besaba el cuello de su esposa. Comenzó una caricia ascendente desde la rodilla.

—Necesito darme una ducha. Dame un par de minutos. — Se levantó de la cama. Su marido la interceptó en el camino hacia el baño.

—Tú no necesitas una ducha, me necesitas a mí.

Mientras saboreaba su lengua, Sam deslizó los tirantes del camisón, y este cayó al suelo, rendido como su dueña. Ella olvidó hasta su nombre; él, además, quién era y cuántas lunas habían

clareado su cabello.

Heather recolocó la corbata de su marido en la puerta de la vivienda. El reloj marcaba una hora prudente para llegar a trabajar; no llegaría la primera a la oficina, según su costumbre, aunque sí dentro del horario establecido por la empresa. Le gustaba llegar una hora antes, para ensimismarse en su despacho y ordenar el trabajo de la jornada en su sección de la revista. Ese día tendría que hacerlo en el coche, de camino.

—Esta noche podríamos invitar a Ashley y Aidan a cenar.

¿Reservo mesa?

—Tengo mucho trabajo, probablemente me retrasaré

—mintió el abogado con objeto de ganar tiempo.

—Está bien, llamaré a Ashley, me pasaré un rato esta tarde por su casa —indicó Heather conforme abría la puerta de la vivienda.

La ola de culpabilidad creció en el interior de Sam. Tal vez había llegado el momento de sincerarse. Su rostro se contrajo, y huyó de la mirada de su esposa, refugiando la suya en el suelo.

Heather se acordó de la conversación pendiente antes de iniciar la cadencia rítmica entre las sábanas. Su marido escondía algo, y a su juicio, por el cambio en el semblante y en la pose, no le iba a gustar.

—¡Ahora mismo me vas a contar qué está pasando! —Ella cerró de un portazo y puso una mano sobre el reloj—. ¡Y abrevia, no empieces a irte por las ramas, no me gusta llegar tarde! Sam resumió las dos conversaciones mantenidas con Ashley.

Heather escuchó cada uno de los detalles, haciendo grandes esfuerzos por no desatar su lengua. Su capacidad de asimilación la condujo hasta donde su marido no quiso ver, o no deseó hacerlo.

—¿Te has vuelto loco? No tenías derecho a hacer algo así. Si fuera ella, tomaría acciones legales contra ti sin pestañear. Es más, en el caso de que decida hacerlo, la apoyaré, no te quepa la menor duda —expuso Heather con aspereza.

—Creí que era la mejor opción, después de ver cómo nuestro hijo se tomó la noticia de su embarazo. Quería protegerla a ella y a nuestro nieto.

—¿Nuestro nieto? ¡Según los papeles nunca ha sido nuestro nieto, es el de Elsa y César! —clamó Heather.

—¿Qué?

—Esos papeles nos desligan como abuelos. Puede prohibirnos ver a Aidan.

—Ashley no haría eso. La conoces... Heather se acercó a su marido y comenzó a recolocarle la corbata con contundencia. Paró el amago de su marido de sujetarla por la cintura.

—Verás, voy a dejarte una cosa clara: o arreglas esta situación, o te pido el divorcio.

—No hablas en serio.

—¡Mírame bien! —Heather colocó su dedo índice en la mandíbula de su marido para nivelar las miradas. Sam observó a su esposa—. No voy a seguir casada con un hombre que ha desunido a la familia. Quiero a Ashley y a Aidan, no voy a renunciar a ellos por ti.

### **SAOIRSE, JAKE Y DUNA**

#### **DE LA INMOBILIARIA SAOIRSE AL RANCHO CENTINELA (BRISBANE)**

Martes, 14 de febrero de 2017 Mañana Saoirse llegó a la inmobiliaria; había una planta preciosa y un ramo de flores sobre su escritorio. Sabía quién enviaba la primera: Bea. Siempre lo hacía en determinadas fechas, entre ellas,

en el día de los enamorados. Buscó la tarjeta que confirmase sus sospechas. Leyó: *¿Me la cuidas durante un año?*

Bea Dentro del macetero encontró un llavero con las llaves de la moto de su mejor amiga y un lápiz, ambos con el diseño de un balón de fútbol. Miró por la ventana: su nuevo vehículo reluciente estaba aparcado en la puerta de la inmobiliaria. Mantuvo la sonrisa mientras lo añadía a su juego de llaves y depositaba su nueva adquisición en el cubilete de la mesa. Intuyó sus pretensiones: necesitaba volver a tomarse la vida como si fuese un partido. Salir a ganar, disfrutando del momento.

¿De quién era el ramo de flores? ¿De Héctor, quizás? Encontró un pequeño sobre con el nombre de Jake Taylor. Necesitó sentarse para asimilar el último regalo. Contempló durante un rato ambos presentes.

Condujo hasta el rancho Centinela, con la canción de Sia

Elastic heart. Preguntó por Jake; este hablaba con Duna, la chica de la protectora que ocuparía el puesto de Héctor mientras él estuviese en España. Esperó con paciencia a que terminara de contestarle a la interminable secuencia de preguntas sobre su nuevo trabajo.

Jake sonrió cuando vio a Saoirse: ya habría recibido el ramo de flores. A pesar de sus dudas iniciales, quizás no había sido mala idea seguir el consejo de su sobrino, un niño de cuatro años. Ella estaba allí, y era la primera vez que se presentaba en el rancho para verlo.

Saoirse esperaba fuera del coche, apoyada en la puerta del asiento del copiloto.

—Buenos días —comenzó Jake refugiendo su mirada en el suelo, le costaba mantener la calma.

La dueña de la inmobiliaria le entregó la tarjeta del ramo.

Inclinó ligeramente la cabeza para apreciar el rostro del vaquero.

—¿Me lo has enviado tú?

—Sí. No sabía qué flores te gustaban, así... Saoirse se giró, cogió el ramo de flores y se lo dirigió con fuerza a la zona del tronco. Cogió desprevenido a Jake; aun así, lo sostuvo antes de que continuase su camino hasta el suelo.

—Seré breve —dijo Saoirse levantando una mano en el aire—. Bea y yo vamos en el mismo lote, y no veo que hagas nada para llevarte bien con ella. De hecho, te sumerges con agrado en la guerra dialéctica de Elena contra ella.

Saoirse no esperó réplica, se subió al coche y se marchó. Durante el trayecto hacia su empresa, subió el volumen de la radio del coche con la banda sonora de Piratas del Caribe. La sonrisa dio paso a una risa contenida durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 53  
**ZOE, CARLA, AIDAN, DELEGADA Y DELEGADO DE CLASE**  
CENTRO EDUCATIVO (BRISBANE)

Martes, 14 de febrero de 2017 Mañana

Zoe estaba cansada de la actitud de Carla hacia ella después del suceso del bocadillo. Llevaba desde el jueves dándole largas.

Si ella entraba en una habitación, se escabullía, al principio sosteniéndose en excusas, más o menos convincentes; hasta que dejó de presentar sus disculpas y se marchaba, incluso, dejando una conversación a medias, o a terceras personas con la palabra en la boca. Las compañeras del centro empezaban a mirarla de forma sospechosa, como si ella hubiese sido la causante de aquella situación. Una vez finalizada la asamblea y organizado el trabajo de la mañana, entregó una nota al delegado y a la delegada de clase para que se la entregasen. La metió dentro de un sobre.

—Entregáis la nota a la señorita Carla y le pedís que la firme.

—¿Y la dejamos allí, o la traemos de vuelta? —preguntó la delegada.

—La traéis de vuelta.

—Pero ¿ella tiene que venir con la nota? —preguntó el delegado.

Aidan se levantó y se acercó a la mesa para intervenir.

—Ella lee la nota y la firma. ¿El sobre de quién es?

—De la señorita Zoe —contestaron ambos.

—Hay que devolvérselo. —Aidan señaló a su maestra con la mano—. ¿De acuerdo?

—Sí —confirmaron.

Zoe rehusó su tentación de enviar a Aidan: podría tomarlo como una provocación. A los cinco minutos regresaron; la nota estaba sin firmar. Estaba convencida de cuál había sido el motivo.

—¿Ha leído la nota? —interpeló Zoe. Ambos afirmaron—.

Entonces, ¿por qué no la ha firmado?

—Ha dicho que estaba muy ocupada y no podía entretenerse —dijo la delegada. Su acompañante asintió.

—De acuerdo. Lo habéis hecho muy bien, gracias.

Zoe había perdido la paciencia. Abrió la puerta que comunicaba con la clase de al lado, donde una maestra de apoyo reforzaba a dos niños, mientras la tutora explicaba la nueva tarea al grueso de la clase.

—Cariño, ¿puedes quedarte con mis niños un par de minutos? Volveré en seguida.

—Sí, claro.

Zoe esperó hasta que se instaló la docente. Fue a la clase de Carla: esta vez no tendría escapatoria.

—Esta tarde tengo tutoría con varias familias.

—Yo también —se excusó Carla.

—Lo sé. Así que te invitaré a un café. Me preguntarán por el suceso del bocadillo, y quiero saber qué pasó.

—Tengo cosas que hacer...

—Como prefieras; en ese caso, las llamaré y les diré que te pidan a ti la tutoría —atajó Zoe—. Después de todo, ocurrió cuando tú estabas en mi clase.

—Está bien —contestó a regañadientes.

Durante el trayecto hacia su aula le azotó la culpabilidad.

Carla había actuado de forma desmedida en aquel asunto, pero comprendió que ella había avivado con sus acciones la tensión patente entre ambas. Había sido muy dura, el audio era frío y

contundente. Se reconoció que eligió las palabras precisas para hacerla sentir mal y remover en su interior los sentimientos, hasta el punto de que fuese incapaz de rehusar asistir a la recepción de Ashley. Cuando tomó aquella decisión, grabar y enviar el mensaje, estaba enfada, Carla había mordido la mano de la persona que le había tendido la ayuda necesaria para salir del fango; y en cambio, ella se había dejado arrastrar por los prejuicios en torno a la clase de vida que mantenía. La madre de Aidan nunca había permanecido ajena al dolor de las víctimas de violencia de género: los primeros sobres llegaron mucho antes de conocer a Tom, compartía las mismas ideas que su abuela Catia desde la sombra. Y fue precisamente a partir de su trabajo como modelo cuando dedicó parte de sus ingresos a la asociación, en principio a la mejora de las instalaciones y el mobiliario del recinto, y posteriormente a las dotaciones a mujeres concretas, con el objeto de proporcionarles una posibilidad de mejorar su currículum laboral y, por consiguiente, conseguir un empleo u obtener otro más remunerado.

Rememoró la conversación de Ashley; si no la había condenado y disponía de más razones, ¿quién se había creído ella? Su amiga indicó: «Carla ha cumplido su parte, el dinero fue bien invertido». Se odió por creerse poseedora de la verdad absoluta e imponer su criterio de forma impulsiva, sin analizar de forma adecuada cada uno de los matices de las distintas opciones.

El pequeño pasillo exquisitamente decorado con motivos infantiles le pareció un recorrido interminable y una paradoja de la vida, dado que en su interior una espesa niebla se abría camino.

En el servicio escuchó el audio varias veces. Apoyó la espalda en la puerta y cerró los ojos, apretando los párpados; censuró su propio comportamiento. Se había excedido, al igual que minutos antes, cuando entró en su clase con tono amenazante para reclamar un café apoyada en una mentira; y con un único objetivo: arrancarle unas disculpas, sentidas o no, hacia su amiga y su hijo.

La lealtad tenía un precio, y ella lo había cobrado al conseguir que acudiese a la recepción, a sabiendas de que era lo último que deseaba hacer en su vida. En ese instante, consideró el cargo de presidenta de la Asociación Media Vuelta como un vestido que le quedaba demasiado grande o, dicho de otro modo, que no sabía lucir como debiera.

Recordó los ojos de Carla: había refugiado la mirada en las fichas de su escritorio, huyendo del contacto visual, avergonzada, no por el malentendido con la madre de Aidan, a quien sabía que detestaba, sino porque la había decepcionado a ella. Se había aprovechado de las circunstancias. Necesitaba una forma adecuada de afrontar la conversación. Se recordó: «Yo no soy Kora ni quiero convertirme en ella».

## **ASHLEY Y HEATHER**

### **FINCA CHALICE (BRISBANE)**

Martes, 14 de febrero de 2017 Mañana

Ashley comprobó el móvil: no había mensajes de Bea ni de Héctor. Tampoco de Zoe para aclarar los aspectos sobre los que versaría la reunión; pero sí de Sam y Heather. El primero excusaba a su esposa del asunto de la custodia de Aidan y solicitaba encarecidamente hablar con ella. Heather fue más directa.

He hablado con Sam, si no consigue arreglar esta situación, le pediré el divorcio. 12:05 Me da igual lo que ponga en esos papeles, tú eres mi niña y Aidan es mi nieto 12:06 Pasaré a verte esta tarde, cielo, después del trabajo. 12:07 Heather dejó abierto el WhatsApp: Ashley estaba conectada; temió su respuesta, pero más aún la ausencia de ella. La espera se hacía insoportable.

Ashley reflexionó durante varios minutos antes de contestar a sus mensajes. Desde el principio sospechó que Heather no tenía nada que ver con ese asunto, ella no lo hubiese consentido.

Imaginó una discusión entre ambos por ese motivo. Tuvo que ser bastante fuerte para que

determinase amenazar con romper el matrimonio. No quería compartir su angustia, pero tampoco incrementar la que pudiese tener. Optó por sumarse al acercamiento.

Cielo, tengo tutoría de Aidan esta tarde. 12:14 ✓✓ Cuando termine te aviso. 12:15 ✓✓ ¿Quieres



que te acompañe? 12:15 A T MEDIA VUEL MEDIA VUELTA Ashley sopesó aquella posibilidad; con todos los acontecimientos desatados en los últimos días, estaba saturada. En otro momento habría aceptado sin dudarle, porque necesitaba sentirse apoyada; sin embargo, en ese instante, después de cómo había conducido al desastre la conversación con Héctor, al arrastrar el inicio de su relación con Bea a la posible destrucción del vínculo existente entre ambas, se recomendó prudencia, caminar paso a paso, sopesando cada una de sus acciones.

Escribió varios mensajes antes de darle al botón de enviar: ninguno le parecía acertado. Decidió ser sincera.

No, prefiero ir sola. Cuando termine te llamo y quedamos. 12:24 ✓✓  
12:25 ✓✓ De acuerdo :25

### JAKE Y DEBORAH

#### RANCHO CENTINELA (BRISBANE)

Viernes, 14 de febrero de 2017 Mañana Jake recompuso el ramo de flores y optó por llevarlo a la guantera del coche. No había salido como esperaba, aunque decidió encontrar una realidad alternativa para Aidan, no porque hubiese hecho mella en su orgullo masculino, sino porque era demasiado pequeño para decirle toda la verdad y sus implicaciones.

Siendo objetivo, le había dado calabazas porque no se llevaba bien con Bea; quizás si cambiaba esa parte, algo que ya llevaba algún tiempo madurando de forma más o menos seria, podría tener alguna opción. Resopló contrariado, se marchaba con Héctor un año. Demasiado tiempo de espera. Ya estaba llegando a su vehículo cuando se encontró con Deborah; intuyó que se marchaba a descansar un poco antes de afrontar las últimas clases de la tarde.

Como consecuencia de los reajustes tras los despidos, ambos habían pasado la mayoría de días de la semana a jornada partida, como medida hasta que hallasen otro entrenador que reuniera las condiciones requeridas.

—¿Para quién son las flores?

—Las han traído para ti —mintió Jake.

Deborah revisó el ramo. No tenía tarjeta.

—¿No te han dicho de quién son?

El capataz decidió estirar su mentira. Con toda seguridad habría un amigo o novio que le agradecería su ocurrencia. Sonrió.

—No, me dijo que tú lo sabrías. Tampoco tendrás tantos admiradores, ¿no?

—Acompáñame al coche. —Ella abrió el maletero.

—¿Cuántos ramos hay? —preguntó Jake asombrado.

—Siete, y con este, ocho. Aún es pronto.

—¿Pronto? ¿Cuántos sueles recibir?

—Más o menos el doble —señaló Deborah con una amplia sonrisa.

—No sabía que eras una rompecorazones. —El vaquero se atusó su pelo.

—La mayoría son de menores de edad.

—¿Qué? —Los ojos de Jake estuvieron a punto de salirsele de las cuencas. Deborah le respondió con un golpe seco en el hombro.

—¡No seas pervertido! Las familias de la Escuela Capaz me los mandan en nombre de sus

hijos.

Jake respiró aliviado.

—¿Qué haces con todos esos ramos?

—Todos los años los llevo al convento Santa Catalina. Las monjas los repartirán esta noche en el hospital donde trabaja Elena.

—Es un buen uso —Jake apretó los labios e hizo un suave gesto de afirmación con la cabeza.

Deborah guardó el ramo de flores en el coche. Imaginó que Mitch estaba detrás. Sonrió. Previsible de nuevo, pero esta vez no le desagradó la idea. Después de todo, le debía un buen desayuno.

CAPÍTULO 54  
**MITCH, DEBORAH Y BEATRIZ**  
TIENDA DE INFORMÁTICA (BRISBANE)

Martes, 14 de febrero de 2017 Mañana

Mitch se refugió en su despacho, donde contempló durante media hora la bolsa con la compra que Bea le había indicado para la siguiente cita con Deborah. Releyó las notas infinidad de veces; de hecho, había seguido a rajatabla sus indicaciones y había visualizado algunos vídeos sobre esa temática. Reconocía que se excitaba a los pocos minutos, pero no estaba seguro de que a ella pudiese gustarle algo así. Podría acertar de pleno o dar el mayor patinazo de su vida y, en consecuencia, estropearlo todo.

Pensó que en el fondo Bea no le creía capaz de hacerlo.

Apuntó aquellas cosas para que errara en el siguiente encuentro y desistiera de ir tras ella en busca de consejos sobre temas sexuales.

Después de todo, en la última conversación le espetó: «Esta es la última vez que te ayudo. Tú y yo no somos amigos. Si necesitas que alguien te elabore un menú, vas a un loquero o a un terapeuta sexual».

Podía haberlo dicho más alto, pero no más claro.

Suspiró profundamente. Cogió la ropa de la bolsa y se cambió. Se puso frente al espejo. Miró el atuendo con detenimiento; no le quedaba mal, le marcaba la musculatura. Alguien llamó a la puerta.

—Un momento —indicó Mitch. Se sentó tras la mesa de trabajo para parecer ocupado. Guardó la Biblia y el rosario en un cajón; con las prisas se le olvidó quitarse el alzacuello.

Deborah entró en la habitación. Se quedó mirando su atuendo.

—¿Te estabas preparando para la misa de la tarde? —cuestionó.

Mitch se levantó con parsimonia de la silla y se acercó a ella.

Revisó su indumentaria, concentrando la atención en su bello escote y sus pantalones ceñidos.

—Eres una jovencita muy descarada; aun así, te contestaré.

Me preparaba para las confesiones. —Cogió su mano, se sentó en una silla y la condujo hasta sus rodillas.

Deborah sonrió encantada con la puesta en escena. Notaba cómo la excitación se abría paso en los pantalones de ambos.

—Hermana Deborah, ¿ha pecado de palabra?

—Sí.

—Hermana, tiene que contestar a mis preguntas con: «Sí, padre».

Ella asintió.

—¿De pensamiento? —continuó el informático.

—Sí, padre.

—¿Cuándo fue la última vez que hizo tal cosa?

—Ahora mismo.

Mitch no contaba con esa respuesta; dudó unos segundos: se estaba saliendo del guion; sus pantalones no le dejaban pensar con claridad. Decidió saltarse algunos renglones.

—Es usted una oveja descarriada. No sé qué castigo debería infligirle por su atrevimiento.

Deborah, extasiada, se metió más a fondo en su papel.

—Padre, merezco el mismo trato que la última vez: veinte azotes.

—De acuerdo. ¡Levántese, hermana! Deborah se bajó el pantalón hasta las rodillas y apoyó las dos manos en la mesa.

Mitch se puso la ropa de informático y se deshizo de los restos de actividad sexual de su despacho. Ella, entretanto, dio con la libreta de notas. Había una letra que le resultaba familiar y no se correspondía con la de Mitch. Aprovechó el trasiego de él para leer las anotaciones.

Mitch se acercó. Ella guardó su prueba en el bolsillo de atrás del pantalón.

—¿De verdad te ha gustado?

—Sabes que sí. Siempre lo compruebas. —Deborah sonrió satisfecha—. Mi coño ha estado latiendo como nunca.

Mitch sonrió. Besó su cuello con delicadeza.

—¿Quizás he sido un poco brusco?

—Para nada. Tal vez, flojo de más. —No pudo retener un gemido mientras él acariciaba sus pechos.

—De acuerdo; es la primera vez que hago algo así, estaba un poco nervioso.

—Lo sé. —Deborah sacó la libreta de notas del bolsillo trasero del pantalón y se la mostró.

Mitch retrocedió varios pasos. Ella se apoyó en la mesa.

—¿Quién te ha estado ayudando con nuestros dos últimos encuentros? —preguntó Deborah, enseñándole los dos tipos diferentes de letra.

Mitch negó con la cabeza, contrariado.

—Es un secreto. No te enfades, por favor. No volverá a...

—¿Nombre? —cortó con media sonrisa. Él negó con la cabeza—. Juraría que es la letra de Bea, ¿me equivoco?

—Soy una tumba —manifestó Mitch.

—Es la letra de Bea, lo sé. Nunca olvido esa clase de cosas.

Debo gustarte mucho para que le hayas pedido ayuda. Creí que te daba miedo.

—Sí.

—¿Sí a qué?

—A ambas cosas.

—¡Ven aquí! —Lo cogió de la corbata y lo atrajo a sus labios—. Eres un encanto. Me gustaría salir a cenar a un restaurante bonito esta noche.

—¿Algún sitio en especial?

—Sorpréndeme.

Deborah salió de la tienda y llamó a Bea.

—¿Tú has estado ayudando a Mitch en nuestros encuentros?

Un suspiro sonoro se escuchó tras el aparato.

—¡Sí! —resopló la diseñadora. Le dejó claro que no volvería a ayudarle. No te preocupes.

—Cariño, me preocupa que no lo sigas haciendo.

—¿Me estás diciendo que no debo disculparme? —Bea se quedó perpleja con la respuesta de Deborah.

—No, te llamo para darte las gracias. Voy a enviarte un correo con algunas sugerencias, por si..., ya sabes, por un extraño casual, volvéis a hablar del tema, sin que yo me entere.

—¿No te has planteado entregarle tú misma la lista?

—Así es más excitante. Además, le conozco, tú le aportas seguridad.

—¡Uf! Sabes que no me va esa clase de cosas. Además, ya sabes que me marcho de viaje.

## **BEATRIZ Y HÉCTOR**

### **AVIÓN (BRISBANE)**

Martes, 14 de febrero de 2017 Mañana Bea recordó la llamada de Deborah y sonrió de forma tenue. Ella y Mitch formaban una extraña pareja, sus personalidades eran dispares; quizás era

cierto que los polos opuestos se atraían.

Su menú sexual había sido todo un éxito, se alegró por ellos; al menos, había gente que celebraba el día de los enamorados como correspondía. Deseó que tuvieran suerte.

Divisó el paisaje desde la ventanilla del avión. Un inmenso mundo repleto de personas, y solo una se había adueñado de su corazón. Observó a Héctor: sujetaba su mano con los ojos cerrados, tratando de reterner las lágrimas. Sabía qué sentía y pensaba, porque ella compartía los mismos sentimientos. Emprendían un viaje para reencontrarse con sus orígenes y con quienes fueron. Él, con la esperanza de resurgir de las cenizas, y ella con la intención de arrasar a su paso con su familia biológica y reducirla al polvo.

Ambos revisaron concienzudamente el equipaje, no querían olvidar nada de extrema necesidad. Héctor depositó el corazón en la almohada y lo arropó; volvería a buscarlo. Ella se lo había entregado a Elena en pequeños fragmentos durante su estancia en Australia. Necesitaba tan solo la porción suficiente para no ser arrastrada a las tinieblas.

CAPÍTULO 55  
CARLA Y ZOE  
CAFETERÍA (BRISBANE)

Martes, 14 de febrero de 2017 Tarde

Carla había estado dándole largas a Zoe todo el tiempo que pudo y más. A su pesar, las excusas pronto se agotaron. Intentó ganar tiempo para armarse de valor; no obstante, habían transcurrido los días y seguía igual, su ánimo no había mejorado. Para ser sincera, había ido menguando conforme el sentimiento de culpabilidad avanzaba devastándolo todo a su paso.

Zoe reclamaría explicaciones y no sabía a qué atenerse. Basó su actuación en los comentarios de algunos niños de la clase, y sumó el resentimiento personal que albergaba ante las personas como Ashley: una mujer a la que la fortuna había dado hermosura y una familia rica. Detestaba cada una de las partes, y más aún el conjunto. Determinó realizar una exposición de los hechos de forma neutra, sencilla y directa.

Desde que salió del centro escolar, había estado buscando en su interior el valor necesario para afrontar la mirada de decepción de Zoe. Ya no había muchas personas a quienes deseara agradar, pero ella encabezaba la lista; de hecho, necesitaba su aprobación constante en la escuela. Consideró que, en cierto modo, era una forma de rendirle cuentas a su sobre anónimo. Deseaba estar a la altura de las expectativas. Si no le concedía el nombre, al menos anhelaba que pensara que su ayuda había sido bien aprovechada.

Justo cuando abrió la puerta de la cafetería recordó el audio de Zoe y la nota, y cerró los ojos sumergiendo un pie en el abismo; sintió cómo con cada paso que le acercaba a ella se hundía un poco más. Respiró profundamente; no podía permitirse recaer otra vez. Y mucho menos en un sitio público.

Zoe esperaba detrás de un té. Se sentó en el amplio banco y depositó su maletín en el lado interior. Desde que comenzó la terapia había analizado este y otro tipo de comportamientos cotidianos, todos revelaban su única verdad: la mente en guardia, preparada en todo momento para la huida.

Zoe agradeció su presencia y se disculpó por su forma de proceder. Escuchó con paciencia el resumen de los hechos.

—En realidad estamos aquí por otro motivo —manifestó Zoe.

—¿Cuál?

—Quiero que leas el informe de Aidan.

—Los informes no deben sacarse del centro —cortó Carla.

—Lo sé, esta es una excepción; como maestra del colegio, que además imparte clases en mi curso, he creído conveniente que le echases un vistazo.

—No es excusa. Podría haberlo leído en el colegio.

—¡No me jodas, Carla! Zoe estalló; se había prometido no hacerlo, pero la actitud de Carla hacia Ashley volvió a superarla; no era justo. Recapituló sus reflexiones y sintetizó: «No debo emitir juicios». Sin embargo, la impulsividad le pasaba factura de nuevo; el rostro de Carla se había transfigurado, sus ojos deseaban romper a llorar. Observó cómo apretaba la mandíbula y refugiaba la mirada en el servilletero durante unos minutos. Imaginó que esperaba su reprimenda, al igual que los niños pequeños cuando se portaban mal.

Carla aguardó unos minutos antes de dar por concluida la conversación. No iba a participar en aquello, pasando por encima de las normas. Además, quería mantenerse alejada de Ashley.

—Discúlpame he estado fuera de lugar —confesó Zoe.

—No te preocupes, sé que sois amigas, lo comprendo; pero ya sabes qué pienso de ella.

Prefiero dejar la conversación aquí

—dijo Carla nivelando la balanza.

—Como prefieras —ultimó Zoe.

Salió con paso apresurado. Las últimas palabras de Zoe repicaron en su cabeza: «Como prefieras». Solo había una cosa que deseaba conocer y que había preguntado hasta la saciedad: ¿quién estaba detrás de su sobre anónimo? ¿Quién le había ayudado a salir del agujero pagando las facturas y sus estudios? Deseaba darle las gracias en persona y devolverle el préstamo.

Regresó a la cafetería.

—¿Quién es mi sobre, Zoe? —preguntó Carla.

—Lee el informe.

—¿Me lo dirás luego?

—No.

Carla apretó la mandíbula. Decidió zanjar cuanto antes aquel asunto.

—Tom, el exmarido de Ashley, tiene orden de alejamiento.

No puede venir a recoger a Aidan. ¿Es eso?

—Sí.

—¿Por qué tiene una...? —Carla dejó la oración a medias.

Zoe mantuvo una pose neutra, aunque su cabeza y su corazón iban en caminos opuestos. Quería seguir fiel a su palabra; sin embargo, esto le impedía atajar la situación de la forma que consideraba más justa para ambas partes.

—¿Cuántas veces? —preguntó Carla sin poder quitar la vista de los documentos.

—Eso no viene en el informe, es privado.

—Pero tú lo sabes, ¿verdad?

—No es un dato relevante —atajó Zoe.

—Para quién recibe los golpes, sí. Desde que te conozco, solo te he preguntado dos cosas y las dos me las has denegado.

¿Por qué? ¿No confías en mí?

—Sé guardar los secretos, es todo.

—¡Ya! —exclamó Carla con sorna.

En su intento titánico por esclarecer el nombre, recabó información sobre Catia Taylor, la madre superiora del convento de

Santa Catalina y fundadora de la asociación. Su marido falleció antes de dar a luz, y decidió poner a su único hijo el apellido materno, una opción muy poco común en aquella época. Intuyó que fue víctima de violencia de género durante el transcurso de su breve matrimonio. Ben Taylor tuvo dos hijos: Jake y Ashley, y ella repitió los pasos de su abuela. Leyó en el informe: «Aidan Taylor».

No aparecía recogido el segundo apellido del niño. ¿Hasta qué punto la vida de Ashley y Catia habían sido semejantes?

Ashley no aparecía vinculada a la asociación, y precisamente ese era uno de los aspectos que detestaba de su persona, que no continuase con el legado de su abuela y que no se preocupara por lo que pasase dos palmos más allá de sus narices. Pero ¿y si estaba en la sombra?

Carla escrutó los ojos de Zoe tratando de dilucidar las respuestas. Había pensado, durante mucho tiempo, qué tipo de persona podría estar detrás de aquellos donativos; una mujer con dinero vinculada a la Asociación Media Vuelta se le antojó en ese instante la mejor opción. Si además sumaba que hubiese padecido una vivencia similar, cuadraba a la perfección.

Carla ató cabos.

—Yo... El sentido de mi vida, para ser más exacta —comenzó Carla—, se basa en un objetivo

y una deuda, una cuenta sin límite que saldar. El sobre anónimo me ofreció la oportunidad de salir a flote cuando nadie de mi propia familia daba una moneda por mí; me dio la posibilidad de cumplir mi sueño. No espero que lo comprendas, hay cosas que tienes que experimentar en tu propia piel para entender su magnitud. Pero a esa persona le debo quién soy hoy.

Zoe guardó silencio. Carla empezó a sollozar. Después de unos minutos se recompuso y continuó desentrañando sus sentimientos:

—He intentado por todos los medios hallar la respuesta por mí misma. Te confieso que he registrado tu despacho en más de una ocasión, buscando una lista, un nombre. Y a pesar de mis esfuerzos, no he encontrado nada.

—Es algo que intuía, no te culpo por ello. Yo habría hecho lo mismo en tu lugar.

—Una vez te ablandé el corazón y me dijiste que quizás esa persona estaba delante de mí y no la veía, no quería verla. No lo entendí entonces; y ahora tampoco comprendía tu empecinamiento en que leyese el informe de Aidan. Ese día, lo recuerdo bien, estábamos en tu despacho. Kora es una gran fan de Ashley, tenía una de sus fotos en la pared. Tanto tú como Lara cambiasteis parte de la decoración, pero su imagen no. ¿Por qué?

—Ashley es mi amiga. Me gusta esa foto.

—Sí, pero no de Lara.

—Verás, creo que puedo responderme sola a una de las preguntas; ¿me contestarías la otra con un número?

Zoe le había denegado durante mucho tiempo el nombre de la persona más importante de su vida. Su empeño había sido todo un éxito; tanto como para tener al hijo delante de sus ojos y tratarlo como un ladronzuelo, cuando debería haberlo izado una y otra vez en señal de júbilo. Le había arrebatado un comienzo

digno, no estaba dispuesta a que rehusara contestarle la siguiente pregunta. Solo una respuesta sosegaría el bullicio de su cabeza y el pellizco de su corazón.

—Prueba.

—¿Cuántas veces pegó este hombre —abrió la carpeta y puso el dedo sobre la orden de alejamiento de Tom— a mi sobre?

Zoe contempló a Carla: voz trémula, ojos inundados de lágrimas que completaban el recorrido por su rostro sin que las frenase. Pensó que quizás ni siquiera era consciente de que estaba llorando. Observó cómo había concretado en una sola las dos preguntas que bullían en su cabeza: ¿quién es mi sobre? y ¿cuántas veces pegó Tom a Ashley? La desolación de Carla le traspasó el alma, nunca la había visto tan afectada. Determinó contestar sus dos preguntas, convertidas en una, con una sola palabra:

—Una.

Carla se levantó del asiento y abrazó a Zoe con todas sus fuerzas. Ambicionó que la respuesta hubiese sido: ninguna.

—Necesito tiempo para asimilar esto, para encontrar una forma adecuada de disculparme y de darle las gracias. ¿Puedes, mientras tanto, decirle que lo siento?

—Sí. No te preocupes, no viene por ese motivo. Ya está todo solucionado al respecto.

—¿Entonces?

—Creo que Aidan tiene altas capacidades, me gustaría que rellenase los impresos para que lo evalúe el orientador.

## ELENA

HOGAR DE CÉSAR Y ELSA (BRISBANE)

Martes, 14 de febrero de 2017 Noche Elena llegó a casa; la pieza de puzle número 8 la

esperaba en el escritorio. Eso quería decir que su madre había creído a pies juntillas la historia del índice. No sabía si saber mentir podía considerarse una virtud, pero de serlo, la poseía en su máxima potencia. No la sacó. Tomó una ducha y se refugió en la cama. Sintió cómo le atenazaba la culpabilidad por no haber visitado a Wendy, pero casi dos noches en vela pasaban factura; y hasta las grandes embusteras precisaban descanso.

Se durmió llorando y despertó con la almohada húmeda.

Miró el reloj: tan solo habían pasado cuatro horas desde la última vez que lo consultó. Insuficiente, pero tendría que contentarse.

Sacó la pieza de puzle: completaba el cielo, y abarcaba trazos horizontales del celeste al turquesa y tres líneas de diferente grosor en negro, blanco y rosa. Recordaba a los trazos rectangulares de los

dibujos esquemáticos, con un pequeño pene erecto y un trasero holgado; justo como se sentía en ese instante.

Se despidió del sueño, preparó algo de comida y fue a cenar con Wendy.

Salía del hospital justo cuando las monjas del convento Santa Catalina llegaban para repartir los ramos de flores. Le recordó a Catia el número de la habitación de Wendy.

## CAPÍTULO 56

### ASHLEY Y AIDAN FINCA CHALICE (BRISBANE)

Viernes, 17 de febrero de 2017 Tarde

Aidan permanecía en la alfombra de su habitación, absorto con uno de sus juegos preferidos de construcción. Recolocaba una y otra vez las piezas formando diferentes tipos de figuras; entretanto, Ashley repasaba en el escritorio los documentos que Zoe le había entregado para que el orientador evaluase a su hijo y dictaminara si poseía o no altas capacidades. Ahora que se habían evaporado los comentarios despectivos hacia él, colocarlo de nuevo en el punto de mira no le pareció la mejor forma de que pasara desapercibido. Quería que creciera como cualquier otro niño, pero sobre todo que fuera feliz y no se frustrase inmerso en el polo opuesto a sus capacidades intelectuales; dicho de otro modo, exigirle de más, o por el contrario demasiado poco. Decidió observar con detenimiento los ítems del informe en su hijo antes de rellenar los impresos. Se puso un plazo de una semana.

Después de la tutoría del martes, Zoe se acercó a su casa.

Heather se había presentado a la reunión, a pesar de que ella expresó su negativa al respecto. Supuso que la maestra de Aidan no creyó conveniente tratar la conversación mantenida con Carla delante de ella. Ashley sintió un nudo en el estómago; de nuevo una mano ajena organizaba su vida. Las buenas intenciones no justificaban una licencia de tal calibre. Las disculpas encarecidas de su amiga obtuvieron una respuesta tajante por su parte:

—A modo de conclusión: te has excedido en tus funciones; como madre de un alumno del centro, has revelado a otra docente datos de mi vida privada irrelevantes para la educación de Aidan; como presidenta de la Asociación Media Vuelta, has delatado mi nombre a una de las mujeres a quien ofrecí mi ayuda anónima —Ashley recalcó esta última palabra—; y como amiga, has implicado a Bea en el suceso del bocadillo. Te has aprovechado de nuestra amistad y has resuelto esto a tu modo, a sabiendas de cuáles son mis opiniones sobre cada uno de estos aspectos.

Durante el resto de la semana, apreció un cambio drástico en la actitud tanto de Zoe como de Carla; esto incrementó su malestar. Tal vez la mejor opción era cambiar de centro a Aidan, solicitar una evaluación psicopedagógica de un orientador externo y presentar la nueva documentación en un nuevo colegio.

Regresó de sus pensamientos para contemplar a su hijo disfrutar de sus juegos. Le hizo varias fotografías con el móvil.

Llamaron al timbre de la puerta. Depositó el teléfono en el escritorio y fue a abrir. Echó un vistazo por la mirilla.

### CARLA

#### ALOJAMIENTO DE CARLA (BRISBANE)

Viernes, 17 de febrero de 2017 Tarde Carla no consiguió dominar su estado de ánimo; tras la conversación mantenida con Zoe, le pidió que llamase a las familias de sus alumnos para posponer las tutorías. Por fin había un nombre y un rostro para su sobre anónimo. Jamás hubiese imaginado a la madre de Aidan detrás de su propia historia. Pensaba que las personas famosas anunciaban a bombo y platillo cada una de las buenas causas que apadrinaban con el único fin de ganar adeptos o, en otras palabras, aumentar el número de fans.

El martes, cuando llegó a casa y recobró la compostura, encendió el ordenador. Abrió una carpeta y clasificó la información en diferentes archivos: biografía, fotografías y artículos. Su

trayectoria profesional iba en auge cuando abandonó su carrera. No era una decisión habitual, así que intuyó el motivo. Repasó los datos: la fecha de la orden de alejamiento de Tom, su exmarido, coincidía dentro del periodo de gestación. Lloró con desesperación al empatizar con el daño emocional que ella recibió.

Deseó sentirse merecedora de aquella oportunidad. Experimentó un cambio sencillo dentro de sus rutinas habituales en el colegio; sus manos recobraron autonomía durante breves periodos de tiempo, sin el empuje constante del cerebro subrayando cada uno de sus pasos.

Percibió cómo de forma abrupta el odio se convirtió en admiración, y este en una pequeña obsesión por Ashley. ¿Cómo era su día a día? ¿En qué invertía el tiempo? Se hallaba tan cerca, y sin embargo no se sentía con fuerza y determinación para hablar con ella, presentarle sus disculpas y agradecimientos. Vio el suceso del bocadillo desde sus ojos: la mujer a quien había prestado ayuda arremetiendo con ira contra su hijo. Una madre no perdonaría un acto así tan fácilmente.

Tras varias tentativas sin éxito, como colofón de la semana consiguió llegar la primera al centro y consultó la dirección de su casa en el informe de Aidan. Había intentado en repetidas ocasiones ir a casa de Ashley, pero siempre se perdía por el camino. Envidió a aquellas personas, como Jane, que contaban con tan buena orientación al volante. De todos modos, cuando fue a la recepción

con su amiga, al tratarse de la exmodelo, no prestó demasiada atención. Su propia disculpa no le sonó convincente. Llevaba más de tres meses en clases de cocina asiática y aún se perdía durante el trayecto. Anotó la dirección para añadirla al navegador.

### **SAOIRSE, ASHLEY, AIDAN, CARLA Y TOM**

#### **FINCA CHALICE (BRISBANE)**

Viernes, 17 de febrero de 2017 Tarde Saoirse aparcó la moto en la casa de Ashley. Tocó el timbre de la puerta. Observó su cara de sorpresa.

—Buenas tardes. —Saoirse correspondió a su saludo de forma neutra. Ashley esperó a que expusiese el motivo de su visita; quizás venía a ver a Jake, o a su hijo.

—No te robaré mucho tiempo. Bea me pidió que te entregase unos documentos y este sobre.

—¿Qué hay en ellos?

—Ella quería devolverte el préstamo. En el sobre hay dinero: los cinco mil euros, el precio de los billetes de avión y los gastos por el cambio de documentación. Además, ha creído oportuno añadir algo más por las molestias ocasionadas. Ha efectuado el cambio de moneda a dólares australianos.

Ashley no esperaba aquello: para ella no había sido un préstamo. Ofrecía a las mujeres una segunda oportunidad para salir a flote de forma anónima con objeto de evitar los agradecimientos. Consideraba innecesario e incluso humillante que las víctimas de violencia de género tuviesen que agradecer la ayuda prestada.

Ellas no habían elegido ser el centro de amenazas o palizas, pero sí habían decidido enfrentarse a enjuiciamientos inapropiados y alejados de la realidad. Después de experimentar el miedo en su máxima potencia, muchas de aquellas mujeres lo convertían en su propia arma, daban media vuelta y escapaban de aquella realidad.

—No quiero aceptar el dinero.

Saoirse estudió su pose: decía la verdad. Tras su postura neutra apreció dolor.

El teléfono de la vivienda sonó de forma reiterativa. Ashley consideró que era una descortesía atender la llamada en ese momento. La pospuso para más tarde.

—Es su decisión —dijo Saoirse. Puso el sobre en una mesita cercana. Recolocó sus

pensamientos antes de afrontar la segunda parte de la conversación—. En esta carpeta encontrarás la documentación para renunciar a la custodia de Bea.

—¿Qué? —interpeló. No pudo controlar un leve temblor en la mano mientras Saoirse le hacía entrega de los documentos.

—Vendré a recogerlos cuando los tengas firmados. He incluido mi número de teléfono dentro. Espero tu llamada.

Ashley subió al dormitorio y guardó los documentos y el sobre. El fijo y el móvil reclamaban su atención de nuevo; no obstante, no poseía energía suficiente para entablar un diálogo con Heather en ese instante. Había roto su compromiso de que sus exsuegros recogieran a Aidan los viernes y pasara la noche con ellos. Precisaba recuperar la confianza en Sam y que las aguas volviesen su cauce. Además, no estaba preparada para desprenderse tanto tiempo de su hijo. Aun así, prometió que pasarían juntos la mañana del sábado, así que, conociendo su afición por los detalles, supuso que la llamaba para concretar los aspectos de la excursión a Lone Pine Koala Sanctuary, el refugio de koalas más antiguo de Australia, y para confirmarle que ya tenía las entradas y los billetes para ir en el transbordador. Sonrió imaginando el rostro de su hijo ante aquellas novedades. Ashley atendió al pasatiempo presente de Aidan, tras reunir la fortaleza necesaria para aplazar sus emociones hasta bien entrada la noche y que la soledad guardase sus secretos.

Era la única compañera que no revelaba información innecesaria y no se apropiaba de sus decisiones.

Llamaron de nuevo a la puerta de la vivienda; apenas habían pasado cinco minutos desde que Saoirse había hecho la visita. Intuyó que se le había olvidado comentarle algún matiz.

Abrió la puerta.

Ashley se quedó petrificada cuando vio a Tom.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Ashley interponiéndose en la puerta para que no entrase—. Sabes que tienes una orden de alejamiento, no puedes...

—Soy tu marido —interrumpió él.

—Exmarido.

Tom negó con la cabeza, contrariado.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿No piensas invitarme a pasar?

—No.

—Quiero ver a mi hijo —impuso Tom.

—Nosotros no tuvimos ningún hijo —mintió Ashley. Se odió a sí misma: la venganza había tocado el timbre y ella le había abierto la puerta sin hacer uso de su precaución habitual de echar un vistazo antes por la mirilla. El miedo a que Tom le arrebataste a Aidan le dio el valor suficiente para encararse con él.

Tom había estado con anterioridad en varios centros escolares para llevárselo; sin embargo, por casualidad ese día Aidan no había acudido al colegio. Detestaba las casualidades. A los pocos días su hijo había cambiado a otro centro desconocido. Esta vez la suerte estaba de su parte: conocía su vivienda y no necesitaba ir al colegio. Nunca lo había visto, tenía curiosidad: ¿se parecería a él?

—¡Quiero ver a Aidan! —Subió el tono de voz de forma progresiva para ganar autoridad.

—¡Márchate o llamaré a la policía! —expuso con contundencia Ashley.

El teléfono insistía, quería comunicar algo.

Tom colocó el pie en la puerta para frenar el amago de Ashley de cerrarla. Ambos trastearon

intentando ganar terreno. Él arremetió con un movimiento seco y contundente sobre la madera, y esta golpeó a la enóloga en la sien. Aprovechó el aturdimiento para colarse dentro de la vivienda. Ashley se llevó la mano a la frente.

No tenía sangre, pero notó un leve mareo.

—Probemos de nuevo. —Tom le dio un puñetazo en el estómago. Ashley cayó al suelo de rodillas con la respiración entrecortada. Él la agarró del pelo y la incorporó—. ¿Dónde está mi hijo?

—No...

—¡Chissst! ¡Chsss! —Con una mano tiró de su pelo, y con la otra apretó su garganta—. No me mientas —susurró.

Ashley notaba que le faltaba la respiración. Le propinó un codazo y se refugió tras el sofá. El repiqueteo del teléfono crispó a Tom. Observó el número en la pantalla. Descolgó.

—¿Ashley? —preguntó Heather dominada por los nervios.

Había recibido la visita de su hijo, e intuyó cuál sería el siguiente paso.

—No soy Ashley, madre —contestó. Arrancó el teléfono de la corriente eléctrica y lo arrojó hacia su exmujer.

Tom estalló en cólera: Heather, una vez más, la escogía a ella. Lanzó varios objetos más contra su cuerpo. Ella consiguió esquivar algunos, pero otros chocaron con su brazo. Tom se abalanzó por encima del sofá y la derribó. Se sentó encima a horcajadas para inmovilizarla. Oprimió su garganta.

Ante el estruendo, Aidan bajó del dormitorio y corrió hacia el agresor. Desenfundó una secuencia de patadas y puñetazos, hasta que Tom decidió zafarse de él de un manotazo. Esbozó una sonrisa trémula que a la enóloga le sobrecogió. Ya tenía respuesta a su pregunta: se parecía físicamente a Jake.

—¡Sube a tu cuarto! —imploró Ashley a su hijo. Aidan estaba aturdido por la caída. Recuperó el aliento, corrió y dejó caer su cuerpo sobre el atacante, lo que provocó que este perdiese ligeramente el equilibrio. Ashley aprovechó para darle un golpe en la entrepierna. Él cayó de lado llevándose a Aidan consigo. Ashley le dio una patada en la boca para que soltara a Aidan.

Tom estaba en el suelo revolviéndose de dolor.

Aidan corrió a los brazos de su madre; ella revisó sus heridas y lo cogió en brazos. Fue hacia la salida. Tom les cortó el paso.

—¡Eres una zorra! Dame a mi hijo, voy a llevármelo —bufó.

—No es tu hijo. —Ashley lo dejó en el suelo y lo condujo tras ella. Pidió a Aidan que subiese al cuarto.

—No voy a dejarte sola con este hombre —contestó Aidan con los puños armados detrás de su madre.

—Tienes que ser un niño bueno y obedecerme. Haz el juego del aviso.

Mediante el juego del aviso, Ashley había enseñado a Aidan a responder a situaciones de fuego, accidentes y presencia de extraños en la vivienda: en su móvil guardaba en marcación fija los números de teléfono para pedir ayuda.

—¡No! —gritó agarrándose con fuerza a su madre.

—¡Él se vendrá conmigo! —Tom arremetió contra el tronco de su exmujer y la hizo caer de espaldas al suelo. Arrastró a Aidan en la caída, su cabeza chocó contra el suelo y quedó semiinconsciente.

Carla entró en la finca: había escuchado ruidos desde fuera; sabía bien a qué correspondían, lo había experimentado de primera mano. La puerta estaba entreabierta. Contempló la escena: Aidan

tendido en el suelo, y Tom sobre Ashley asestando un golpe tras otro. Carla lanzó varias patadas al rostro y a las costillas del agresor mientras intentaba reincorporarse. Él adivinó la trayectoria del pie, lo sujetó y tiró de él. Ella cayó. Ashley corrió en su ayuda y atizó a Tom con un jarrón en la cara.

—¡Eres una hija de puta, casi me rompes la nariz! —gritó Tom. Sus ojos desorbitados habían perdido la humanidad.

—Carla, por favor, llévate a Aidan de aquí —imploró Ashley.

—No puedo... No me pidas eso, por favor.

—¡Por lo que más quieras, llévate a mi niño! —rogó.

Tom intentó frenar la huida, pero Ashley se interpuso.

Carla tomó a Aidan en brazos y se marchó dejando lo que más quería atrás. Tendió a Aidan en el coche y lo sujetó con los cinturones de seguridad. Pisó el acelerador y, mientras conducía, llamó a la policía. Se alegró cuando le confirmaron que ya habían dado el aviso. Respiró aliviada al cruzarse con ellos por el camino.

Carla comprendió la opción de Ashley y la convirtió en una orden. Un hijo estaba antes que una madre, y más aún si necesitaba asistencia médica. Llamó al hospital para solicitar una ambulancia para la finca Chalice y comunicar que iba de camino con un niño de cuatro años semiinconsciente y con diversas contusiones.

Temió por Ashley durante los minutos restantes hasta que llegase la ayuda.

CAPÍTULO 57  
**ELENA, ELSA, JAKE, BROOKE, AIDAN Y ASHLEY**  
HOGAR DE CÉSAR Y ELSA Y HOSPITAL (BRISBANE)

Viernes, 17 de febrero de 2017 Noche

Los objetos se le escapaban de las manos y la mirada no le pertenecía, se posaba en fragmentos de la estancia de forma superficial. El sueño y el apetito tampoco eran sus aliados. Había empezado a somatizar el dolor transformándolo en un malestar físico generalizado. No podría seguir demasiado tiempo en tales condiciones, no rendía al cien por cien en su trabajo y estudios; y, a diferencia de otras profesiones, un fallo médico acarrearía repercusiones en el bienestar y la integridad de los pacientes. Sopesó la posibilidad de pedirse una excedencia.

Terminó el turno e hizo la visita acostumbrada a Wendy. El silencio de su habitación le transmitía serenidad, y su continua mirada escrutando cómo pasaba cada hoja del libro le recordaba que seguía viva, al menos externamente.

En casa revisó sus dos últimas piezas del puzle. La 9, con una cadencia del turquesa al azul intenso, subrayaba que su cielo se había transformado de nuevo en el infierno, ahora ubicado en el otro lado del mundo. La 10, un trozo de pastel rosa con nata y fondo negro, resultaba insípida, como una de esas tartas prefabricadas.

¿Qué datos aportarían las fechas de entrega? La 9 llegó el jueves, y la 10 la acababa de recoger del buzón. Leyó sus anotaciones sobre esos días en sus diarios. No había nada destacable. Comprobó las demás entregas; tampoco obtuvo resultados.

El móvil sonaba, el nombre de Jake parpadeaba en la pantalla. No contestó la llamada, no contaba con fuerzas para fingir alegría. A los pocos minutos, su madre le llevó el teléfono fijo. Las noticias la devolvieron a la realidad.

Llegó al hospital, obvió pasar por la sala de espera, entró directamente con su bata de médico a urgencias. Aidan la abrazó y le preguntó por su madre. Mintió para tranquilizarle. El niño había llegado empapado en sangre, necesitó varios puntos en la cabeza, pero su pronóstico era favorable. Le besó en la frente y apretó con fuerza la mano de Brooke.

—Voy a ver a tu madre, le diré que estás bien, ¿de acuerdo?

—expuso Elena mirando a ambos.

—Sí. ¿Cuidarás de ella? —preguntó Aidan.

—Por supuesto.

Brooke agradeció sus consideraciones.

Elena recordó a Saoirse y su realidad y se preparó. Ashley estaba sedada y dormía profundamente cuando entró en la habitación. Su rostro y brazos, e imaginó que el resto de su cuerpo,

componían un mapa de hematomas y cicatrices. El médico que la estaba atendiendo se acercó a ella. Guardó silencio: Elena no necesitaba explicaciones.

Dieron el alta a Aidan. Ashley pasó a la unidad de cuidados intensivos. Elena permaneció la noche con ella.

CAPÍTULO 58  
**ASHLEY, ELENA Y AIDAN**  
HOSPITAL Y FINCA CHALICE (BRISBANE)

Lunes 20, de febrero de 2017 Tarde

Ashley estuvo ingresada en la unidad de cuidados intensivos durante el fin de semana. La trasladaron a planta por la mañana, y allí le comunicaron que por la tarde le darían el alta. Durante su estancia en el hospital había pensado en todas las conversaciones pendientes que tenía con Sam, Zoe y Carla. Sintetizó sus reflexiones. La intervención de esta última fue crucial: de no ser por ella, el final podría haber sido muy distinto. Deseaba abrazarla con todas sus fuerzas. Al desvelar información irrelevante, Zoe había llevado a Carla a casa en el momento justo; de no ser por eso, tanto ella como su hijo podrían haber acabado en un final trágico. La falsificación de los documentos de paternidad de Aidan que Sam había realizado ahora le parecía un bálsamo de agua caliente. Se dio un pequeño plazo de una semana para tratar todos aquellos asuntos, aún no se hallaba preparada para hacerlo. Imaginó su cerebro con pequeñas pelotitas de goma de colores chillones rebotando de un lado a otro a gran velocidad. Necesitaba que se parasen para poder clasificarlas de forma conveniente una a una. No obstante, priorizó una: decidió atrapar la que tenía el nombre de Elena.

Ashley agradeció las atenciones de la doctora Ariza. Comprendió por qué Saoirse se sentía en deuda con ella y callaba ante los comentarios despectivos que pudiese realizar hacia Bea. Nunca olvidaría que vivió con ella cada minuto de hospital, hasta el punto de cancelar su participación en el programa de radio y cambiar el turno del lunes por la mañana al martes por la tarde. Por tanto, al día siguiente doblaría las horas de trabajo en el hospital. Ella respetó su silencio, su mirada refugiada en la almohada, su angustia contenida, y se sumó a su llanto.

Ashley decidió esclarecer algunas de las ideas que le rondaban.

—¿Quieres que te cuente qué paso? —preguntó Ashley.

—No. —Elena le acarició la mano.

—¿Estas segura? Sé que te encantan los detalles.

—Así es, pero el único detalle que me interesa aquí es que tú y Aidan seguís vivos.

Elena evitó utilizar el verbo «recuperar». Las heridas cicatrizaban, pero aseveraría sin miedo a equivocarse que los recuerdos los reviviría el resto de su vida con total nitidez. Las pesadillas serían reales, y el mundo real se hallaría repleto de fantasmas.

Ambas se refugiaron la una en la otra en un abrazo.

—¿Por qué haces esto, Elena?

—¿La verdad o una buena respuesta? —preguntó la doctora acariciando las marcas de su brazo.

—La verdad.

—Me aburro muchísimo, no tenía nada que hacer este fin de semana —expuso engurruñando la nariz. Le besó la mano.

—No me refería a eso —negó Ashley—. ¿Por qué eres así?

—¿Así?

—Te esfuerzas en parecer superficial. ¿Hiciste lo mismo por Saoirse?

La enóloga había reflexionado sobre ese y otros aspectos.

¿Por qué Saoirse, profesando una amistad incondicional hacia Bea, nunca le había parado los pies a Elena? Carecía de sentido, por mucho que los golpes de su exmarido hubiesen mermado su carácter; las había visto juntas, y había observado cómo ella contemplaba a Héctor, pero sobre todo a Bea. Intuyó que se había convertido en sus pies, sus manos y su voz.

—¿Por quién me tomas? Claro que no —mintió Elena desviando la mirada hacia la ventana.

—O sea, que sí. —Ashley besó la mano de la doctora—. Por esa regla de tres, en realidad adoras a Bea.

—¡Uf! Entramos en terreno pantanoso. ¿Te has cansado de mí, y es tu particular forma de echarme? —preguntó Elena.

—No. Dentro de unas horas me dan el alta y quiero que me lleves a casa.

Elena asintió.

Ashley dudó antes de continuar.

—Saoirse no debería haberle dicho a Bea lo ocurrido.

—¿Por qué?

—No es justo. Estaba de vacaciones. Además... —Una lágrima gruesa quebró la garganta de la enóloga—. Está enfadada conmigo.

—Es como una niña pequeña; mientras no te metas con Héctor, te perdonará.

Ashley no obvió cómo Elena exculpaba a Bea. Aunque supuso que no conseguiría nada por ese camino. Centró la charla en sus preocupaciones. Hizo un resumen de la conversación mantenida con Héctor y de cómo ella afrontó la situación. Incluyó la visita de Saoirse en la que le entregó los documentos para renunciar a la custodia.

—No tenemos testigos, luego lo negaré todo. Es más, nadie te creería —bromeó Elena. Hizo una pausa de varios segundos para recolocar sus ideas y sintetizarlas—. Héctor es tu hombre y ella tu hija. Todo lo que me has contado, después de lo que ha pasado, tiene menos peso que nunca. La familia se une en las adversidades y las amistades te acompañan y sienten tu dolor como si fuese el suyo propio. —Se tomó algunos segundos, no quería extenderse demasiado—. Hace poco tiempo que los conoces, pero ellos, cuando quieren, lo hacen de verdad. No existen para ellos las medias tintas. Bea encontrará a Tom, aunque esté escondido debajo de una piedra en medio del desierto.

—Preferiría que no lo encontrase. —Ashley sollozó.

—¿Qué quieres decir?

—Sam consiguió una copia de su historial e hizo averiguaciones. Su familia la preparaba para el negocio familiar, la endurecieron.

No tiene miedo al dolor ni a las consecuencias. ¿Sabes que estuvo en un centro de menores dos años?

—No —respondió Elena guardando la compostura. Imaginó algún asunto turbio relacionado con su familia biológica.

—Le clavó un cuchillo en la pierna a su padre con catorce años, para defenderse, en mi opinión, de un intento de violación.

Elena no pudo retener un torrente de lágrimas; aquello se acercaba a una de las suposiciones que durante más tiempo le habían robado el sueño.

Ashley decidió resumir uno de los episodios que había presenciado, precisamente el que la había llevado a decantarse por adoptar de forma legal a Bea: el ataque del hombre con pasamontañas.

—El día de su cumpleaños, su entrenador apareció muerto y mutilado en el gimnasio —continuó la enóloga.

—No sabía nada de eso. ¿Aún guardas el informe? —Ashley asintió—. ¿Puedo leerlo?

—¿Qué crees que hará si lo encuentra? —preguntó de forma retórica la exmodelo.

Durante el turno de visita, Elena aprovechó para tomar un café y echarle un vistazo al correo, que Elsa le había llevado al hospital. La pieza 11, del sábado, y la 12, de aquella misma mañana, daban continuidad al trozo 10. La primera le pareció una marioneta, y la segunda, la silueta de una

casa. Estableció similitudes entre la correspondencia y el futuro inmediato. Bea regresaba a su hogar y movería los hilos precisos hasta encontrar a Tom. Estaba convencida de que, antes de poner un pie en Australia, ya sabría cuál era su paradero.

Rememoró la última conversación con ella y los datos aportados por Ashley. Las disculpas que no dejó que se materializaran en sus propios labios estallaron en su cara; tuvo que asimilarlo guardando la compostura delante de su amiga. Conocía bien a su hermano, no la habría dejado sola ni un minuto después de padecer la crisis en el coche. Bea intentó hablar con ella antes de la cena, e incluso encontrar un modo de continuar con su historia; sin embargo, no le permitió explicarse. Le pareció tan poco realista empezar una relación en la distancia, con un futuro tan oscuro.

La historia de su familia pasó de intuición a cruda realidad.

Le dolieron sus heridas como si fuesen propias, e imaginó la soledad en su infancia, el miedo y la necesidad de aprender a defenderse para estar preparada para cualquier cosa.

Al llegar a casa de Ashley, ella le entregó el informe.

—¿Quieres marcharte a tu casa?

—¿Quieres que me vaya? —preguntó Elena.

—No.

Aidan durmió esa noche en medio de Ashley y Elena, henchido de arrumacos y atenciones.

La mochila del colegio soñó, desarropada sobre una silla, que un niño de cuatro años la abrazaba con fuerza hasta que les vencía el sueño.

## CAPÍTULO 59

### ELENA

#### FINCA CHALICE Y HOGAR DE CÉSAR Y ELSA (BRISBANE)

Martes, 21 de febrero de 2017 Madrugada

A las cinco de la madrugada, Elena conducía hacia su casa; necesitaba tomar una ducha en su propio cuarto de baño y prepararse un par de tazas de café para completar su turno. El más duro de su vida, no por las horas de trabajo y la falta de sueño, sino por la inminente llegada de Bea y la forma en que respondería a la paliza que Tom había dado a Ashley y Aidan. No estaría presente para colmarla de besos, caricias y argumentos para que no traspasara la línea divisoria entre la luz y la oscuridad del alma.

Miró el ramo de flores de su escritorio; Wendy se lo había enviado cuando le dieron el alta. Sonrió. Básicamente, habían compartido el silencio; quizás lo único que ambas necesitaban.

Leyó la tarjeta de nuevo:

Es usted una doctora horrible.

Gracias por todo.

Wendy Envió varios WhatsApp. Pidió a Héctor y Saoirse que la mantuviesen informada sobre la llegada al aeropuerto. A Bea le mandó un mensaje de audio:

Espera a hablar conmigo antes de tomar medidas, por favor.

Hoy tengo doble turno, cuando acabe, pasará a veros. ¡Prométemelo! Contempló desde la ventana de la cocina a un mensajero que echaba una carta al buzón. Memorizó el nombre de la empresa. Se apresuró a recoger la carta. La pieza de puzle 13 completaría la fotografía del lago Hillier. Antes de abrirla imaginó una cruz negra marcando su tumba. Tal vez se tratase del juego macabro de una mente desquiciada. La colocó y completó el trozo de tarta de fresa y nata. Sintió decepción. ¿Eso era todo? Pedazos de puzle sin sentido aparente. Ni siquiera había doce piezas para poder relacionarlas con el calendario. Delante de un café, siguió una intuición y consultó en el navegador del móvil «calendario de trece meses».

Encontró el calendario fijo internacional, denominado con otros muchos nombres; de todos ellos, el más descriptivo era «calendario de meses iguales». Era un calendario solar, en el que todos los meses tenían veintiocho días, cuatro semanas de duración, y cada una de ellas empezaba en domingo y terminaba en sábado. Se insertaba un día más fuera del cómputo mensual, después del mes

de junio y antes del mes sol, o dos, si se trataba de un año bisiesto.

Encendió el ordenador para imprimir una tabla que establecía la relación entre ese calendario y el gregoriano.

No tenía mucho tiempo antes de ir al trabajo; entre sorbos de café y maquillaje, eligió la opción más sencilla: trece piezas, trece meses. Las fechas de entrega se corresponderían con días dentro de cada uno de esos meses. La primera la recibió el 7 de febrero.

Pieza 1, mes 1, día 7. Coincidió con el 7 de enero. El 8 de febrero le enviaron el número 2, sería el mes 2, y el día 8 del calendario solar. En ese calendario, en concordancia con el de uso habitual, el mes 2 empezaba el 29 de enero; contó ocho días: 29, 30, 31, 1, 2, 3, 4 y 5. Según sus cálculos, apuntaba al 5 de febrero. Faltaba comprobar esas fechas con las anotaciones de su diario. Corrió al dormitorio y leyó con premura. Esta vez sí halló sucesos relevantes que componían pequeños fragmentos de una historia. Miró el reloj. Suspiró decepcionada: el trabajo la esperaba.

### ASHLEY

#### FINCA CHALICE (BRISBANE)

Martes, 21 de febrero de 2107 Madrugada Ashley se levantó cuando Elena se marchó. El informe de Bea descansaba sobre la mesa del escritorio. Abrió el cajón para guardarlo. Le asaltaron de nuevo los temores y la incertidumbre sobre el formulario de altas capacidades de Aidan y los papeles de la renuncia de custodia de su hija adoptiva. Se sentó en un pequeño sofá cerca de la ventana aferrada a ellos en un llanto mudo y seco, mientras su hijo continuaba dormido ajeno a sus pesares. En algún momento, no recordaba cuándo, encendió el hilo musical en bucle para acompañar su dolor interior mientras mecía aquellas carpetas. Tal vez solo sonaba en su cabeza, una vez más, la pista, con el tema en modo repetición de Loreen I'm in it with you.

Una parte de la canción le recordaba especialmente a la familia biológica de Bea:

*They hit your heart, they took it out*

and left you bleeding in a dry spell Recordó un fragmento de la única conversación telefónica que mantuvieron antes de su emotivo encuentro en el cementerio:

—Lo haré. Estudiaré. Ahora es mi turno, te pediré algo a cambio. No puedes llamarme más, ni a Lara tampoco —solicitó Bea.

—¿Por qué?

—Mi entrenador, ya habrás oído lo que pasó. No es seguro para ti ni para Aidan. Ellos no tienen escrúpulos.

Cumplió a rajatabla la primera petición, pero continuó llamando a Lara una vez a la semana. No fue capaz de renunciar a conocer cada paso de Bea, saborear sus triunfos y conocer sus derrotas, para encontrar juntas el modo de hacerla resurgir de nuevo. La muerte de Lara significó la ruptura de ese lazo secreto, de las horas de charlas distendidas, y la pérdida de una bella amistad telefónica que fue ganando terreno de forma progresiva.

La conversación en torno a Bea daba paso a los nuevos avances y necesidades de la Asociación Media Vuelta; y sobre este asunto comenzaron los esbozos de un programa de testimonios de mujeres que habían salido del agujero emocional. En algún momento, no sabría determinar cuándo, fueron ampliando las temáticas de las conversaciones.

## **HÉCTOR Y BEATRIZ**

### **AEROPUERTO (BRISBANE)**

Martes, 21 de febrero de 2017 Mañana En el trayecto de regreso a Australia, Héctor tuvo un único pensamiento: Ashley. Después de enterarse de la paliza que Tom les había dado a ella y a su hijo, comprendió a la perfección el miedo que tuvo que experimentar al conocer la noticia de que él era el padre legal de Aidan. Apenas se conocían, era cierto, carecían de suficientes vivencias juntos para que confiara en él y compartiese su bien más preciado: su hijo.

Su primer pensamiento al bajar del avión fue: «Nadie arremete contra mi familia sin obtener réplica. Dios, guíame y dame templanza para ser un buen padre y convertirme en un buen marido».

Cuando Bea recibió la llamada de Saoirse para comunicarle la noticia, la angustia se apoderó de ella. El nerviosismo se incrementó con las dificultades encontradas para sacar los billetes de regreso y con los retrasos de casi cinco horas en la de llegada.

Se arrepintió de haber colocado a Ashley entre la espada y la pared con los documentos de renuncia de custodia. Esperaba que no fuera demasiado tarde para disculparse y retractarse. La imaginó aferrada a ellos.

Leyó un pasaje de la Biblia que siempre llevaba plastificado en la cartera: Génesis 9, 8-16. Héctor se lo había regalado con la intención de que Dios estuviese cerca de ella, aunque ella no quisiera verlo. Versaba sobre la Alianza de Yahvé con los hombres. Le recordaba al pacto que hizo con la escoria de los nueve dedos y medio cuando recibió su visita, por llamarla de algún modo, antes de cumplir los dieciocho años. En su opinión, él y sujetos de su estirpe no merecían

tregua. Endureció la mirada.

Observó por la ventanilla y se preguntó: «¿Cuántos habrá como ellos?». Sintió náuseas.

Bea puso el pie en Australia recordando una parte de la letra de la canción Nanai, de la Mala Rodríguez: *¿Qué voy hacer si se atreven a venir a mi casa a faltar?*

Nanai. Yo no les voy a dejar, yo los voy a matar.

CAPÍTULO 60  
**ASHLEY Y BEATRIZ**  
HABITACIÓN DE ASHLEY (FINCA CHALICE)

Martes, 21 de febrero de 2017 Mañana

Ashley permanecía en la cama aferrada a sus carpetas. Se levantó y cogió un bolígrafo para firmar los documentos de Bea: si era lo que deseaba, no se interpondría en sus decisiones. Recordó a Carla; hizo lo que le pidió y se llevó a Aidan al hospital, a salvo de Tom, a pesar de ir en contra de sus deseos. Las lágrimas se desprendieron de sus ojos al imaginar a Héctor pasando por el mismo trance que ella. La mano temblorosa sujetó el bolígrafo unos segundos; le ardía entre los dedos. Lo soltó en la mesa. Hizo varios amagos, buscando serenidad y firmeza interior. No. No podía. Se refugió en la cama.

Bea tocó con los nudillos en la puerta de Ashley; ella no contestó. Entró y cerró la puerta. Su madre estaba tumbada en la cama, de lado, mirando hacia la ventana. Se descalzó y se recostó.

Colocó el pecho en su espalda y la mano en su cintura. Apreció unas carpetas en la cama.

—Lo siento —comenzó la diseñadora.

—Yo también.

—Me he comportado como una hija horrible.

La enóloga se giró. Bea acarició con suavidad las marcas de su rostro; una gota tras otra de dolor se sumaba a las lágrimas que recorrían sus mejillas. Tom había hecho que rompiera su regla: llorar solo de alegría. Recordó la coetilla de su infancia: destruiría a quien le hiciese romper aquella máxima.

Bea pasó el brazo por debajo del cuello de Ashley y la atrajo hacia su cuerpo en un abrazo.

—Estuve muy poco acertada. El miedo a perder a Aidan me paralizó —confesó la exmodelo.

Bea acomodó la cabeza de Ashley sobre su pecho.

—No he firmado los documentos... No puedo... —declaró la enóloga.

—Mejor, no quiero que lo hagas.

Ambas respiraron aliviadas.

**AIDAN, HÉCTOR, BEATRIZ, ASHLEY, JAKE,  
SAOIRSE, ELSA, CÉSAR, BEN Y BROOKE**  
FINCA CHALICE (BRISBANE)

Aidan jugaba con Jake en los exteriores. Héctor se aproximó a ellos para presentarse formalmente a su hijo, aunque aún no podía llamarlo así.

—Soy Héctor. Siento mucho no haber estado aquí —confesó mirando a Aidan y a Ashley.

—¿Vas a volver a marcharte? —preguntó Aidan.

—No.

A Aidan no le gustaba vivir en aquella casa, le daba miedo que aquel hombre volviese a irrumpir en sus vidas y les hiciera daño de nuevo. Miró a su madre para solicitar su permiso para acercarse a Héctor. Ashley hizo un suave gesto con la cabeza. El niño pequeño se aproximó unos pasos. El veterinario se agachó para colocarse a su altura. Lágrimas gruesas recorrieron el rostro de Aidan mientras miraba fijamente a Héctor. Bea refrenó el amago de Ashley de acercarse a abrazar a su hijo. Le pidió que confiara en él. Lo hizo, y el llanto que a duras penas contenía era una prueba de ello. Aidan recordó la pregunta que le hizo a Bea cuando se conocieron; quizás no era el mejor momento, pero desde el día que aquel extraño les pegó, su cabeza había desterrado a los demás pensamientos; estos se fueron, junto con el juego y la risa.

A Héctor le superaba ver a un niño tan pequeño llorando sin saber si acercarse o no, con

miedo a ser despreciado o retirado de un puntapié. Tomó una decisión precipitada sobre la marcha.

—Me han dicho que quieres que sea tu padre, ¿es verdad?

—apuntó mirando fijamente a Aidan, y de refilón a Ashley. Atisbó una tenue sonrisa en sus labios; esto le proporcionó confianza: quizás iba bien encaminado.

Héctor ojeó al resto de personas presentes: Bea, Brooke, Ben, Sam, Heather Jake y Saoirse. Todos seguían la conversación desde diferentes puntos, manteniendo una distancia prudencial.

Sam respiró aliviado. Jake y Saoirse sonreían. Bea sujetaba por la cintura a su madre. No supo extraer nada de los rostros de Ben, Brooke y Heather.

—Sí —confirmó Aidan apretando los labios. Un suave temblor le recorrió el cuerpo—. ¿Y tú, quieres?

—Sí, me haría muy feliz que... —El niño corrió hacia Héctor y se aferró a su abrazo, lo que desató el llanto contenido durante aquellos días.

Héctor esperó unos minutos hasta que Aidan se recompuso.

—Muy bien. En ese caso hablaremos sobre este tema: yo nunca he tenido un niño de cuatro años. —Héctor tomó asiento, llevando a su hijo en brazos; Aidan se acopló en sus rodillas—.

¿Qué cosas tengo que hacer como padre?

Aidan apretó el brazo de Héctor. Era muy fuerte.

—Enseñarme a jugar al fútbol, recogerme en el colegio con mamá de vez en cuando, ayudarme con los deberes, contarme cuentos... y cosas así.

—De acuerdo, me parece bien, ¿y qué más?

—Regañarme si me porto mal —dijo arrugando la frente.

—Son muchas cosas, no sé si las recordaré todas —bromeó.

Aidan volvió a tocar el brazo de Héctor.

—Además, tienes que cuidar de nosotros y defendernos si alguien intenta hacernos daño. Pareces fuerte. ¿Sabes pelear?

—Soy cinturón negro primer dan de taekwondo, ¿crees que será suficiente? —preguntó Héctor. Miró hacia Ben y Heather; esta vez encontró complicidad en sus ojos. Experimentó miedo antes de observar a Ashley, no deseaba que lo viese como una amenaza. Vio cómo Bea le susurraba algo en el oído y el rostro de Ashley se relajaba con media sonrisa.

—Sí, creo que puede bastar.

Bea condujo a Ashley hasta Héctor. Él se levantó con Aidan sujeto a su cuello. Ella besó la frente de su hijo y la mejilla de Héctor. Aidan le susurró algo a su padre.

—¿Estás seguro? —dudó Héctor.

—Claro que sí —contestó el niño.

El veterinario cogió a Ashley por la cintura y la atrajo hacia ellos en un abrazo. Aidan volvió a murmurarle algo a Héctor.

—¡Eso sí que no! —exclamó el veterinario con cara de sorpresa. Le avergonzaba dar el primer beso a la enóloga delante de tantas personas; además, no consideró que fuese el momento oportuno para hacerlo—. Aún no estamos casados, yo no veo ningún anillo en mi dedo. —Se lo mostró al pequeño.

—Pero sois novios, ¿no?

—No. Tampoco me lo ha pedido.

Aidan observó a su madre, que asentía con la cabeza. Brooke hizo un gesto de confirmación a Héctor; él vocalizó sin emitir sonidos la palabra «gracias». Ashley echó la vista hacia atrás para encontrar los ojos de su madre; por fin, descansando de la angustia padecida días atrás,

reprodujeron una suave cadencia.

—Mamá, tú también tendrás que hacer algo, ¿no esperarás que lo hagamos todo nosotros? —manifestó Aidan. Todos los presentes sonrieron, y el ambiente se relajó.

Ashley observó perpleja a Aidan y a Héctor; ahora contaba con dos niños pequeños.

Bea recogió a Aidan de los brazos de su padre para que Héctor y Ashley pasaran unos minutos a solas.

—Me gustaría que me enseñases tu bodega.

—¿La bodega? —preguntó Ashley asombrada.

—Eres enóloga, me parece el mejor lugar de la casa para confesarte mis sentimientos.

Caminaron hasta allí en silencio. Héctor le cogió la mano.

Pasaron a la estancia.

El miedo a lo desconocido se materializó en Ashley. Detestaba a su mayor aliada: la maleta siempre hecha en el fondo del armario, lista para emprender la huida si las cosas se complicaban; y Tom los acechaba. Ansiaba establecerse en un lugar de forma permanente y llamar a su alojamiento hogar. Echaba en falta las decoraciones superfluas y personalizadas que las familias aportaban a sus casas para diferenciarlas así de las demás y dotarlas de calidez y humanidad.

Estaba enamorada de Héctor, pero tenía miedo a la intimidad con él. Para ella el dolor y el amor no iban unidos. Necesitaba tiempo para cerrar de forma conveniente la historia con Tom, cicatrizar las heridas y reunir el valor necesario para comenzar una relación, o al menos para que la confianza y la complicidad crecieran entre ellos.

Notó cómo su templanza habitual se hallaba mermada, una amalgama compuesta de miedo y deseo a partes iguales la saturaba. No obstante, le frenaba la idea de no ser suficiente y no responder a sus expectativas.

—Ashley, me gustaría que os vinieseis a vivir a casa, al menos hasta que esto haya pasado. Lo he hablado con Bea, ella está de acuerdo. Ambos pensamos que es lo mejor. Él conoce esta dirección, y es evidente que la de sus padres también —argumentó Héctor.

—No podemos marcharnos a tu casa contigo —comenzó Ashley sin rodeos—. Apenas nos conocemos, se pueden contar con los dedos de una mano las veces que nos hemos visto.

—Como prefieras; entonces Bea y yo nos instalaremos aquí de forma temporal.

—¿En la bodega?

—No, buscaremos un lugar adecuado en la finca para nuestra tienda de campaña.

—¿Así, sin más?, ¿te parece bien? —cuestionó ella escrutando su mirada.

—No, prefiero que vivamos los cuatro juntos bajo el mismo techo de forma permanente. —El veterinario había dado un paso más y había expuesto sus sentimientos por completo. No supo leer en su rostro sus pensamientos. Decidió recular un poco—. Aunque, cuando se solucione esto, si luego quieres marcharte, tanto Bea como yo lo entenderemos.

—No puedo marcharme a tu casa, Héctor —reiteró apesadumbrada, a pesar de que ya había estado pensando en esa posibilidad. Era un deseo inconcebible, fuera de toda lógica y, como en casi todas las locuras de su vida, como adoptar a Bea de forma conjunta con él, había un trasfondo. Quedó presa de sus ojos desde el primer día que se cruzaron en el instituto: ella se giró para volver a contemplarlo; él se hallaba ensimismado rastreando algo en los alrededores, hasta que lo encontró y posó su atención en Lara.

El veterinario tomó aire; recordó las palabras de César, había crecido con ellas y las creía a pies juntillas.

—En una familia, la madre es la casa. —Héctor volvió a abrazar a Ashley—. Mi padre es un

buen hombre, pero, en mi opinión, mi madre es quien mantiene unida la familia. Sé que hay excepciones. No quiero separarme más de ti, y sé que Bea tampoco. Te queremos. Pero si tú no sientes lo mismo, no importa, permaneceremos contigo hasta que este asunto se solucione, donde tú decidas. Podemos ser solo amigos, si lo prefieres.

—No quiero ser tu amiga.

—¿No? —Héctor aflojó el abrazo: en ese caso, no estaba bien sujetarla de la cintura de ese modo. Hizo el amago de soltarla.

—Quiero que seas mi pareja. —Ashley exploró sus ojos camaleónicos; ese día le parecieron celestes como el cielo. Héctor recuperó el terreno cedido entre ambos—. Pero me gustaría estar recuperada para pedírtelo, y encontrar un modo para que sea especial. Necesito un poco de tiempo, ¿de acuerdo?

—No.

—¿No? —repitió asombrada.

—Por supuesto que no: ya me lo has pedido, no puedes echar marcha atrás —expuso con media sonrisa—. Pero sí pedírmelo todas las veces que quieras. Aceptaré siempre encantado. —Acarició su espalda y sus hombros con suavidad, y apreció algunos hematomas.

—De acuerdo. Dame tiempo, antes de... Héctor adivinó sus temores, supuso que precisaba aclarar sus dudas. Sin embargo, dadas las condiciones, no sabía hasta dónde llegar, y tampoco si era el momento oportuno. Decidió ser prudente.

—No te preocupes. Nos daremos todo el tiempo que necesitemos, pero quiero que vengas a casa con nosotros, ¿de acuerdo?

—Sí. —La voz de Ashley brotó en un suspiro.

—Dormirás en nuestra cama, sola, hasta que estemos preparados para compartirla. Yo dormiré en el sofá, por ahora es lo mejor.

—¿Por mis...? —Ella señaló a las marcas de su rostro.

—No, cielo. Creo que tenemos muchas conversaciones pendientes, necesitamos hacernos cómplices de nuestros secretos, conocernos mejor, nuestros gustos, apetencias. —Él tocó su pelo y su rostro con dulzura.

—¿Te refieres al sexo? —Ashley empezó a temblar, le asaltó de nuevo el miedo a no estar a la altura de sus expectativas: solo contaba con una experiencia y prefería olvidarla. Tenía pánico a que fuese demasiado rudo.

—No, a todo en general, pero no es necesario que hablemos de esto ahora.

—Sí, lo es.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—¿Qué clase de cosas te gustan?

—¿En el sexo? —preguntó él. Ashley asintió—. Está bien, voy a contestar a la pregunta que de verdad quieres hacerme. Mi padre recibió maltrato infantil, y ya sabes la historia de Saoirse y de Bea; no me va el sexo duro, ni con cuerdas, látigos y cosas por el estilo. ¿Eso es lo que querías saber?

La enóloga estaba muy nerviosa, pero necesitaba poner todas las cartas sobre la mesa, sin engaños, falsas expectativas ni medias verdades. Se armó de valor.

—Sí. Gracias. Yo no tengo mucha experiencia. Tom y yo solo lo hicimos una vez... y... Ni siquiera compartimos un beso apasionado. Quizás yo no sea lo que buscas, debes planteártelo.

Héctor la contempló: temblaba, tanto o más que él. Sin embargo, ella no percibía sus temores. Buscó fortaleza interior.

—Parece que esto se ha convertido en la bodega de las confesiones —añadió Ashley

avergonzada.

—Hace mucho que no estoy con una mujer, estoy muy oxidado. Tal vez sea un auténtico desastre. Así que tendremos que practicar hasta que nos salga bien, ¿de acuerdo? Tú me enseñarás cómo te gusta.

—No sé cómo me gusta.

—¿Qué quieres decir? —Ashley refugió la mirada en el torso de Héctor—. Tú nunca... Ya sabes.

—No.

Héctor la acomodó en su pecho. Inhaló aire. Su aroma envolvía sus sentidos. Besó su hombro, ella giró el cuello y besó su nariz. Sus ojos se unieron y la chispa que iniciaba el fuego entre dos personas se encendió. Aun así, sus labios se dieron tiempo.

Ashley y Aidan se instalaron en su nueva casa. Dispusieron el cuarto de invitados para el niño. Héctor la cogió en brazos para entrar al dormitorio.

—¿De verdad crees que esto es necesario?

—No, pero es muy romántico. —El veterinario besó su mejilla y Ashley acarició su rostro.

—¿Piensas soltarme alguna vez?

—No. —Ambos sonrieron.

Héctor fue a por las maletas. No necesitó recolocar su ropa en el armario y en las cajoneras, porque desde que empezó a vivir con Lara, y tras su muerte, nunca había ocupado todo el espacio.

Vivía a medias, esperando completar su existencia. Disfrutaron juntos de aquel momento de complicidad, con miradas, caricias y palabras dulces; toda una promesa de un mañana repleto de amor.

Ashley guardó una maleta sin deshacer en el fondo del armario.

Héctor no hizo preguntas al respecto, sabía qué significaba. El miedo a la presencia de su exmarido aún seguía patente.

### **BEATRIZ, JAKE, SAM, HECTOR Y SAOIRSE**

FINCA CHALICE, CASA RURAL (BRISBANE)

Martes, 21 de febrero de 2017 Tarde Jake rondó a Bea hasta que finalmente se decidió a acercarse a ella. Había hablado con Elena, y ella le repitió:

—Ella nunca deja cabos sueltos, y Tom es uno. Tendrá un plan.

Si eso era así, él participaría, aunque tratase de dejarlo fuera.

Ashley era su hermana; dicho de otro modo, si hubiera conseguido hallar su paradero, se hubiese tomado la revancha por su cuenta y riesgo.

Sam se mantuvo en un segundo plano. Quería sangre y justicia; Bea se las daría.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Jake.

—No sé a qué te refieres. Tu hermana nos ha pedido que dejemos este asunto a la policía.

—Ya, y yo voy y me lo creo —dijo de forma seca el vaquero.

—Estoy ocupada —respondió Bea de forma cortante.

—¿Haciendo qué?

—Veo a Aidan jugar con tu padre.

Jake dio por concluida aquella conversación; lo intentaría más tarde. Decidió volver a llamar a Elena, necesitaba sus consejos.

Sam esperó unos minutos antes de acercarse a Jake.

—¿Qué piensa hacer? —interpeló Sam.

—No lo sé.

Bea consultó el móvil: aún no tenía la respuesta que buscaba. Vio el mensaje de audio de

Elena; necesitaba un momento de intimidad para escucharlo. Rehusó hacerlo en ese instante, precisaba mantener la mente fría. Minutos después la dirección solicitada llegó a la pantalla; la memorizó.

Héctor bajó del dormitorio. Hablaba con Elena, contestaba a sus preguntas una tras otra. Intuyó su miedo y dolor. Tuvo otro impulso; anhelaba abrir el mensaje y escuchar su voz melodiosa, cargada de fuerza y sensualidad. Se contuvo. Su padre se acercó a ella.

—¿Has conseguido ya la dirección? —susurró Héctor para no llamar la atención del resto de las personas presentes.

—Sí. Pero uno de los dos tendrá que quedarse con Ashley y Aidan.

—¿Hay algo que no te cuadra?

—Sí. Elige. —Bea sonrió, ya sabía la respuesta.

—Iré yo.

—No tendría que haberte dado a elegir. —Ella hizo una mueca de fastidio—. Está bien; Saoirse y Jake irán contigo.

—No los necesito —indicó Héctor. No quería involucrar a nadie más.

—Eres un engreído. Ha contratado algunos matones.

—En ese caso, prefiero a Saoirse.

Saoirse, que escuchaba la conversación en un segundo plano, se acercó.

—Gracias por escogerme. ¿De verdad vas a quedarte aquí? ¿Hay gato encerrado?

—¡Claro que lo hay! —respondió mirándola directamente a los ojos.

Héctor y Saoirse se presentaron en la dirección. Cuatro hombres les recibieron en la puerta de entrada con cara de pocos amigos.

—No tengo nada contra vosotros, quiero ver a Tom —expuso Héctor.

Un hombre corpulento lanzó el puño contra la cara de Héctor a modo de contestación.

### **BEATRIZ, ELENA, JAKE Y TOM**

HOGAR DE HÉCTOR Y ASHLEY, HOSPITAL Y FINCA CHALICE Martes, 21 de febrero de 2017 Tarde Bea respiró hondo: había llegado el momento. Estaba preparada y deseaba oír el mensaje de Elena. Temía por el contenido y la aspereza con la que con toda probabilidad se dirigiría a ella. Tal vez nunca la perdonase por haberse marchado en ese momento tan crucial para ellas, sin contar con sus necesidades e intereses.

Sin embargo, deseaba un instante de paz en aquel infierno, donde el frío y el silencio, paradójicamente, helaban la estancia. Sentía cómo los restos de su corazón empezaban a solidificarse, y antes de perderlo por completo reconoció que el último latido llevaba un nombre impreso. Se puso los cascos para escuchar el mensaje:

Espera a hablar conmigo antes de tomar medidas, por favor.

Hoy tengo doble turno, cuando acabe, pasaré a veros. ¡Prométemelo! Bea le contestó con un WhatsApp: Yo no hago promesas. Hablaremos después. 19:07 √√ ¿Por qué después? 19:08 Ya sabes por qué. 19:09 √√ ¡Dímelo! 19:09 Por WhatsApp, no. 19:10 √√ Elena se levantó del despacho y se quitó la bata, ya no aguantaba más. Comunicó a la recepcionista que había surgido una urgencia familiar y que pasasen el resto de consultas a otro facultativo. Llamó a Bea y caminó con paso apresurado por el pasillo.

—Quizás no haya otro momento. ¡Dímelo, Bea! —su tono sonaba a ruego.

—No.

—¿Quieres que te lo diga yo primero? ¿Que sea yo quien dé el paso? —interpeló la doctora Ariza.

—Sí, pero por teléfono no.

—Es más fácil así —confesó Elena.

—Si me gustaran las mujeres fáciles...

—No me querías a mí. Suena increíblemente bien, aunque sea yo quien termine la frase.

Ambas rieron. Bea saboreó el sonido de su voz. Cerró los ojos unos segundos a la oscuridad que se cernía sobre ella, experimentó una pausa. Ella la iluminaba como un haz de luz. No podía permitirse aquello, le apartaría de su único propósito: matar a Tom como se merecía, a golpes. Tenía que colgar ya, el corazón se le estaba ablandando.

—¿Dime dónde estás! Iré contigo —indicó Elena.

—No.

—Prométeme que hoy dormiremos juntas.

—Yo no hago promesas —reiteró Bea.

—Por esa regla de tres, tampoco me prometes que no lo harás.

—Eres imposible.

Elena decidió ganar tiempo dándole conversación. Jake le envió un mensaje para comunicarle que Héctor y Saoirse habían ido a una dirección. La conocía bien: era una mera distracción, habría montado ella misma el número para contar con tiempo y atajar de raíz el problema sin ponerlos en peligro.

—Mañana colocaré tus piezas de puzle en mi habitación.

Cada día que pasemos juntas, añadiré en una las anotaciones de mis diarios. Quiero saber cuáles son tus recuerdos de esos días.

—Los mejores, aunque ahora añadiría algunas piezas más.

—¿Cuántas más?

—Las mismas que añadirías tú: una por cada uno de los momentos que hemos compartido sin escudos, sin muros ni fortalezas que nos distanciasen. —El reloj marcaba la hora de partida—.

Cielo, tengo que colgar.

Bea no esperó respuesta.

Se excusó con recoger los formularios de Aidan para rellenarlos con su madre y pasar el tiempo. Solo serían unos minutos.

Dejó a Jake encargado del bienestar de la familia. Contempló su cara de satisfacción.

Bea llegó a la finca Chalice, aparcó el coche y se sentó en el porche a la espera. Un coche se aproximó. Un hombre negro bajó del vehículo.

—¿Qué coño haces aquí?

—Lo mismo que tú. —Jake se sentó al lado de ella—. He hablado con Elena: sabía que tramabas algo, me ha dicho que nunca dejas cabos sueltos y siempre guardas un as en la manga.

Me ha recalcado que nunca mandarías a Héctor y Saoirse a la boca del lobo —señaló con retintín—. Tiene gracia, es la persona que mejor te conoce. ¿A quiénes has puesto en aquella casa?

—¿Me crees capaz de algo así?

—Yo no, pero ella sí.

Bea sonrió. Era un libro abierto para Elena.

La espera se hacía eterna; Bea sacó un tema de conversación para pasar el rato.

—¿Desde cuándo te gusta Saoirse?

—¿Te ha comentado lo de las flores? —preguntó avergonzado Jake. Miró al suelo y deslizó un pie sobre la tierra.

—Puede.

—Me gusta desde siempre, supongo que desde la primera vez que la vi. Aunque, para tu tranquilidad, me golpeó con el ramo de flores en la boca.

—¿En serio? —Bea soltó una carcajada. Jake apretó los labios y asintió con la cabeza—. Es buenísima.

—Y al parecer, para tener alguna opción, necesito llevarme bien contigo.

—¿Qué contrariedad!

—Eso mismo pensé yo. Si estuviésemos juntos en una isla desierta, mi primer deseo sería que te fueses de la isla —expuso el vaquero.

—Es una suerte que seas guapo, porque de neuronas no vas muy sobrado. Una isla desierta está inhabitada, no hay personas

—argumentó Bea con sorna.

—Es una de esas frases hechas. ¿Acabas de llamarme guapo, o me lo ha parecido a mí?

Varios coches se acercaban a la finca. Dos hombres negros y uno blanco pasaron dentro.

—¿Quién es Tom? —preguntó Bea.

—El negro.

Bea pensó que estaría mejor sola.

—¡No me jodas! Hay dos, ¡¿qué coño te pasa?!

—En realidad somos tres, si me cuentas a mí...

—¿De qué vas? ¿Tú también vas pegarme? Por esta vez, estamos en el mismo equipo —increduló la diseñadora.

—No. Estoy muy nervioso. El de la camiseta verde.

—¿Tienes miedo?

—Sí. ¿Y tú?

—No. Estoy preparada —manifestó Bea.

—¿Puedes decirme algo? Ya sabes, para infundirme ánimos

—solicitó él. Las manos le temblaban, nunca había estado en una pelea como se vaticinaba aquella.

—Procura que no te maten.

—No es muy alentador.

—¡Está bien! —Bea se armó de paciencia. Después de todo, era el hermano de Ashley, y sabía que la adoraba. Tenía tanto derecho como ella a estar allí para ajustar cuentas—. Esquiva los golpes, asegura el impacto. No te espongas: seguramente traerán navajas, pinchos y cosas por el estilo. Si te acorralan, no dudes en correr, o escabullirte para recuperar una posición ventajosa.

—Son demasiadas cosas —confesó Jake.

—Yo estoy aquí, te cubriré, te los sacaré de encima si te veo en apuros; ¿mejor?

—Sí. Bea, quiero que me recuerdes por qué estoy aquí.

—De acuerdo. —Ella sujetó su rostro con ambas manos y miró dentro de sus ojos. Así supo qué necesitaba escuchar, exactamente lo mismo que ella. Lo dijo en voz alta para ambos—: El cabrón ese casi mata a palos a tu hermana y ha molido a golpes a tu sobrino, un niño de cuatro años.

—Gracias. Ahora sí estoy listo. —Jake apretó los puños. La ira se estaba abriendo paso.

Tom envió al par de hombres y se mantuvo en segundo plano, su cuñado y una mujer no ofrecerían demasiada resistencia.

Iba a ser demasiado fácil. El hombre más fornido se dirigió a Jake con un palo de hierro, y el otro, con las manos descubiertas, a ella; ambos llevaban navajas en la cintura. Bea cambió la posición a Jake y le señaló el pincho. La barra de hierro no acertó con la diana. Bea aprovechó para dirigirle una patada al pecho. El hombre cayó de rodillas, le faltaba la respiración.

Jake recibió un par de embestidas en las costillas y varias en la cara. Su atacante lo atrapó del

cuello y lo levantó del suelo; Bea le libró de él propinándole una patada en la espalda. El vaquero recobró el aliento y recordó por qué estaba allí. Se dejó de contemplaciones: ese hombre no era Tom, pero si apadrinaba su causa, lo destrozaría. Se abalanzó contra su tronco y lo derribó; mientras intentaba incorporarse le dio una patada en la boca. Por un instante respiró aliviado, hasta que vio que se levantaba de nuevo.

La diseñadora observó a Jake: se las estaba apañando bastante bien. Tom decidió no perder la superioridad numérica y se acercó a Bea con un cuchillo por detrás. Ambos hombres empezaron a dar vueltas alrededor, buscando un flanco por donde atacarla.

Ella desplegó una secuencia de patadas para ambos en rodillas, estómago y cara. Terminó derribando al primero con una patada con giro. Quedó tumbado en el suelo.

—Tú, ¿quién coño eres? —preguntó Tom, escupiendo sangre en el suelo.

—Eso a ti no te importa.

—Tendré que enseñarte modales.

Bea desató su ira. ¿Un maltratador iba a enseñarle modales? Fue sin escrúpulos contra los puntos donde infligiría más dolor.

Notó cómo a Tom le crujieron las costillas; cayó al suelo. Se sentó a horcajadas sobre él y siguió pegándole. Disfrutó cada golpe. No iba a parar. Uno o dos más y sería historia.

—¡Bea! —gritó Elena.

Bea miró hacia atrás. El primer hombre, tumbado en el suelo, deslizó una navaja hasta la posición de Tom, y este aprovechó el momento de confusión para clavársela en la pierna. Se revolvió, se colocó sobre ella y presionó su cuello. La diseñadora sacó el cuchillo de su extremidad inferior y se lo clavó a él en el hueco del corazón.

Elena le tomó el pulso a Tom: estaba muerto.

Jake noqueó a su contrincante. Elena pidió a Jake que le trajese el maletín del coche. Después, él llamó a una ambulancia y a la policía.

—Mi niña, ¿estás bien? —preguntó Elena mientras inspeccionaba la herida; presentaba buen aspecto, era limpia.

—Sí, ahora estoy muy bien. Estás guapísima.

—Tú también. ¿Lo has hecho adrede para que tenga que cuidar de ti?

—Sí —contestó Bea entrecerrando los ojos.

Elena le echó un desinfectante y le puso una venda compresiva.

Bea se refugió en el calor del pecho de Elena.

La doctora acercó sus labios para besarla. Bea la paró negando con la cabeza, demandando así algunas palabras previas.

—Te quiero, Bea —confesó la doctora recorriendo cada palmo de su rostro con los ojos.

Bea volvió a parar otro amago de beso.

—¿Y?

—Y no imaginaba que eras una estrecha —contestó Elena.

La impaciencia la recorría por dentro.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento, esas últimas palabras no te las tendré en cuenta.

—De acuerdo —contestó resignada. Se merecía que exteriorizara sus sentimientos. Tomó aire para infundirse ánimos—. Sabes de sobra lo que siento por ti y desde cuándo. Durante todo este tiempo, cuanto más he intentado alejarme, más cerca te sentía y más deseaba tu abrazo. Desde que te conocí has sido mi primer y último pensamiento del día. Estoy profundamente enamorada, y me gustaría que fuésemos pareja.

—¡Uhm! —exclamó Bea como respuesta.

Elena la miró contrariada. Después de su discurso, ¿era eso lo único que tenía para ella?

—Sabes que detesto ese sonido, no sé qué significa.

—Cuando me beses, lo sabrás. —Bea invitó a Elena a sus labios con el mismo dedo que minutos antes las había separado.

Elena la besó y no pudo contenerse: esta vez fue ella quien emitió el sonido.

CAPÍTULO 61  
**ELENA Y BEATRIZ**  
HOGAR DE ASHLEY Y HÉCTOR (BRISBANE)

Del 27 al 28 de febrero de 2017

Poco a poco el río de la vida iba abriendo nuevos afluentes, conforme cuatro corrientes, con dos historias de amor, demandaban nuevos caminos que explorar. Elena asumió la petición de Bea de esperar hasta su cumpleaños para intimar e ir desentramando cada uno de los fragmentos de las piezas de puzle. La diseñadora reclamó un poco de tiempo para sanar su herida y preparar su regalo de cumpleaños; se aseguró contra incursiones no permitidas cambiando la cerradura por otra con llave. Elena se arrepentía cada minuto de su promesa, aunque las expectativas le hicieran caminar sobre nubes de algodón como si su cuerpo no pesase, y el fuego recorriese cada palmo de su piel hasta erizarla por completo.

Se contemplaban embelesadas en los contados ratos en que Bea permitía su presencia en la casa, y siempre exigía un libro de medicina para comprobar sus avances en la materia antes de concederle algunos besos y caricias tenues. Cada noche la despedía de su abrazo hasta el próximo día. La doctora cumplía de este modo con una de sus fantasías menos subidas de tono, pero más recurrentes.

El 29 de febrero de ese año no aparecía en el calendario, así que siguió su costumbre de celebrarlo el día 28, para conmemorar de algún modo el día de Andalucía y, por extensión, sus orígenes.

Durante buena parte de la jornada del lunes había estado revisando el reloj, esperando con ansia que las horas se consumiesen, como la llama de una vela consumía la cera que la avivaba. A las once de la noche llegó a la casa y al tiempo que las agujas se aproximaban al mar de su deseo se retocó el maquillaje con celo. Se imaginó que eran pinturas de guerra antes de una batalla, en este caso ya librada en su corazón; y en breve, una danza acompañada le ofrecería el fruto amado.

A las doce menos dos minutos, Bea acudió al dormitorio para felicitarla. Observó cómo retocaba su maquillaje. Quedaba muy poco para la cuenta atrás, lamentó haber apurado tanto el tiempo. Le hubiese gustado recibirla en la puerta, como la doctora se mostraba ahora ante ella: cuidando cada detalle para lucir irresistible.

Elena percibió su presencia.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó Bea—. ¡Estás guapísima! La doctora Ariza esperaba algo más de su regalo: se presentaba con ropa informal, sin maquillaje; aun así, estaba impresionante. Recordó que llevaba trabajando en su habitación, a sol y sombra, desde que salió del hospital. Sintió curiosidad. Sin embargo, primaba la necesidad de completar su amor.

—Acabo de ultimar tu regalo. Voy a darme una ducha y a ponerme algo más apropiado para esta ocasión.

Elena se acercó a ella, tomó su mano y la condujo dentro de la habitación. Cerró la puerta con pestillo. Reposó con suavidad la espalda de Bea contra la pared. Empezó a desabrocharle los botones de su blusa negra ajustada, empezando por abajo.

—¿Qué estás haciendo? —interpeló Bea.

—Desenvolver mi regalo.

Elena desabrochó el sujetador de Bea y se lo extrajo. Quería degustar sus abdominales marcados y sus pechos desnudos por primera vez cuando terminase de desprender la prenda de la piel.

La doctora dejó abrochados los últimos botones del escote y coló su mano debajo de la blusa para acariciarle uno, mientras lamía el nacimiento del otro hasta llegar al centro.

—Necesito una ducha. He estado trabajando en tu nueva...

—Elena mordió con suavidad el pezón—. ¡Uhm!

—Adoro ese sonido.

—Pensaba que lo odiabas —expuso Bea con voz entrecortada.

—Ahora sé su significado, y me gusta cada vez más.

—Elena... Déjame ducharme y arreglarme un poco, estoy sudada —reiteró sacando la mano de la doctora de la blusa. Se la besó—. Quiero enseñarte antes el cuarto.

Elena recuperó el movimiento de su mano y retomó sus caricias.

—Ya he esperado demasiado.

—Por favor... No me siento cómoda así, es nuestra primera vez. Tú estás impresionante, y yo, así... —indicó la diseñadora, revisando su propio atuendo. Elena negó con la cabeza—. Como prefieras, no me dejas otra opción.

Bea tomó la mano de Elena y la llevó hasta el escritorio.

Apartó los apuntes y el kit de maquillaje de la mesa. Agarró su trasero con ambas manos y la sentó encima. Saboreó su cuello, lengua y labios. Colocó una mano en su espalda mientras con la otra acariciaba sus pechos describiendo una secuencia aprendida para extraer el mayor placer. La doctora emitió cálidos sonidos. Notó cómo oleadas de gran intensidad deshacían cada uno de sus nudos y, como en una de sus fantasías, no necesitó nada más para llegar al orgasmo. Bea deslizó su mano en su entrepierna para comprobarlo. Luego se fundieron en un abrazo.

—¿Siempre llegas con tanta facilidad? —preguntó Bea.

—No —contestó refugiada en su abrazo; estaba tan avergonzada como una adolescente en su primera vez.

La diseñadora besó su nariz y sus labios con suavidad.

—¿Te has puesto colorada? —preguntó de forma retórica.

—Sí —contestó Elena huyendo de su mirada.

—Mi niña, no tienes por qué avergonzarte. No hay nada más excitante para mí que te derritas con mis besos y caricias sin tener que estimularle tu... —dudó en continuar la oración: por una vez, no quería ser vulgar, puesto que sería un momento que recordarían durante toda la vida.

Elena escrutó los ojos de estrella de Bea: decía la verdad.

Entendió sus palabras y las compartió; y por ese mismo motivo experimentó una punzada de miedo. ¿Y si ella no era capaz de ofrecerle placer de ese modo o de ningún otro?

Bea adivinó los temores de Elena: su cuerpo temblaba. Su empuje y seguridad habitual estaban mermados.

—¿Qué te pasa, Elena?

—Tengo miedo.

—¿A qué? —preguntó la diseñadora.

—Me conoces, lo sabes.

—Está bien. ¡Fíjate en mis ojos! ¿Qué te dicen?

Elena negó con la cabeza sin alzar la vista. Bea acarició su rostro y le condujo la mirada hasta la suya.

—¡Dilo!

—Amor y deseo —se atrevió al fin.

—Eso es. —Bea besó su mano y acarició su cabello. La refugió de nuevo en su pecho—. Este momento no lo voy a olvidar nunca. Es sencillamente perfecto, al menos, para mí.

—¿De verdad?

—Sí.

—Gracias —dijo la doctora.

—Gracias a ti por ofrecerme este recuerdo —ultimó Bea.

Bea entró en la ducha. La impaciencia dominó a Elena.

Aprovechó para ir a su habitación de estudio, recién reformada; las medidas de seguridad seguían allí, la llave estaba echada y no podía entrar. Regresó al dormitorio; la puerta del baño se encontraba entreabierta: ¿era una invitación? El miedo se había evaporado y había dejado al deseo campar a sus anchas. Se descalzó y entró. Codició ser el agua de la ducha que se deslizaba por la espalda de Bea, ambicionó ser capaz de transfigurarse en caricias y besos tibios y húmedos alrededor, sobre y dentro de cada una de sus cicatrices. Se quitó el vestido ante la atenta mirada de Bea y lo dobló de forma parsimoniosa. Pasó dentro al otro lado del chorro de agua. Observó su cuerpo desnudo por primera vez. Volvió a derretirse. Aguardó a alguna de sus frases que tanto le provocaban.

—No estás tan buena para meterte en mi ducha sin invitación —señaló Bea con una mirada de fuego.

Elena se desabrochó el sujetador. Esta vez, el suelo lo recogió.

—Ah, ¿no? —interpeló la doctora Ariza.

—Bueno, puede que sí —confesó la diseñadora admirando su cuerpo. Elena sonrió.

Ambas recorrieron en la distancia cada palmo de piel, degustando el momento previo.

Bea había estudiado Diseño Gráfico, especializándose en el último curso en *packaging*; le encantaba hacer regalos y diseñar sus propios paquetes y envoltorios. El tanga negro con lacitos de Elena resultaba una tentación para sus sentidos, sabía a ciencia cierta que lo había escogido por ese motivo. Deseó contemplarlo por detrás. Ella adivinó su pensamiento y se dio media vuelta, apoyó una mano sobre la pared e inclinó ligeramente su cuerpo hacia delante.

—Creí que te gustaban los lacitos. —Elena mantuvo la posición de su cuerpo mientras giraba un poco el cuello para ver la respuesta en su rostro. Obtuvo la atención deseada. Sujetó una de las cuerdecitas y jugó con ella.

Bea se aproximó y entrelazó sus dedos con los de ella.

Se tomó su tiempo para deshacer los nudos.

—¡Eres preciosa, Elena!

—Tú también.

Elena fue ganando terreno hasta colocarse detrás de Bea.

Besó y acarició cada una de las cicatrices de su espalda. Apreció que las recientes estaban prácticamente curadas. Notó la respiración acelerada de Bea. La suya comenzó el ascenso cuando imaginó a Bea haciendo el amor con otras mujeres con una blusa abierta para que no viesan sus marcas. Ella estaba traspasando la frontera, recorriendo palmo a palmo el lugar más inaccesible de su cuerpo.

El culmen llegó en ambas en un suspiro de placer, que subrayó el dulce silencio.

Bea tocó el sexo de Elena: palpitaba. La doctora la imitó y experimentó otra oleada de excitación: era suya, latía. Mordió su labio.

Abandonaron la ducha envueltas en sendas toallas. Elena curó la herida de la pierna de Elena y cambió el vendaje, que se había mojado. Bea miraba con atención cada uno de sus pasos, atrayendo su cuerpo hacia el suyo.

—¡Estate quieta! No puedo concentrarme —protestó con media sonrisa satisfecha.

Bea cambió su pose y adoptó una mirada inocente y sensual.

—Doctora.

—¿Sí? —preguntó Elena. Supo que tramaba algo.

—No tengo trabajo. No sé cómo voy a pagarle sus servicios médicos. —Jugó con un mechón de su pelo entre los dedos.

Elena se acomodó en la cama, recorrió el rostro de Bea y con un dedo aflojó la toalla para dejar al descubierto sus pechos.

—Eres una mujer preciosa. Seguro que encontramos un modo que satisfaga a ambas partes.

Elena mordió su mandíbula con suavidad mientras se abría paso entre sus piernas.

—Soy una mujer decente. No creo que esto esté bien. ¡Uhm!—suspiró Bea excitada.

CAPÍTULO 62  
**ELENA Y BEATRIZ**  
VIAJE DE BRISBANE A SÍDNEY

Sábado, 7 de enero de 2017 Madrugada de enero, diario número 5 de Elena (3:45)

Junto fuerza y resignación para apartarme de tu lado. Debería estar llorando por los rincones, porque se acerca el aniversario de la ruptura con Kevin, y sin embargo lo único que añoro es tu presencia. La posibilidad de que un día desatiendas mis palabras y oigas mis deseos. Aquí no es necesario engañar a nadie: deseo hacer el amor contigo toda la noche, hasta que el sueño o los claros del día nos recuerden que ha empezado un nuevo mañana.

Hoy he vuelto a convertirme en esa mujer horrible que te echa de su lado, respondiéndote de forma desagradable a tu pregunta: —¿Quieres que te acompañe a tu primera ponencia en Sídney?

No recuerdo con claridad qué te he contestado, supongo que habré seguido la línea autoimpuesta de siempre y te habré dicho algo así como «antes muerta». No obstante, últimamente reconozco que mi tono de voz y mi lenguaje corporal no suenan convincentes, porque dentro de mí escucho tu nombre cada vez más fuerte.

Doy el último sorbo de café para prepararme para un viaje en coche de más de novecientos kilómetros. Me encanta conducir, pero desearía tu compañía.

—¿Tú sabes qué hora es? —preguntó Elena en tono seco a la diseñadora. Por dentro estaba llena de júbilo.

—Las cuatro y cuarto de la madrugada.

—¿Y qué haces aquí?

—Estoy de vacaciones y quiero ir a Sídney, contigo o sin ti.

Puedo ir en la moto detrás de tu coche —contestó Bea en tono cordial.

—¿Detrás de mi coche? ¿Piensas venir de escolta o qué?

—Sí. Voy a escuchar tu primera ponencia como facultativa.

La entrada es libre, lo he consultado. Además, tus padres, Héctor y Saoirse me han pedido que te grabe y realice un reportaje de fotografías. —Bea expuso sus argumentaciones.

Elsa y César salieron a despedirse de ellas.

—Gracias, Bea, por acompañarla, son muchas horas de coche —dijo Elsa.

—Sí, así nos quedamos todos mucho más tranquilos. Si os turnáis al volante, estarás más despejada para la ponencia —argumentó César dirigiéndose a su hija.

Bea introdujo las maletas en el coche de Elena, un 4x4 negro de cinco puertas. Dejó que Elena hiciese el primer turno al volante. La conversación distendida brilló por su ausencia durante todo el trayecto, aunque Bea apreció media sonrisa en el rostro de su acompañante, y cómo su mano permanecía más tiempo del acostumbrado en la palanca de cambios. Deseó posarla allí y acariciarla, pero se contuvo.

Durante el camino hicieron varias paradas breves para comer, repostar y cambiar el turno en la conducción. A las cinco y diez llegaron al hotel Meriton Serviced Apartments World Tower.

Elena estaba dormida en el asiento de atrás. Bea se sintió como una chófer. Aparcó y abrió la puerta. Contempló durante algunos minutos cómo despertaba de su sueño, deseó ser parte de él.

Hicieron los trámites en recepción y subieron a las habitaciones.

—¿Cómo has conseguido una habitación contigua a la mía?

—preguntó la doctora.

—¡Ya sabes, a la vieja usanza! —exclamó Bea, observando el cambio en su semblante.

—¿Qué quieres decir?

Un hombre con traje azul se cruzó con ellas en el pasillo.

—Le he comido el coño a la recepcionista —bromeó Bea.

Pasó su índice y el pulgar por la comisura de sus labios—. ¡Delicioso! El hombre del traje aminoró el paso para no perder el hilo de la conversación.

—Eres muy vulgar, no sé cómo te he dejado venir aquí —reprendió Elena haciendo un movimiento seco con la cabeza hacia la trayectoria del visitante del pasillo.

Bea inclinó la cabeza y la miró fijamente mordiéndose el labio.

—Me encanta cuando me dices esas cosas. ¡Umm!

—¿Te has vuelto loca? ¿Te has propuesto dejarme en evidencia? —Elena se llevó la mano a la sien, notaba cómo le palpitaba.

—¡Sigue, por favor! —Arrugó la nariz y simuló varios mordiscos en el aire de forma exagerada—. ¡Creo que voy a correrme! Al girar el pasillo, el hombre dio varios pasos hacia atrás para echar un último vistazo.

Elena le arrebató las llaves a Bea, abrió la puerta y pasó las maletas.

—¡Entra en tu habitación! —La diseñadora la inspeccionaba desde el pasillo. Pasó y se sentó a los pies de la cama—.

¡Pórtate bien! Intenta controlarte, y nada de bajar a recepción.

Duerme un poco, te vendrá bien —ordenó la doctora con los ojos desorbitados.

—Sí, tía Elena —respondió haciendo un vaivén con el cuello.

—¡No vuelvas a llamarme así!

—¿Oh? ¿Vas a castigarme?

La doctora no pudo evitar reírse.

—No sé qué te pasa, tú nunca sueles hablarme así delante de la gente.

—Aquí no hay nadie más. Solo tú, yo y nuestras maletas.

—Bea movió una mano en el aire señalando al entorno. Posó la mirada en el equipaje.

Elena apreció que había introducido la suya también. Su subconsciente, y puede que su actitud corporal, no se correspondía

con el discurso. Se reconoció que estaba nerviosa y deseaba su abrazo. Aquella puesta en escena le había hecho olvidar la ponencia. Se sorprendió, para ella era un libro abierto. A veces imaginaba que leía sus diarios a escondidas, si no, ¿cómo podía conocerla tan bien y ofrecerle en cada momento lo que necesitaba?

Elena fue a su habitación y se instaló. Llamó para confirmar la hora de la ponencia: la habían retrasado hasta las diez, algunos vuelos iban con retraso.

Escribió en su diario.

de enero, diario número 5 de Elena (18:07)

Acabo de llamar para confirmar la hora de la ponencia. La han retrasado un par de horas. Esto me permitirá dormir un poco y reunir el valor para afrontarla. ¡Estoy muerta de miedo! Aunque el número de la puerta me ha relajado bastante. No quería reírme, pero al final lo he hecho. Es difícil no sucumbir a su sentido del humor. Además, me excita muchísimo su acento gaditano.

Sé qué deseo hoy, al menos antes de la ponencia.

Elena puso el despertador y calculó el tiempo para ducharse y arreglarse. Se sentó en la cama y miró hacia la pared que comunicaba ambas habitaciones. Escuchó el ruido de la ducha: Bea estaba en el baño; decidió hacer lo mismo que ella. Imaginó que a través de los espejos podía ver cómo se enjabonaba sin ser vista. Su fantasía se le escapó de las manos, el deseo ascendió y escapó triunfante en un gemido ahogado. Sintió vergüenza: ¿y si la había oído?

Llamaron a la puerta de Bea. Abrió. Contempló la figura de la persona que tenía en frente. Elena dejó sobre la mesa las llaves y el móvil.

—Han retrasado la ponencia hasta las diez, ¿vienes a decirme eso?

—¿Cómo lo sabes? Yo acabo de enterarme —preguntó la doctora.

—Trato de mantenerme informada, por si se te ocurre irte sin mí. —La diseñadora señaló a las cámaras de fotografía y vídeo que estaban cargándose.

—Como acompañante eres un desastre.

—Explícate.

—No me has dado conversación en el coche, ni unas palabras amables, ya sabes, lo típico: te va salir de puta madre, algo por el estilo. Ni una palmadita en la espalda.

Bea sonrió y puso morritos como las niñas buenas. Elena sintió una punzada de excitación: su macarra deslenguada, contemplándola de ese modo. Se contuvo.

—Pensé que no deseabas mi conversación, y mucho menos que te tocase.

—¡Pues pensaste mal! —atajó la doctora—. ¿En serio ligas con tu actitud?

Bea arqueó las cejas. No contestó a su pregunta.

—¡Dime qué necesitas y te lo daré! —señaló sin rodeos Bea.

Elena entrecerró los ojos e imaginó el lápiz cruzando los renglones de su diario; expuso en voz alta sus deseos.

—Quiero que me lleves a la cama, me abrases y me digas que todo va a salir bien. Que acaricies mi espalda y mi cabello hasta que me quede dormida.

Bea se acercó a ella, la tomó en brazos e hizo todo cuanto le había pedido. Cuando despertó volvió a repetirle lo mismo.

—Voy a ducharme otra vez para despejarme; en quince minutos me gustaría que me retocases el maquillaje y el peinado.

Quiero llevarlo recogido.

—Claro que sí. —Bea besó su hombro.

La ponencia fue un éxito rotundo. Elena hizo una exposición magistral. Su voz aterciopelada y su capacidad para modular su tono resultaban envolventes. Recibió felicitaciones de la mayoría de sus colegas médicos. Bea grabó punto a punto sus palabras e hizo algunas fotografías.

Para la diseñadora, uno de los momentos más inesperados de la noche fue cuando un grupo de médicos invitó a Elena a tomar unas copas y ella rechazó la oferta para celebrarlo juntas.

Y como en contadas ocasiones, y formando uno de los pequeños fragmentos de su historia, una misma almohada guardó el secreto de las palabras no pronunciadas y de las caricias no dadas.

CAPÍTULO 63  
**HÉCTOR, AIDAN, DEPENDIENTA Y ASHLEY**  
COLEGIO, HOSPITAL, TIENDA DE ROPA Y APARCAMIENTO (BRISBANE)

Martes, 28 de febrero de 2017 Mañana

Zoe llamó a Héctor: Aidan había tenido una caída en el patio del colegio jugando al fútbol y no conseguía contactar con Ashley.

Lo recogió y lo llevó a urgencias. Respiró aliviado cuando supo que no tenía daños en la espalda, aparte de los arañazos. Avisó a Ashley, no contestaba; recordó que tenía una reunión. Grabó varios mensajes de audio. En el primero, confirmó que iría por su hijo al centro educativo y lo llevaría a urgencias. En el segundo, al salir del hospital, Aidan le explicó qué harían a continuación: comprarían una camiseta en una tienda infantil y luego tomarían un helado de chocolate.

—Vamos a entrar en esta tienda para comprarte una camiseta, esta tiene un poco de sangre, y tu madre se asustará si te ve con ella puesta. ¿De acuerdo? —indicó el veterinario.

Aidan fue directo a por una camiseta de Superman, era su héroe preferido.

La dependienta miró perpleja a Héctor: le pareció el hombre más impresionante que había visto nunca; aunque se reconoció, sin ir más lejos, que hacía menos de un par de horas había sentido algo similar por otro. Retocó su peinado, echó en falta no contar con un espejo y un pintalabios a mano. Héctor cogió a Aidan en brazos. Fue a pagar.

—También hay tallas para usted, ya sabe: a los hijos les encanta vestirse como sus padres — señaló ella.

Héctor hizo un gesto con la cabeza negando su oferta, sin que Aidan se percatase. El niño observó con detenimiento a la dependienta y luego al veterinario; repitió varias veces el movimiento. Frunció el ceño y apretó los labios. Pensó: «Lleva poco tiempo como padre, no sabe esa clase de cosas. ¿O es que no me quiere?».

Héctor negó contrariado a la dependienta. Ese tipo de ropa ajustada y pretenciosa se salía de su estilo habitual, marcaría cada músculo de la parte superior de su cuerpo. En su opinión, resultaba entrañable en un niño de cuatro años, pero no en un hombre de su edad. ¿Qué iba a pensar Ashley cuando lo viese vestido así?

—No quedan tallas de mi tamaño, ¿verdad? —preguntó Héctor abriendo exageradamente los ojos para captar la atención de la chica.

—¡Claro que sí! ¡No se preocupe! Tengo en el almacén —indicó con malicia. No estaba dispuesta a perder la oportunidad de verlo con ella puesta.

Trajo la camiseta de Héctor. Pagó al contado.

—Pueden cambiarse en el probador, y así se la pueden llevar puesta los dos. —Ella recalcó «los dos».

Héctor consultó el reloj en varias ocasiones. Notaba cómo le miraban más de lo habitual al pasear por la calle con su hijo.

¿Qué esperaba? ¿Una camiseta de Superman marcando músculo, y pasar desapercibido? Se sintió molesto. Sin embargo, recordó el rostro de Aidan, el brillo de felicidad en su mirada cuando ambos se pusieron la misma prenda de ropa, y cómo desde que salieron de la tienda comprobó una y otra vez que las dos eran iguales; percibió que la incomodidad inicial se relegaba a un segundo plano y se imponía el grado de satisfacción de su hijo.

Se dijo: «Solo por eso, merece la pena». No obstante, volvió a pensar que a Ashley no le iba a agradar en absoluto. Se resignó: no podía contentar a todo el mundo.

Envío a Ashley la ruta que seguirían después de salir del hospital, la habían cumplido punto

por punto. Le sorprendió que no lo llamara, quizás la reunión se había alargado más de lo debido.

El siguiente paso era helado de chocolate, ese, sin duda para él, el mejor de todos. Así olvidaría por unos segundos su ropa.

—Mi madre me coloca una servilleta en la camiseta para que no me manche —aclaró Aidan.

Héctor se la puso.

—¿Así? —Aidan asintió—. ¿Algo más?

—Me coge en brazos y vamos dando un paseo.

Héctor sonrió, contaba con un niño pequeño que se sabía el manual de padres a la perfección. Hacía que todo fuese más fácil y fluyese con naturalidad. Giraron la calle y vio a Ashley andando de forma acelerada hacia ellos; en cuanto fue aproximándose, disminuyó la velocidad al apreciar la imagen que se abría ante ella: sus dos hombres riendo y saboreando un helado de chocolate, como si nada más importante en el mundo ocurriese en ese instante. Sacó el móvil y tomó varias fotos.

—Mi niño guapo, ¿estás bien?

—Sí, mami.

Ashley besó reiteradamente a Aidan, que permanecía en los brazos de su padre; luego besó los labios de Héctor como si de un acto reflejo se tratase. Probó un poco de helado de su cucurucho, él se lo ofreció, y ella continuó saboreándolo por el camino. Ambos completaron el trayecto hacia el coche cogidos de la mano, alimentándose de la mirada del otro.

—¿Por qué no me has contestado a las llamadas ni a los mensajes? —interpeló Ashley.

—¿Qué llamadas?

—Mira tu móvil.

Héctor lo miró: más de cuarenta llamadas perdidas y treinta mensajes.

—Lo siento, lo puse en silencio cuando entré en la consulta y no me he acordado de cambiarlo.

—Y otra cosa: entiendo lo de la camiseta nueva de Aidan, pero ¿por qué llevas tú también una camiseta de Superman? —recalcó ella con retintín, apreciando su musculatura.

—Es una larga historia.

—Luego me la vas a contar... Quien dice luego dice ahora, tengo mis fuentes... Aidan.

La exmodelo se había imaginado una construcción de los hechos. Héctor engurruñó el entrecejo.

—¿Sí, mami?

—¿La dependienta que os ha vendido la camiseta era guapa?

—preguntó Ashley a Aidan.

—Sí.

—¿De qué color era?

—Blanca.

—¿Y el pelo?

—Rubio.

Ashley parpadeó con suavidad, reteniendo los párpados unos segundos. La imagen de Lara se proyectó en su mente: mujer blanca, rubia, con los ojos verdes. Sin duda, no se parecían en casi nada. Héctor negó con la cabeza.

—¿Ha sido amable con papá? —La enóloga continuó con el pequeño interrogatorio.

—Sí, mucho. Además, quería ayudarle con la camiseta, pero él le contestó que estaba casado.

Héctor asintió con un sonido gutural. Mostró su dedo desnudo, sin anillo, como reclamo.

—Cuatro cositas, cielo. Una: me gustan las mujeres morenas; dos: estás celosa; y la tercera —

empezó a susurrar—, y la más importante: me has dado nuestro primer beso.

Ashley mordió su labio.

—¿Cómo de morenas? —Ashley acarició su pelo.

Héctor negó con la cabeza mirando con deseo a Ashley.

—Muy morenas —confesó el veterinario.

Ella sonrió.

—Eres estupendo.

—¡Tú también! Colocaron a Aidan en la silla del coche. Dejaron el de Héctor allí, más tarde pasarían a buscarlo.

—Has dicho cuatro cosas y solo he contado tres —recordó Ashley.

Héctor sonrió.

—No sé si te va a gustar la respuesta —avisó Héctor.

Hizo varios amagos antes de contestar.

—No solo has probado mi cucurucho de helado, te lo has comido tú solita.

—¡Estaba muy rico! —admitió ella guiñándole.

CAPÍTULO 64  
ASHLEY Y SAOIRSE

HOGAR DE ASHLEY Y HÉCTOR (BRISBANE)

Martes, 28 de febrero de 2017 Noche

Saoirse fue a casa de Héctor a ver a Ashley. Solicitó hablar en privado con ella. Advirtió que su cuñado dormía en el sofá con la televisión encendida; esa escena parecía imposible tan solo unos pocos días atrás.

La enóloga temió el cariz de la conversación: en la última le entregó los papeles de renuncia de la custodia de Bea y un sobre con dinero; ya había decidido en quién reinvertirlo, tras sus reiteradas negativas de aceptarlo de vuelta en su bolsillo. Se instó a mantener la prudencia, era una persona importante para sus seres queridos: la mejor amiga de Elena y Bea, la cuñada de Héctor y la persona que amaba su hermano. Preparó una infusión y se sentaron en el porche. Saoirse encendió un cigarro.

—No sé por dónde empezar —confesó; sus manos temblaban.

—Por el principio —contestó Ashley.

—Supongo que sí, pero el principio es demasiado largo para narrarlo en una sola noche, y yo no sería la persona apropiada para hacerlo, pero Lara sí.

—¿Qué quieres decir? —La enóloga se estremeció.

—Te traigo el comienzo y el final de esta historia, al menos como Lara la imaginaba.

—Explicate.

Saoirse sacó varios diarios y un sobre.

—Estos son los diarios de mi hermana; ella quería que la persona... —No sabía qué adjetivo colocar después—; que tú los tuvieses. Son íntimos, te confieso que empecé a leerlos, pero no pude seguir, era como meterme en su cabeza y en su cama.

Ashley los cogió y pasó la mano con suavidad sobre ellos.

—En este sobre hay una carta para ti.

—¿Para mí?

—Sí, ella se obsesionó con la muerte durante el embarazo, y por alguna razón creyó que tú serías la nueva pareja de Héctor. Y está claro que no se equivocaba.

—¿Qué? —Las lágrimas cruzaron el rostro de la enóloga.

Dejó los diarios en la mesa. Notó cómo el pulso le temblaba antes de sujetar la carta, y mientras la sostenía entre las manos percibió una descarga de energía en forma de calor y luz interior.

Saoirse respiró profundamente. Apagó el cigarro y encendió otro.

—La he leído. Era una tentación demasiado grande. Me gustaría estar aquí mientras tú lo haces. —La exmodelo asintió.

Ashley la leyó. Sus lágrimas se mantuvieron en su rostro desde la primera hasta la última letra.

*Sábado, 10 de mayo de 2014*

Ashley:

Si esta carta llega a tus manos es porque una vez más se han cumplido mis presentimientos: he fallecido y has iniciado una relación con Héctor. Quiero que sepas que me alegro de que seas tú y no otra mujer.

Supongo que te preguntarás por qué no te he hablado sobre los aspectos que recojo en estas líneas en alguna de nuestras conversaciones telefónicas. Son muchos los motivos que podría enumerar, pero todos partían y convergían en el mismo: las palabras se me atragantaban y mis ojos

se llenaban de lágrimas.

Desde que me quedé embarazada hace unos seis meses he reescrito esta carta hasta la saciedad. Anhele que este sea uno más de los borradores y que el definitivo lo escriba cuando haya dado a luz. En cualquier caso, esta carta no es más que un grito de desesperación. La muerte no me asusta, pero sí la soledad en la que se sumirá Héctor. Sé que se enredará en los recuerdos y no quiero que esto suceda. Deseo que comparta su vida con la mujer adecuada, y creo sinceramente que esa mujer eres tú. De hecho, muchas veces he pensado que me adelanté, al cruzarme antes en vuestro camino.

Durante la época del instituto te contemplaba en silencio: tu forma de caminar, de relacionarte con otras personas, de sonreír... Nunca he visto otra mujer más hermosa que tú, la belleza irradiaba desde dentro e iluminaba tu rostro, y en especial tus ojos verdes, de una forma indescriptible para mí. Te digo todo esto porque te observaba cuando otros chicos se acercaban a ti, y veía cómo los rechazabas de forma educada; y a excepción de Héctor, nunca te he visto girarte de forma descuidada para poder mirar a nadie, buscando de algún modo encontrar una breve sonrisa de complicidad entre ambos. Aquel gesto me volvió loca. Por aquella época aún no estábamos juntos, sé que lo sabes, pero yo andaba sopesándolo; y precisamente tras ese hecho me decidí, tomé la iniciativa, y ya sabes el resto.

No creo que me eligiera a mí sobre ti; tan solo me crucé antes con él. Es un hombre de ideas fijas y perseverante. Sea como fuere, he de agradecerte que contribuyes a que tomara aquella decisión. He estado pensando mucho sobre este aspecto. Creo que desde entonces has seguido enamorada de él. Es uno de esos presentimientos o ideas que se me meten en la cabeza y que no soy capaz de sacar de allí. Si no... ¿por qué habrías aceptado el trabajo? Ya lo habías rechazado con rotundidad la primera vez. Creo que te embarcaste en una carrera de modelo en el extranjero para poder salir de allí. Te asfixiaba vernos juntos, a pesar de que nunca hemos hecho grandes alardes de pasión delante de otras personas.

Por otro lado, está la adopción compartida de Bea. Después de tus reparos iniciales, aceptaste con un temblor en la voz. Y mientras hablábamos de la posibilidad de que Héctor compartiese la custodia legal de Bea contigo comprendí que aquellos sentimientos seguían pre—

*598 sentes. Por mi parte, he de reconocerte de nuevo que mi gesto fue de*

egoísmo; deseaba que tuvieras un vínculo con él que no te permitiese olvidarlo. Siempre pensé que mi vida sería muy intensa pero breve; y tú eres la persona idónea para él. Su verdadera media naranja. Imagino que, tras un tiempo prudencial desde mi muerte, regresarás a casa, no antes, para retomar tu vida con tu familia y conocer a Bea; y no te engañes, para comenzar una historia con él. Estoy convencida de que te habrás planteado ir con calma. Sin embargo, yo creo que sucederá todo deprisa, sin orden ni concierto, algún hecho desafortunado os unirá de forma drástica y sé que será para siempre.

Esta vez el destino está de tu parte.

Quiero explicarte con qué clase de hombre estás. Es el hombre casi perfecto: buen padre, buen hijo y buen marido. Guapo, con un cuerpo increíble. Paciente, capaz de escuchar mil veces la misma historia. Empático, con una gran capacidad para ponerse en el punto de vista de las demás personas; pero a veces esta cualidad dista de ser una bendición; piensa demasiado las consecuencias de sus acciones para no dañar a otras personas y acaba convirtiéndose en un problema. Es tímido, le cuesta expresar sus sentimientos y tomar la iniciativa (tendrás que esforzarte tú, sobre todo al principio; pero te prometo que merecerá la pena). Se ducha tres o cuatro veces al día, como Bea, no conseguirás hacer cambiar a ninguno de idea; pero al menos insiste en que usen una buena crema hidratante. Cuenta el número de helados que se come al día.

Elsa es diabética y hay otros muchos casos en su familia.

Saoirse te entregará esta carta y mis diarios personales. Sé qué está pensando ahora mismo: «Si haces daño a Héctor, te arrepentirás».

Para ella es un hermano, y nunca te daría la carta si no estuviese de acuerdo conmigo.

Ashley, has pasado mucho tiempo a la sombra. Ahora ha llegado tu momento, comienza tu historia de amor con Héctor. ¡Brilla! ¡Sé feliz!

Lara Ashley necesitó hacer varias paradas para recuperar el aliento y poder continuar. Saoirse la abrazó cuando terminó.

—¿Vas a decirme lo que pone aquí? —Ashley se retiró del abrazo de Saoirse y buscó un fragmento de la carta para mostrárselo.

—¿Quieres que lo haga? —interpeló Saoirse asombrada.

—Sí.

—Muy bien. Tú lo has querido. Si haces daño a mi cuñado, te arrepentirás.

—Gracias —concluyó Ashley, abrazándola de nuevo.

Saoirse dudó unos instantes. Decidió seguir una intuición.

—¿Qué significa para ti la palabra «ve»?

La enóloga la miró, sus ojos se cerraron en forma de cascada.

Hacía mucho tiempo que no escuchaba esa palabra.

—Supongo que sabes que hablé por teléfono con Bea al poco tiempo de instalarse con tu hermana y Héctor.

—Sí.

—Bea me pidió que no la llamase más, que no era seguro.

Me dijo que tampoco llamara a Lara. La verdad es que solo cumplí la primera parte: hablaba con tu hermana una vez por semana, más o menos, para preguntarle cómo iba mi niña. Cuando empezó como presidenta de la Asociación Media Vuelta comenzamos un proyecto de gran envergadura juntas. Queríamos, entre otras muchas cosas, ofrecer los testimonios de mujeres que habían salido del agujero del maltrato.

—¿Cómo se llamaba ese proyecto?

—Ve.

Saoirse lloró de forma desconsolada. La última voluntad de su hermana iba encaminada hacia su propia historia personal, con la mujer que en cierto modo ocupaba su puesto.

—¿Qué significado le disteis?

—Ya sabes que ve, en español, es el imperativo de dos verbos distintos: ver e ir. —Saoirse asintió—. Era muy simple, aún no lo habíamos pulido. Algo así como: ve, mira, observa tu propia vida, contéplala en perspectiva, si no te gusta, si no se la desearías a tu propia hija, a tu hermana, a tu madre o mejor amiga, da media vuelta y vete. ¡Huye!

CAPÍTULO 65  
**BEATRIZ Y SAOIRSE**  
HOGAR DE ASHLEY Y HÉCTOR (BRISBANE)

Martes, 28 de febrero de 2017 NocheLa noche iniciaba las primeras horas de aquella fecha del calendario. Bea contempló a Elena dormida en la cama, rendida, exhausta y satisfecha. Cerró los ojos, los mantuvo en la oscuridad unos segundos; cuando los abrió, su luz seguía tumbada desnuda en su cama.

Escuchó la moto de Saoirse; habían llegado a un acuerdo: le pertenecería durante un año. Insistió en devolvérsela, pero comprobó que en muy poco tiempo varios factores la habían transformado por completo; y uno de aquellos elementos era su nuevo vehículo, así que no iba a arrebátárselo en ese momento.

No parecía la misma; según Héctor y Elena, hubo un tiempo, antes del primer golpe, en que había sido así: una rebelde sin causa. Sonrió: ahora no parecían tan distintas, quizás por eso se habían llevado siempre tan bien.

Bajó cuando terminó de hablar con Ashley. Se abrazaron.

Tenían tantas cosas que contarse, el tiempo parecía escaparse entre los dedos. El reloj añadía una y otra hora más, ajeno a sus deseos de pararlo en determinados instantes, en los que la fantasía se quedaba pequeña porque la realidad la había superado.

Hicieron un resumen de sus acontecimientos, centrándose en los aspectos más relevantes. — Te conozco, Bea, hay algo que no me cuentas.

—No sé a qué te refieres —negó con media sonrisa.

Saoirse sujetó su rostro con ambas manos, quería ver sus ojos mientras le hacía las preguntas en cascada, sin dejarle tiempo para pensar las respuestas. Para algunas cosas continuaba siendo como una niña pequeña que no sabía mentir. —En el tiempo que has estado en España, ¿has barrido parte de la mierda de tu familia biológica?

—Sí —afirmó Bea.

—¿De forma legal?

—Sí.

—¿Héctor lo sabe? —preguntó Saoirse.

—Sí.

—¿Te ayudo?

—Sí.

—Esto parece la máquina de la verdad —bromeó Saoirse.

—Sí, ¿puedes soltarme ya?

—¡Tsk! Tengo más preguntas que hacerte. ¿Y tu colgante?

—Se lo devolví a su dueña —señaló la diseñadora con media sonrisa.

—¿No me jodas! ¿La has visto? —Bea asintió—. ¿Te la has follado?

—Dady, no te pega nada ser tan vulgar, de verdad —recriminó Bea.

Saoirse vio la respuesta en los ojos de su amiga. Sonrió.

CAPÍTULO 66  
**HÉCTOR Y HENAR**  
HOGAR DE ASHLEY Y HÉCTOR (BRISBANE)

Martes, 28 de febrero de 2017 Noche Héctor se despertó en el sofá. Necesitó algunos minutos para volver a la realidad. Miró el reloj: faltaban cinco minutos para las cinco de la madrugada. Echó un vistazo por la ventana; vio a Bea y Saoirse hablando.

Recordó su sueño: Una mujer, restauradora de muebles antiguos, acariciaba una superficie de madera, no pudo distinguir con nitidez el objeto. Ondeó una sábana blanca en el aire y cubrió la pieza. Ella preparó una infusión y se sentó a leer. Apuró la bebida y giró la última hoja. La sostuvo entre sus manos acariciándola con suavidad.

Cerró y apretó contra su pecho el libro: Media Vuelta.

Henar lloró mientras mecía aquellos trozos de papel, implorando clemencia al cielo y al Dios en el que aseveraba no creer.

Este libro se terminó de imprimir en Málaga,  
a la orilla de un lago rosa.

Publicado por Mitad Doble Ediciones.

Al cuidado de esta edición

**Librerías Proteo y Prometeo**

**MMXVII**

# ÍNDICE

PRÓLOGO  
CAPÍTULO 1  
CAPÍTULO 2  
CAPÍTULO 3  
CAPÍTULO 4  
CAPÍTULO 5  
CAPÍTULO 6  
CAPÍTULO 7  
CAPÍTULO 8  
CAPÍTULO 9  
CAPÍTULO 10  
CAPÍTULO 11  
CAPÍTULO 12  
CAPÍTULO 13  
CAPÍTULO 14  
CAPÍTULO 15  
CAPÍTULO 16  
CAPÍTULO 17  
CAPÍTULO 18  
CAPÍTULO 19  
CAPÍTULO 20  
CAPÍTULO 21  
CAPÍTULO 22  
CAPÍTULO 23  
CAPÍTULO 24  
CAPÍTULO 25  
CAPÍTULO 26  
CAPÍTULO 27  
CAPÍTULO 28  
CAPÍTULO 29  
CAPÍTULO 30  
CAPÍTULO 31  
CAPÍTULO 32  
CAPÍTULO 33  
CAPÍTULO 34  
CAPÍTULO 35  
CAPÍTULO 36  
CAPÍTULO 37  
CAPÍTULO 38  
CAPÍTULO 39  
CAPÍTULO 40  
CAPÍTULO 41

CAPÍTULO 42  
CAPÍTULO 43  
CAPÍTULO 44  
CAPÍTULO 45  
CAPÍTULO 46  
CAPÍTULO 47  
CAPÍTULO 48  
CAPÍTULO 49  
CAPÍTULO 50  
CAPÍTULO 51  
CAPÍTULO 52  
CAPÍTULO 53  
CAPÍTULO 54  
CAPÍTULO 55  
CAPÍTULO 56  
CAPÍTULO 57  
CAPÍTULO 58  
CAPÍTULO 59  
CAPÍTULO 60  
CAPÍTULO 61  
CAPÍTULO 62  
CAPÍTULO 63  
CAPÍTULO 64  
CAPÍTULO 65  
CAPÍTULO 66

Este libro se terminó de imprimir en Málaga,